Libros del Asteroide

Honor Jones

Dormida

Traducción de Julia Osuna



Honor Jones

Dormida

Traducción de Julia Osuna

Libros del Asteroide

Primera edición, 2026
Título original: *Sleep*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del *copyright*, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución
de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Sleep © Honor Jones, 2025
Publicado originalmente por Riverhead,
un sello de Penguin Random House LLC
Derechos de traducción gestionados
a través de MB Agencia Literaria S.L.
y The Clegg Agency, Inc., Estados Unidos.
Todos los derechos reservados.

© de la traducción, Julia Osuna, 2026
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de la cubierta: © Samantha French / *Sea Change*,
oil in canvas, Samantha French

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló, 11-13, 3.º 1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 979-13-88056-28-4
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Uno

1

La tierra estaba húmeda bajo la zarza, pero a Margaret le gustaba estar allí metida; se sentía a gusto, como un conejo en su madriguera. Olía a limpio, y era curioso que algo sucio como la tierra pudiera oler tan limpio. En la oscuridad no se veían qué moras estaban ya maduras y cuáles no, y aun así picoteó una, torció el gesto, escupió. Después apoyó la mejilla en el brazo y se quedó mirando hacia el otro lado del jardín.

Un chillido y una estampida, los chicos pasando a su lado a todo correr; seguro que habían descubierto a Biddy. El haz de la linterna no paraba de moverse e iluminar una cosa y otra, mareaba seguirlo: hamaca, césped, canasta, césped. Cada vez que se posaba en algo, la linterna hacía una foto: circulitos de jardín trasero, perforados para la posteridad.

El haz de luz iluminó entonces la puerta de la caseta y por fin se detuvo, aunque tembloroso. A oscuras no se distinguía a un chico de otro, pero sí que uno sostenía la linterna y el otro se disponía a abrir la puerta. Qué organizados, pensó, impresionada. Pegaron algún grito y volcaron rastrillos y cubos, pero no encontraron a nadie dentro.

Margaret ahogó la risa contra el codo. Los chicos se detuvieron para maquinar algo y entonces alcanzó a ver que era Danny quien llevaba la linterna. Siendo como era el mejor amigo de su hermano, era casi imposible que acabaran enamorándose y casándose. Ahora los dos chicos estaban trazando un plan; tenían que organizarse mejor, escuchó decir a Neal, su hermano.

Ella se puso a juguetear con un palo en la tierra, inventando señales para las criaturas mágicas que saldrían más tarde, contándoles quién era: «Aquí yace Margaret, hija de los hombres». Seguro que las hadas tenían el pelo enredado, alas translúcidas del color violeta del anochecer y los pies puntiagudos de las Barbies. Aunque no creía ya en ellas, le gustaba fingir lo contrario.

Regresó de nuevo la luz, esta vez directa sobre la zarza. Por un segundo fue como estar dentro de un cuarto y que alguien le diera al interruptor. El mundo se materializó y se definió y se abalanzó sobre ella; hojas, espinas y sombras de espinas, la tierra muy pegada a la cara y, de repente, al verla con tanto detalle, sucia. Cerró los ojos con fuerza para evitar que alguien los viera brillar como los de un animal. Cuando volvió a abrirlos, los chicos estaban ya en la otra punta del jardín.

Se habían rendido con el suelo y buscaban ahora por los árboles. Seguro que Biddy se había subido a uno, les podría haber dicho ella. Y efectivamente la luz solo tardó unos minutos en encontrarla, en localizarla escondida entre las ramas. Su amiga balanceó las piernas como si le diera igual y se dejó caer hasta los victoriosos hermanos mayores.

Pero a ella no iban a encontrarla. Nada más agazaparse bajo la zarza supo que nunca la pillarían. Estaba demasiado a ras del suelo, demasiado bien escondida.

Ahora ya era de noche del todo. No veía los murciélagos recortados contra el cielo, los que vivían en el desván y que no eran tan malos porque se comían los mosquitos. Algunas veces, cuando salía al jardín después de cenar, si levantaba la vista los veía salir en tropel de la casa, con las alas tan pegadas unas a otras que parecían un único cuerpo en movimiento, y la casa, una fábrica que escupiera humo negro. Debían de estar por ahí arriba, comiendo, aunque ahora no los viera. Intentaba hacer como si no estuvieran, pero eso nunca funcionaba: podías fingir que algunas cosas existían, pero no que dejaban de existir.

La humedad le había calado los pantalones cortos y le entró un escalofrío. Ya estaba harta de jugar a las linternas. Fue saliendo de entre las zarzas impulsándose con los codos en la tierra y gritó: «He ganado, he ganado». Acto seguido enganchó a Biddy por el brazo y las dos se fueron dando saltitos hacia la casa iluminada.

Los adultos estaban en el porche, alrededor de la mesa de cristal.

—Hay helado dentro —anunció la madre de Biddy, la señora Murphy, cuando los vio llegar.

—¿Me traes un poco para mí también? —le pidió a Margaret su padre.

Los dos padres estaban muy guapos con sus polos de tiempo libre, pero el suyo más. Y, en el umbral, su madre con un vestido sin mangas fucsia, la mismísima Elizabeth, comandando la puerta mosquitera. Conforme aparecían, iba dándoles un repaso a los niños hasta que Margaret llegó al umbral y extendió un brazo para detenerla.

—Estás hecha un asco —le dijo.

Margaret la miró a la cara para ver cómo se lo había dicho. Pero no pasaba nada, no parecía enfadada; más bien daba la impresión de estar buscando una palabra bonita, como «bichillo». La niña bajó la mirada hacia la camiseta y los vaqueros cortos. Tenía la ropa manchada de tierra y las rodillas marrones, pero de ahí a hecha un asco… Su madre siempre estaba exagerando. Además, era tierra limpia, de debajo de la zarza. Se descalzó sin usar las manos y colocó las zapatillas con cuidado al lado de la puerta, como se esperaba de ella.

—Tampoco es que esté hecha un asco —dijo.

Mal hecho. Eres tonta, Margaret.

—Estás llena de barro, no sé cómo llamas tú a eso —replicó su madre, y ella volvió a pensar «no es verdad», pero esta vez no dijo nada—. Mírate.

Elizabeth le cogió la camiseta con dos dedos, como si no le quedara más remedio que tocarla aunque no quisiera. Margaret sintió cómo se le despegaba la tela del pecho y se colaba el aire.

—Quítate aquí mismo la ropa y dámela. No quiero que me manches toda la casa de barro.

Margaret dio un repaso con la mirada: al porche, a los Murphy, a Danny, de pie al otro lado de la puerta.

—¿Aquí?

—No te pongas fina ahora.

Su madre cogió el dobladillo de la camiseta y tiró hacia arriba. Margaret levantó los brazos en el acto como una autómata, como si todavía fuera una niña pequeña acostumbrada a que su madre la

desvistiera. La tela le tapó la cara y por un momento se sintió segura, como si estuviera otra vez bajo la zarza, arropada por esa oscuridad buena, hasta que el aire la envolvió de nuevo. Su madre le había dicho que ese otoño, cuando empezara quinto, le compraría un sujetador de iniciación. No es que tuviera mucho que sujetar, pero saltaba a la vista que no tardaría en necesitarlo: ya se notaba que no era una cría ni tampoco un niño.

—¡Vaqueros fuera! —dijo Elizabeth alargando la mano hacia los pantalones.

Margaret cruzó entonces la puerta vestida solo con las braguitas blancas y subió las escaleras a paso ligero para no ver a nadie mirándola. Tras ella, convertida otra vez en su madre buena, Elizabeth hacía una bola con la ropa sucia mientras les decía a los demás niños, que todavía esperaban en la puerta:

—Que no se os olvide guardar el helado en el congelador. No quiero icor por toda la encimera.

—¿Que no quieres qué por la encimera? —le oyó preguntar a su padre.

¿Icor? Margaret repitió la palabra mientras se encaramaba en el lavabo y maniobraba con las rodillas para limpiárselas. Esa palabra era nueva. Icor, picor, icor, picor. «Significará también estar hecha un asco», aventuró para sus adentros. Su madre sabía un montón de palabras para describir eso, y además tenía razón: Margaret estaba hecha un asco. La tierra corría por el lavabo en unos largos y bonitos surcos marrones. Pero Elizabeth no se había enfadado porque estuviera hecha un asco, sino porque Margaret había dicho que no lo estaba. «Icor por toda la encimera», se dijo paladeando el retintín de las palabras.

La puerta del baño no tenía pestillo. No había un pestillo en toda la casa. Cuando eran pequeños, su madre siempre había temido que Neal y ella se quedaran encerrados, y que además ocurriera durante una emergencia, como un incendio, de modo que los pestillos quedaron prohibidos por ser un peligro. Cuando se mudaron a aquella casa grande, se dedicó a cambiar los pomos de las puertas por unas manijas antiguas, todas iguales: cada una tenía una manivela de hierro negro del tamaño del puño de un adulto y, por encima, una lengüeta

que había que presionar con el pulgar. A Margaret le gustaba el ruido que hacían las manijas al encajar en su sitio, pero no entendía por qué no podían tener puertas normales que se cerrasen como las de todo el mundo.

A veces Margaret ponía la cesta de la ropa sucia delante de la puerta del baño. Se sentía más tranquila cuando no podía entrar nadie. Se encaramaba al mueble del lavabo y, muy pegada al espejo, se dedicaba a mirarse la cara por partes. O se quitaba la camiseta y se ponía de perfil, y luego del otro. Su amiga Biddy tenía los pezones rosa palo, mientras que los suyos eran mucho más oscuros, casi marrones, de un color muy feo. Por lo visto, eso significaba que, cuando por fin le salieran, ella tendría las tetas más grandes…, o eso decía Biddy. Una vez, sin embargo, oyó unas pisadas y acto seguido la manija se puso a brincar de arriba abajo: era Elizabeth, que quería entrar. Su madre había tenido que empujar la puerta con el hombro para abrirla. ¿Por qué quería Margaret aislarse de toda su familia? Se había metido en un buen lío por aquello. Un auténtico peligro en caso de incendio, claro.

❊

Hacía unas semanas habían ido todos a cenar a casa de Biddy. En verano las noches eran así: jardín, hamburguesas, helado, vuelta a empezar. Aquella noche Biddy y ella habían bajado al sótano a jugar con las Barbies —eran demasiado mayores para jugar a muñecas, así que solo lo hacían a escondidas en el sótano—, cuando su madre bajó por las escaleras como una exhalación y puso a Margaret contra la pared.

Estaba gritándole algo, pero no lo hacía con palabras, era algo más físico: las manos de su madre le sujetaban los brazos como unas esposas, y la pared, pom-pom-pom, le golpeaba el cráneo por detrás, y, flotando por todo alrededor, ese olor de la madre buena a crema solar y loción Lubriderm que siempre anunciaba la presencia de «Elizabeth».

Fue el hermano de Biddy, Danny, quien la detuvo. Desde las escaleras, dijo:

—No, espere, hemos sido nosotros. Fuimos nosotros. Hemos sido Neal y yo.

Tuvo que gritar para que se le oyera.

Elizabeth soltó a Margaret, se quedó mirando a Danny y luego dio media vuelta, subió las escaleras y pasó de largo junto al chico.

En cuanto se fue, Danny se puso en cuclillas y les contó a las chicas lo ocurrido. Neal y él habían estado gastando bromas desde el teléfono supletorio del dormitorio de sus padres y una mujer había devuelto la llamada y los había delatado. Si ya antes de esa noche Margaret estaba enamorada de Danny, a partir de ahí lo quiso el doble. Ni siquiera los padres eran capaces de plantarle cara a Elizabeth.

De arriba les llegaban las voces de los mayores riéndose, esas risas estrepitosas de los adultos.

—Se creían de verdad que se iban a librar —estaba diciendo el señor Murphy—. Estuvieron así un año, en todas las salas de juntas de Wall Street.

Se oyó un bufido desdeñoso de incredulidad femenina.

—Venga —les dijo Danny—, vamos a ver si queda postre.

Margaret se pasó el resto de la noche intentando descifrar la cara de Elizabeth para ver qué le pasaba por la cabeza. ¿Estaría también ella arrepentida? Pero no había nada que descifrar: la furia había pasado y había quedado relegada; ahora llevaba puesta su cara de adulta en plena conversación, luego se puso la de estoy lavando los platos, luego la de no quiero lloros, nos vamos ya. Si llegaron a leerles la cartilla a los chicos, desde luego Margaret y Biddy no lo vieron.

Pero ¿por qué había creído su madre que había sido ella? Los críos siempre andaban hablando de superpoderes: si tuvieras un superpoder, ¿cuál elegirías? Ella solía decir que el de leer la mente. Pero ¿y si llegaba a leer la mente de su madre y resultaba que lo único que pensaba era que su hija era mala, malísima? Mejor quedarse con volar.

Ahora se puso una toalla alrededor de la cintura y se dispuso a salir del baño. Tenía que vestirse. Tenía que bajar y comerse el helado. Biddy estaría esperándola; esa noche se quedaba a dormir. Pero se

detuvo ante la puerta y retrocedió. Con mucho cuidado, mojó un poco de papel higiénico y enjuagó todo bien, todo lo que había tocado: el lavabo, el grifo del agua caliente y el de la fría, el mármol color miel donde se había sentado. La pastilla de jabón se había quedado marrón. Bajo el agua clara, limpió incluso el jabón.

2

Al día estaba costándole levantarse, el sol apenas asomaba por la ventana. Volvió la cabeza y vio a Biddy a su lado, con una mano bajo la mejilla y un mechón de pelo por la boca. Una de las normas de su relación como mejores amigas era que siempre se despertaban a la misma hora. Querían que todo les pasara a la vez.

Aunque sus familias se conocían de toda la vida, a Margaret y a Biddy les gustaba pensar que se habrían hecho mejores amigas incluso aunque sus padres hubiesen hablado idiomas distintos o pertenecido a tribus rivales. Los chicos se llevaban bien porque Danny congeniaba con todo el mundo, pero con Margaret y Biddy el vínculo había alcanzado la perfección. Habían dormido la siesta en cunas paralelas, intercambiado chupetes, pasado los mismos virus, se habían mordido mutuamente en momentos de enfado y habían montado lo que debían de haber sido aterradoras pataletas simultáneas de las que ahora se sentían muy orgullosas. Hubo una vez en que Biddy dijo que le dolía la barriga y había sido Margaret la que había corrido al baño a devolver. En realidad había sido todo culpa del pastel de carne, pero ellas convirtieron el incidente en parte de su mitología. Sabían dónde se guardaban las chucherías y la plata en casa de la otra, así como la dosis exacta de paciencia que podía esperarse de cada progenitor.

Aquella primavera Margaret se había ido de vacaciones y había viajado en avión por primera vez, a Inglaterra. A su padre lo habían ascendido y su hermano y ella tenían ya edad de sobra para apreciar los viajes. Así que una vez al año, dijo Elizabeth, irían a algún sitio edificante, igual que había hecho ella con sus padres de pequeña. Pero, a la vuelta, Biddy se negó a escuchar nada del viaje. Bastaba que le mencionara el té o un castillo para que su amiga le hiciera el vacío. Era lo justo. Margaret había sentido lo mismo cuando Biddy había ido al Six Flags de Trenton con su equipo de natación. Celos, celos de la experiencia no compartida.

Cada cosa nueva que te pasaba te cambiaba, y no la podías deshacer. A veces, cuando eran más pequeñas, les pedían a sus madres que las vistieran igual, como si fueran gemelas. Ahora no se les ocurriría: eso no haría sino llamar la atención sobre lo distinta a ella que era Biddy, mucho más definida, con sus rizos y su cuerpo de niña deportista. Aun así, habían hablado hasta la extenuación de los sujetadores de iniciación, y de que se los pondrían el primer día de curso.

Se dio la vuelta en la cama, se alejó un poco, regresó a la posición inicial, tosió, cerró los ojos. Luego los abrió. Y allí estaba Biddy, despierta sobre su almohada individual, mirándola. Esperó otro segundo para poder decir, las dos a la vez: «tortitas».

Abajo, la comodidad de la cocina, utensilios e ingredientes organizados con sensatez: las especias en su cajón, los cuchillos en su bloque, los cuencos de repostería encajados uno dentro de otro en diámetro decreciente, las vinagreras y aceiteras brumosas. Se quedaron un rato mirando el preparado de harina para las tortitas, con la esperanza de que el padre de Margaret bajara a hacer la mezcla, como cuando eran más pequeñas. Pero ya casi estaban en quinto, podían preparárselas solas.

Encendieron un fuego y la mantequilla se fundió en la sartén. Fueron echando la masa con un cucharón y levantando los bordes de las tortitas con la espátula. El chisporroteo quemó lo que quedaba de noche, la fundió del todo en el cálido y nítido fragor de la mañana.

—¡Chicas! —El padre de Margaret llegó por el pasillo, ya vestido con otro de sus polos blancos; atrajo la cabeza de su hija hacia él y le plantó un beso—. Conque cocinando… ¿Hay para mí? —Enganchó con un tenedor una tortita dorada del montón, pero esta supuró masa cruda por los dientes del cubierto—. Dejad que lo haga un profesional —dijo.

Ellas, encantadas. Consideraban las tortitas paternas como una ofrenda que estos les hacían (lo único que cocinaban, aparte de carne a la parrilla). El padre se hizo con la sartén, bajó la llama y devolvió las tortitas crudas al fuego.

—¿Habéis dormido bien esta noche? ¿Sin sobresaltos?

—¿Dónde está mamá? —preguntó Margaret.

—Tu madre no se encuentra bien.

Era uno de esos días, al parecer.

Tenía la boca llena de tortita cuando Neal entró en la cocina con la gata, Jane, en brazos. Su hermano estaba acariciando al animal, pasándole la mano por el lomo y por la cola. A Margaret el gesto le molestó, aunque no supo por qué; no tenía nada de obsceno. Y la gata ronroneaba.

—Buenos días, papá.

—Sírvete —le dijo este—. Pero ¿podrías no acariciar a la gata en la mesa?

El chico obedeció y la dejó en el suelo.

Cuando iban juntos, todo el mundo sabía que Neal y Margaret eran hermanos, y aun así, la gente siempre comentaba lo guapo que era Neal pero no decía nada de que ella fuese bonita. Quizá sus rasgos quedaran mejor en un niño, o también podía ser que, a sus trece años, a él le quedaran mejor después del estirón. Neal despertaba la admiración de casi todos los adultos. Él mismo era prácticamente como un adulto, en el sentido de que siempre sabía ser educado. Otros críos se reían de él por ello, y eso hacía que a los adultos les cayera mejor aún. Margaret era de la opinión de que si su hermano no tenía más amigos era por su culpa, pero los mayores no parecían estar de acuerdo, como si pensaran que los críos, ignorantes, eran incapaces de apreciar alguna cualidad suya poco común. Elizabeth lo quería más por ser tan poco querible. Era típico de las madres hacer esas cosas.

Las niñas terminaron de desayunar y enjuagaron con agua caliente los platos, pegajosos por las sustancias químicas dulces de aquella imitación de sirope. El aire acondicionado se activó con un clic y un fiu, justo cuando la señora Murphy llamaba a Biddy desde la calle con la bocina.

En cuanto se fue su amiga, Margaret subió a llevarle a Elizabeth un plato de tortitas, como si fuera el Día de la Madre. Se le había ocurrido echar un poco de sirope en una huevera para que las tortitas no llegaran más empapadas de la cuenta, y estaba orgullosa de la idea,

de lo cuidadosa que había sido y del pequeño cáliz de néctar ámbar que se rizaba como un mar con cada peldaño que subía.

Le encantaba el dormitorio de su madre, que fuera tan elegante y formal como el comedor de abajo, sin rastro de desorden ni cachivaches, sin ropas sobre el respaldo de las sillas, sin los chismes de los bolsillos en el tocador. Había una colcha de satén de color azul aguamarina que su madre ni siquiera utilizaba para taparse sino que dejaba plegada sin más a los pies de la cama todas las noches. En el tocador tenía tesoros: un juego de espejo y cepillo de plata; una bandejita donde repiqueteaban los gemelos; un obelisco relleno de perfume. Todo lo que fuera pequeño, delicado y valioso para su madre a Margaret le resultaba irresistible; a veces se le permitía coger esas cosas y admirarlas, y otras no. La caja de cristal del centro, por el contrario, no debía tocarla nunca. Se cerraba con una llave diminuta, parecida a las de los diarios de niñas, y guardaba un antiguo par de pistolas de duelo que sus padres se habían regalado mutuamente en un aniversario. En la placa de oro que tenía sobre la tapa se leía la siguiente leyenda, tan romántica como inquietante:

Hugh y Elizabeth,
hasta que la muerte nos separe.

Su madre estaba en la cama, a oscuras. Margaret dejó el plato en el tocador y se subió por el otro lado.

—¿Mamá? —Le tocó el hombro, luego apartó la mano, y otra vez tocó y apartó—. Mamá, ¿estás dormida?

—Hola, bonita.

—Te he traído el desayuno.

—¿Es tarde?

—Bastante.

Elizabeth se volvió en la cama y se medio incorporó sobre las almohadas mientras se frotaba la cara con las manos.

—Pásame la bata.

Margaret bajó de un brinco y fue a coger la prenda que colgaba de un gancho en la cara interior de la puerta del armario. Era tan fina y sedosa que tocarla era como tocar la piel de su madre.

—¿Qué tal habéis pasado la noche?

—Muy guay.

—¿Has hecho tus tareas de la casa?

—Ahora iba a hacerlas.

Margaret miró las novelas que tenía su madre apiladas en la mesita. Todas trataban sobre muchachas inglesas que trabajaban en librerías durante la guerra, o sobre muchachas inglesas que trabajaban como enfermeras durante la guerra, o sobre muchachas italianas que se enamoraban de duques. Ojalá su madre la dejara quedarse un rato más.

Hacía casi un año, Elizabeth había estado una infinidad de días sin salir de la cama. Un día, después de irse ellos al colegio, su madre se había tomado más pastillas de la cuenta; Margaret lo sabía porque la propia Elizabeth se lo había contado. Se lo había explicado todo una mañana, las dos metidas en la cama como si fuera el cuento de antes de dormir.

—A veces una tiene que hacer cosas extremas para que la gente comprenda lo mucho que sufre —había dicho.

Con «la gente» se refería a su padre. Era por lo de La Aventura. Elizabeth hablaba de ella en mayúsculas, así que Margaret y Neal hacían lo mismo. Su padre nunca mencionaba el tema, y eso que era él quien la había vivido… o tenido… La Aventura.

Pero Margaret no había entendido del todo si lo de las pastillas había sido un accidente; si, por ejemplo, Elizabeth estaba tan disgustada que se había confundido y se había tomado un buen puñado de pastillas en vez de otra cosa, en vez de comida normal, como quien se come un puñado de palomitas. Fue Neal quien le dijo que no, que Elizabeth lo había hecho adrede porque lo que quería era morirse. Su hermano había apagado la tele para contárselo. Él no había llorado, así que ella tampoco lloró.

—No se lo puedes contar a nadie —le había advertido su hermano —. Ni siquiera a Biddy.

Elizabeth contaba que su marido se había largado porque era un cobarde. Neal decía que volvería pronto. Su madre no salía del dormitorio. A Margaret guardar el secreto le resultó más fácil de lo que pensaba. La señora Murphy pasaba de vez en cuando por la casa

para ver cómo estaban. Solía pasarse por las tardes, dejaba una fuente de horno con comida o una pizza en la encimera de la cocina y se perdía escaleras arriba. En tres ocasiones incluso recogió a los niños y los llevó a la piscina, donde jugaron al tiburón con Biddy y Danny.

—¿Todo bien, chicos? —les preguntaba cuando los llevaba de nuevo a casa; y antes de despedirse le decía a Neal—: Cuida bien de tu hermana.

Al final, alguien debió de llamar a la hermana de su padre, la tía Daphne, porque esta condujo desde Delaware para llevarse a los niños con ella un par de semanas. Cuando los devolvió, las clases estaban a punto de empezar, su padre había vuelto y Elizabeth estaba en pie ordenando el armario de Margaret, sacando vestidos veraniegos sin parar.

—Esto está hecho una pocilga. Ninguno de estos vestidos te cabe ya ni con calzador —estaba diciendo, a lo que Margaret, de pura alegría, se tiró en bomba en la cama.

Por entonces era todavía una cría; aunque ya tenía edad suficiente para entender que si la señora Murphy les llevaba guisos a casa pero no traía a Biddy con ella era porque no quería que su hija presenciara aquello. No quería que supiera lo mal que estaban las cosas. Y tenía sentido, aunque aquel primer gran secreto fue una grieta en el espejo de su amistad, peor que lo de Inglaterra, peor que fingir que se habían despertado a la vez.

Margaret tenía la esperanza de que su madre, al no haberse muerto, ya no quisiera morirse. Sin embargo, lo más probable era que todavía lo deseara a veces, aunque fuese solo un poquito, y seguramente le pasaba en días como aquel, cuando no quería salir del cuarto.

—No estaba en mi sano juicio —le había dicho Elizabeth la vez que le contó lo de las pastillas.

Antes de eso la niña no había pensado que el juicio pudiera enfermar. Ahora era algo que le preocupaba: había que proteger, como las pistolas en la urna de cristal, el juicio de Elizabeth.

Cuando le tendió la bata, su madre la agarró del brazo.

—¡Margaret! —exclamó, ahogando un grito—, ¡pero si tienes el brazo cubierto de picaduras!

Tenía unas ronchas muy rojas por toda la cara anterior blanca del brazo, allí donde el sol nunca alcanzaba la piel.

—No es para tanto… —contestó Margaret, que llevaba toda la mañana rascándoselas sin darse cuenta.

Su madre siguió sujetándole el brazo, girándolo a un lado y a otro, a la luz del jirón de sol que se colaba entre las cortinas.

—¡Te han comido viva! ¿Qué va a pensar la madre de Biddy? Tenemos que deshacernos de esos murciélagos asquerosos. Lo menos que podían hacer es mantener a raya a los mosquitos para que no os piquen…

Tanto hablar del tema empeoró la picazón. Elizabeth le puso un dedo, con cuidado, justo encima de una picadura y el picor hizo que a Margaret le ardiera el brazo, con un calor tan fuerte que lo sintió hasta detrás de los párpados. Pero no intentó zafarse.

Que su madre la tocara, el jirón de luz, tanta atención. A Margaret le entraron ganas de llorar.

—Ve al botiquín de mi baño y ponte un poco de hidrocortisona ahora mismo —dijo su madre en tono enérgico.

Una siempre se siente más triste cuando se mira en un espejo. La razón es que a la tristeza que ya tienes porque sí se le suma la tristeza más generosa que sientes por otra persona. «Pobrecilla», pensó Margaret al ver su reflejo. La niña del espejo parecía padecer algo mucho peor de lo que fuera que estuviera afligiendo a la propia Margaret.

Qué raro, pensó entonces, que ese cúmulo de entradas y salidas, de formas y agujeros, en la parte frontal de una cabeza compusiera algo que expresara con tanto descaro pensamientos y sentimientos: la cara. A todos esos pensamientos y sentimientos se refería Elizabeth cuando le decía: «No pongas esa cara», Margaret lo sabía. No pongas esa cara, pensó ahora Margaret, mirando a la niña del espejo. Tenía los ojos demasiado pequeños y separados y algo le pasaba en la boca; estaba torcida y le temblaba. No pongas esa cara. Se echó agua fría. Se le olvidó la hidrocortisona. Cuando volvió al dormitorio, su madre ya no estaba.

3

En ninguna otra época de su vida volvería a saber tan poco ni tener tan poco que hacer como entonces. A Neal y a Danny las madres los habían apuntado todo el verano a un campamento para jóvenes que reproducía el funcionamiento de las Naciones Unidas (Neal: muy a favor; Danny: muy indignado), y Biddy tenía natación, pero Margaret no hacía nada. Vaciaba y cargaba el lavavajillas, sacaba la basura, vaciaba y cargaba el lavavajillas. De vez en cuando iba a la piscina con Biddy. Leía ávidamente en el jardín libros sobre niños especiales que hacían magia. Fantaseaba con Danny, y con el hijo mediano de *Un chapuzas en casa*, y con Calvin O'Keefe, de *Una arruga en el tiempo*.

Tenía una posesión muy preciada, un libro de poemas llamado *Jardín de versos para niños*. Estaba encuadernado en tela roja y lo había heredado de su madre. Para ella era un tesoro porque Elizabeth lo había ganado como premio en el colegio, en el internado de niñas al que iba cuando no tenía ni la edad de Margaret. La mayoría de las alumnas provenían de sitios lejanos, a diferencia de su madre. Sus padres vivían en el mismo pueblo. Pero su padre era un empresario importante y su madre daba muchas fiestas, y resultaba una carga tener a una cría en casa. A su hija la querían sobre todo en vacaciones, contaba Elizabeth, cuando iban con ella a Europa y le compraban esa ropa tan bonita que siempre llevaba. Sus padres habían muerto ya, una tragedia, como en un cuento. Qué cosas: ¡tener que vivir en un colegio! Menos mal que a Margaret no la obligaban a nada parecido. Aunque era cierto que su madre siempre decía que a ella le gustaba su colegio. Que le vinieron bien las faldas de cuadros y las habitaciones y el orden, y la misa a las cuatro y la cena a las cinco y la directora autoritaria con los dedos de color blanco tiza que le hizo entrega del poemario, en cuyas guardas, en una caligrafía de colegiala digna del autógrafo de una famosa, su madre había escrito «Elizabeth».

Margaret se sabía de memoria muchos de los poemas y a veces los recitaba para sus adentros, como si fueran canciones de la radio. Y le gustaba más incluso un poema que le había leído su maestra: «Margaret, ¿sufres viendo deshojarse a la Alameda Dorada?». Hablaba de unos árboles. Se lo decía mucho a sí misma: Margaret, ¿sufres? Ay, qué bonita era aquella poesía.

Sus conocimientos sobre historia provenían más que nada de los libros de la colección American Girl Doll, por eso asociaba la época de la Guerra de Independencia con la imagen de unas niñas pelirrojas trepando a los árboles. De la esclavitud sabía que era algo muy malo que había pasado hacía mucho tiempo; de política solo sabía cómo se llamaba el presidente. Sabía que existía una cosa llamada aborto, o por lo menos que la gente llevaba pancartas sobre el aborto. Sabía quién era Kristi Yamaguchi. En un rincón del salón tenían un ordenador personal, con el que en teoría ella debía jugar a un juego para aprender mecanografía y las tablas de multiplicar. En dos ocasiones se había atrevido con Biddy a hacer sonar los pitidos delatores del aparato para entrar en internet, pero lo que allí habían encontrado las había aburrido y desconcertado a partes iguales. En la clase de educación para la salud había coloreado unos esquemas sobre la pubertad, pero no tenía ni idea de qué sentiría cuando su propio cuerpo cambiara. Tal y como lo contaban, parecía que todo giraba en torno a cositas pequeñas: vello, granos, poros y folículos. Pero ella sabía que el asunto era muchísimo más importante: era más bien como si fueras desapareciendo, célula a célula, hasta que un cuerpo nuevo te sustituía entera.

«¿Qué sentido tenía su existencia?», solía preguntarse. Tenía diez años.

❋

Una mañana estaba Margaret sin hacer nada, para variar, cuando un coche apareció a toda velocidad, aparcó delante de la casa y la señora Ricci, que vivía en la misma calle, se bajó de él atropelladamente. Su hermano Neal estaba en el campamento; su padre, trabajando, y

Elizabeth, en algún rincón del jardín, arrancando unas cosas y plantando otras. La única que la vio aparecer fue Margaret.

La señora Ricci llevaba el pelo largo a pesar de ser mayor y siempre había sido cariñosa con Margaret porque tenía hijos y no hijas, aunque seguramente lo prefería así. Vivían en una enorme casa de ladrillo cercada por una valla de forja, con un camino que rodeaba una fuente de verdad, lo que a su madre le parecía de lo más pretencioso, aunque eso no debía repetirlo.

—Margaret, ve a buscar a tu madre, es urgente.

Ya estaba preparada. Dobló la esquina corriendo y al grito de:

—¡Mamá!

Y allí estaba Elizabeth, surgiendo del parterre de las flores. Su madre recorrió en apenas unas zancadas el camino hasta la calle: ella se ocuparía de cualquier problema.

Margaret se quedó en los escalones del porche, a una distancia prudencial, observando a las mujeres, a la espera de sus órdenes. «Se ha perdido», llegó a escuchar, «anoche, no sé cuándo…». Algo debía de haberle pasado a uno de sus hijos, alguna herida espantosa, al tímido de Philip o al abusón de Jeremy. A Margaret no le caía bien ninguno de los dos chicos, pero tampoco quería verlos heridos o muertos. La señora Ricci se llevó las manos al pelo y empezó a menear la cabeza de un lado a otro. A ella una vez se le había metido un mosquito en la oreja y se le había quedado allí pegado con la cera y, mientras le zumbaba al cerebro, había gritado y sacudido la cabeza justo así.

La señora Ricci y su madre eran amigas, aunque no tanto. Siempre que se encontraban por la calle se decían «a ver si quedamos». Si Elizabeth estaba regando las flores que lindaban con la calle, la señora Ricci aminoraba la marcha con el coche y le decía: «Da gusto ver tus rosas». Pero las familias solo habían intercambiado visitas en un par de ocasiones. Su madre no parecía necesitar muchas amigas.

Por eso le sorprendió verla allí abrazando a la señora Ricci, apretándola contra el pecho y quedándose así un rato. Le había puesto una mano en la espalda, y la subía y la bajaba para reconfortarla mientras con la otra le sostenía la cabeza por detrás. Elizabeth era mucho más pequeña que la otra mujer (y eso también la sorprendió).

Lo único que alcanzaba a ver de su madre eran sus manos y un mechón de pelo rubio por encima del hombro de la señora Ricci. Era una visión asombrosa, aquella madre en los brazos de su madre. Antes de eso la única adulta a la que había visto llorar había sido su propia madre.

—Hemos mirado por todas partes —dijo entonces la señora Ricci deshaciendo el abrazo—. ¿Y si nos la han robado?

¿La? ¿Robado?

Una vez consolada la vecina, Elizabeth pasó a la acción.

—¿Has llamado a la perrera? Vale, yo me encargo de llamar ahora mismo. Y luego te ayudo a buscar. No te preocupes, que seguro que aparece.

Era una emergencia, pero no eran ni Philip ni Jeremy los desaparecidos. Era Brincos, la cabra enana que tenían por mascota.

Brincos vivía en un corralito en el jardín trasero de los Ricci y en teoría comía terrones de azúcar y caramelos de menta si se los ofrecías en la palma de la mano, aunque las pocas veces que ella había ido a la casa, la cabra ni se había acercado a la valla. Tenían a esa cabrita porque el señor Ricci era alérgico a los perros y a los gatos, pero le parecía importante que sus hijos se criaran sabiendo cómo cuidar de un animal. La señora Ricci lo contaba como si la cabra convirtiera la casa en una granja y los niños se levantaran al alba con un cubo en cada mano…, aunque todo el mundo sabía que vivían en Nueva Jersey y que todo aquello era pura pose.

La cabra tenía un collar rosa en el que ponía BRINCOS, nombre que también habían grabado en una placa dorada en la puerta de su corralito, la misma que ahora la señora Ricci estaba diciendo que se había abierto, misteriosamente, por la noche. La cabra era tan pequeñita —a Margaret le llegaba por las rodillas— que más que una criaturita adorable tenía un punto inquietante. Nadie se esperaría que existiera algo así. Cualquiera podía atropellarla con el coche antes de que el cerebro le dijera: «¿Qué? ¿Eso que acabo de ver era una cabra enana?».

Un señor mayor al que Margaret no conocía estaba ahora subiendo por el camino de su casa, a pesar de que por allí la gente no hacía esas cosas. No era ese tipo de barrio. El hombre tenía el pelo rizado y canoso, como lo tendría su padre de mayor, pero más largo y despeinado de como se lo dejaría él. Una camisa de manga corta abrochada hasta el cuello y remetida, por encima de un barrigón firme, en unos vaqueros azules que llevaba a su vez remetidos en unas botas de faena.

—Papá —dijo la señora Ricci.

—He visto tu coche al pasar —explicó el hombre—. He recorrido la calle de atrás, pero no la he visto. Iba a dar otra vuelta ahora. ¿Se apuntan a la partida de rescate? —Le tendió la mano a Elizabeth—. Creo que no nos han presentado: soy Stu Elkins, el padre de Jeannie. Vengo de Maryland.

Era raro pensar que la señora Ricci tuviera un padre.

—Encantada de conocerlo —dijo su madre—. Iba a llamar ahora a la perrera.

—Buena idea —dijo el hombre asintiendo también con la cabeza.

Elizabeth resopló por la nariz, dando a entender que quizá no fuera buena idea, o como diciendo que quién era él para saberlo. Margaret comprendió lo que pasaba: su madre quería estar al mando, y debería estarlo, se lo merecía. Estaba utilizando el tono que usaba con su padre, cuando le decía cómo solucionar una situación en el trabajo que parecía muy difícil pero que en realidad no lo era en absoluto. Que Margaret supiera, su madre nunca había tenido un trabajo, pero, de haberlo tenido, seguro que lo habría hecho muy bien. Ella estaba orgullosa de tener una madre tan competente, una madre que no se venía abajo ante una crisis ajena.

—Margaret, acércate, anda —la llamó su madre—. Por qué no ayudas al señor Elkins a buscarla a pie mientras la señora Ricci y yo la buscamos en coche.

Margaret no quería. ¿Con aquel desconocido? Quería quedarse con su madre. Pero no había sido una pregunta.

—Mi hija —dijo Elizabeth con un gesto de presentación—. Entro un momentito a llamar y ahora te traigo un vaso de agua, Jeannie.

Margaret se quedó en el sitio. Miró a su madre, pero esta ya se alejaba. La señora Ricci estaba apoyada en el coche, respirando hondo, con los ojos cerrados y una mano en el pecho.

—¿Te parece bien el plan? —le preguntó el hombre.

Margaret respondió encogiéndose de hombros. Lo siguió hasta la calle y luego doblaron a la izquierda.

—Me apuesto lo que quieras a que tú eres de esas crías que se saben todos los atajos y los escondrijos del barrio, ¿verdad?

—Supongo, sí.

—¿Y cómo has dicho que te llamas?

—Margaret —dijo, y luego—: Margo.

—Bien, Margo, a ver: si tú fueras la cabra más enana del mundo, ¿dónde te habrías metido?

—Pues… no muy lejos.

—Claro. Con esas patas de juguete…

El hombre dio un chiflido para un lado y para el otro mientras la dejaba pensar.

—Iría en busca de un sitio con mucha hierba… —dijo entonces Margaret.

—Exacto.

—O tréboles. A un sitio fresco.

Ya hacía bastante calor, y el sol deformaba sus sombras sobre la calzada.

—Seguro que ni siquiera ha salido de la urbanización. Vamos a dar otro repaso, ¿vale? Por todos los sitios frescos y con sombra.

—Vale. Entonces… ¿es usted el padre de la señora Ricci?

—Sí, eso es. He venido a pasar la semana.

—Desde Maryland.

—Buena memoria. Desde Baltimore, en concreto.

—¿Le gusta esto?

El hombre se lo pensó, como si realmente estuviera valorando la cuestión.

—Sí, sí que me gusta. Pero mi mujer ha muerto, así que…

—¿Se va a venir a vivir aquí?

—¿Aquí? —Habían llegado ante la casa de los Ricci—. Ja… —dijo, pero no era una risa de verdad, sino la palabra de la risa—. No.

Margaret creía saber a qué se refería el hombre. Aquella casa de ladrillo era demasiado grande, al igual que la cabra era demasiado pequeña. Ninguna de las dos cosas estaba pensada para ser útil o para sobrevivir, sino para otra cosa: para impresionar, para abrumar o hacerse querer. Solo alguien muy rico sería tan frívolo como para tener cosas tan grandes y tan pequeñas.

Siguieron por el camino hasta el jardín trasero, donde se detuvieron para inspeccionar la zona. Allí estaba la explanada de piedra con la barbacoa. También estaba el corralito de la cabra y la cerca, sospechosamente abierta de par en par. Un muro de setos rodeaba la piscina, y más allá, al otro lado, el césped tamaño industrial. Por ambos flancos había una franja desmañada de naturaleza, unos dos metros de bosque que ocultaban las casas de los vecinos. Ocultar las casas era precisamente la función del bosque, la única razón por la que habían permitido vivir a unos árboles en ese paisaje de hierba, flores y acolchado de cortezas. Aquello era lo más chic de toda la parcela, más chic incluso que la piscina y la fuente y la supuesta granja del jardín trasero: que no hubiera señal alguna de la existencia de otras personas.

—Yo voy por la derecha y tú por la izquierda, ¿te parece?

Era otro mundo bajo los árboles, con cosas que se enroscaban y se desplegaban, que brotaban y se marchitaban, verde por arriba y negro por abajo. Margaret sorteó la hiedra venenosa y sus hojas ungidas de veneno. Sabía identificar las que sin duda eran hiedra venenosa, pero no se le daba tan bien identificar cuáles no lo eran, lo que hacía que todo se volviera sospechoso y costara avanzar.

Se agachó y ojeó entre las ramas, mientras chasqueaba la lengua como si buscara un gatito. Cuanto más tiempo pasaba buscando la cabrita, más ganas tenía de encontrarla. La acurrucaría entre los brazos y se la llevaría a las madres, como una ofrenda. Se sentía orgullosa de enfrentarse a esta prueba, de tener una misión, un propósito. Los padres y los chicos no estaban. La cabra balaría en cualquier momento, y ella la encontraría, la rescataría y la mantendría a salvo.

Pero allí no estaba. A lo mejor no quería que la encontrasen. A Margaret le entró sed después de haber bajado hasta la linde del césped y haber vuelto a subir. Vio al señor mayor al otro lado del jardín, haciendo lo mismo que ella; andaba, se agachaba, miraba y vuelta a empezar. A ella le vendría bien parar un rato. No creía que la riñeran por ir a meter los pies en la piscina.

Entró por la verja que había en el seto, se quitó las sandalias y metió los pies en el agua. Al momento se le alivió la sed. Meneó las piernas arriba y abajo para que el frío se le colara por entre los dedos de los pies. Luego levantó la vista. La cabra estaba tendida bajo una tumbona.

Allí, rayada por las sombras de los tablones, la cabra parecía más estrafalaria y animal de lo que recordaba. Se había imaginado a un bello corderito, de lana sedosa y hociquito suave, parecido al cordero que se le sentaba a Mary en el regazo en *El jardín secreto*. Pero no era un cordero, era una cabra, y no una cabra cualquiera, sino una enana. Había creído que, tan pequeña y frágil, sería una monería, pero, vista de cerca, no tenía nada de mona. Tenía un pelaje gris y sucio y unas patas que parecían hechas con remiendos, con unas articulaciones que semejaban un enredo de hueso, y unos ojos amarillos muy abiertos y demasiado separados.

No le entraron ganas de acurrucar a la cabra entre sus brazos. No tenía cara de dejarse acurrucar. Tenía más bien pinta de poder morder o morirse. No sintió deseo alguno de protegerla; si acaso, más bien al contrario: repulsión y cierta sensación de amenaza. El animal no paraba de mirarla, sin miedo ni curiosidad. Tenía unas gruesas rayas horizontales por pupilas, como si alguien le hubiera hecho un tachón en el ojo, en un intento por borrarlo y volver a empezar.

Algo le pasaba a la cabra, o algo le pasaba al mundo que había creado algo así. Su desamparo era una especie de prueba, una prueba que todos suspenderían o que ya habían suspendido. Al ser tan fácil dañarla, daba la impresión de que tarde o temprano alguien, quizá ella misma, se vería obligado a hacerlo. El sol se reflejó y destelló en el oro del collar. Con sigilo, Margaret atravesó los setos para volver sobre sus pasos.

4

Fue el señor mayor quien devolvió la cabra al corralito. En vez de llevarla en brazos, le pasó un dedo por el collar y tiró del animal hasta que decidió moverse. El hombre le reconoció todo el mérito a Margaret.

—¡Qué mente prodigiosa! —dijo, a pesar de que ella le había explicado que había sido casualidad; luego se dio una palmada en la frente y suspiró ante la estupidez de los adultos—: Pues claro, normal que haya venido a tumbarse en la piscina, ¡qué cabrita, la tía! —El hombre le guiñó un ojo, porque lo de la cabrita era un doble sentido, y pillar el juego de palabras fue para Margaret casi tan gratificante como encontrar a la cabra.

La señora Ricci se echó otra vez a llorar cuando llegó a la casa y vio a la cabra. Corrió a abrazarla e hincó las rodillas en el suelo para acariciar con la nariz aquella cara rara. La cabra se quedó allí sin más, dejándose hacer, sin que la raya plana del ojo le temblara ni por un momento. Margaret y Elizabeth se quedaron las dos paradas delante de la cerca. Su madre seguía con la ropa de trabajar en el jardín y tenía tierra en los fondillos de los pantalones cortos. Con el calor, la melena rubia se le veía desmañada, a medio recoger detrás de una oreja. Margaret se atrevió a mirarla directamente a la cara.

Tenía un gesto extraño en la boca, como si estuviera dándole vueltas a algo asqueroso, algo que no quería escupir por no ser maleducada, pero que tampoco quería saborear. Una sensacioón de satisfacción se posó con todo su peso sobre la cabeza y los hombros de Margaret. Su madre y ella tenían algo en común: la cabra les inspiraba los mismos sentimientos. Jamás habrían podido quererla como la quería la señora Ricci.

Como agradecimiento por haber encontrado a la cabra —¡mi pobrecita podía haberse ahogado!—, la señora Ricci los invitó a todos

a darse un baño en la piscina cuando Neal y sus hijos volvieran de sus respectivos campamentos. Así fue como, a última hora de la tarde, regresaron a la casa, Margaret heroica con su bañador deportivo. Philip la trató bien: «Me he enterado de que has encontrado tú a Brincos. Seguro que mi madre estaba que le iba a dar algo». Jeremy, por su parte, levantó la palma de la mano y no la bajó hasta que ella cedió y se la chocó. Margaret habría apostado a que había sido uno de los chicos quien había dejado abierta la cerca de Brincos. Si ella hiciera algo así, podría darse por muerta, pero no parecía que ninguno de los Ricci se hubiera metido en un lío.

Poco después, los niños ya estaban pasando de ella, mientras se lanzaban una pelota de gomaespuma y chillaban cada vez que se tiraban al agua y no la cogían. Margaret se dedicó a botar en el trampolín, demorando el momento de meterse en el agua. Estaba tan transparente que podía haber sido una piscina de nada en absoluto. Se quedó allí sin más, rebotando con la cabeza en las nubes. Le gustaba salir disparada al aire, saltar sin esfuerzo alguno. En la cumbre de cada bote, veía por encima de la línea de setos, más allá del distinguido césped y hasta la calle a los pies de la colina, en cuyo extremo había una diminuta señal de stop, como si dijera: «Hasta aquí, ya no puedes ver más allá». Y luego descendía, y de nuevo subía, cada vez un pelín más alto.

De pronto se dio cuenta de que se había hecho el silencio en la piscina. Los chicos estaban observándola, mirando… ¿el qué? Ay, Dios. ¿Era sexy lo que estaba haciendo? Pero el bañador no tenía nada, nada que llamara la atención de nadie. Dejó de rebotar —pareció una eternidad hasta que consiguió parar del todo— y, con las prisas por bajarse, se torció el tobillo en el borde del trampolín. Agua por todas partes, agua entrándole por la nariz. Dichosa agua de piscina, ¿por qué tenía que ser tan transparente? No podía parapetarse con nada, salvo las burbujas de su propia exhalación. Deseó que fuera agua de lago, oscura y embarrada; deseó estar en el fondo, entre las algas. Se pegó las rodillas al pecho en posición de bomba y se quedó allí flotando y negándose a volver a la superficie.

Pero, de repente, por debajo, dos manos en el culo. Nunca había pensado en la palabra «culo» con respecto a su propio cuerpo, pero en ese momento sí que le vino por primera vez, y con solo pensar en la palabra su cuerpo pareció cambiar, como si los músculos se tensaran al cambiar de forma y no volvieran ya a relajarse. Dos manos en el culo alzándola, sacándola del agua y lazándola hacia arriba. El aire le retiró el agua de la piel de golpe y las piernas se le abrieron de la sacudida, al igual que los ojos. Volvía a estar arriba, en el paisaje verde de los setos, aunque no tan alto como para ver más allá. Le pasó por debajo el lustre negro de las cabezas de los chicos, redondas como cantos rodados. Y luego, al caer, se estrelló contra la superficie hacia la mitad de la piscina.

Siempre le había gustado que la tiraran al agua. Su padre solía lanzarla y luego ella resurgía riendo y pidiendo que otra vez, otra vez. Pero aquello era distinto.

—No me toques —dijo.

—Que era broma —replicó Jeremy.

Margaret miró a su hermano, pero este dijo:

—Tranqui.

No quedó claro si se lo decía a ella o a Jeremy.

—¡Eh, cogedla! —gritó Philip, que tenía la pelota de gomaespuma en una mano y la echó entonces hacia atrás, imitando el espasmo de un pase amagado.

Su hermano mayor lo ignoró, sin embargo, y el de Margaret hizo otro tanto.

—Venga, Jeremy —volvió a intentarlo el pequeño—. Vamos a jugar.

Pero el mayor se sumergió hasta que solo la nariz y los ojos asomaban por encima de la superficie.

—No me gusta que me tiren —insistió ella entonces.

El chico metió la cabeza bajo el agua y nadó. Algo de aquella espalda blanca y demasiado ancha acercándose a ella la asustó. Era como un tiburón pero daba más grima. Las ondas del agua hacían que los bordes de los colores se contonearan, con el azul de las baldosas penetrando la piel y la piel penetrando las baldosas. El chico solo quería jugar. Quería lanzarla al aire como un balón de fútbol. ¿Qué tenía eso de malo? Pero Margaret pensó que no soportaría que él

volviera a tocarla. Dio una patada hacia atrás, pero no tenía escapatoria: estaba atrapada entre los guijarros de la pared de la piscina y la suave y gomosa humedad del cuerpo del chico.

—¿Qué mierda haces? —chilló Jeremy.

Ahora era él quien salía del agua farfullando indignado, como si algo allí abajo lo hubiera sorprendido y lo hubiera atacado. Tenía unas líneas rojas por el pecho y el hombro, oscurecidas por la sangre, cada arañazo bordeado de un rosa chicle que escocía y se extendía cada vez más, como si estuvieran ribeteados con una cinta. Margaret sacó una mano del agua y le dio la vuelta, para inspeccionarse las uñas. Debía de tener bastante piel del chico allí debajo.

Justo en ese momento, las madres aparecieron en la piscina. Margaret se apresuró a esconder la mano bajo el agua. La señora Ricci llevaba una bandeja con una jarra y unos vasos, mientras que su madre cargaba con una montañita de toallas blancas en los brazos. El señor mayor iba detrás. Las madres tenían aspecto de jóvenes de la Antigüedad, se dijo Margaret, como unas doncellas pintadas en una pared. Concentró la mirada en ellas para no tener que mirar ni a Neal ni a Jeremy. Le vino a la cabeza la palabra «mural». No, «fresco». Quizá tuviera algo que ver con sus hombros desnudos, y con las diminutas hojitas verdes del seto que tenían detrás, y con la piedra blanca bajo las sandalias. Parecían doncellas salidas de un fresco de un templo de Roma, que era un sitio al que había ido Elizabeth de pequeña y al que siempre había querido volver, porque era allí donde realmente se veía la historia, en las ruinas.

Su madre dejó las toallas en una silla y entonces vio a Jeremy. Volvió la mirada de los arañazos a Margaret y de nuevo al chico.

—Estás sangrando —dijo la señora Ricci.

—¡Margaret! ¿Qué has hecho? —Elizabeth dio por sentado que había sido su hija, y esta vez no se equivocaba; miró a Neal y este se encogió de hombros: sí, había sido su hermana—. ¿Por qué tienes que ser tan bruta jugando?

—Es que él me ha tirado.

—¿Y qué? —preguntó Elizabeth con verdadera incredulidad—. Pídele perdón a Jeremy. ¡Le has hecho daño!

Acababa de perder de golpe todos los puntos que había ganado con la señora Ricci por encontrar a la cabrita. Había salvado a su mascota, pero ahora había arañado —quizá le quedarían cicatrices y todo— a su hijo. Este se aupó en el bordillo de la piscina para salir, como uno de esos soldados heridos que surgían de las trincheras en las películas de guerra que veía su padre. Las madres se arremolinaron a su alrededor. Le presionaron una toalla blanca contra el pecho, como si necesitaran más pruebas de que la sangre era real. Al ver la tela manchada de rojo, parecieron aún más sorprendidas.

El señor mayor se había sentado en una tumbona y estaba mirando a su hija, que estaba mirando a su hijo. Margaret no habría sabido decir en qué pensaba el hombre. Llevaba la misma camisa de manga corta, pero había cambiado las botas y los vaqueros por un bañador. Tenía las piernas muy blancas y más flacas de lo que habría esperado. Bajo el asiento, las sombras se proyectaban en rayas como lianas enredadas.

Elizabeth avanzó hasta el borde de la piscina, a contrasol.

—Pídele perdón —dijo con las manos temblorosas, aunque no podía llegar hasta Margaret porque estaba demasiado lejos del bordillo—. Ya puedes ir saliendo para disculparte.

Margaret dio un paso al frente, pero entonces se detuvo. No. No pensaba salir. No se arrepentía de nada. Había dejado esas marcas en la superficie del mundo. No habían vuelto a tirarla.

Así que, en cambio, retrocedió paso a paso hasta la otra punta de la piscina.

La señora Ricci se había llevado las manos a la cara otra vez; al parecer, era algo que hacía sin más, no le hacía falta mucho. Margaret la odió en ese momento, y también al señor mayor, el mismo que había sido tan amable con ella pero que ahora era imposible que la viera con buenos ojos. Hasta Elizabeth había hecho un mundo de lo de la cabra, y ahora la odiaba más que a nadie, por estar tan preocupada por el bienestar del animal, por unirse al revuelo maternal.

—Ven aquí ahora mismo. Ven aquí o te…

Margaret había llegado al otro bordillo. Apoyó las palmas de espaldas a la pared, se aupó y echó su nuevo culo hacia atrás.

—Margaret, ni se te ocurra.

Pero ella ya estaba corriendo que se las pelaba, camino de su casa, sin molestarse en coger una toalla, atravesando los setos y el jardín, con las briznas de hierba recortadas pegándosele a los pies y las piernas, unos calcetines verdes de césped recién cortado.

5

Al día siguiente fueron al centro comercial. Necesitaban zapatos nuevos para el curso, y vaqueros y sudaderas, y su madre no quería dejarlo todo para el último momento. En principio su padre iba a acompañarlos —le había dicho a Neal que irían juntos a Brooks Brothers—, pero a última hora se había visto desbordado de trabajo y habían ido solo los tres, los niños y la madre.

A Margaret le agobiaba el centro comercial. Había un montón de cosas que quería comprar, pero no podía tenerlas todas; además, tenía que ser algo que Elizabeth aprobara e, incluso dentro de esa categoría, costaba decidir: por qué esto sí y esto otro no. Y aun así, en cuanto se adentraban en el aire lujoso de aquel lugar, le entraban ganas de tener esto, o aquello, quizá eso otro de allí.

El centro comercial era cuadrado y las tiendas estaban dispuestas en orden ascendente de precios (o, si entrabas por la otra punta, descendente). Podías empezar por Old Navy, donde las camisas estaban apiladas en montones, y luego avanzar hacia Gap, donde esas mismas camisas estaban colgadas en perchas; después hacia J. Crew y Banana Republic, con su interminable doblado y desdoblado de suaves jerséis. En Abercrombie & Fitch, una lluvia de bruma corporal impregnaba las estancias oscuras. ¿Habría sujetadores de iniciación en Victoria's Secret? Le daba vergüenza preguntar; los anuncios del escaparate eran de un porno angelical, y Neal estaba mirándolos descaradamente.

Por último, en la cumbre, estaba Nordstrom. ¡Uy, Nordstrom! En Navidad compraban allí guantes sacados de vitrinas de cristal para los más viejos de la familia. Como si fuera una tienda salida de otro siglo, allí vendían hasta sombreros: los había para ir a las carreras de caballos, de ala ancha y con cintas, así como otros negros muy vistosos que solo podían haber diseñado para mujeres detectives. Margaret nunca había visto a nadie allí comprando un sombrero, pero

su presencia era fundamental en la tienda. En el mostrador de Estée Lauder compraban la crema facial de su madre, que venía en un frasco blanco precioso. Y luego subían en el ascensor a la planta donde Elizabeth se compraba los vestidos.

Su madre no creía en el color negro. Tampoco creía en nada que fuera hortera o escaso de tela. Si no valía un buen pellizco, no lo compraba. Le gustaban los vestidos ligeros entallados. Le gustaban los botones, los cinturones, las costuras a la vista y los forros de seda. Cuando un vestido la enamoraba de verdad, lo compraba en varias tallas: una seis para ella, una cero para Margaret y una dos para cuando esta creciera. Esa era la razón por la que la niña tenía tantos vestidos ideales para ir a la barbacoa del jefe de su marido, o para una velada en el teatro, pero ni un solo pantalón ancho de talle bajo (hortera) ni, menos aún, el top de tirantes finos (escaso de tela) que ella tanto deseaba.

Después de una hora de tiendas, Margaret ya no quería nada salvo que la liberaran del deseo, no volver a desear nada. Para cuando llegaron a la sección de las zapaterías, era la flamante propietaria de un vestido con cinturón y vuelo por la rodilla, en percal blanco y azul, que habría que arreglar porque ella todavía tenía la cintura demasiado estrecha, así como un vestido de tubo amarillo pollito que iba a juego con una chaqueta con mangas abombadas a la que su madre se refirió como «bolero». Su hermano llevaba tres jerséis que no iba a poder ponerse hasta tres meses después. A Margaret le dolía la garganta. Tenía la sensación de estar inhalando los hilos de los jerséis de Neal, una especie de miasma de fibras acrílicas y lentejuelas molidas que flotaba en el aire. Se notaba la garganta como el interior de una manga. Quería sentarse, necesitaba sentarse como fuera.

—Mi hija detesta ir de compras.
—No es verdad, es que estoy cansada.
—Sí, sí, ya verá, lo odia.
—Mamá, por favor no le digas eso a la gente, que no es verdad.

El dependiente, que estaba arrodillado calibrando qué número calzaba, tenía muñecas gruesas y unas púas rígidas de pelo engominado, y agarraba el tobillo de la niña con fuerza.

—Entonces tendremos que hacer que cambie de opinión, ¿no? —respondió el hombre.

Los pies de Margaret estaban justo en el límite: podía ponerse la talla más grande de niña o la más pequeña de adulta. ¿Qué hacer? Estaba claro que no iba a ponerse unas zapatillas de Disney con lucecitas, pero tampoco iba a calzarse unos tacones de aguja de terciopelo morado. Al final se decantó por unas Adidas de color azul marino que existían a ambos lados de la barrera de edad, y que, por eso mismo, resultaban atemporales y, de hecho, se parecían mucho a un par que había llevado Danny el año anterior.

—Me encantan —dijo, y le dio un beso a su madre—. Gracias, mami.

—¡Un beso! ¡Pero si esta niña nunca me da besos! —le dijo Elizabeth al dependiente.

—Permítame dudarlo, señora.

—Venga, ahora ve y escoge otros dos pares.

—¿Cómo?

—Si quieres llevarte las zapatillas, tendrás que elegir dos pares más. Unos zapatos más finos. De piel.

—Pero… ¿por qué?

—Porque necesitas por lo menos tres pares decentes para todo el año, y no quiero oír ni media palabra más.

Margaret lo intentó, pese a todo. Tenía un montón de zapatos y se los enumeró a Elizabeth, que no le hizo ni caso.

—Si quieres las zapatillas, tienes que escoger otros dos pares. Y punto.

Aunque hablaba en tono juguetón, su madre no estaba bromeando. Ella había inventado ese juego y Margaret tenía que jugar. El dependiente estaba también metido en el ajo, como si lo hubieran planeado juntos de antemano. Neal se había sentado en otra fila de asientos con *El señor de los anillos* y el mismo par de tenis blancos que llevaba su padre pero de su talla, ajeno al drama.

Margaret miró las zapatillas azules, acurrucadas de nuevo en su caja. Podía rechazarlas. Podía verle el juego a su madre, plantarle cara. Podía irse sin nada y ganar. Pero quería las zapatillas, y su madre sabía lo mucho que las quería.

Además, tampoco quería montar un numerito. Había que estar muy, muy enfadada para enzarzarse en una pelea con Elizabeth. El cabreo tenía que ser mayúsculo y desproporcionado, y sabía que no tenía tanta furia por dentro.

—Será mejor que vayas mirando —la azuzó su madre.

Margaret miró hacia las hileras de zapatos, fila tras fila, zapatos de salón de punta cuadrada, chanclas finas como suelas, zapatillas de deporte que parecían infladas como neumáticos. Había tacones de carrete, tacones de bloque, tacones sexis y botas de suave cuero marrón que semejaban unas piernas amputadas. Parecía imposible que todo aquello estuviera pensado para unos pies normales, para andar de verdad. Que Margaret escogiera uno de esos pares, que se los pusiera en su cuerpo para pisar el suelo de tierra… No tenía sentido. Se quedó allí de pie en calcetines, acorralada.

Pero Elizabeth estaba observándola, con el dependiente sonriendo a su lado.

—Siempre puedo elegir yo por ti —le dijo blandiendo en la mano un horrible mocasín negro con una gran hebilla dorada.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que aquello no era un juego: era un castigo. Claro que sí. Eres tonta, Margaret. Esa mañana su madre la había obligado a escribir una carta pidiendo perdón: «Estimados Jeremy y señora Ricci: siento mucho no haber controlado mi genio ayer en la piscina». Elizabeth había añadido una postdata en la que invitaba a los niños de los Ricci a ir a su casa cuando quisieran. Se la habían dejado en el buzón de camino al centro comercial. Ese había sido el castigo por arañar a Jeremy. Y este, el castigo por desafiar a Elizabeth.

—¿Os podéis dar prisa? —dijo Neal entonces—. Tengo hambre.

El vendedor encajó las tres cajas de zapatos en dos grandes bolsas de papel.

—¿A que no ha sido para tanto? —comentó Elizabeth.

Margaret se prometió para sus adentros que jamás se pondría esos zapatos. Sabía que tendría que ponérselos.

Siempre comían en el Café La Mer. Era el mejor restaurante del centro comercial, y eso significaba que casi tenías la impresión de no estar comiendo en un centro comercial. El restaurante conseguía este efecto gracias a la ausencia de ventanas y a la semipenumbra que reinaba en el local. Un mínimo indispensable de luz lagrimeaba desde las lámparas doradas de cada mesa y de los apliques de las paredes y goteaba sobre la cubertería y las suaves superficies de las copas de agua. Las bolsas apenas cabían debajo de la mesa. Cuando Elizabeth fue al baño, Margaret aprovechó para decirle a Neal:

—Hoy está especialmente pesada conmigo.

—¿Qué le ha dado con los zapatos? —preguntó su hermano.

—Ya, ¿cómo es que a ti no te ha obligado a comprarte tantos?

—Seguramente porque no soy una chica.

«Yo creo que, cuando me trata así, disfruta», pensó pero no lo dijo. No era capaz de traicionar a Elizabeth, ni siquiera ante su hermano. Les dio pataditas por debajo de la mesa a las bolsas, que se arrugaron y resonaron con el ruido hueco de las cajas.

Elizabeth volvió y pagó la cuenta. Era la última oportunidad que tendría Margaret de sacar el tema del sujetador, pero no quería mencionarlo delante de Neal. Además, no se fiaba, no fuera a ser que su madre la obligara a comprarse diez, veinte sujetadores, como los de los ángeles de los anuncios, con encajes y braguitas a juego, de esas que se te metían por los cachetes.

En lugar de volver por el mismo sitio, fueron directos hacia el aparcamiento. Al doblar la esquina, aparecieron en una zona vacía. Las tiendas parecían estar en obras, con los escaparates opacos y cubiertos de papel blanco por dentro. Las pisadas retumbaban. En el centro del pasillo había una columna rodeada de unos helechos grandes y relucientes. Daba la impresión de estar allí plantada para sujetar un plano con un punto rojo que dijera «Usted está aquí», pero no había ningún plano. Estaba hecha de una sencilla piedra blanca que le daba un aire solemne, como si fuera el monumento del centro

comercial. A Margaret le pareció que en lugar de plantas tendrían que haber puesto algún tipo de sacrificio, una ofrenda, una pira de zapatos ardiendo. Podía haber tirado sus bolsas al suelo, todo lo que había querido y todo lo que no. ¿Era esa la lección del centro comercial? ¿Que para conseguir lo que deseas tienes que llevarte más de lo que deseas? A lo mejor el deseo era siempre un poco así: algo trastocado. Algo con lo que te obligaban a tragar.

—Margaret, venga, aligera el paso.

El centro comercial volvía a empezar al otro lado de la columna, como si fuera una equivocación o una broma, y se vieron de pronto a las puertas del Claire's, donde una cola de chicas esperaba para hacerse un *piercing*.

6

¿Había estado siempre ahí? Pero entonces, ¿por qué no se había fijado antes? Y si no había estado siempre ahí, ¿en qué momento y cómo había llegado ahí? Era un cuadrado vacío en la pared, justo a ras del suelo, de unos veinte centímetros de altura. Parecía una puertecita para gnomos o hadas, una especie de pasadizo. Margaret estaba en la ducha lavándose el pelo una tarde cuando reparó en él. Se enjuagó la cara y volvió a mirar. Seguía allí.

El plato de ducha estaba a un lado del cuarto de baño y el agujero, en la pared de enfrente. Técnicamente era el baño de invitados, el que utilizaban los niños. En la pared, por encima del agujero, había estantes con toallas, la caja de los pañuelos, el bote de los bastoncillos, el de los algodones, la vela en el tarro de cristal con las azucenas pintadas por fuera. Pero bajo aquella disposición familiar: un cuadrado vacío. Sintió el impulso de ir a echarle un vistazo, pero a la vez no quería acercarse demasiado. Podía salir algo de allí. Una rata, por ejemplo. O incluso un montón de ratas. O algo peor. Margaret no quiso pensarlo más.

Cerró el grifo de la ducha y se enrolló la toalla por encima del pecho. Dio un paso hacia el agujero. ¿Qué vería si mirase por él? ¿Qué iba a haber? Pues la habitación al otro lado de la pared, claro, la habitación de invitados, con la colcha azul de retales y la mecedora, que a su madre no le gustaba lo suficiente para ponerla en ningún otro sitio, y el baúl a los pies de la cama, donde Margaret guardaba las muñecas con las que ya era demasiado mayor para jugar.

O a lo mejor pasaba como en *El león, la bruja y el armario*, cuando los copos de nieve flotan alrededor de los abrigos de piel. Quizá viera el interior de la mata de zarza. A lo mejor no veía nada, solo un vacío negro eterno, por el que el viento silbaría hasta que de pronto todos los murciélagos del desván se despertarían y saldrían aleteando por allí.

Pero algo había en el agujero. Un paso más y lo vio destellar. Pensó que podía ser una joya, la lámpara de un genio. Pensó en un ojo. Pero era redondo y tan inerte como el cristal. Se arrodilló, metió la mano en el agujero y lo sacó. Era una cámara de vídeo.

Margaret puso la papelera delante del agujero. Escondió la cámara varios días. La guardó en el baúl de la habitación de invitados, al fondo del todo, debajo de los vestidos de gala de las Barbies. Cada tanto cerraba por dentro la puerta del cuarto, la sacaba de su escondrijo y la miraba.

Ponía PANASONIC y era cuadrada y de un negro reluciente, con una fila de botones por la parte de arriba que no se atrevía a tocar. Se la acercó al ojo, la apartó. Era como encontrar un agujero dentro del agujero. Le vino la imagen de los hombres que veía a veces en los cruces de las calles, con esas cámaras en trípodes que contaban los coches que pasaban. A lo mejor era algo así, a lo mejor tenía un sentido práctico que Margaret no alcanzaba a entender. ¿Sería que Elizabeth pensaba reformar el baño y el arquitecto le había pedido que hiciera un vídeo?

Tocó las paredes del agujero y las sintió ásperas, y más irregulares de lo que le habían parecido de entrada. Esa parte de la pared era delgada, el tabique entre el cuarto de invitados y los estantes del baño. Sonaba a hueco cuando la golpeabas con los nudillos. Por fuera parecía bastante sólida, pero un serrucho la habría atravesado sin problema, un serrucho como el que había colgado de un clavo en el sótano, donde su padre guardaba las herramientas.

Intentó creer en todas esas posibilidades, pero le costaba, y cuando pilló a su hermano registrándole el cuarto, lo supo. Simple y llanamente, lo supo.

❁

—¿Por qué vas con chaqueta? —le preguntó Margaret una mañana a Neal, unos días después, mientras desayunaban.

Su padre se había ido a trabajar hacía una hora y su madre estaba hojeando un grueso catálogo de muestras de tapicería que le habían dejado en la tienda de las telas; estaba pensando en retapizar unos sillones. Neal tenía una pinta de pardillo tremenda.

—Tienes una pinta de pardillo tremenda —le dijo.

—Voy con chaqueta porque hoy se eligen los equipos para el debate final —le explicó—, y cuanto más profesional parezca, más probabilidades tengo de que me pongan con un equipo ganador.

—La gente no va a pensar que eres inteligente solo porque te pongas chaqueta.

—Margaret, deja de fastidiar —intervino su madre—. A lo mejor acabas en el mismo equipo que Danny —le dijo a Neal.

—Pues espero que no. Danny me cae bien y eso, pero es un caso.

—¿Que Danny es un caso? —Margaret estaba indignada—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Mira, ya sé que tienes a Danny en un altar —le dijo Neal—, pero sabes que tiene TDAH, ¿no?

—¿Y?

—Pues que no es precisamente caballo ganador.

Margaret quiso replicar, pero no se le ocurrió qué decir.

—Cállate —acabó bufando.

—Margaret, si te vas a comportar como una bruja con tu hermano, ya puedes levantarte de la mesa. No está hablando mal de Danny, solo está siendo sincero.

Pero ella quería hacerle daño a su hermano; quiso arañarle, o algo peor.

—Se porta mal —dijo por lo bajo.

—¿Qué has dicho, jovencita?

—He dicho que «se porta mal».

Desplegó la frase tan campante sobre la mesa y los tres se quedaron mirándola, tan sustanciosa como un corte de carne.

Margaret sintió espesarse la indignación de su madre, la imaginó pasando mentalmente imágenes fugaces de un catálogo de posibles castigos, como si fueran las hojas del muestrario de telas, zas, zas, zas.

Estaba buscando uno apropiado, uno que dejara huella. Neal, en cambio, como si nada. Le dio otro bocado a su tostada. No le había arañado ni un poquito, de modo que lo soltó:

—¿Has perdido tu cámara, Neal?

Su hermano se levantó de un bote de la silla y empezó a rodear la mesa.

—¿Dónde está?

Margaret no pensaba amedrentarse; se obligó a mantenerse firme.

—La he escondido.

—¡¿Dónde está?!

Su hermano estaba gritando. No podía obligarla a decirlo. ¿O sí?

La cabeza de Elizabeth iba de un niño a otro.

—Margaret, ¿le has cogido la cámara a tu hermano?

La misma conversación que habían tenido mil veces, diez mil, como hermano, hermana y madre. Quién había cogido el juguete de quién. Turnáoslo. Quién ha pegado y por qué. Pide perdón. Las palabras eran un reflejo automático, símbolos que representaban un compromiso con la justicia, cuando no la justicia misma. Pero aquí no podían aplicarse —esta vez su madre no sabía cómo—, no en este nuevo conflicto, fuera lo que fuese. Titubeó entonces, confundida.

—Neal… ¿de qué cámara…?

Margaret le enseñaría a su madre la cámara de vídeo y lo que contenía, fuera lo que fuese: ella en la ducha, eso era lo que contenía, estaba convencida, su cuerpo a la vista de todos. Se lo enseñaría a su madre y su madre lo comprendería, y entonces habría consecuencias. Margaret no tenía culpa de nada. El cerebro le iba a mil por hora. Debía andarse con cuidado, pensar antes de actuar.

Si hacía ademán de ir a por la cámara, su hermano llegaría antes, le haría un placaje, él era más fuerte. Él cogería la cámara y la estrellaría contra el suelo, y entonces ella se quedaría sin pruebas. Sintió un vahído, pero a la vez, también, una energía enroscada, como si fuera una especie de ninja, una espía, la heroína de la historia. Neal salió de la cocina como una exhalación. Pero ella fue más lista y lo dejó hacer; esperó hasta que su hermano llegó a su cuarto y lo escuchó rebuscar por sus cajones. Fue entonces cuando ella aprovechó para subir al cuarto de los invitados y bajar la cámara sin hacer ruido.

Cuando se lo entregó a su madre, aquel artefacto cuadrado que era un agujero negro, se sintió a salvo. Su madre diría: «Eso es de raritos, Neal, eso no está nada bien». ¿Se la cargaría su hermano? Seguramente lo mandarían a un internado. Margaret esperaba que no fuera muy horrible.

Su madre llamaría a un carpintero para que tapara el cuadrado del baño y a un pintor para que lo repintara de blanco. Lo más fuerte: que Neal hubiera estropeado la casa de Elizabeth. Si ya les echaban la bronca cuando no colgaban los chaquetones en el perchero… Era como si su madre lo presintiera desde la otra punta de la casa, presentía justo el momento en que el chaquetón tocaba el suelo, la perturbación en el ambiente que causaba la tela al arrugarse. Neal había serrado un tabique y su madre no había notado nada. Margaret sintió hasta lástima de su hermano, por lo que le esperaba.

Elizabeth sostenía la cámara lo más lejos posible del cuerpo.

—¿Qué es esto?

—Es una cámara. Me la encontré en el baño.

—¿Se la dejó allí tu hermano?

—No. Estaba escondida. Hay un agujero en la pared.

—¿Un agujero? ¿En la pared?

—Sí, mami, y la cámara estaba metida dentro del agujero.

—Neal —lo llamó su madre—. Baja aquí ahora mismo.

—¡No! —dijo Margaret, porque seguro que Neal hacía algo, seguro que confundiría a su madre antes de que esta llegara a entenderlo.

Pero su hermano estaba ya en la puerta de la cocina.

—¿Esto es tuyo?

—No, es de Jeremy.

¿De Jeremy Ricci? ¿Era aquello su venganza por lo de los arañazos? Pero si no habían sido más que unos rasguños…

—Tengo que devolvérsela —dijo Neal—. En realidad es de su padre. ¿Me la devuelves, por favor?

Qué sangre fría la suya. ¿Cómo podía estar tan tranquilo?

—¿Por qué la pusiste en el baño?

—Porque sí, era solo una broma.

—Una broma —repitió Elizabeth.

—Mamá —dijo ella; tenía que andarse con mucho tacto: su madre estaba en el barro, se estaba hundiendo, y Margaret lanzó los hechos a modo de cuerda—: Creo que puede haber algo en la cámara; creo que él, ellos… han grabado algo, en el baño.

Su madre la miró, pero Margaret no entendió su mirada porque no había rabia en ella.

—Vale, a ver —dijo finalmente y examinó aquel aparato negro, dándole la vuelta—. ¿Cómo funciona esto?

Neal alargó la mano y se la quitó tan tranquilamente.

—Se enciende aquí —dijo, como molesto, un informático de mediana edad que tuviera que explicar lo evidente.

Él mismo la encendió. Desplegó la pantalla y pulsó el play. Aunque no quería, Margaret tuvo que acercarse para verlo mejor.

Una chica, levantando una pierna cada vez más alto, llenó el encuadre.

No era Margaret. Era un dibujo animado. Era Sailor Moon, con su falda de tablas y las trenzas saliéndole disparadas, mientras le pateaba la cara a un hombre.

Elizabeth respiró tranquila.

—¿Lo ves? —dijo Neal.

No había nada que ver. Cerró la pantalla y, sin más, se fue de la cocina con la cámara y con lo que hubiera allí dentro. A lo mejor no había nada más. A lo mejor solo había dos horas de *Sailor Moon* y solo *Sailor Moon*. Quizá sí que había sido una broma, después de todo, ja, ja. Al fin y al cabo, la tarde que la encontró, la cámara estaba apagada. A lo mejor ahora tenía que pedirle perdón a su hermano, por estar tan loca, por haberlo tratado así.

Y aun así la cámara la había estado esperando. La mayoría de los días se duchaba por la mañana. Si alguien hubiera querido pillarla, habría sabido cuándo hacerlo. Casi siempre se duchaba rápido, medio adormilada. Intentó pensar cuánto tiempo podía llevar la cámara allí antes de reparar en ella. Quizá la habían atrapado en aquella pantalla una mañana tras otra: Margaret desnuda en la ducha, Margaret sentada en el váter, quitándose la camisa por arriba, agachándose para

quitarse los calcetines, fotograma tras fotograma de su cuerpo grabado por encima de los dibujos animados, justo hasta el momento en que Neal había pulsado el play.

Elizabeth no había rebobinado la cinta, así que ahora jamás sabrían qué contenía.

Pasara lo que pasase a partir de ese momento, nadie iba a protegerla. Margaret comprendió demasiado tarde lo que significaba la expresión de su madre: era una petición de ayuda, le había suplicado a Margaret, por una vez en su vida, que le hiciera un gran favor. «No me obligues a mirar, por lo que más quieras», había estado diciéndole.

7

Estaba casi anocheciendo y había algo pequeño en el césped.

—¿Qué es eso? —Biddy se agachó para verlo mejor.

—No vayas a tocarlo.

Era una punta enrollada de pelo negro, suave; daban ganas de acariciarlo, era tan mullido como el peluchito contra el que de pequeña se frotaba la cara para dormirse por las noches, salvo que más vivo. Le resultaba extraño a la vez que muy familiar. Había salpicaduras oscuras por el césped de alrededor.

—Ostras, no. Es la cola de Jane —dijo Margaret.

—¿Cómo que la cola de Jane?

—Mira.

—No.

—Sí que es, ¿no? La puntita del final… —Era del mismo negro; Margaret miró alrededor—. ¿Y si hay un lobo?

—Mejor que entremos.

—No…, Jane puede estar herida en alguna parte.

Margaret se imaginó a la gata maltrecha, cojeando, menguada, necesitada de ayuda. O un pensamiento aún más terrible: que se la hubiera comido el lobo y que solo quedara ese cachito de ella, aquel retazo de gato, el pelaje sedoso sobre la hierba.

—Entonces ¿qué hacemos?

Los asesinos en serie torturaban gatos. Así era como empezaban, de pequeños. Todo el mundo lo sabía. Podías demostrar que alguien era un psicópata si de pequeño se dedicaba a destripar gatos.

«¿Mamá?», se preguntó Margaret. Elizabeth había sabido qué hacer cuando lo de la cabra; sabría también qué hacer con la gata. Era a mamá a quien acudías cuando necesitabas ayuda. Pero, en cambio, dijo:

—Vamos a buscar a Danny.

El chico salió al jardín y se atrevió a mover el pelaje negro con un palo. Al darle la vuelta, quedó a la vista un vientre sin pelo y unas manitas rosas, su semblante hocicudo y rosado. Se echó a reír y no podía parar.

—Es un roedor —dijo el chico—. Creo que es un topo.

Sí que parecía un topo. Era un topo, estaba claro. Pero al mismo tiempo Margaret seguía teniendo la sensación de que era parte de Jane. No estaría del todo convencida hasta que no volviera a ver de una pieza a la gata, vivita y coleando. Biddy y Danny quisieron enterrar al topo, darle sepultura, pero ella no consintió: primero tenían que encontrar a la gata.

Peinaron la casa de arriba abajo —bajo las camas y los sofás, en el sótano, donde tenía la caja de arena— y siguieron luego con el jardín, por debajo de todos los arbustos y del porche.

Por fin la encontraron sobre la hierba al lado de la caseta, blandiendo orgullosa hasta el último centímetro de su cola intacta.

—Jane, bonita —la llamó Margaret.

Quiso cogerla en brazos, enterrar la cara contra el suave espinazo de la gata, pero el animal estaba entretenido con algo que tenía entre las patitas, algo que estaba castigando, o quizá fuera solo un juego, era algo que parecía idéntico a un trozo de sí misma, y lo mordía y lo golpeaba contra el suelo.

—Ostras… no miréis… el topo.

Biddy se tapó los ojos y pegó un chillido. Danny cogió de la mano a Margaret y la alejó de la gata, y del horror del césped. Los tres salieron corriendo hasta el porche y, para cuando llegaron allí, sus chillidos se habían convertido en risas.

—¡Jane! —estaba diciendo Danny—. ¡Menuda fiera!

—¿Tenéis sed, chicos? —les preguntó el padre de Margaret, sin molestarse en preguntarles de qué huían porque los críos siempre andan huyendo de algo.

Estaba de pie junto a la mesa de la terraza, con el señor Murphy y una coctelera llena de daiquiri de fresa.

Sus padres habían crecido juntos. A ellos era más fácil imaginárselos antes de ser padres: los trabajos que habrían tenido, las bromas que habrían gastado. Eran las madres las que habían surgido de la nada, a

quienes había habido que ir a buscar, engatusar, incorporar. Para Margaret y Biddy, eran las madres las que importaban.

Su padre le tendió un vaso de daiquiri de fresa. Biddy y Danny no querían, gracias, preferían refrescos. La bebida le supo fría, luego dulce y por último amarga.

—Venga, Hugh —dijo el señor Murphy—, ahora ya podemos desvirgar esa coctelera.

—Ay, papá —se escandalizó Biddy, y los padres se rieron porque ese era su numerito preferido: incomodar a sus hijas.

El padre de Margaret cogió una botella dorada y el licor gorgoteó al caer en la coctelera justo cuando la señora Murphy salía por la puerta.

—¡Hugh! ¿Qué haces? Ya le he echado el ron antes.

—Mierda, no fastidies… —Su padre dejó la botella en la mesa—. Yo creía que lo habías hecho sin alcohol, para los niños…

—¡No! Esta tanda no. Margaret, no estarás bebiendo de eso, ¿verdad?

La niña dejó el vaso en la mesa. Danny se lo robó y le dio un buen trago.

—A mí no me sabe a ron —dijo el chico.

—Margaret, dime por favor que no lo has probado.

—Yo sí que no lo he probado —dijo Biddy.

—Tu madre me mata.

—Venga ya, Becks, la niña está estupendamente —intervino el padre de Margaret—. De hecho… ¿Dónde está Neal? Él sí que tiene ya edad para probarlo.

—Hugh, ¿te acuerdas de aquella vez con los Long Island…? —dijo el señor Murphy.

—¡Y tanto! Yo creo que no íbamos ni al instituto todavía.

—¿Estoy borracho? —preguntó Danny.

—¿Puede alguien poner un poco de seriedad, por favor? —La señora Murphy miró a su alrededor—. Hugh, Frank, ayudadme a terminar esta tanda. Margaret, creo que será mejor que no le contemos esto a tu madre.

—No se preocupe, señora Murphy. Yo, ni mu.

Los mayores se repartieron la prueba del crimen y la señora Murphy se llevó la jarra vacía de vuelta a la cocina.

—No es justo —dijo Biddy, y olisqueó el vaso—. ¿Qué sientes? —le preguntó a su hermano.

—Poca cosa en realidad. Un poco de risa.

—Camina en línea recta y tócate la nariz.

Danny había bebido de su mismo vaso, Margaret solo pensaba en eso. Había puesto la boca justo donde había bebido ella. Ojalá pudiera volver a coger el vaso, pasar la lengua por el borde.

—¿Y si se nos sube encima uno de esos bichos, un topo de esos, mientras dormimos? —preguntó Biddy.

Llevaban todo el verano planeando acampar en el jardín, los cuatro niños, y por fin, esa noche, lo harían.

—Pues está claro: llegará Jane y se lo cargará —dijo Danny—. Y nosotros preocupados por Jane… ¡Es una gata salvaje!

—¿Y qué pasa con los lobos?

—No digas tonterías, en Nueva Jersey no hay lobos.

—Margaret ha dicho antes que había lobos.

—Yo solo lo he dicho como una posibilidad… Además, cuando uno tiene miedo de algo, luego resulta que es otra cosa que no tiene nada que ver.

Danny asintió, como si hubiera dicho algo inteligente, y a Margaret le volvió a saber la boca a daiquiri.

—¿Se supone que eso tiene que tranquilizarme? —preguntó Biddy—. Venga, mejor dormimos dentro como siempre.

—No seas niña pequeña —le dijo Margaret—. Me lo prometiste.

Después de cenar, Elizabeth supervisó la concienzuda aplicación del espray antimosquitos. Si se veían en la necesidad de meterse dentro, no pasaba nada de nada. Pero Margaret no tenía miedo y no pensaba entrar, y Biddy jamás la dejaría sola. De todas formas, por si acaso algo reptaba hasta ellas, Margaret accedió a poner su saco de dormir en el lado de fuera, en la parte peligrosa, junto a la baranda del porche.

Los chicos estaban en el salón jugando a la consola. A ellos siempre los dejaban acostarse cuando les diera la gana porque tenían doce y trece años, pero eso no era justo: diez años no era mucho menos. Ella

y Biddy se habían pasado toda la cena protestando por eso. Aunque lo cierto era que Margaret estaba encantada de tener lejos a Neal. Desde lo de la cámara solo hablaba con su hermano cuando no le quedaba más remedio. Le había sorprendido lo fácil que había sido dejar de hablar con él; se limitaba a largarse de cualquier habitación donde estuviese su hermano.

Pero ahora no estaba pensando en eso. De hecho, estaba intentando no pensar en ello. Quería disfrutar de estar a solas con su amiga, de quedarse fuera hasta muy tarde, con una linterna y en el misterioso aire nocturno que se le colaba en el saco de dormir y la hacía tiritar.

Biddy no paraba de oír ruiditos y de preguntar «¿Qué ha sido eso?» con la voz que imaginaba ponían las adolescentes en las películas de terror. En un momento que su amiga no estaba mirando, Margaret golpeó los nudillos contra la baranda.

—Creo que he oído unos pasos —dijo abriendo mucho los ojos—. ¿Hay alguien ahí?

Los faros de un coche recorrieron la calle y le pasaron por el rostro. Biddy se quedó paralizada, y luego le tiró la almohada a Margaret y le dijo:

—Has sido tú, no disimules.

Jugaron al Preferirías.

—¿Preferirías tener alas diminutas en la espalda o cuernos pequeñitos en la cabeza?

—¿Preferirías tener cuernos pequeñitos en la cabeza o una cola enana?

—¿Preferirías morirte o no haber nacido?

—¿Preferirías tener que lavarte la boca con jabón antes y después de todas las comidas o que lo único que comas sea siempre brócoli? Pero no la parte de arriba, solo los tallos. Y sin salsa ni nada…

Biddy era una máquina jugando. Siempre conseguía que te diera grima. Todas las opciones que se inventaba eran igual de horripilantes, pero tenías que escoger una, había que elegir. Fueron turnándose para tomar decisiones horribles hasta que les entró el sueño, y luego llegó el silencio.

Margaret se acordó de la cabra en su corral y pensó en toda la vida salvaje que la separaba de ella. Zorros, seguramente, y alguna torpe zarigüeya, y mapaches asomando la cabeza por los huecos de los árboles. Los murciélagos revoloteaban por doquier. Las luciérnagas estaban ya destellando por la hilera de árboles, prendiendo fueguecitos verdes en sus barrigas. Era su forma de comunicarse, se lo habían contado en el colegio. Se preguntó cómo sería hablar así, si las palabras fueran algo visible. No podías fingir que no habías oído. Aunque también podías verlo y no hacer caso igualmente. O podías estar mirando hacia otro lado, o guiñando los ojos. Flas, flas ¿qué? Se quedó dormida.

Un ruido. Al principio pensó que era un animal, pero era un sonido humano. No debía moverse hasta que no supiera de qué se trataba. Se había salido del saco en algún momento de la noche y el aire nocturno era traicionero. Había alguien despierto, alguien merodeando. ¿Danny? A lo mejor quería dormir cerca de ella. Quizá se tendiera a su lado y, cuando Margaret despertara por la mañana, él la miraría de forma distinta, como si fuera una princesa en una alcoba. El siseo plástico de un saco de dormir, un crujido, el aire cambiante, una presencia acechante. Se quedó más quieta que durmiendo, más quieta que respirando.

Un dedo la estaba tocando. Tenía que haber pegado un bote, haber rodado hacia un lado, haberse hecho una bola, gritado. Pero, fuera por la confusión o por el miedo, no lo hizo. Y luego ya era demasiado tarde; casi al instante, era demasiado tarde.

Fue solo un dedo, pero no habría podido detenerlo, no habría podido esquivarlo ni apartarlo de un manotazo; una energía se había concentrado en esa punta para inmovilizarla allí, para dejarla allí petrificada. El dedo le tocó el pecho, o lo que era casi un pecho, le tocó el pezón, y luego siguió tocando, por las costillas, y la barriga, y más abajo, hasta el espacio liso que tenía entre las piernas.

El cuerpo se le bloqueó en una parálisis aún más rígida. Debió incluso de notarse esa ausencia de movimiento como un tipo de movimiento en sí mismo, una tensión tan extrema que de ningún

modo podía parecer natural, porque el dedo se levantó. Sintió una retirada, un paso atrás.

Parte de ella no peligraba en la oscuridad, otra parte sí. Era como el haz de la linterna, la línea del dedo bajando por su cuerpo, como si todo lo que hubiera tocado estuviera encendido, expuesto y sajado. Biddy dormía a salvo. Su madre, su padre, probablemente también. Tendría que cuidarse sola, y eso hizo; se obligó a abrir una pequeña rendija de ojo. Vio una camisa, codos, la lisa nuca de una cabeza cada vez más pequeña. No era Danny. Era Neal.

❊

Fue Neal quien ese maldito verano entró en su cuarto seis, siete o puede que ocho veces. Lo único que hacía era ponerle las manos encima, solo cuando ella estaba durmiendo, solo hasta que ella se removía, se encogía en el sitio y buscaba a tientas la colcha que tenía por las rodillas, tanteando el agua de la orilla. En los puntos donde la tocaba, se le quedaba una sensación chispeante que iba disminuyendo, como esas motitas que deja en la vista una intensa luz parpadeante o el pitido que queda en los oídos después de un porrazo fuerte. Seguía pasándole incluso cuando él ya había acabado.

No contaba las veces que durmió del tirón hasta por la mañana, esas en que solo después se preguntaba —al ver la puerta entornada a pesar de estar segura de haberla cerrado, o al ver la colcha como doblada hacia abajo, y no simplemente empujada por el pie— si su hermano no habría entrado sin que ella se diera cuenta. Y esos eran los peores días. Esa no era forma de despertar.

Ella sabía que aquello se repetiría si no hacía nada por detenerlo, y aun así no hacía nada por detenerlo, no gritó durante, no contó después. Lo hacía por su madre. Dejaba las luces encendidas. Se mantenía despierta como podía en las largas veladas de los adultos y más tarde, después de eso, en el desamparo de la oscuridad. Ponía cosas contra la puerta —mochilas llenas de libros, la mesilla de noche —, hasta que Elizabeth dijo a gritos que aquello era un peligro en caso de incendio, una sentencia de muerte, y entonces tuvo que dejarse de barricadas.

Después, en otoño, lo evitó tres veces seguidas: oyó sus pisadas y se puso a toser y a dar ruidosas vueltas por el cuarto ardiente. Las tres veces su hermano se había amedrentado, y a la tercera se rindió por fin, bien porque perdió el interés, bien porque se resignó ante la vigilancia de Margaret. Ella había vencido, aunque lo ocurrido quedó como un secreto y dormir siguió siendo un riesgo.

Aquella primera noche permaneció despierta hasta mucho después de volver a oír el siseo del saco de dormir. Esperó hasta que se hizo el silencio, y entonces se puso mirando de cara al jardín, hacia la oscuridad más profunda que había allí. Aquí yace Margaret, aquí solía yacer Margaret.

Dos

8

Las chicas estaban durmiendo; se habían peleado tanto por ver quién se quedaba con la litera de arriba que al final estaban las dos en la cama de abajo, durmiendo pies con cabeza. Margaret entró en el cuarto para verlas dormir. Helen estaba hecha una tortuga bajo las mantas. Jo, todo lo contrario, las piernas fuera, los brazos hacia un lado y el pelo hacia el otro.

Llevaba media hora ordenando el piso; era tan pequeño que nunca tardaba más de eso. Podía limpiarlo de arriba abajo con solo medio paquete de toallitas desinfectantes, y, de hecho, a veces lo hacía. Tenía dos dormitorios tan blancos como pequeños con vistas a un patio de luces y un saloncito soleado con metro y medio de cocina en una pared y un sofá en la otra; entre ambos se extendía una alfombra rosada con un dibujo tan desvaído que apenas era un rumor, y unas partes más oscuras que podían ser manchas, sombras o el propio estampado.

La reforma de la casa estaba pensada para veinteañeros que compartieran piso, no para madres con hijos. De ahí que no hubiera un armario empotrado para meter la aspiradora, ni una bañera, y que la placa de la cocina pareciera de juguete y estuviera más de adorno que otra cosa. Una inspección más atenta de las habitaciones no aportaba gran cosa. Los huecos que había bajo los poyetes de las ventanas y tras los radiadores rebosaban con el cremoso aislante con el que los había rociado para mantener a raya las corrientes de aire y los ratones. Pero a ella le gustaba vivir con sus niñas en aquellas cajitas blancas, lo sentía como un lugar acogedor. Un primor, se permitía a veces pensar.

¿Qué tenía mirar a sus hijas dormidas que la hacía sentirse tan segura? Era como si fuera a la vez la madre montando guardia y una tercera niña en la cama, como si también estuviera custodiándose a sí misma. Helen se removió bajo la colcha. Había hecho que Margaret

acudiera corriendo al grito de «¡Mamiii!», pero no había sido más que un sueño. Ahora murmuraba algo. No se distinguían las palabras, solo la cadencia de una queja. Cuando dormían en casa de su padre, ¿sabían que tenían que gritar «papi» en medio de la noche? No, ella sabía que no lo hacían, sabía que era siempre a ella a quien llamaban primero, estuviera allí para atenderlas o no. Atrancó el dolor para que no saliera y se quedó vigilando hasta que la cría se calmó.

Tenía que ir adelantando trabajo. Atenuó la luz del pasillo hasta la penumbra acordada con las niñas, volvió a llevarse el portátil al sofá y empezó a leer: «Señora directora: por favor, tenga en cuenta…», «Distinguida directora: ha llegado la hora…», «Estimada Margaret: nunca quise tener que contar esta historia», «Estimados señores»…

Alguien pegó un chillido. La noche del jueves transcurría al otro lado de la ventana abierta, y los ruidos, como ráfagas azuladas de aire fresco. Deseó estar también allí abajo, de camino a algún sitio, y que el aire de la noche le levantara la falda. Sentía un nerviosismo que era casi hormonal, un picor adolescente. No llegaba a entender de qué hablaba la gente, pero daba igual, captaba la esencia. Alguien que ponía verde a otro, alguien que contaba, muy indignada, una historia, alguien que hablaba de la organización de la noche. La distancia despojaba al lenguaje de sus unidades de contenido, lo convertía en tono, métrica y poco más. Le sorprendió lo mucho que conseguía entender sin entender ni una palabra.

En cierta ocasión había oído a un hombre que hablaba con una voz de una gravedad y una fuerza poco habituales, estentórea incluso, pensó (esa palabra era muy propia de Elizabeth, y por un momento la voz de su madre le resonó en la cabeza, más clara aún que la del hombre de la calle). No iba hablando con nadie, eso se notaba, y lo primero que pensó fue que era un chalado. Todas las frases parecían incitar la siguiente, una disonancia que aumentaba e iba a más, y que se quedaba allí, suspendida, hasta que el hombre volvía a hablar, respondiendo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que era un actor que iba recitando un parlamento. Margaret, que andaba doblando la colada, se detuvo y prestó atención. «Mañana y mañana y

mañana…», ¿eso no será…? «Morir, dormir; dormir, por ventura…» Qué va, no conseguía reconocerlo. Pero la voz la conmovió a pesar de no saber qué decía.

Se consagró a la bandeja de entrada, abrió otro correo, leyó el principio: «Por fin me he decidido a contar lo que me pasó porque lo que ocurrió fue un caso de manual de la violencia que experimentan a diario las mujeres en sitios como su lugar de trabajo o un acto literario. Entronca con los efectos traumáticos del poder masculino tóxico…». Leyó por encima la propuesta. Dios, sí que era larga…, no terminaba nunca. Saltó hasta el final, a la llamada a la acción: no podemos seguir permitiendo, las consecuencias de permanecer en silencio, enterrar la cabeza, la vista gorda. «No debemos seguir siendo cómplices de la violencia o dejaremos que los agresores ganen.»

Hacía solo unos meses que había estallado el escándalo de Harvey Weinstein. Ella era la única jefa de redacción veterana en toda la plantilla, de modo que, mientras la noticia siguiera en el candelero, le tocaba a ella contar todas las variaciones de la noticia, encontrar nuevas versiones de la misma historia, a ser posible más detalladas y desasosegantes. Editó artículos sobre pederastas en colegios, agresores en el trabajo, por las aceras y en el metro, en conciertos y supermercados, un replanteamiento del deseo, un replanteamiento del consentimiento. Por supuesto, ella creía en la importancia de contar todos esos relatos, pero no experimentaba la conmoción ni la indignación tan absolutas que otros parecían sentir. No le sorprendía, ese era el problema. Si acaso, lo que sentía era alivio.

Aquellos hombres, por supuesto, habían actuado mal. Pero habían actuado mal dentro de un orden. Estas no eran de esas transgresiones que demuestran que, bajo la apariencia del amor y del cuidado humanos, se esconde un sórdido pozo sin fondo de horror. El hecho de que los demás estuvieran tan conmocionados… la reconfortaba. La verdad oculta estaba saliendo a la luz, y una cosa que revelaba era que el mundo no estaba tan enfermo como Margaret se temía, que de hecho estaba lleno de gente todavía inocente. La mala noticia había salido a la luz, y tampoco había sido tan horrible como creía que sería.

No quería que Jo y Helen se enteraran de lo de Harvey Weinstein. De momento. Pero el día que tuviera que ponerles algún ejemplo de agresor de manual, él sería una buena elección. Le gustaba ver fotos de él, por retorcido que sonara. Era tan inmenso, con esa papada y esa nariz bulbosa y una piel con unos poros medievales. ¿Qué había tenido, viruela? Era tranquilizador que se pareciera tanto a un monstruo real, a un demonio de primera. Era una atrocidad tan predecible, tan fácil de imaginar, que no la asustaba. ¿Cómo iba a preparar a sus hijas para una atrocidad imposible de imaginar? ¿Cómo podía prepararlas sin fastidiarles la vida? Ezra, el padre, no ayudaría mucho. No tenía experiencia con esas cosas; ella era lo peor que le había pasado a él en la vida.

Sabía que no le podía hablar a nadie de ese alivio. No hacía mucho, en el cubículo que tenía por oficina, se había vuelto en la silla para comentarle a la joven ayudante de redacción de la mesa de al lado que le era imposible leer la palabra «superviviente» sin acordarse de la canción *Survivor* de Destiny's Child. La chica se había llevado una mano a la boca y le había dicho: «Lo tuyo es muy fuerte, Margaret».

O quizá fuera solo que estaba harta. Los artículos que editaba parecían demasiado prefabricados. Y eso era culpa suya, por supuesto. Era ella quien se aseguraba de que tuvieran todos los ingredientes adecuados, de que fueran lo suficientemente distintos para mantener el interés de los lectores, aunque no tanto como para que estos no los reconocieran como parte de lo mismo. Le recordaba todo a las cajas de cartón y plástico transparente donde venían los juguetes de las niñas: el muñeco Ken Te Emborracho en el Pub y Te Violo, con sus conjuntos de ropa y sus complementos. Si la historia se apartaba demasiado de la norma, perdía relevancia; podía, incluso, llegar a no ser verosímil.

Ante todo, debía incluir a un villano, y debía dejar claro que todo el mundo ganaba si este era expuesto y castigado. Pero en la vida real no era siempre así. A veces era mejor no armar jaleo, siempre que tuvieras claro que no volverían a hacerlo, siempre que tuvieras claro que serías tú la única perjudicada.

Repasó la propuesta. ¿Aportaba un enfoque novedoso? ¿Le hacía ver las cosas desde otro punto de vista? ¿Despertaba su interés el trauma de esa persona? No, no se lo despertaba. Y luego estaba esa frase horrible: «o dejaremos que…». Si levantamos la voz, nosotras, si contamos nuestras historias, nosotras, jamás volveremos, nosotras, a… ¿Cómo conseguía una formar parte de eso, cómo erigirse en portavoz de aquello, con ese plural tan seguro de sí mismo?

«Siento mucho informarle de que no vamos a publicar el artículo, pero muchísimas gracias por darnos la oportunidad de considerarlo», escribió en el ordenador. Copió la respuesta de rechazo y la envió a todos los «Querida Margaret» del día. A la luz de la única lámpara viva, el piso ya no era blanco sino azulado por las sombras. Abajo seguía pasando la muchedumbre, con el «¿aquí?, ¿aquí?» como el canto de un pequeño picaflor. Ahora, sin embargo, ya no quería unirse a sus filas: le gustaba que ellos estuvieran ahí fuera y ella allí dentro, y que no pudiera entrar nadie más.

Por la mañana el bullicio de la calle sería de otro pelaje. Por las mañanas siempre eran chillidos de críos, y siempre le recordaban a Helen y a Jo. Las niñas podían estar sentadas a la mesa, desayunando o coloreando, y al mismo tiempo, llamando a Margaret desde la acera. Una creería que sabría reconocer la voz de sus hijos, que jamás la confundiría con la de otro niño desconocido. Pero las cosas no eran así. Todos los gritos infantiles sonaban como los de sus hijas. Tenía que mirar a las niñas fijamente, tenía que tocarlas o preguntarles algo para que levantaran la cabeza y la miraran, para no asomarse corriendo a la ventana. Cuando estaban con su padre era peor todavía: se pasaba el día oyéndolas y no podía ir con ellas.

El sábado iba a quedar con Duncan, el hombre con el que estaba saliendo, y el domingo llevaría a las niñas al Museo de Historia Natural con Ezra. Pero primero un día más de trabajo y de campamento urbano. Había apuntado a las niñas a la opción más barata del barrio, que aun así costaba varios miles de dólares, y, en consecuencia, estaban pasando el verano enfundadas en camisetas que les llegaban por las rodillas y metidas en el aire viciado de un aula de un instituto católico cercano, con una hora diaria de guerra de globos

de agua en el patio de recreo por las tardes. ¿Era mejor o peor que los veranos de su propia infancia, cuando vivía tendida en el césped? Mejor. Era mejor que eso.

Pero ¿qué pensaban ellas, qué les parecían sus vidas a las niñas? Siempre había querido saberlo y le daba un miedo tremendo conocer la respuesta. Ese mismo día Jo había tenido una pataleta porque quería chicle. Se había tirado bocabajo en la acera y se había puesto a gritar que quería chicle. Pero ¿y si no tenía nada que ver con el chicle?

—¿Qué te pasa, JoJo, estás triste por otra cosa? —le había preguntado—. ¿No será que… —venga, dilo— echas de menos a papi?

—Es que nunca me compras chuches —respondió Jo gimoteando.

Margaret no era capaz de saber si Jo o Helen estaban confundidas o desoladas por el divorcio, y menos aún qué hacer al respecto. Los niños aceptaban casi cualquier cosa. Sabían perfectamente que les pasarían cosas y que no estaría en sus manos hacer nada al respecto. Y de ahí que en momentos así necesitaran darlo todo, cuando, en una parcela pequeña pero crucial, podían salirse con la suya. Comprender eso, su capacidad para amoldarse a esa circunstancia, era lo que la hacía una madre distinta a la suya. Se arrodilló al lado de la niña y le dijo:

—Venga, anda, vamos a comprar un chicle.

No era lo que debía hacer, claro que no era lo que debía hacer. Los niños necesitan normas y límites firmes que les den seguridad. No deberían comer chucherías todos los días. Jo era demasiado pequeña para comer chicle; podía atragantarse incluso. Ya mañana sería una madre mejor. El año siguiente las niñas harían algo más divertido en verano, algo más edificante. Tendría que pedirle dinero a su madre. Podía hacerlo; por las niñas, sería capaz. A su madre no le gustaba hablar de cuánto dinero había heredado de sus padres, pero siempre había dejado bien claro que, por lo que respectaba a sus nietas, podía permitirse perfectamente ser generosa.

Margaret sacaría el tema dos fines de semana después, en el cumpleaños.

Para su quinto cumpleaños Jo solo había pedido una cosa: una fiesta en la piscina de la casa de la abuela. Margaret había hecho todo lo posible por tentarla con otras opciones, ofreciéndole una merienda en

el parque con pizza, pastelitos y amigos, y luego subiendo la puja a uno de esos sitios caros con camas elásticas, parques de bolas y rocódromo. ¡Ver una obra en Broadway! ¡Merendar en el hotel Plaza! No coló.

Elizabeth había construido la piscina el año anterior y las niñas no entendían por qué no pasaban allí cada minuto del verano, como el hijo de Neal, su primo Charlie, que vivía al lado. Era la única razón por la que Margaret se alegraba de no poder permitirse un coche en la ciudad. Le daba la excusa perfecta para decir que no. Pero no podía negarse a la fiesta de cumpleaños. De modo que allá irían todos, Ezra incluido, a pasar el fin de semana en casa de Elizabeth. La fecha se cernía sobre su calendario. Serán solo dos días, se dijo mientras se recostaba en la cama, con el portátil en la barriga, quemándole.

❋

Un sonido, una perturbación en la oscuridad, una mano en el borde del colchón. Alguien había entrado en el cuarto. Lo sabía sin poder hacer nada al respecto. Una parte primitiva de su cerebro estaba lanzando bengalas de pánico por la espiral de su sistema nervioso, mientras el resto de su mente seguía relajada en la inopia, en su mundo, en el mullido vacío del sueño. A paso renqueante, moroso y torpe, neurona a neurona, su mente volvió arrastrándose a la conciencia. Las sinapsis titilaron y volvieron a titilar hasta que de pronto el cerebro se deslizó de vuelta al cuerpo, registró todas las señales y por fin Margaret se despertó y se quedó rígida, con el viejo terror de siempre, que tan bien conocía.

Al cabo de un momento, sin embargo, todo había acabado. Empezó a ver, a escuchar, y a ello le siguió la comprensión. Una cabecita despeinada la miraba desde arriba, sorbiéndose la nariz. Miedo, seguido de culpa, seguido de la redención de la acción. Margaret levantó la colcha y acurrucó a la cría contra su cuerpo.

Jo se quedó dormida casi al instante. Tenía los pies fríos y eso la alegró: le daba algo que hacer. Frotó los pies de la niña entre las piernas y, para cuando los tuvo calientes, el pánico había remitido. Siempre se despertaba con miedo, pero luego no era para tanto: el

mundo se ponía a trajinar en un santiamén, y con calma y seguridad, el cuarto volvía a quedar en orden. El tocador, la puerta, el armario entornado, la pantalla negra de la lámpara, la niña dormida, la ventana abierta y, al otro lado, gente otra vez, ahora de vuelta a casa, borracha y riendo y gritando algo que sonaba casi como si la llamaran por su nombre.

9

Había pasado buena parte de la tarde al teléfono con una colaboradora y un verificador de contenido, intentando establecer cómo comparar la influencia de un pódcast, que se medía por descargas mensuales (según datos propios), con la del telediario nocturno de una cadena de televisión, que se medía por la audiencia diaria (según estimaciones). ¿Podía la colaboradora afirmar con certeza que el pódcast era más popular? ¿Era eso una opinión o un dato? Al principio la mujer lo llevó bien, luego pareció molesta, indignada y, por último, derrotada, tan insegura de sí misma al final como los demás desde el principio. «Bueno, pues dime lo que tengo que poner y ya está», concluyó la colaboradora.

A veces pasaba: que a las frases, tras exponerse a tanta luz y tanto calor, se les acababa borrando todo el significado. Era como mirarse en el espejo demasiado rato seguido. Lo que una entendía como rasgos propios —nariz, boca, ojos— se desintegraban en la cara de la cara y no quedaban más que llanuras de hueso y sedimentos de cartílago sin un sentido reconocible. ¿De qué trataba en realidad aquella noticia? El verificador preguntó cómo sabía la colaboradora a ciencia cierta si era «impactante» que un actor que durante tanto tiempo había sido famoso por sus bromitas entre colegas y sus chistes de pollas hubiera sido capaz de producir un pódcast sobre *mindfulness* tan exitoso.

—Yo creo que por eso no hay ningún problema, Jaime —dijo Margaret girando en los confines de malla de la silla de su cubículo—. Yo lo veo ya bien.

Colgó, añadió las advertencias de rigor, publicó el artículo. Siempre tenía la sensación de que faltaba algún tipo de efecto sonoro para eso, un «ding» o un «uaaau». Pero no había más que un silencio ininterrumpido. «Estoy deseando que vea la luz» era una frase que solía decirles a los colaboradores cuando quería que revisaran lo antes

posible las correcciones que les había hecho. Pero ¿qué suponía en realidad? Más que nada que, en cuanto ese artículo viera la luz, ella podría pasar a otra cosa.

Tal vez si fuera periodista en vez de jefa de redacción sería distinto. En otros tiempos había querido escribir. Pero aquello se le daba bien, lo de dejar que la atravesaran los pensamientos ajenos, lo de hablar por boca de otros. Si querías que el relato de alguien fuera convincente, creíble, lo que tenías que hacer era lo siguiente: intentabas que las partes malas sonaran un poco peor, y que la peor parte de todas, la más horrible, sonara un poco mejor.

No hacía mucho, en la presentación de un libro, le habían presentado a un hombre que parecía el tope de un mástil, uno de esos tipos altos demasiado mayores para describirlos como desgarbados, probablemente calvo, aunque costaba afirmarlo con seguridad desde tan abajo. El hombre se había mostrado confuso y repitió su nombre como si le resultara familiar.

—Solo la reconozco como una dirección de correo electrónico —comentó.

—Pues… —Y gesticuló con las manos, ¡tachán!, como si le hubieran pedido que demostrara que era ella en persona, aunque al instante se arrepintió.

Le había decepcionado. Se notaba que él la tenía en mayor estima cuando ella no era más que una dirección de correo electrónico, que entonces tenía más poder, que parecía la clase de persona con derecho a ir diciéndole que no a la gente a la cara. Ahora no era más que una mujer con falda y coleta. ¿Volvería alguna vez a tomársela en serio, a ella, sus correos y su fría voz autoritaria?

Pero, de todas formas, ¿quién era él? A ella no le sonaba ni como persona ni como dirección de correo, así que… Cuando el hombre alargó el brazo para dejar una copa vacía sobre una bandeja que pasaba por allí, Margaret se escabulló por debajo y escapó.

❊

Ese día salió temprano del trabajo para recoger a las niñas del campamento. El calor, tan bienvenido al bajar a la calle, se convirtió al

cabo de un momento en puro agobio. El sol rebotaba contra los coches atrapados en el tráfico. Se puso la mano a modo de visera y bajó a tientas las escaleras del metro.

Le gustaba esa hora del día, le gustaba ir al colegio donde hacían el campamento cutre, le gustaba la vigilante de seguridad y su benevolente uniforme azul. Más que otra cosa, más que pagar impuestos o votar, entrar en cualquier escuela la hacía sentirse parte de una comunidad. Le gustaba que la mangonearan, y esperar su turno en el manso caos de la cola para recoger a los críos, y tener la sensación de que no tenía que ser siempre la única al mando.

La vigilante la reconoció y le preguntó:

—¿Helen y Jo?

Y siempre lo decía con un retintín gracioso, como si sus hijas fueran lo que siempre pedía en la tienda, los sándwiches que compraba a diario. «¿Otra vez uno de Helen con Jo? ¿No quiere probar otra cosa, cambiar un poco? ¿Un poquito de Sloane? ¿Uno de Oliver?» No, no, las que quería eran esas. Y entonces, allá que aparecían las dos por el pasillo, y le dejaban las botellas de agua a los pies, con unos dibujos hechos una bola en las manos, pringosas por lo que les hubieran dado de almuerzo, la prueba de lo que ella no había compartido, el reguero de misterio de los días laborables que pasaban separadas.

—¿Nos vamos ya a casa de la abuela? —preguntó Jo, que llevaba preguntando lo mismo a diario desde hacía una semana.

—Hoy no —respondió Margaret, que, previendo ya el quejido en ciernes, siguió hablando—: Hoy es viernes y ya casi se ha acabado el día. Mañana os toca ir a casa de papá. El domingo vamos los cuatro al museo. Y luego, unos cuantos días de trabajo y campamento, y en solo una semana cogeremos el tren y llegaremos a casa de la abuela para la cena.

Aunque la agenda no les entusiasmó, las niñas la aceptaron.

—¿Podemos quedarnos un rato en el parque? —preguntó Helen, a lo que Margaret asintió, sí, un ratito.

El parque estaba anexionado al recinto de la escuela por una alambrada que lo rodeaba todo, a pesar de que no formaba parte del colegio; era público. Se trataba de una distinción sutil pero importante, puesto que suponía que allí eran los padres quienes tenían

que asegurarse de que no pasara nada. Y, aun así, pasaban muchas cosas. En el parque había un crío cuyo padre le había tirado sin querer una pelota a la cara y luego había increpado al pequeño para que dejara de llorar. En el parque había una niña que siempre andaba con hambre y que no tenía problema en pedirte una barrita de cereales si veía a una de tus hijas comiéndose una. Y había un niño con el que —según le había contado un conocido de un conocido de los padres— un vagabundo una vez se había propasado en los aseos de ese mismo parque.

Entonces ¿estaba Margaret pendiente de las niñas en todo momento? ¿No les perdía ojo y las seguía por todas las escaleras y toboganes? Aun sabiendo lo mal que estaba el mundo, no, no lo hacía. Se distraía, se ponía a mirar el móvil. Duncan le había mandado un vídeo desde la playa que había al lado de su casa en Rockaways, y lo vio tres veces seguidas, con esas olas aterciopeladas de blanco y el horizonte lejano, tan diminuto en la pantalla. Fue pensar en el mar y recordar el cuerpo de Duncan, y cómo a veces él le metía los dedos en la boca para humedecérselos.

Una madre cuyo nombre había olvidado y que tenía a su hijo en la clase de Helen se le acercó entonces. Parecía tímida, con su vestido de tirantes con la espalda al aire.

—Esto… creo que tu peque se está comiendo algo del suelo —le dijo.

Efectivamente: Jo estaba debajo del puente elástico, cosechando ganchitos naranjas por el suelo.

—Jo, qué asco —le gritó—. ¡Deja eso!

Su hija la miró a los ojos y se llevó la mano a la boca. Margaret allí escribiéndose con un hombre por el móvil mientras su hija comía, literalmente, basura. ¿Qué pensaría Ezra?

—Tengo aquí patatas —le dijo a la niña levantando en alto el bolso.

—¿Tienes ganchitos?

—Pues… no.

Jo se comió otro. Margaret se agachó a su altura bajo el puente y le dijo:

—Si paras de comer, juego contigo al pilla-pilla. —Jo, sombreada por rayas azules, se lo pensó—. Venga, corre, que cuento —le dijo Margaret—. Corre, que te pillo.

Jo chilló y echó a correr.

Margaret aprovechó para pulverizar los ganchitos con el pie.

Intentó no preocuparse por lo que pudiera pensar la otra madre. Porque, claro, la habían estado observando. Estaba el Ezra de su cabeza, su exmarido, que hacía de superego. Estaba Elizabeth, escandalizada por el divorcio, escandalizada por el piso donde vivía, escandalizada, ya de entrada, por el mero hecho de que su hija viviera en Nueva York. Y luego estaban los otros padres y madres, los casados. Quería que pensaran que estaba pendiente de sus niñas, que jugaba con ellas, que no se aburría, que no estaba nada mal, que quizá fuera, en realidad, la canguro. Persiguió a Jo por una escalera y fingió que intentaba cogerle la pierna por entre los barrotes. ¿Era todo una pose? ¿Importaba, si al fingir ser mejor madre de lo que era se convertía en mejor madre? Estaba sudando tanto que sentía el forro de la falda del trabajo como un plástico de cocina contra los muslos.

Cuando la carrera la dejó sin aliento, vio a la madre del vestido de tirantes en un banco y fue a sentarse a su lado con la esperanza de recuperar cierta respetabilidad. Intentó darle un trago a la botella de Helen, pero no quedaba agua.

—Fiuu, estos críos… —dijo—. ¿Cómo andas?

—Pues la verdad es que ha sido un verano complicado —contestó la madre—. En realidad, te quería preguntar una cosa, pero si es demasiado personal dímelo sin problema…

Se había enterado de que Margaret estaba divorciada, quería pedirle consejo. No era la primera vez que le pasaba, y no le importaba. Le gustaba que la gente le contara su vida, sentía curiosidad por saber cómo vivían y si eran felices o no. Aunque también le parecía triste, o quizá indignante, la forma en que tanteaban la palabra «divorcio»: como si fueran ellos los niños en los columpios, con esos brazos escuálidos y temblorosos, y el cambio fuera una barra muy lejana.

Tampoco es que ella se dedicara a ir por ahí promoviendo el divorcio ni nada parecido. Ella ni ganaba ni dejaba de ganar por lo que otras mujeres decidieran hacer con sus vidas. Pero cuando hablaba de su divorcio —sobre todo con los amigos de ambos, los de toda la vida, esas parejas que tan preocupadas estaban por ellos—, se cuidaba mucho de revelar cualquier asomo de incertidumbre o

arrepentimiento, ni una sombra de duda. Al principio hasta Biddy le preguntó: «¿Tú te lo has pensado bien?». Había sonado igual que cuando estaban en el instituto o en la facultad, cada vez que Biddy creía que Margaret se había pillado por un tío y le parecía que estaba poniendo su futuro en manos de un tipo que no era de fiar. Esa vez, sin embargo, no había ningún hombre, solo la decisión que ella había tomado, su propia vida. ¿Tú te lo has pensado bien? Como si su propia vida fuera un peligroso hombre maduro.

Biddy había temido represalias, que a Ezra le hubiera dado por hacer una locura, como intentar apartarla de las niñas. Acababa de ver la película de *Carol*.

—Tranquila, mujer, que ya no estamos en los cincuenta —le había dicho Margaret, aunque, claro, también ella tenía miedo de las posibles represalias.

No hacía mucho Ezra le había propuesto una cosa. Le había mandado un enlace a un artículo publicado en un portal de una facultad de Derecho en el que se hablaba de la justicia reparadora. Según él, podía servirles de modelo para su situación. La «persona que ha provocado el daño» crea espacio para que la «persona que ha sufrido el daño» hable de la herida y sus secuelas y busque respuestas sobre cómo y por qué ha ocurrido. La persona que ha provocado el daño manifiesta su arrepentimiento. La persona que ha sufrido el daño ofrece su perdón.

Ella lo había dejado traumatizado, le explicó él, era lo menos que podía hacer.

Margaret no se lo había tomado muy bien: «¡No soy ninguna criminal! —le había respondido—. ¡No soy el gobierno que instauró el *apartheid* en Sudáfrica!».

Él le contestó que quería comprender cómo y por qué. Podía haberle pedido ayuda al verificador para eso, para que llamara a las fuentes y contrastara los datos. Pero a Margaret no le parecía que él quisiera respuestas. Plantear las preguntas hacía aflorar cierto sufrimiento, y eso era lo que él realmente buscaba, esparcir el dolor a su alrededor. Y estaba en su derecho. Lo que ocurría era que a ella no le gustaba nada cuando él preguntaba: «¿qué clase de persona haría una cosa así?».

Podía soportar que él la tuviera por un monstruo siempre y cuando no lo formulara como una pregunta, siempre y cuando no pretendiera que ella estuviese de acuerdo.

La otra madre seguía mirándola, a la espera.

—Vaya, lo siento, estará siendo muy duro. Cuando quieras lo hablamos bien, pero es que ahora tengo que irme a hacer la cena… —Mierda, ¿cómo se llamaba esta mujer?—. Mira, te dejo mi número y tú me mandas un mensaje y quedamos para un café. Así lo hablamos todo bien.

En aquel momento no le apetecía nada de eso, el cómo, el porqué o cuánto, llegado el caso, podía cobrarte un abogado. Helen estaba en la torreta del castillo que había encima del tobogán, echada sobre la barandilla y con la camiseta del campamento revoloteándole al viento. Parecía orgullosa y solitaria. Margaret estaba a punto de llamarla, de decirle que cogiera la mochila y a su hermana, que era hora de volver a casa. Pero se detuvo.

Helen estaba iluminada, en llamas por el sol de las seis de la tarde, y su rostro, tan familiar como insondable, reflejaba que estaba viviendo algo íntimo y esencial. ¿Qué es?, quiso preguntarle. ¿Qué es lo que sientes? Pero en lugar de eso volvió la cara en la misma dirección y sintió que aquel mismo sol se la labraba en oro. Se olvidó de la mujer a su espalda, se olvidó del resto de los padres del parque. Aquel momento era un regalo; no para ella, no para atraparlo, pero un regalo igualmente. Seguían jugando al pilla-pilla y, a los pies de Helen, los críos más pequeños se arremolinaban, persiguiéndose y huyendo, persiguiéndose y huyendo.

Podía esperar. Podía esperar hasta que las niñas le dijeran que ya querían volver.

10

La primera vez que estuvo en casa de Duncan fue un alivio ver que la tenía hecha un desastre; de haber estado ordenada y limpia, habría corrido el peligro de querer casarse con él. Tenía bastante claro que no iba a querer vivir sola el resto de su vida, pero no tenía ningún interés en andar recogiendo ropa de tío del suelo. Jamás volvería a vivir con un hombre que no despejara la encimera para limpiarla y que se limitara a empujar hacia atrás las pilas de cacharros amontonados y pasar la bayeta por delante. Jamás viviría con un hombre que dejara que el lavabo se llenara de porquería con la espuma escupida de días y días de pasta de dientes o que dejara calzoncillos por el suelo que ella luego tendría que inspeccionar para ver si estaban limpios o sucios. Incluso en esos momentos, allí arrodillada sobre la moqueta, parte de ella estaba pensando en la buena falta que le hacía pasar la aspiradora.

Pero luego estaba lo otro: su polla. Margaret no daba crédito a lo mucho que pensaba en ella. No solo en acostarse con él, sino, en concreto, en su polla; y más en concreto, dentro de su boca. Nunca le había importado hacer mamadas. Por lo general era una persona a la que le gustaba hacer las cosas bien y agradar. Había hecho bastantes siendo todavía virgen y alguna que otra ya de casada, sobre todo después de tener a las niñas, cuando las hormonas de la lactancia la dejaban demasiado seca y rendida para que le metieran nada en el cuerpo. Esto, sin embargo, era distinto.

Quizá fuera la combinación de someterse a él a la vez que mantenía el control. No habría tolerado que él le hubiera empujado la cabeza hacia abajo y la hubiera atragantado, y sabía que él jamás le haría algo así. O tal vez fuera una cosa científica, un magnetismo feromónico basado en el olor particular de Duncan. O a lo mejor simplemente le gustaba, la piel delicada, su pálpito potente, sentirla cuan larga era contra la lengua. Aunque se decía «hacerle» una

mamada a alguien, ella no pretendía hacerle nada; más bien quería algo de él. De hecho, seguramente a ella le gustaría que él se hiciera de rogar, tener que suplicarle, que pedirlo por favor.

No se lo podía contar a otras mujeres porque no la creerían. Y tampoco a los hombres porque ellos sí que la creerían. No tenía nada de raro querer que la dominaran en la cama. Pero que le gustara que le ordenaran hacer algo no era lo mismo que, simplemente, le gustara hacerlo: llenarse la boca de él, una boca, la suya, que normalmente tenía colmada con todas las cosas que no decía.

De joven había temido que le pasara algo raro, que, de algún modo, se hubiera quedado traumatizada. Dio gracias cuando resultó que no, que le había gustado el sexo desde que había tenido su primer novio de verdad, que el sexo, en gran medida, la había hecho feliz. Querer algo, conseguirlo, y querer más… eso era el sexo. La satisfacción del deseo nunca agotaba el deseo, si acaso lo intensificaba. A ella eso le parecía de lo más normal, por disparatado que sonara. Tener la polla de Duncan dentro le daba ganas de tener la polla de Duncan dentro.

Una vez, con veintipocos años, la invitaron a participar en un club de lectura al que iban muchos jefes de redacción veteranos y glamurosos. Se había puesto un traje de pana y se había sentido como una niñata, y habían leído *Chesil Beach*, de Ian McEwan, que iba de unos jóvenes británicos que son vírgenes y se quieren pero que no pueden consumar en su noche de bodas porque el chico es muy orgulloso y no tiene ni idea y la chica está traumatizada. Su padre la violó o abusó de ella, el libro no lo especifica. A Margaret le maravilló que McEwan hubiera sido capaz de aquello, de describir con tal precisión el horror de la chica ante la perspectiva de que volvieran a tocarla. El recién casado eyacula precozmente. La chica intenta limpiar el semen de forma frenética, pero está demasiado pegajoso y se cuaja, formando otra capa de piel; ella no consigue quitárselo de encima, nunca ha sido capaz de quitárselo de encima.

—Nadie se recupera de una cosa así —dijo una mujer del club de lectura.

Uf, a Margaret aquello le sentó fatal. Esa no era en absoluto la moraleja del relato. «Había esperanza», ponía literalmente, era una frase textual del libro. Se recordaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, en una postura de máxima deferencia, pasando las páginas.

—Pero aquí el autor escribe: «Había esperanza» —intervino.

La mujer, que tenía un agujero en el jersey y un trabajo fijo en la *Paris Review*, se la quedó mirando desde su silla e insistió:

—Qué va. Nadie supera algo así.

La ficción no trata sobre lo que ha pasado, pensó. Lo que ha pasado solo pasa para mostrarte lo que podía haber pasado de otra forma. Por eso había esperanza. Ian McEwan plantó a esas dos personas en esa playa y ellas no salieron adelante. Pero si se cambia una cosa, cualquiera —ay, si el chico la hubiera llamado por su nombre—, podría haber sido una historia muy distinta.

A ella le habría interesado hablar sobre eso, si hubiera sido capaz de expresar la idea en condiciones. Todavía hoy, tantos años después, cuánto le costaba expresarse.

—¿Qué tal en el club de lectura? —le había preguntado Ezra cuando llegó al lúgubre piso donde vivían, ese primer apartamento con las habitaciones en ristra.

—Yo qué sé, eran un poco estirados —le respondió.

No había vuelto; de hecho (menuda tontería…), no había vuelto a ir a un club de lectura. Duncan sí hablaría con ella de *Chesil Beach*, de la esperanza de la trama, si ella era capaz de acordarse de lo que había estado pensando cuando terminara lo que tenía entre manos.

Él vivía en Rockaways, en una casa llena de libros, como el capitán de un barco literario. Hacía surf, incluso en invierno, y daba clases en la facultad de Arquitectura de la City University de Nueva York. Él le había prestado su ejemplar de *Las olas* y, hasta que lo terminó, ella no se dio cuenta de que había olvidado que la propia Woolf había muerto ahogada. Tenía sentido. Aunque, por otra parte, a Margaret le costaba creer que la escritora hubiera terminado así sus días, con piedras en los bolsillos. O sí se lo creía cuando lo leía en internet pero no mientras leía sus libros. De eso también hablaría con Duncan; seguro que a él le interesaba esa sensación.

Ella había estado antes en Rockaways, claro está, para ir a la playa. Le gustaba; había gente de todo tipo, como si alguien hubiera inclinado un vagón del metro y hubiera descargado una parte de Nueva York en la arena. Pero la parte donde vivía Duncan no la conocía hasta que no empezó a salir con él. La zona pegada a la orilla era muy agreste y estaba algo dejada: había ancianos que vivían en las casas en las que se habían criado, chatarra plateada por los jardines delanteros y casetas destartaladas en los de atrás. Ratas por la hierba salada. Aparcamiento de sobra en las calles. Hizo una cosa nueva con la lengua.

Esa tarde habían estado remando por la bahía con la canoa de Duncan. Tenía una algo rajada que guardaba bajo los arbustos del jardín trasero de un vecino. La lluvia les había rondado todo el día, y, en cuanto metieron la embarcación en el agua, el viento arreció, lanzándoles grandes bocanadas de humedad.

—¿Cómo lo ves? —le había preguntado Duncan, con el agua por las rodillas, mientras sondeaba el cielo y sujetaba la canoa con ella dentro.

—Lo que veo es que será mejor que rememos rápido —le había contestado ella, y eso habían hecho.

La idea era llegar hasta un islote cercano antes de que estallara la tormenta. Pero cuando miró hacia atrás, a la ciudad, ya se veía: la borrasca desplomada en el cielo con todo su peso, como un islote negro en sí misma. El viento la embistió y ella se rio. Le gustaban las tormentas. Era el nivel perfecto de emergencia.

Metió la mano en el agua y los dedos desaparecieron; no se veía nada a más de cinco centímetros de profundidad. Eso le dio la sensación de estar flotando del revés, como si el cielo fuera profundo y peligroso mientras que la bahía era mera superficie. El agua estaba azul, luego gris, luego azul, de nuevo gris, luego de pronto verde como un prado. Si se hubiera caído por la borda, no se habría hundido hacia abajo: se habría quedado allí tumbada al lado de la barca, envuelta en los susurros de las pequeñas olas.

Duncan le había estado hablando de sus hijos, de Willis y Louie. Tenían algunos años más que Helen y Jo, y hacían surf con él y sabían hacer hogueras en la playa. Una fantasía se coló en la canoa y se

hundía y se mecía de lado a lado: Duncan y ella fundirían a los niños en una jaleosa familia bohemia y, en lugar de pasar los veranos en el colegio católico, las niñas los pasarían allí, con hogueras en la playa y mar. Su matrimonio se convertiría en una fase entrañable pero desatinada que había atravesado, y Ezra se convertiría en un viejo amigo y dejaría de ser un hombre enfadado cuyo hogar ella había destrozado. Recuperaría también la coherencia de una única vida, en lugar de esa división en la que era o madre o mujer, pero nunca ambas cosas a la vez. Volvería a tener un futuro, en lugar de tan solo un pasado.

Pero entonces la exmujer de Duncan, de cuyos sentimientos él seguía hablando con una intensidad de propietario, alargó una mano hasta rozar la bahía. Ezra la siguió, con su retahíla de preocupaciones. Luego, por último, los niños, los hermanos, el tremendo riesgo. Ella hundió el remo en el agua pantanosa, hacia abajo, entre los cangrejos y las tortugas invisibles y entre las cañas pútridas que hubieran logrado enraizar en el cieno cambiante. El remo se encalló; Margaret estaba remando contra el verdadero fondo.

Había empezado a llover y habían tenido que dar media vuelta.

Todavía tenía el pelo mojado, y eso ahora le venía muy bien, porque le bajaba como una cuerda por la espalda y no tenía que recogérselo. Se preguntó qué estarían haciendo las niñas; estarían en el parque (o eso esperaba, y no viendo la tele). ¿Habrían comido algo de verdura? Tenía que hacer la compra cuando volviera.

Pero entonces Duncan le puso una mano en la nuca, un punto de contacto tan suave que ni sintió el peso.

—Umm —dijo él en un hilo de voz.

Y una vez más la corriente del deseo de ella se elevó y barrió todos los pensamientos hasta que no quedó más que su propio ritmo *in crescendo*. A él le tembló la mano y emitió otro sonido, un sonido de placer fascinado. Qué bien le vino estar de rodillas. Tragó.

11

«Había dicho que no tantas veces, a tantas cosas: a los masajes, al sexo oral… Esa escena no venía a cuento, pero si yo no hubiera accedido a enseñar las tetas, directamente no habrían hecho la película.»

Margaret apagó la radio.

—Qué asco —dijo Ezra, y separó las yemas de los dedos del volante de la furgoneta que les había prestado su amigo, como si hasta la tapicería pudiera, de algún modo, estar corrompida por los crímenes de Harvey Weinstein.

Ella se alegró de que las niñas dormitaran en el asiento trasero; no quería que escucharan aquello. Lo que les había hecho Weinstein a las actrices no tenía nada que ver con ella, no era sexo —estaba en otra categoría muy distinta—, y aun así la palabra «oral» todavía la hacía estremecerse. Sintió que Ezra la miraba de medio lado, percibiéndolo en ella, lo que había hecho y disfrutado. Antes de irse, Duncan le había preguntado: «¿Sobrevivirás?», refiriéndose al día que tenía por delante con su ex, al fin de semana con su familia. Preocuparse así por ella era una especie de posesión prorrogada. Le había separado las piernas a la fuerza con la rodilla y en realidad ella no debería estar pensando ahora en eso.

Ezra dobló por la calle del museo y bajó luego la cuesta del aparcamiento subterráneo. Un vigilante los detuvo en la entrada y les hizo señas al otro lado de la ventanilla cerrada. Abrió el portón trasero y una bocanada de aire caliente entró de golpe mientras el tipo hurgaba bajo el carrito plegado. Luego se agachó y desapareció de la vista. ¿Qué hacía? Margaret estiró el cuello para ver. Estaba iluminando los bajos del coche con una linterna.

—¿De verdad están buscando bombas? —le preguntó por lo bajo a Ezra, pero este no respondió.

Por supuesto que estaban buscando bombas. Las niñas se revolvían a regañadientes en el asiento trasero, padeciendo la vuelta a la conciencia.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó una de ellas.

Y, por una vez, Margaret pudo responderle:

—¡Sí!

Aunque eso sí, les llevó otros veinticinco minutos encontrar un hueco para aparcar, resucitar el carrito y montarse todos en el ascensor para llegar al vestíbulo.

Ojalá nunca modernizaran aquel museo. Le encantaba el aire que desprendía a película antigua de aventuras, como si en cualquier momento fuera a aparecer el mismísimo Teddy Roosevelt con un felino muerto cargado al hombro. Daba un poco de cosa pensar en todos esos animales como cadáveres sin carne en el interior, pero era una sensación sincera. Todo era ya mímesis, aunque aquello era lo más ajustado a la realidad que uno podía encontrar: no era solo ajustado, era reajustado. Ahí los tenían a todos, con sus preciosos dientes y sus garras.

Margaret y Ezra llevaban yendo al museo desde que Helen era una cría de pecho, antes incluso de que pudiera enfocar la mirada. En su momento les parecía que era algo que hacían los padres, aunque ahora a Margaret ni se le ocurriría pensar que llevar siete cálidos kilos de niña en un fular de porteo contara como actividad de crianza. Desde que se habían divorciado, habían ido más a menudo incluso. Ambos estaban de acuerdo en que la continuidad era importante. El museo distraía a las chicas de cualquier tensión entre ellos, mientras que el miedo a perder de vista a las niñas entre el gentío los distraía a ellos, al uno del otro. Al menos, en teoría. Y así desempolvaban el viejo pellejo de la familia nuclear, rellenaban de algodón las partes más holgadas, lo reforzaban con alfileres, y les preguntaban a las niñas:

—¿Adónde vamos primero?

—Al espacio —dijo Helen.

—A la ballena —dijo Jo.

¿Haría Ezra un chiste de divorcios? ¿Se acordaría de cuando vieron juntos la peli de Noah Baumbach? La ballena y los meteoritos estaban cada uno en una punta, pero daba igual.

—Vale —dijo Margaret, y siguieron avanzando sin más en la dirección en que ya estaban yendo.

—No sé dónde leí que ahora mismo la mayor amenaza para el museo es que haya una plaga de polillas —le contó a Ezra—. ¿Te acuerdas de aquella vez que tuvimos polillas en casa y hubo que meter todos los jerséis en bolsas? Pues es la misma polilla, por lo visto, que se come los animales disecados.

Ezra la miró como diciendo «no me recuerdes lo felices que éramos», pese a que lo de las polillas no era precisamente un episodio muy feliz.

Lo que le interesaba en realidad a Margaret era la idea de que incluso los animales muertos no estaban a salvo, la idea de que, incluso en el simulacro, el deterioro era real. Pero ese tampoco era el tipo de comentario que Ezra apreciaría. A él le gustaba el museo más que nada porque podía demostrar que sabía cuál de los antílopes era el acuático y qué gacela era la saltarina del Cabo sin tener que leer las cartelas. Margaret pensó eso y enseguida se sintió mal por ello.

Ezra no soportaba que ella pensara cosas sobre él, que creyera saber lo que él pensaba, lo que sentía o lo que le interesaba. Durante una tira de años habían estado de acuerdo en que se conocían mutuamente mejor que nadie en el mundo, y habían disfrutado de poder decirse cosas como: «Esto a ti no te va a gustar nada», «Esto es supertú», «Se te veía en la cara» o «Sabía que ibas a decir eso». Hasta que la relación se rompió y entonces estuvieron de acuerdo en que no se conocían en absoluto. Ahora se suponía que debían tratar la vida privada e íntima del otro como si fuera demasiado seria y misteriosa para ser invadida, y hacerse el favor mutuo de no tener ni idea de qué pensaba, sentía o se disponía a hacer el otro.

A Margaret le vibró entonces el teléfono y se lo sacó del bolsillo trasero. Duncan. Le contaría lo de las polillas en el simulacro; era justo el tipo de historia que a él sí le interesaría. En un acto reflejo, se metió en el correo cinco segundos, se agobió al ver la cantidad de mensajes sin leer en negrita y se apresuró a devolver el móvil al bolsillo. ¿Qué era lo que iba a decir antes de eso? Un momento, mierda, ¿dónde estaba Helen?

¿Cómo había permitido que pasara esto? Un borrón de mochilas, dibujos en camisetas y niños ajenos. ¿Qué llevaba puesto Helen? ¿El vestido de las fresas? No, ese lo llevaba Jo. Se le aparecía una cara tras otra: esa era vieja, esa tenía barba, esa otra era una figura inuit de cera enfundada en pieles para ir en trineo. Fue descartando una cara tras otra, buscando más. Un cuerpo tras otro y todos demasiado corpulentos para ser el de Helen hasta que… Ahí estaba.

Tenía las manos entrelazadas por detrás, como una profesora, y la cabeza inclinada hacia arriba, con lo que la coleta se mecía. Estaba mirando un oso *grizzly* que habían colocado de pie sobre las patas traseras, pero que no estaba echado hacia atrás para atacar sino más bien mirando a su alrededor con cara de alelado. Margaret se acercó a su hija con el carrito, atenuó el pánico y la cogió de la mano.

Aquella era su parte favorita del museo. Como se había criado en un pueblo de interior, lo que más le gustaban eran los mamíferos de Norteamérica, los osos, los castores y los lobos, con toda aquella nieve falsa espolvoreada sobre la piel auténtica. Le gustaba el telón de fondo montañoso y cómo las briznas de hierba pintadas se volvían briznas reales plantadas en el suelo. Le gustaba pasar la mirada de la hierba real a la falsa, de un lado a otro de esa línea donde empezaba la ilusión.

Entonces Jo dijo que se estaba aburriendo y Helen, que estaba cansada. A sus ocho años, la mayor era demasiado grande para el carro, pero aun así exigía su turno en él.

—Me duelen tanto las piernas que es como si estuviera malherida —dijo.

Bonita palabra, «malherida». Había llegado la hora de la sala del Reino Marino.

A todo el mundo le encantaba la sala del Reino Marino. Con las zambullidas, las salpicaduras, los delfines, era puro juego. Todo aquel movimiento suspendido de cables bajo unas luces azules, y los leones marinos de una corpulencia disparatada, con sus orgullosas lorzas de grasa en el cuello. Allí las niñas podían corretear de un lado a otro sin que ella tuviera que preocuparse por perderlas de vista. La luz azul

realmente conseguía que creyeras estar bajo el agua, o al menos bajo algo. Ezra y ella se apoyaron contra un mar de cristal y se quedaron mirando a las niñas. Le vino a la cabeza el sintagma «silencio amistoso». Estaban mirando a sus hijas en un silencio amistoso.

Margaret le había pedido el divorcio en lo más crudo del invierno. No eran ni las cinco pero ya era prácticamente de noche y hacía un aire tan frío y seco que parecía vacío de contenido. Palabras, vaho, calor, el día: en cuanto salían de una superficie viva, desaparecían, se desinflaban. Fuera del taxi, todo el mundo hacía lo mismo que ellos, lo que andaban haciendo siempre: volver a casa con las compras, las bolsas de comida, con las hijas debidamente estimuladas por las costosas actividades extraescolares. Margaret había pensado en el puro esfuerzo físico que costaba hasta la más ínfima cosa de mierda. Los circuitos hacia las fibras, los músculos tirando de los huesos.

Nada más llegar a casa, plantó a las niñas delante de la tele en el salón. (El piso era lo suficientemente grande como para tener un salón y una cocina decentes.) Ella se puso a sacar la comida de las bolsas y entonces él le preguntó si le pasaba algo. No era habitual en él, o, más bien, lo que no era habitual era que ella diera a entender que había que preguntárselo. Pero ese día él lo hizo, y/o ella lo hizo, y tras solo un par de horas agónicas… ¡pufff! Todo el armazón que sostenía sus vidas había desaparecido.

Ni estalló ni se desmoronó. El matrimonio estaba allí sin más, en su solidez, un hecho fehaciente, y luego ya no estaba y en su lugar los cuatro se quedaron allí de repente sobre unos maderos, con las piernas colgando en el vacío.

A veces le daba por pensar que si ese día Ezra no le hubiera preguntado si le pasaba algo a lo mejor nunca se habrían divorciado. A lo mejor ella seguiría en esa cocina guardando una lata en el estante más alto. ¿Por qué lo había hecho? Era posible que él nunca dejara de preguntárselo. Si se lo preguntara ahora de nuevo, ella podría decirle que se había sentido como si estuviera tras un cristal, suspendida por cables, haciendo, perpetuamente, un mismo gesto. Y entonces algo había penetrado allí, algo que la había hecho oscilar de lado a lado.

Pero él quería una respuesta, no una metáfora. Era lo mínimo que podía hacer Margaret, darle una explicación. Ella no era capaz o no quería, dijo él. Y ella le respondió que sí, que lo había intentado, que lo estoy intentando.

En los últimos tiempos no se habían visto mucho, más allá de los encuentros para intercambiarse a las niñas. Con el cumpleaños de Jo a la vuelta de la esquina, a Ezra le había parecido buena idea pasar algo de tiempo juntos antes de pasar más tiempo juntos. Aquella excursión era un calentamiento, para asegurarse de que la cosa no terminaba con discusiones entre susurros o algo peor. Margaret y las chicas tenían pensado coger el tren a Nueva Jersey el viernes y Ezra se reuniría con ellas al día siguiente. Seguramente el fin de semana sería un auténtico mal trago, pero al menos las niñas lo disfrutarían; y por suerte la casa de Elizabeth era tan grande que cada uno podía dormir en un cuarto lo más lejos posible del otro. También por suerte Elizabeth y Ezra siempre se habían llevado muy bien. Podían hablar, si no con ella, al menos entre sí.

Una guía estaba explicándole a un grupo que la ballena que colgaba del techo se había restaurado en 2003 y que le habían añadido un ombligo. Los turistas tenían la cabeza girada hacia él. Margaret solo alcanzaba a verles la garganta.

Intentó calibrar el ánimo de Ezra. Era algo que había hecho durante el tiempo que había durado su matrimonio, como el diabético que monitoriza su nivel de azúcar en sangre, y ahora le costaba dejar de hacerlo. Llevaba la cuenta de sus estados de ánimo e iba repartiendo dulces tentempiés conyugales: barritas de cereales, paquetes de zumo, cariño. Todo parecía ir bien. La gratitud la invadió por dentro. Ella lo quería; en ese sentido, siempre lo querría.

Al instante el sentimiento fue contrarrestado: ella era demasiado fácil de complacer, no tenía por qué sentirse tan desesperadamente aliviada solo porque un hombre adulto fuera capaz de mantener la compostura delante de sus hijas un domingo de verano en el Museo de Historia Natural.

Cuando hacían cosas de ese tipo en familia, Margaret tenía que reprimirse para no parar a la gente de la sala y asegurarse de que no se llevaran una falsa impresión: ¿Nosotros? No, no, estamos divorciados. Le daba rabia que la gente creyera que estaba casada con Ezra, o, peor, que fingía estarlo y en realidad se avergonzaba de su decisión. Quería una cartela propia: «Madre divorciada; América del Norte, principios del siglo XXI. Esta omnívora terrestre engendró dos crías y fue encontrada en buen estado de conservación bajo un terreno helado».

Helen y Jo correteaban de un lado para otro, enganchadas del brazo, susurrándose cosas al oído. ¿Qué era lo que estaban señalando? Seguramente traseros de animales. Aun así, Margaret deseó poder escucharlas, ver lo que ellas veían, poder ser, por un momento, otra hermana más. Ella no era ni la hermana ni la esposa de nadie.

Un pensamiento más siniestro se le coló entonces en la cabeza, de esos que te vienen al menos una vez en un espacio público concurrido cualquiera, como si te lo facilitaran con la entrada: ¿Y si alguien de verdad los hacía explotar? ¿Y si uno de esos conductores del aparcamiento subterráneo había ocultado tan bien su bomba bajo los trastos del maletero que ni la aguerrida linterna del vigilante había conseguido descubrirla? El suelo explotaría bajo sus pies y saldrían volando por los aires y, al cabo, descenderían sobre el caos, el cristal de las vitrinas estallaría y el agua se derramaría (aunque, claro, aquellas peceras no estaban rellenas de agua).

Enderezó la espalda contra el cristal y estuvo más pendiente de las niñas. Más allá de lo que ella hubiera hecho, más allá de lo que pudiera pensar Ezra, ellos siempre serían una familia en el sentido fundamental de que ambos preferirían morir en aquella hipotética conflagración de fuego, agua y taxidermia que salir de allí sin una de sus niñas. Él decía que ella había tirado su matrimonio a la basura como si no fuera nada, como si no le importara, o, peor, como si ni siquiera hubiera existido. ¿Por qué? Porque sí. Porque a ella le había dado la gana. Era una respuesta infantil, pero era la verdad. Y aun así Ezra siempre sería la persona en quien confiaría para que sacara a las

niñas del museo en llamas. Tuvo la sensación de que aquello debería hacerle sentir mejor a él, por mucho que supiera que probablemente no lo haría.

Quiso decirle algo entonces, intentarlo al menos. Sobre por qué era necesario, saber, sentir, que pese a todo…

Pero él ya estaba hablando:

—¿Podrías por lo menos intentar sacar algo de conversación? —la increpó.

12

—¿Un plato?
—No.
—Una manzana.
—No.
—La maceta.
—Juega en serio, mamá.
—¿Un… libro? —dijo, reprimiendo un bostezo incipiente.
—Pero ¿qué libro? —insistió Helen.
—Eso es imposible, el libro no lo puedo adivinar.
—Vale, vale, pero intenta adivinar si es un libro de los nuestros o uno de los tuyos.

Si había adivinado que era un libro era porque había libros por todas partes, y estaba cansada, rendida, directamente incapacitada por la fatiga después del día en el museo, el día con Ezra. Qué cansada estaba… tanto que sentía las piernas como sendos sacos de comida para gato. Ojalá estuviera en casa de Duncan, tirada bocabajo en su cama.

—Mami, di algo.

Lo único que sabía era que se trataba de un objeto, que tenía cierto volumen, que le pesaba pero tampoco mucho, que era ligero y plano, y que tenía una superficie considerable. A saber lo que habría por dentro, pero, puestos a adivinar, habría dicho que colores, dibujos, orugas y tigres.

—Vuestro.
—¡Toma, sí! Gana mamá —dijo Jo, que se le encaramó encima.

Estaban jugando a un juego al que llamaban «¿Qué tengo en el culete?». Se jugaba tirándote medio dormida bocabajo en el sofá y dejando que las niñas te pusieran objetos al azar sobre las posaderas. En esos momentos era su segundo juego favorito, por detrás de «Ceguera», al que jugaban con los ojos cerrados e intentando dar

vueltas por el piso. Era interesante, se dijo Margaret, que a las niñas les atrajeran esas pruebas de propiocepción. ¿Qué lugar ocupa mi cuerpo en el mundo? ¿Puedo confiar en que mis sentidos lo mantendrán a salvo? ¿Qué tengo en el culete?

Las niñas tenían una cesta con peluches, otra con muñecas y una caja de piezas magnéticas con las que podían construir torres, pero en el piso no había mucho más sitio para los juguetes. Con lo que más jugaban era con las sillas: las cuatro de la mesa de la cocina y los dos taburetes de la barra, que reajustaban en infinitas variantes por el salón-comedor-cocina. Hacían cohetes, trenes, limusinas, fábricas, tiendas de animales, fuertes. Las ponían en fila, luego en círculo, luego las tapaban con mantas. A Margaret aquel desorden la volvía loca, pero le encantaba verlas jugar así, que convirtieran la propia habitación en un juego.

Su madre veía con malos ojos la escasez de juguetes. Siempre andaba comprándoles muñecas y ropita para vestirlas, libros de pegatinas y kits de manualidades llenos de purpurina que al momento acababa por toda la alfombra. Margaret siempre la obligaba a que se lo llevase todo de vuelta a Nueva Jersey. Por fin, aleluya, había encontrado una restricción que su madre tenía que aceptar (aunque en realidad no la aceptaba, y seguía intentando combatirla cuando, todas las semanas, le enviaba anuncios de pisos más bonitos y caros en barrios residenciales). Ellas tres vivían allí, en aquel espacio pequeñito y blanco, y Elizabeth, por mucho que quisiera, no podía agrandarlo.

❁

Hacía unas semanas le había pedido a su madre que se quedara una noche con las niñas. Tenía que ir a la despedida de un compañero de trabajo y ese día Ezra no le podía cambiar la noche. Cuando volvió a casa, se encontró a las niñas dormidas y a su madre echada en el sofá con un brazo encima de los ojos, escuchando un audiolibro. Era una de sus novelas románticas, leída por una señora con el entrañable acento británico de Angela Lansbury haciendo de tetera de *La bella y la bestia*.

Elizabeth se incorporó mientras la voz decía: «El duque la atrajo hacia sí y agarró con fuerza la frágil mano de la dama».

Margaret le dio un abrazo a modo de saludo.

—¡Un abrazo! ¿Desde cuándo me das abrazos?

—Pues desde hoy mismo.

«"Deteneos", le rogó ella…», siguió diciendo la voz.

—¿Dónde está el móvil? Espera que lo apago —dijo Elizabeth.

Algo en el piso se notaba distinto, fuera de lugar. ¿Qué era? Las sillas estaban en su sitio. Las mochilas en el perchero, los platos en el lavabo.

«… pero él no podía detenerse. "He visto cómo montáis a caballo", dijo el duque.»

—¿Qué estás escuchando?

—Nada, una ñoñería.

Su madre encontró por fin el teléfono entre los dos cojines del sofá. Margaret se fijó entonces en que había dos bolsas de basura en el suelo.

—¿Qué es eso?

—He estado apartando la ropa que se les ha quedado pequeña. Hija, el armario empotrado de las niñas estaba hecho una pena.

—Pero, mamá, ya lo hemos hablado. Haz el favor de no reorganizarme las cosas.

—No son tus cosas, son las de las niñas. Y, vamos, no cuesta tanto decir gracias. Me he pasado toda la tarde con el armario.

—Pero si esta es una de las favoritas de Helen… —dijo sacando de lo alto de una bolsa una camiseta verde en la que se leía: «Gané una medalla en la Carrera por la Justicia Social».

—Le queda pequeña.

—No es verdad.

—Es escasa de tela. Además, le he encargado cosas nuevas; ya no necesita nada de eso.

Margaret dio media vuelta y fue al cuarto de las niñas, donde abrió los cajones de la cómoda lo más sigilosamente que pudo. Estaba todo muy ordenadito, todo apilado en primorosos montoncitos. Mucha

gente habría pagado un buen dinero por un servicio así, pero que Elizabeth lo hubiera hecho sin preguntar le daba ganas de meter todo el brazo en el armario y cargarse los dichosos montoncitos.

Su madre estaba en el umbral.

—Mamá… —intentó no subir el tono—, por favor, atiende un momento… ¿Qué es eso?

Había una nueva casa de muñecas en la esquina del cuarto. Era de esas con forma de caja, con una bisagra en medio y dos partes que se abrían para revelar el interior. Ahora estaba así, desplegada, con tres plantas de habitaciones rosas abiertas de par en par. Cuando se agachó para verla mejor, se dio cuenta de que no era una casa normal: en lugar de salones, dormitorios y baños para que vivieran las muñecas, tenía tiendas, con sus percheros y sus cajas registradoras pintadas en las paredes, así como distintos estilos de ropa de muñeca ingeniosamente expuesta con trozos de velcro. Por las tiendas había varias muñecas tiradas con distintos grados de desnudez.

—Es un centro comercial de juguete. A las niñas les ha encantado. Han estado jugando todo el tiempo que yo he estado limpiando.

—Mamá, mira, yo te agradezco que me ayudes con las niñas, pero… —le dijo mientras regresaba al pasillo y cerraba el dormitorio tras ella —… tienes que hacerme caso. Nada de reorganizar ropa, nada de juguetes grandes. Por favor.

—No se puede tener todo, Margaret. No puedes pedirme que venga y luego dictarme lo que tengo que hacer cuando estoy aquí.

—¿Ah, no puedo? Porque esta es mi casa… Son mis hijas.

—A mí no me grites —dijo Elizabeth.

«Yo no estoy gritando», pensó, pero no gritó.

Nunca desaparecería su fantasía infantil. Habría dado cualquier cosa por tener un testigo, un árbitro, a Angela Lansbury, a Danny, a quien fuera, con tal de que alguien le dijera a su madre que no era Margaret la que no estaba siendo razonable.

—Si no puedo confiar en que vas a hacerme caso, la próxima vez no me va a apetecer pedirte que vengas.

—¿Qué me quieres decir con eso?

Margaret pasó junto a ella como pudo por el estrecho pasillo. Quería alejar la conversación de las niñas, llevarla a la cocina, pero su madre se negaba a moverse.

—No estoy diciendo nada, solo lo que ya te había pedido.

—¿Estás diciendo que no vas a dejarme ver a mis nietas?

—Por supuesto que no.

¿Cómo había escalado la cosa tan rápidamente? Había demasiados sentimientos concentrados en el pasillo; se sintió atrapada, embutida con su madre en el tambor de una pistola blanca.

—Mamá, no te estoy amenazando, tranquilízate.

—No puedo tranquilizarme. Yo necesito a las niñas. Las necesito como una medicina. No sé lo que podría llegar a hacer si me las quitas.

Por unos instantes de pánico, Margaret creyó que su madre iba a hincarse de rodillas en el suelo, y ¿cómo podría soportarlo? Nunca había podido soportar los sentimientos de Elizabeth. Lo único que acertó a decir fue:

—Chisss, mamá, que las vas a despertar.

Su madre cogió entonces las bolsas de basura.

—Pues nada, me voy —dijo.

Margaret le pidió perdón, lanzando sus disculpas escalera abajo, mientras sujetaba en el puño la camiseta verde.

❋

Ese fin de semana iba a ser la primera vez que veía a su madre después de la pelea. Una de las mejores cualidades de Elizabeth era que no te guardaba rencor. Parecía olvidar las peleas en cuanto las ganaba.

—JoJo, me estás aplastando —le dijo Margaret a su hija mientras intentaba quitarse el peso de la niña de la espalda—. Jugad a algo sin mí ahora, porfa. ¿Por qué no jugáis con el centro comercial?

—El centro comercial es un rollo —repuso Jo.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Jo se lo ha cargado —explicó Helen.

—¿Cómo que se lo ha cargado?

Fueron a verlo. Jo había pintarrajeado todas las habitaciones, con grandes garabatos ondulados de cera y rayones de rotulador negro. Margaret se arrodilló ante el juguete y se echó a reír. Sabía que debía ponerse seria, pero estaba disfrutando.

—Parecen grafitis. Ven, anda, punki, mi pequeña anticapitalista.

—¿Anti qué? —preguntó Jo.

—Me gusta cómo te ha quedado esto —le dijo pasando el dedo por una raya naranja que empezaba en una tienda de trajes de baile y seguía hasta el vestíbulo.

El color era tan fuerte que parecía vibrar por los bordes. Se veía que la niña se había tomado su tiempo con la raya, la había repasado una y otra vez. Un muñón de cera naranja yacía al lado, después de haberse empleado bien a fondo.

—¿No nos vas a reñir? —preguntó Helen.

—No, es vuestro juguete, podéis pintarlo, a mí me da igual. Ah, pero eso sí, en nuestras paredes de verdad no se pinta, ¿de acuerdo? Si no, sí que me enfado.

—Vale —dijo Jo no muy convencida.

Las niñas salieron del cuarto mientras Margaret se quedaba mirando el centro comercial desacralizado. Se imaginó la raya naranja atravesando el centro comercial de su infancia, desde el local de Old Navy al de Nordstrom, pasando por aquel extraño sitio vacío, la zona sin definir. Pasó el dedo por el rayón. Le daba mucha rabia que su madre hubiera llamado medicina a sus hijas, pero la entendía perfectamente.

13

Las noches de los jueves solían tocarle a Ezra, pero ese día era el cumpleaños de su novia y él le había pedido que lo cambiaran. Margaret se alegró de poder hacerle un favor, y más todavía de sacar una noche de regalo. Quería pasar todo el tiempo posible con las niñas antes de que fueran a Nueva Jersey los cuatro juntos el fin de semana. Quería dejarles bien grabado en la cabeza que eran hijas suyas, que vivían en Brooklyn, que no pertenecían a la casa de Elizabeth, con sus encimeras de mármol y su piscina. A las cinco en punto estaba llamando al telefonillo del edificio donde vivía Ezra y, antes de pisar siquiera el primer sórdido escalón, ya estaba oyendo a sus niñas.

—¡Mami!

Las vio por encima de su cabeza, apoyadas en la barandilla, cada una con una pierna suspendida en el hueco de la cavernosa escalera.

—Cuidado —dijo levantando las manos en un inútil gesto de cautela —. Tened cuidado.

Cuando subió las escaleras, le preguntó a Ezra, todavía jadeando:

—¿Qué tal la tarde?

—Pues ha venido una amiga de Jo a jugar, pero tu hija no ha querido jugar. Lo único que quería era estar con mi móvil.

—Qué raro. Jo, ¿por qué no has querido jugar con tu amiguita?

La niña no respondió. Las dos hermanas se habían enroscado en las piernas de su madre, y Margaret las levantaba por turnos como si fueran unos zapatones.

—Jo, es de mala educación no jugar —le dijo Ezra—. No tiene sentido que sigamos quedando para jugar con tus amigas si no juegas con ellas cuando vienen.

Aquello la removió por dentro. A Ezra siempre le preocupaba mucho ofender a personas que no formaban parte de su familia. Era un hombre considerado, eso era. Más considerado que ella. Aun así, en

ese aspecto, le recordaba un poco a su madre.

—Solo tiene cuatro años. Seguro que el año que viene muestra más interés.

—Cumple cinco dentro de dos días.

—Tampoco la puedes obligar a querer jugar —insistió Margaret, que seguía intentando zafarse de sus hijas; no quería que los oyeran—. Anda, niñas, id a por vuestras cosas —dijo señalando con el pie e intentando sacar una zapatilla de la trampa de Twister en la que estaba atrapada.

Las niñas se limitaron a reír.

—Intenta andar, mami —le dijeron.

—Niñas, soltadme ya.

Margaret perdió entonces el equilibrio, alargó la mano para cogerse a… no, a Ezra no, se tambaleó hacia la librería…, y acabaron liándola porque le medio pisó la pierna a Jo.

—Au, me has hecho daño —protestó la niña.

«Por tu culpa», pensó pero no dijo. Se arrodilló y le dio un beso en la pierna.

—Lo siento. Pobre. Ha sido sin querer.

Jo lloraba pero no demasiado. Margaret la ayudó a ponerse en pie.

—Venga, de verdad, id a por vuestras cosas.

Ezra nunca tenía preparadas a las niñas cuando ella llegaba. Margaret no sabría decir si era porque ni se le pasaba por la cabeza, porque no le daba la gana o si más bien era a propósito: si le gustaba prolongar esos momentos con ella. No eran los más agradables; siempre sudaba una barbaridad y se agobiaba cuando intentaba que las niñas se pusieran los zapatos. «¡Zapatos y calcetines! ¡Zapatos y calcetines! Helen, ¿cuántas veces tengo que decirlo? ¡Que te pongas los calcetines!» A lo mejor a él lo ayudaba de algún modo, verla esforzarse de esa manera tan inútil.

—¿Qué pasa? —le preguntó él entonces.

—Nada —dijo, queriendo decir: lo que ves.

Ezra era redactor jefe de *The Really*, publicación que él describía como una pequeña revista digital sobre tecnología, aunque en realidad la editara una filial del departamento de Relaciones Públicas de la empresa de redes sociales más poderosa del mundo. En los siete años

que llevaba en aquel puesto fijo, la revista había conocido infinidad de nombres: *Ikon*, *Aria*, *Interrobang*. Daba la impresión de que pasaba la mayor parte del tiempo en reuniones de lluvia de ideas para pensar nombres nuevos, o en reuniones sobre cómo optimizar futuras reuniones de lluvia de ideas para pensar nombres nuevos, o en reuniones para hablar de las variables demográficas de esas futuras reuniones y de cómo asegurarse de que todo el mundo participara equitativamente en el importante trabajo de la lluvia de ideas de nombres nuevos. De vez en cuando, también trabajaba en una infografía sobre la desinformación.

Se había licenciado en Periodismo por la Universidad de Columbia y le pagaban igual que a un programador junior, lo que significaba que cobraba mucho más que ella. Podía haberle pedido la manutención para las niñas, pero no había querido, y él tampoco se había ofrecido por la evidente razón de que lo del divorcio había sido idea de ella. Siempre iba vestido con sudaderas negras y le preocupaban todas las cosas que debían preocuparle y era admirado por muchos en el trabajo por ser una persona prácticamente sin ego.

A Margaret, sin embargo, le había resultado frustrante estar por debajo de un marido que insistía en comportarse como si no le interesara nada el poder. Cuando él se fundía con el fondo, esperaba que ella también lo hiciera, que recogiera sus enaguas de esposa y lo siguiera por los oscuros pasillos de la modestia.

El día que se puso de parto con Helen, cuando rompió aguas y ella supo prácticamente al momento que iba a necesitar la epidural desde el minuto uno, él la obligó a dar vueltas por el piso otros veinte minutos porque todos los libros sobre el embarazo decían que el parto era un proceso lento y era mejor pasar el rato en casa, cadera adelante y atrás en la bola de pilates mientras te masajeabas la lumbar. Ella había entendido a la perfección qué era lo que le preocupaba a Ezra, y no era (al menos, no de entrada) la llegada inminente de su hija o el dolor, ya bastante considerable, que la anunciaba: lo que a él le inquietaba era molestar a los profesionales sanitarios del New-York Presbyterian antes de lo estrictamente necesario.

Al final, entre contracción y contracción, ella había cogido su propia bolsa del hospital y había salido por la puerta, el poderío encarnado. Para cuando llegaron al hospital, Margaret iba escorándose hacia las paredes.

Qué absurdo seguir resentida por eso. Era lo que pasaba por andar perdiendo el tiempo allí. ¿Qué estaban haciendo las niñas, si podía saberse? Helen estaba tirada en el suelo coloreando, con solo un calcetín puesto. Jo estaba en el baño.

—Ezra, ¿te importa ayudarme con Helen, por favor? —le preguntó con la voz de esposa hasta el moño que sabía que él odiaba.

—No hace falta que lo digas así —dijo, tal y como ella había imaginado que diría—. Ya estoy ayudando —dijo, aunque no era cierto.

—JoJo, ¿qué haces ahí metida? Tenemos que ir a cenar.

—Es que quiero lo sion.

—¿El qué?

—Lo sion.

Estaba hurgando en el armario de las medicinas y volcó entonces un frasco de enjuague bucal que provocó a su vez una lluvia de tiritas y gomas de pelo.

—¿El qué?

—Lo sion.

Margaret intentaba sin éxito recoger las cosas más rápido de lo que las tiraba Jo. Un bote de crema hidratante antiedad resonó contra el lavabo; era una prueba de que la novia de Ezra pasaba allí las noches. Temió que se hubiera partido el bote, pero no. Lo cogió y pensó en abrirlo, para ver cómo olía. Aunque eso habría sido raro e invasivo… Lo abrió, sin embargo, y olía bien, con un aroma cálido y cítrico, como a nata y naranja. Le entraron unas ganas tremendas de tocarla, pero eso habría sido raro e invasivo y puede que incluso, poniéndose en el lugar de la novia, antihigiénico. Aun así, la tocó: metió la yema de un dedo en aquel nácar montado.

Se alegraba de que Ezra tuviera novia. De hecho, estaba encantada. Aunque pensar en ella —en una maestra llamada Anaya que hacía listas de la compra para elaboradas cenas con bolígrafos de gel de distintos colores que él insistía en poner en el frigorífico— sembraba en Margaret un pánico a que en diez años él estuviera felizmente casado mientras que ella seguiría sola, con un vibrador con pelos de gato pegados.

«¿Cuántos cumple?», le había preguntado a Ezra, refiriéndose a la celebración que tenía esa noche con Anaya. La respuesta: treinta. Margaret se frotó la crema por la piel del entrecejo, por la arruga que se le estaba formando allí.

Jo tiró la maquinilla eléctrica de Ezra y una ráfaga de recortes de barba salió disparada por doquier.

—Bueno, ya está bien —dijo—. Jo, deja ya de tocarlo todo.

Con sentimiento de culpa, volvió a meter el dedo en la crema y alisó la superficie, como quien quiere borrar la huella de una bota en la nieve; enroscó luego la tapa e intentó recordar de qué estante se había caído.

—Te lo pido por favor, ponte los calcetines.

—Lo sion —dijo Jo, que blandió en alto un tubo de pasta de dientes.

—Quiere loción solar —explicó Helen desde la otra habitación.

Ah.

—JoJo, tú no necesitas ninguna crema para el sol —dijo Margaret quitándole la pasta de la mano—. Es hora de cenar, el sol ya se ha acostado.

—Es que me gusta —dijo Jo.

Aquella afirmación era una mentira descarada. Todas las mañanas, antes de ir al campamento, Margaret tenía que sujetarla a la fuerza para ponerle crema en la cara mientras la niña pateaba y chillaba. Otras veces le frotaba un poco por la cara, sin el consentimiento de la pequeña, cuando la veía distraída con la tele o el desayuno. Pero eso solía acabar con Jo chillando igualmente y restregándose la crema en sus propios ojos indignados.

—Mañana por la mañana nos ponemos toda la loción que quieras, te lo juro —le prometió Margaret—. ¡Zapatos y calcetines! —repitió en una voz de absoluta desesperación.

Cogió a Jo del suelo y se la encajó sobre una cadera y luego pasó de lado por la puerta para no darle en la cabeza.

Helen estaba allí de pie, con un único calcetín puesto, pegando su dibujo en la ventana. Fuera, el sol de la última hora del día había dorado el cielo, pero la luz se paraba de golpe en el cristal. Dentro ya estaba empezando la noche azul, que arropaba con sus sombras las aristas de la habitación. Ezra estaba en el sofá, mirándola a ella, con una cara más alegre de la que le había visto en semanas.

—Mami, mira —le dijo Helen—. He pintado la casa de la abuela.

Tres

14

Elizabeth se paró en seco, con lo que a Margaret no le quedó más remedio que hacer otro tanto. Iban con el tiempo justo, pero aquello era más importante: su madre tenía que tener la última palabra. Pero también Margaret tenía que tenerla. Plantó los tacones en el suelo, contra la piedra de la explanada de la estación. Los que iban al trabajo, con sus prisas de rigor, pasaban a su lado como una exhalación, en una corriente salpicada de ridículas gotitas de angustia, hombres disparados a punto de perder el tren. Pero ni su madre ni ella se movieron del sitio.

—Deja de gritarme y vuelve aquí ahora mismo —ordenó Elizabeth.

Margaret nunca gritaba. ¿O sí? ¿Por qué se empeñaba su madre en acusarla siempre de gritar cuando lo único que pasaba era que ella se negaba a ceder? Ella nunca cedería. Mantuvo la cabeza todo lo alta que pudo, con aspecto orgulloso y despectivo. Estaban a una distancia de diez pasos, y la asoció entonces al honor, a los revólveres amartillándose y apuntando, y a sangre en la nieve. Pasara lo que pasase, no pensaba volver hasta donde estaba su madre.

Margaret había querido esperar al tren en la terminal de Amtrak; Elizabeth había insistido, en cambio, en que bajaran a la sala de espera de los ferrocarriles de Nueva Jersey, para que luego, desde allí, pudieran acceder directamente al andén y asegurarse de coger mejores asientos. Que su madre hubiera insistido en ir a la ciudad ese día ya era un misterio. Había dicho algo de unas compras pero también, y era raro, no sé qué de una cita médica. No llevaba ninguna bolsa. «Así luego cogemos juntas el tren a casa —le había dicho—, y empezamos antes el finde del cumple. ¿No es una bonita idea?», a lo que Margaret había respondido con un «ajá». Ni siquiera estaba diciendo que su madre no tuviera razón con lo de los ferrocarriles de Nueva Jersey, solo que, de todas formas, encontrarían sitio, que no importaba, que, de verdad, daba exactamente igual.

Elizabeth estaba mirando a su alrededor por la explanada como quien busca un aliado, como si esperara llamar la atención de alguien para que se solidarizara con ella y reunir apoyo para su causa. Toda ella, melena rubia y botones dorados destellando en un vestido azul celeste de tweed deshilachado, era un dechado de encanto. Pero nadie se detuvo, nadie la miró.

¡Ja! Esta era la ciudad de Margaret. La ciudad asustaba a su madre, pero a ella no, y a veces eso la hacía sentirse magnánima y clemente con su madre, y otras, victoriosa y vengativa. «No te agobies tanto, esto es de lo más normal», le gustaba decirle a su madre cuando estaban allí juntas, haciendo alguna excursión o esperando el metro o un taxi, intentando llegar a un restaurante o a un museo en medio del gentío, siendo consciente de que aquello hacía que a su madre la invadiera una chisporroteante neblina roja de rabia pura.

Margaret sabía que debía ser más considerada con los miedos de su madre. Aviones, trenes, intersecciones, telesillas eran, todas, cosas que ponían nerviosa a Elizabeth, y no era difícil adivinar por qué: por todos aquellos viajes con unos padres que la quisieron poco y mal; por haber sido arrastrada por Europa con un sinfín de vestidos nuevos cuando ella lo único que quería era su misa de las cuatro y su cena a las cinco. Pero ¿es que no podía superarlo de una vez por todas?

A su madre lo que le gustaban eran las casas: grandes casas con elaborados sistemas de almacenamiento en el sótano y cortinas con borlas y ribetes. Nunca había contratado a un interiorista, ella se encargaba de elegirlo todo. Y Margaret, incluso en los momentos de mayor resentimiento, estaba orgullosa de esa faceta de su madre. Tenía la sensación de que en cierto modo Elizabeth era una artista. Como cuando veías un trazo en una pintura o leías una frase, y sabías que solo una persona podía haber dejado esa huella, solo una persona podía haberlo hecho justo de esa manera. En casa de su madre, era abrir la puerta y ¡pumba!, ahí lo tenías: un aparador antiguo con escenas pintadas a mano de la Florencia medieval, coronado con el blanco sobre verde hierba de las fotos de bodas familiares, y, colgando de uno de sus pomos, un adorno navideño, un soldadito de madera

que lanzaba las piernas hacia arriba si tirabas del cordel que tenía entre medias, como si bailara al son de una canción llamada «Elizabeth».

Merecía un respeto. Por mucho que no fuera del estilo de Margaret, a la que, cuanto mayor se hacía, más suntuoso le parecía, de un modo que rozaba, casi, el mal gusto. Por ejemplo: ¿a qué venía tanto pueblecito chino? Habría jurado que, cada vez que iba de visita, había otro sillón retapizado con pagodas y figuras con sombreros orientales. Aquello podría considerarse hasta racista, ¿no? Aunque a su madre no le podía decir eso. Era un estampado bonito, le habría dicho ella. Era solo una cuestión de combinación de colores.

Margaret ya no identificaba el ir allí como volver a su casa. Sus padres la habían reformado infinidad de veces. Ahora era una casa muy elegante, con un vestíbulo soleado y el número adecuado de cuartos de baño y una piscina de obra en el jardín, pero daba una sensación emborronada: se notaba que antes había sido otra cosa y, antes, otra, y eso te desorientaba, no podías fiarte del todo. La escalera trasera: fuera; un nuevo aseo; una cocina más grande con tres (sí, uno, dos y tres) hornos distintos; algo a lo que su familia llamaba, sin asomo de ironía, la gran sala.

Ya habían pasado unos años desde la última reforma grande. Margaret se preguntaba qué tendría pensado su madre. Una silla nueva. Un nuevo añadido. Pero siempre, en teoría, la misma casa. Seguramente le gustaba la idea del cambio en dosis pequeñas y controladas. O quizá fuera simplemente que se aburría y le sobraba el dinero.

Sus abuelos habían invertido una fortuna en una serie de viviendas vacacionales y luego en un apartamento con servicio de asistencia en South Beach. Margaret recordaba vagamente la única vez que había ido a ver a sus abuelos: estaban sentados muy tiesos en sendos sillones y habían felicitado a Neal por lo guapo y educado que era, como hacían siempre las personas mayores con su hermano. Cuando tuvieron a bien morirse, Elizabeth heredó mucho dinero. Con eso terminó de pagar la casa grande, así como sus infinitas reformas, y todavía le había sobrado.

Los antiguos dueños eran artistas, y era probable que a su madre, que se había licenciado en Historia del Arte por la Universidad de Barnard, ese dato le gustara en su momento. Lo que ya no le había gustado tanto habían sido las obras de arte que habían dejado allí. Margaret tenía seis años cuando pisó la casa por primera vez, siguiendo las cajas con sus pertenencias hasta el comedor. Allí vio, a la cabeza de la mesa de su familia, una escultura a tamaño natural de un hombre completamente desnudo. Solo la había contemplado unos instantes, antes de que su madre les pidiera a los de la mudanza que se llevaran aquella estatua, pero conservaba un recuerdo bonito de ella, de aquel cuerpo musculoso y tenso, y una cara monumental mirando por la ventana.

La habitación no contenía ya nada más que el conjunto de comedor, la vajilla de Navidad, un cuadro de unos caballos y otro de un ángel. Aun así, siempre que comían allí en las fiestas, sin importar qué otras cosas hubieran cambiado, Margaret no podía evitar ver, en lugar de quienquiera que estuviera trinchando el asado, aquella polla de piedra indiferente.

Esos forcejeos con Elizabeth siempre la hacían sentirse como una adolescente: débil e indignada. ¿Qué estarían pensando Helen y Jo mientras las cogía de la mano? No era un buen sitio para pararse. Se notaba cómo las zarandeaba la corriente de gente, que se arremolinaba alrededor de las niñas y las desestabilizaba. Podían ir por un lado o por el otro, pero había que moverse ya. Las niñas querían subirse al tren. Estaban emocionadas con aquel fin de semana de verano en la casa grande de Nueva Jersey. Ellas no sabían que en el pasado había sido una casa muy distinta. A ellas les gustaban sus abuelos. Les gustaban su primo y su tío Neal.

—Siento que no nos estemos poniendo de acuerdo la abuela y yo —les dijo en voz baja.

Helen se encogió de hombros mientras que Jo parecía estar a otra cosa, observando el moroso masticar de los dientes de la escalera mecánica. Margaret nunca sabía decir si los desacuerdos de los mayores (no le gustaba llamarlos discusiones) afectaban a las niñas o

no. Creía que sí, porque ella recordaba su propia angustia cuando vivía momentos así de pequeña. Ella habría clavado los ojos en el suelo de la estación, deseando que este se abriera a sus pies para caer en el nido de ratas chillonas que vivían allí. Pero cuando les preguntaba a las niñas si estaban preocupadas —por una interacción tensa entre la abuela y ella, o con Ezra—, nunca respondían, y ella tampoco quería insistir. A lo mejor eran igual de cabezotas que ella.

—Mamá —le dijo ahora a Elizabeth—, no estás siendo razonable. —Sabía que a su madre le daría mucha rabia ese comentario—. Vámonos y ya está —dijo.

La gente seguía pasando entre ellas dos, como si no fueran capaces de sentir el aire cargado, el frente borrascoso que estaban creando sus voluntades en liza. Sabía perfectamente lo que quería decirle su madre ahora; podía prácticamente ver la palabra en su boca, pasando como una amarga pastillita de regaliz de una mejilla a otra, pero estaba conteniéndose para no soltarla, y Margaret se lo agradecía, algo es algo. La palabra «bruja».

Si su madre hacía el favor de seguirla ahora, se dijo, no diría nada más. Bajarían por las escaleras hacia la zona de los ferrocarriles de Nueva Jersey. Atravesarían con la cabeza gacha el pasaje de techo bajo, donde había una luz de un amarillo tan sórdido que parecía haber viajado, como venida de una estrella lejana, directamente desde la década de los noventa. Y esperarían en los túneles a que apareciera el tren, su cuerpo rugiente dando el frenazo, siseando, al ralentí, dócil, domado. Se montarían y cogerían sitio.

—Vuelve aquí ya —insistió Elizabeth, pero Margaret no pensaba ir, jamás.

El mundo estaba de su lado en esos momentos, tanto el instinto como la razón estaban en su platillo de la balanza. Ella estaba al lado de las escaleras por las que tenían que bajar…, por las que, de hecho, Elizabeth había insistido en bajar. Margaret podía quedarse allí hasta que perdieran el tren si su madre se empeñaba. Punto número dos: ella tenía a las niñas cogidas de la mano. No estaba bien hacerles tomar partido, reclutarlas para una batalla sin cuartel contra Elizabeth. No estaba bien, pero el caso es que eran sus hijas, y estaban cogidas de *su* mano. Solo por la disposición de los cuatro cuerpos en el suelo de la

explanada, eran tres contra una. Y Elizabeth también lo sabía. Estaba empezando a aflojar, se le notaba. Sintiendo que tenía el poder, Margaret dio un paso atrás.

Ojalá su madre se moviera ya. Ojalá pudieran quedarse para siempre en el tren y no tener que ir a aquella casa de un barrio residencial; a lo mejor así se entenderían. Las niñas podían construirse un nidito de abrigos en el que dormir y engatusar al maquinista para que les dejara probarse su gorra y conducir. Elizabeth podía… ¿qué? Reorganizar las maletas de todo el mundo.

Así su madre no tendría tiempo para hablarle del divorcio o de la necesidad que tenían las niñas de mayor espacio y estabilidad. Margaret, a su vez, no sentiría la desesperada tentación de echarle en cara su propia infancia, las cosas que había aguantado en silencio para no herir los sentimientos de su madre. Y las estaciones pasarían sin anunciar, sin pena ni gloria, como una nota equivocada en la conversación, como algo que una persona generosa hubiese obviado, olvidado. Atravesarían los estuarios, dejarían atrás las fábricas tiznadas que escupirían lo que fuera que tuvieran que escupir. Y Margaret dejaría que su madre dijera que ella tenía razón —se habían desviado de la ruta—, porque sabría que ella había ganado: no había nada por lo que discutir.

15

Apoyada en el umbral de su antiguo dormitorio, observaba a sus niñas dormidas. Las cortinas eran diferentes. La manta era diferente. Pero la cama estaba al mismo número de pasos de la puerta y la ventana tenía los mismos recuadros negros de pura noche residencial. Fuera, oculto a la vista, el viento enturbiaba las ramas del cerezo. Habían llegado a tiempo para el famoso pollo asado de su padre y luego las niñas se habían dado el insólito lujo de un baño en el gran caldero que tenía por bañera su abuela. Biddy llegaría en cuestión de minutos para recogerla, iban a salir las dos a tomar algo.

Su amiga se había mudado de vuelta al vecindario al nacer su hija, Alice, y vivía ahora en una bonita casa amarilla con su marido, Steve. Ya no les agobiaba que sus vidas hubieran tomado caminos distintos. Era lo que tenía ser adultas; no les hacía falta vestirse como gemelas para ser amigas. Aunque tenía que reconocer que habría sido más complicado si una de las dos no hubiera tenido hijos. La maternidad permitía diferencias, porque las hacía más rotundamente iguales que cualquier otra cosa.

El alivio que sintió ahora ante la perspectiva de salir de casa de su madre le provocó tales burbujitas por el cuerpo que se sintió algo achispada. Debería emborracharse un poco.

Bajó las escaleras y pasó por delante del juego de ajedrez de plomo y del soldadito que colgaba del aparador. La urna de cristal con las pistolas de duelo estaba ahora en una mesa auxiliar rodeada de fotografías de bebés, y palpó las palabras «hasta que la muerte nos separe». Cuanto mayor se hacía, menos romántico le parecía ese desafío entre dos personas que, ya de entrada, no tenían por qué tener armas. Encontró a sus padres delante de la tele, de espaldas a ella, viendo a un vikingo que levantaba en alto un mandoble.

—Oye, ¿os importa si salgo un rato? Va a venir Biddy a recogerme. Las niñas están durmiendo a pierna suelta.

Elizabeth se volvió y alargó el brazo por el respaldo del sofá.

—Baja el volumen —le dijo al padre—. Que lo bajes no, Hugh, que lo quites. —Luego, a ella—: Vaya, esperábamos poder pasar un rato contigo, Margaret.

Los guerreros parpadeaban en la tele mientras ellas se miraban la una a la otra a través de la extensión de la gran sala. Era otra vez como en la explanada de la estación. Nada de eso estaría pasando, todos lo sabían, si Margaret no se hubiera divorciado.

Su padre rompió la tensión, y lo hizo con la bendita facilidad de quien no se daba ni cuenta, o fingía no darse cuenta, de que existiera tensión alguna.

—Dile a Biddy que pase a saludar.

—Claro —contestó, mientras su padre devolvía el volumen a la serie y ella salía a la puerta a esperar.

La oscuridad olía rociada y fragante como flores recién regadas. La caseta, las rosas, la manguera verde enroscada, los arbustos cargados de recuerdos: era todo demasiado preciso para ser real, como si cada elemento del jardín se hubiera reconstruido siguiendo sus instrucciones exactas, solo para Margaret, solo para engañarla o deleitarla. Elizabeth ya no cuidaba personalmente del jardín —una mujer venía a plantar y desherbar—, pero las flores eran las mismas de siempre. La piscina la habían hecho en un hueco fuera de la vista. Intentó ver dónde terminaba el jardín, qué novedades había allí en la linde de la parcela, pero lo único que se veía era penumbra y más penumbra. Se agachó. Algo pasó por encima, algo abatiéndose, un no aleteo de un no pájaro. Se tapó el pelo con una mano y miró hacia arriba. Nada.

Años atrás habían tenido el desván infestado de murciélagos, con sus cuerpos bocabajo viviendo justo encima de su cuarto. No podías hacer como si no estuvieran porque había pruebas evidentes: una montaña de guano que se acumulaba día tras día cerca de los aleros de la ventana de su cuarto. Con paciencia y si escogía bien la hora, podía verlos dispersándose desde la casa como una corriente negra, saliendo directos del canalón, rumbo al atardecer. Era mejor verlos que no

verlos, y era mejor verlos como una colonia que imaginarse a uno solo, deslizándose bocabajo por la pared, trasteando con sus manitas negras por el alféizar de su cuarto, su cara… No, ni siquiera en sus pesadillas tenían cara.

Aunque hacía tiempo que habían despejado el desván, seguía habiendo murciélagos; en algún sitio tenían que vivir. Levantó la vista hacia su antigua ventana, la del cuarto donde dormían ahora sus hijas. La había dejado entornada. ¿Debería volver y cerrarla? No, era su paranoia. Les venía bien el aire fresco. Y además ahí llegaba ya Biddy con su monovolumen plateado.

Su amiga se había sacado el carné siete meses antes que ella y desde entonces siempre le había hecho de taxista. Sortearon la palanca de cambios para darse un abrazo.

—Mi padre quiere que vayas a saludarlos, pero por favor no me obligues a entrar ahí otra vez.

—Pero es que tu padre es un amor.

—Ya, pero yo lo soy más.

—Cierto. ¿Cómo lo llevas?

—A tope de trabajo, Elizabeth en plan Elizabeth, Ezra viene mañana… Te lo puedes imaginar…

—Steve y yo hemos discutido por una de tus noticias.

—¿Cuál de ellas?

—La del tipo de la *startup*. ¿Has trabajado en esa? El notas ese que pidió perdón y luego borró la disculpa. Qué cara más dura tiene. Lo normal es tener algún hueso en la cara, ¿no? ¿Para dónde tiro?

—¿Rollo cócteles? ¿En el hotel?

—Perfecto.

—¿Y por qué discutíais?

—A saber. Nos pasamos el rato cambiando de bando, y aun así discutimos igual. Aparte, está un poco rayado con lo de los puzles.

—¿Qué puzles?

—Es mi nuevo mecanismo de desfogue.

—¿De desfogar el qué? ¿La ansiedad?

—No, no, más bien la rabia.

—¿Y de cuántos puzles hablamos? ¿Es todas las noches o algo así?

—Es todas las noches.

—Vale, pero ¿de qué son los puzles? Dime que no son de gatitos… ¿De los puentes de Madison?

—Lo mismo da. Cualquier cosa me vale. Eso es lo de menos.

Margaret asintió como si estuviera emitiendo una valoración profesional o algo parecido, como si fuera la manitas de los matrimonios de mediana edad: sí, señora, veo el problema que me indica. Por un momento disfrutó de la idea de que su vida no fuera necesariamente más desastrosa que la de los demás. Pensó que lo que tenía que hacer Steve era tirar los puzles por la ventana y follar con su mujer. Eso, o que los tirara su amiga y fuera a follarse a otro.

—Hago los puzles encima de un corcho grande que tengo para luego poder guardarlos debajo de la cama hasta que los termino —le estaba contando Biddy—, porque como los deje por ahí, Alice me los desbarata.

—Ya. Es lo suyo.

—Pero el otro día por la mañana se puso a jugar en mi cuarto y se metió debajo de la cama y se encontró uno y me lo estropeó todo. Yo llevaba una semana horrible en el trabajo. Había tenido que organizar una fiesta de jubilación porque, no te lo pierdas, mi jefe dice que yo soy la gestora cultural del equipo. Yo me quedé en plan: de qué coño vas, soy gestora de carteras, no organizo fiestas solo porque sea mujer. Pero el caso es que la organicé. Y por las noches había estado haciendo el puzle ese, que era como de dos mil piezas. Y llego a mi cuarto y me encuentro a Alice tirando las piezas por ahí, pisoteándolas; las tenía por el pelo, por la boca.

—Ostras, Biddy…

—Ya, ¿y sabes lo que me dice? «Perdona, mami, ha sido sin querer.» —Margaret estaba imaginándose a la pequeña Alice como una hippie alocada, tirando pétalos al aire—. Mira, por un segundo, de verdad te lo digo, por una fracción de segundo, y aunque jamás lo haría, en ese nanosegundo me entraron ganas de darle una torta.

Margaret le puso la mano sobre el hombro a su amiga de toda la vida y ambas se quedaron mirando el semáforo.

—Normal que te entraran ganas —le dijo, y luego añadió—: ¿Quieres que vayamos y pillemos un puzle ahora mismo? Podemos pillar diez. —Y con su voz más lasciva—: Podemos subir a una

habitación del hotel y montarlos por todas partes, en la cama, por el suelo. Podemos tirarnos toda la noche montándolos.

En aquella calle no había más coches, no había ni farolas. Parecía abandonada, aunque Margaret sabía que al otro lado de la penumbra las casas bullían con familias y los árboles estaban abarrotados con todos los ciervos que se reunían allí a la espera tan solo de saltar a la carretera. Le vino a la cabeza que sus hijas estaban durmiendo. Las había dejado en casa de Elizabeth. ¿Cómo había sido capaz? Deberían dar la vuelta ahora mismo. Pero Helen y Jo estaban a salvo. ¿O no? El solo hecho de que ella se preocupara, de que tuviera miedo, eso ya las mantenía a salvo, ¿verdad?

—¿Sabes lo que me dijo Jo el otro día?

—¿El qué?

—Pues me vino y como que me acarició la cara y me dijo: «Mami, he soñado tu vida».

—Pero, bueno, ¿y esa paranoia mística qué es?

—Ya, ¿verdad? ¿Tú no te preguntas qué pensarán de nosotras? Cuando sean mayores, me refiero. ¿Nos entenderán?

—No —dijo Biddy mientras aparcaba a la primera en paralelo frente al hotel—. No lo creo.

❁

Cuando estaban en el instituto, Biddy conoció a un tipo que se llamaba Joey, Joseph Spacatto hijo. Joseph Spacatto padre era el dueño de una empresa que fabricaba material de construcción y ferralla (tornillos, tuercas, acero corrugado, ese tipo de cosas). El hombre era amigo de sus padres, y Joey estaba en la facultad, pero el chico no debía de ser muy popular porque cuando montaba fiestas en la nave de su padre Margaret y Biddy solían ser de las pocas chicas que iban.

Aun así, las fiestas eran increíbles, aunque solo fuera por la emoción, a lo *Noche en el museo*, de estar en la nave sin supervisión adulta durante horas. Margaret y Biddy siempre se perdían para ir a explorar por los pasillos, por entre la mercancía empaquetada que llegaba hasta los tubos fluorescentes del techo. Se daban paseos por allí, en sus

merceditas, leyendo las etiquetas: bridas de encofrado; tirante de encofrado; cuña de tirante; esquina interior articulada (disponible en longitudes de 1 y 2 metros); esquina exterior articulada; puntales; barandal; abrazadera de seguridad.

Se hacía raro estar achispada bajo esas luces tan estridentes. Esas noches tenían un halo onírico de revoltillo y mezcla de todo, como si se hubieran colado por una garganta de masculinidad adulta y ellas fueran pececillos que bajaran a su flor por el cauce. De vez en cuando, desgarraban el plástico y metían un dedo, tocaban el metal. Cada vez que se encontraban una escalera, la subían.

Pero más que nada charlaban.

«Cuando yo me vaya a vivir a París —decía Biddy—, tú vendrás a verme y te quedarás un tiempo.»

«Y tú fumarás y te acostarás con pintores y utilizarás botellas de vino vacías como jarrones.»

«Yo seré una ejecutiva muy influyente y tú escribirás poemas famosos.»

Al final Biddy sí que estudió la carrera en París, pero Margaret no llegó a ir a verla. Y al final Margaret también escribió poemas, pero nunca los leyó nadie fuera de su taller de escritura de la facultad.

Hablaban y hablaban hasta que el pitido de una carretilla elevadora las alertaba de que algún chaval borracho había arrancado el vehículo y ellas tenían que apartarse del suelo si no querían que las aplastasen o las ensartaran. Subían corriendo las escaleras metálicas y llegaban a una sala que estaba llena de sillones de cuero negros y que olía a coche de hombre, y allí se sentaban encima de algún chico y daban sorbos de latas de cerveza que sabían fatal. Margaret a veces se besaba con alguno, pero no era lo habitual. Cuando le gustaba a algún chico mono, más que deseo sentía pena por él, y cuando el interesado era poco agraciado, le entraba una furia confusa y digna. Seguía esperando que apareciera alguien, quien fuera, igual de guapo que Danny.

Hubo una noche que Biddy se puso muy ciega y Margaret no la encontraba. Se había distraído jugando a colar monedas en vasos y, cuando quiso darse cuenta, su amiga ya no estaba en el salón.

Tampoco le respondía al móvil. Volvió a la planta baja de la nave y la llamó por lo bajo. Luego un poco más alto. «¡Biddy!» Pegó la barbilla al pecho y se ató la melena en una coleta alta.

—Biddy, no tiene gracia.

Recorrió todo el perímetro, primero andando y al final corriendo, pero estaba vacío, solo había herramientas y luz. Para cuando volvió arriba, al salón, estaba preocupada.

—No encuentro a Biddy —le dijo a Joey.

El chico se encogió de hombros y contestó:

—Seguro que está por aquí en alguna parte. ¿Por qué te agobias tanto? Tú tranqui.

Sintió las caras de suficiencia y las sonrisas socarronas brotando por la habitación. Le dio igual. Allí estaban todos fuera de lugar, en aquella planta retumbante de una fábrica, rodeados de chismes de adultos, todo aquel metal y hojas lo suficientemente afiladas como para atravesarlo.

—Tranqui tú —respondió.

Por la expresión de Joey, supo que se le había dibujado algo en la cara, una tensión del tipo «no estoy para coñas», una amenaza casi maternal.

—¿Has mirado en el gimnasio?

—¿Dónde?

—Arriba, al fondo del pasillo.

Ya casi había llegado cuando oyó a alguien tosiendo en un baño. Volvió sobre sus pasos, entró y allí estaba Biddy, en uno de los cubículos, doblada sobre el váter, echándolo todo.

—Ey, ey, ey —le dijo mientras le recogía el pelo con las manos.

—Agh.

—¿Estás bien?

—Agh.

Biddy se quedó así unos minutos, agachada en precario equilibrio, y luego Margaret la ayudó a incorporarse. Después se soltó la coleta y le dio la gomilla a su amiga.

—Te falta un pendiente —le dijo.

Biddy se llevó las manos a las orejas y puso cara de agobiada. Ambas miraron la taza del váter y allí estaba el aro, destellando plata a través de la bilis.

Margaret se arremangó y lo pescó.

—¡Qué fuerte eres, tía!

Biddy se echó a reír con tanta fuerza que tuvo que apoyarse en el dispensador del papel higiénico. Margaret tiró de la cadena y sonrió, mientras se abría paso hacia el lavabo y se echaba jabón industrial por un tubo.

—No me creo que hayas hecho eso. De verdad, estoy flipando.

Margaret enjuagó el pendiente y se lo devolvió a su amiga.

—¿Dónde te has metido? Estaba empezando a asustarme.

—Qué fuerte. —Se metió el aro por el agujero del lóbulo y luego puso las manos en cuenco bajo el grifo para beber; después se enjuagó la boca, escupió el agua y siguió hablando—: Joey y el tío ese, Kyle, me dijeron que si quería ver el gimnasio… ¿Tú sabías que había un gimnasio? Y vinimos y yo me puse a tontear con las máquinas y eso, pero entonces Joey se fue y el otro colega intentó besarme, y yo le dije que no, porque estaba empezando a marearme. Le dije que creía que iba a potar. Y entonces va el colega… —Se echó otra vez a reír, tanto que le costaba hablar y tuvo que pegar la frente al espejo para recobrar el aliento—. Va y me dice, el colega: «Échate ahí y bájate los pantalones. Verás cómo se te pasa si te quitas los pantalones».

—Nooo. ¡Biddy! Ostras, hay que ser un tío mierda.

Se fueron de la fiesta sin despedirse. Margaret deseó haber hecho algo más que meter la mano en un váter lleno de pota. Le habría gustado matar al tal Kyle, atravesar su cabeza de capullo con una esquina exterior articulada. «¡Te voy a rajar la yugular, Kyle, verás cómo se te pasa!»

Volvieron al coche de Biddy y se pasaron el resto de la noche en el aparcamiento del Dunkin' Donuts, intentando dormir. Seguramente Margaret les había dicho a sus padres que se quedaba en casa de Biddy y, a su vez, su amiga les habría dicho a los suyos que se quedaba con ella. A las seis de la mañana se tomaron unos donuts con café bien cargado de azúcar. A las ocho decidieron que ya no sería sospechoso si aparecían a esa hora. Volvieron a casa con sus madres,

que estaban dentro esperando para preguntarles «¿Qué, te lo pasaste bien ayer con tu amiga?» y para asegurarse de que se quitaran los zapatos antes de entrar por la puerta.

16

Se despertó en la oscuridad del cuarto de invitados. Había escuchado algo, pero ¿qué podía ser? Era una firme limitación de la conciencia que nunca supieras qué te había despertado. Podías deducirlo por el sonido que le siguiera: si oías llorar a un crío, entonces era que te había despertado el llanto del niño. Si sonaba el claqueteo de un radiador, entonces era que la calefacción estaba volviendo a despegar. Si oías pisadas, era que había alguien en el cuarto. Aunque no fuera seguro al cien por cien, era razonable asumir que un llanto sigue a un llanto, una pisada a una pisada. Pero si el sonido no se repetía, te quedabas sin saberlo, y ese fue el caso entonces, a pesar de que permaneció a la escucha en la oscuridad y algo que no era del todo un recuerdo le reverberó por dentro. Lo que quiera que fuese le había pasado a su cuerpo, no a su mente. Estaba despierta y no sabía por qué.

Bien podía haber tenido de nuevo diez o dieciséis años, si no hubiese sido por el pequeño peso cálido que tenía a su lado y que demostraba que no, que tenía treinta y cinco. Biddy la había dejado en casa a eso de las once y Helen se le había metido en la cama no mucho después. Miró la pared por encima de la cabeza de su hija. Elizabeth había montado allí una galería de fotos. En una misma línea se sucedían las instantáneas de niños dormidos: las antiguas de Neal y de ella de pequeñitos, y luego los tres nietos, del mayor a la más pequeña.

La foto de Jo recordaba haberla hecho ella. Su madre se la había pedido para completar la colección. A hurtadillas, mientras la niña dormía, había encendido la luz, luego la había regulado y había probado distintos ángulos. Había conseguido plasmar las pestañas sobre la mejilla rosada y la manita con hoyitos sobre la almohada, pero no lo esencial: el ser íntimo y obstinado, la inaccesible soledad de la vida onírica de la niña.

Un pisotón en el pasillo, la manija moviéndose, y allí estaba Jo, corriendo hacia su cama.

—Chis, JoJo, que tu hermana está durmiendo, ven por este lado —intentó decir antes de que fuera demasiado tarde.

Pero ya lo era. La pequeña se montó justo encima de su hermana, se tumbó sobre las dos y dijo:

—Tortitas.

—Felicidades, peque —le dijo Margaret.

Encendieron las luces para bajar. Sacó la caja del preparado, la mantequilla y el bol; cogió la sartén que colgaba de un gancho sobre la isla. Su padre le había contado en la cena del día anterior las reformas que tenían pensadas. Pondrían unos fogones nuevos donde ahora estaban los armarios, mientras que el fregadero iría donde ahora estaban los fogones. Todo porque tanto la nevera como el congelador integrados estaban ya viejos y tenían que cambiarlos antes de que dejaran de funcionar, y resultaba que Sub-Zero ya no los fabricaba de las mismas dimensiones, así que habría que cambiar también los armarios que los rodeaban, y ya que estaban, total, mejor cambiarlo todo de arriba abajo. «Tiene sentido», había mentido Margaret.

Hizo una montaña de tortitas desorbitada y le puso dos en el plato a cada niña. Helen y ella le cantaron —bajito, aunque no lo suficiente para la hora que era— el cumpleaños feliz.

La casa grande y silenciosa no tenía nada de siniestra ahora que el sol entraba a su ritmo. La luz fue concentrándose: al principio, un blanco diluido; luego, un color crema, y, de pronto, un dorado que coloreó los armarios condenados al desahucio y abrillantó los fogones. La calidez extraía algo de todo lo que tocaba, algo salía a la superficie, un néctar. Eso era lo que brillaba, no el sol: la esencia de cada objeto al hacerse manifiesta, los rayos eran solo circunstanciales. Cuando la luz alcanzó a las niñas, se les condesó en el pelo, en los enredos de la noche y en los charquitos de jarabe de arce de sus platos, dándole a todo, de las niñas a las motas de polvo suspendidas en el aire, su propia aureola, un halo que Margaret apenas soportaba porque ya estaba desvaneciéndose, esa belleza que le brindaba la mañana en la

casa de su infancia, hasta que al final la luz recayó en la mantequillera en la otra punta de la mesa y el sol se quedó allí contenido, una combustión sobre la porcelana blanca.

—Más jarabe —pidió Jo.

—¿Qué se dice?

—Por favor.

—Pero si tienes todavía un montón en el plato. Acábate eso primero.

—Es que quiero más ya. —La niña alargó la mano hacia el bote.

—He dicho que no —insistió Margaret, que hizo ademán de interceptarla, pero no llegó a tiempo.

El bote giró sobre la base y se volcó, y el jarabe se vertió por la mesa. Intentó contenerlo con las manos.

—Si les marcaras mejor los límites, te harían caso.

Aquella, por supuesto, era Elizabeth, con su falda de tenis blanca y su pelo todavía mojado de la ducha. Estaba untándose crema en un brazo, desprendiendo un olor a salud, a autoridad y a ausencia de compasión. Margaret llevaba puesta una vieja camiseta de Ezra con unas mallas de ciclista manchadas de masa y tenía papel de cocina pegado a las manos.

Su madre cogió uno de los papeles empapados entre el índice y el pulgar.

—Vaya la que habéis montado —dijo—. Ve a por un cubo de agua caliente, esto no se va con la bayeta y ya está.

—Estaba primero quitando el líquido y luego pensaba darle con agua.

—No, no, así no va a salir, como se meta por las grietas de la mesa luego ya no hay quien lo quite.

Margaret no sabía cómo pero su madre se había apoderado del rollo de cocina y apartado a las niñas de la mesa e intentaba pasarle una pila de platos a ella.

—Corre, ayúdame —estaba diciendo.

—Mamá, lo tengo controlado, ya lo estoy limpiando yo —le dijo.

—La niña tiene que aprender que sus actos tienen consecuencias —dijo Elizabeth, con la cabeza inclinada ya sobre la mesa, frotando—. Ella se limita a ejercer su independencia. —O sea: no se lo permitas.

—Pero es que yo quiero que ejerza su independencia —dijo Margaret ejerciendo, a su vez, su independencia—. Y, además, es su cumpleaños.

Intentó cogerle el rollo de cocina de debajo del brazo, pero su madre se lo cambió de mano, como un balón de fútbol, fuera de su alcance. Elizabeth estaba en lo cierto: el jarabe estaba metiéndose por las grietas de la mesa, como si recordara que ese era su sitio, deseoso de regresar al hogar, la savia al árbol. Su madre intentaba sacarlo con una uña, salpicando por doquier esquirlas de ámbar endurecido. Vale, Margaret se rendía, le cedía el desastre a su madre si tanto lo quería. Icor por toda la encimera. Era asqueroso, pensó, que el icor fuera tanto la sangre de ambrosía de los dioses como el líquido purulento de una herida. Margaret se lamió los dedos.

—¿Cuándo llega papá? —quiso saber Helen.

—Le voy a escribir y le pregunto.

Justo entonces bajaba su propio padre por las escaleras, ya con su clásico polo.

—¿Dónde está la cumpleañera? —preguntó bien alto. Y a Margaret —: ¿Quieres que vaya a recogerlo a la estación?

Era un detalle, lo más cercano que había estado de mencionar el divorcio.

—Gracias, papá, pero ya voy yo.

Sacó el móvil y escribió: «Hora aprox?».

—¿Cuándo va a venir Charlie? —quiso saber Jo, que empezaba a bullir de emoción cumpleañera.

—Tu primo viene a la hora de comer —la informó Elizabeth.

Ahora que el sol ya había subido del todo, la cocina parecía, sin embargo, más oscura. Elizabeth encendió la lámpara del techo para inspeccionar la mesa.

—Tengo unas sorpresitas para la fiesta de la piscina. ¿Quién quiere verlas?

Las niñas pegaron un chillido al unísono. Llegó un mensaje de respuesta de Ezra, que ya iba de camino.

17

La tarta era de vainilla con nata y fresas y por encima tenía unas rosas alrededor de las palabras «Felicidades, Josephine», escritas en el mismo rosa. La dependienta, que iba con delantal, inclinó la caja para enseñársela a Margaret y que pudiera así admirar las rosas y comprobar que estaba bien escrito antes de cerrarla con una cinta.

Dejó la tarta en el coche de sus padres y paró luego en el supermercado a comprar leche, panecillos para los perritos calientes y velas. Cada vez que iba a hacer recados por su ciudad natal estaba convencida de que se encontraría con alguien del instituto, de que tendrían que acercarse por un pasillo mientras se tomaban las medidas —que si el aumento de peso, que si la prole, que si las pintas—, para luego dirigir sus carritos de la compra, codo con codo, como ganado inquieto. Siempre le ponía nerviosa la perspectiva, pero luego se quedaba algo decepcionada cuando no ocurría. En realidad parte de ella quería que le tomaran las medidas. Durante años, en la época de la universidad y más tarde, había fantaseado con encontrarse a Danny, pero nada de nada. Ahora él se dedicaba a algo de informática en Silicon Valley, tenía pareja aunque no hijos y solo volvía al pueblo por Acción de Gracias.

El calor había caído en picado sobre el aparcamiento de buenas a primeras. Cuando había entrado en la tienda, hacía una mañana fresca, pero ahora ese día se había acabado. El sol había ido empujando el cielo despejado cada vez más abajo hasta que este se había refugiado bajo los coches y ahora se veían destellos de cielo encogidos allí bajo las sombras, así como en las franjas azules de los carritos acorralados y en las siluetas azules de los compradores que volvían con parsimonia a los maleteros, que, botón mediante, se abrían con languidez.

¡Eres tonta, Margaret! Tendría que haber ido primero al supermercado y luego a la confitería; la tarta debía de estar derritiéndose allí metida. Las rosas estarían supurando, con los bordes de los pétalos desangrándose sobre el glaseado blanco, las letras emborronadas, todo el cumpleaños fastidiado.

Pero no, estaba bien, seguro que no había pasado nada. Ni siquiera hacía tanto calor todavía en el coche. Resistió la urgencia de abrir la caja de la tarta y mirar.

Todavía le quedaba un cuarto de hora antes de que llegara el tren de Ezra. Dobló a la izquierda. Entre el centro comercial y la estación había una zona residencial llena de bonitas casas victorianas auténticas. Al doblar una esquina arbolada, pasó por delante de la casa de Kendra Cleary, la más bonita, victoriana y auténtica de todas. Se preguntó si seguirían viviendo allí los padres de su compañera de clase. Kendra era una chica muy enrollada, muy descarada; llevaba tops sin tirantes todo el año. Sería interesante encontrársela ahora con treinta y cinco años, ver si se había vuelto más o menos ella.

Una noche, cuando estaban en el tercer curso del instituto, Kendra dio una fiesta en su casa un día que no estaban sus padres. Pasaría al recuerdo por la irrupción de la policía justo cuando la mitad de los que habían ido a la fiesta estaba tirándose en bolas a la piscina. Margaret había tonteado con varios chicos antes, pero hasta esa noche no había visto a ninguno desnudo del todo. Tendría que haber sido algo sexi, esa piscina abarrotada de cuerpos incipientes, todo risitas y miraditas. Pero no fue así.

En cuanto decidieron hacerlo, todo el mundo se puso muy serio. La luz de la luna recaía como un velo plateado sobre los adolescentes mientras se desprendían de sus bermudas, y a ella, a pesar de que DMX estaba petando los bafles desde la casa, le dio la sensación de que iban a iniciarla en algo espiritual y formal, un ritual austero. No recordaba ni una sola parte íntima de cuerpo, solo un destello plateado mientras todos se tiraban dentro. Y recordaba el agua, su caricia acaparadora. Hasta que volvió a la superficie y Biddy le dijo:

—¡Corre!

Y eso había hecho. No recordaba ni salir de la piscina, solo la estática rechinante del megáfono de la policía y la rapidez que siguió. Su amiga y los demás se pararon demasiado tiempo a vestirse y para entonces ya era tarde: se vieron rodeados por una cohorte de polis sin nada mejor que hacer que sonreír con cara de cachondeo.

Pero Margaret no. Ella se escapó. Se metió desnuda entre los arbustos del fondo de la parcela y luego corrió en dirección a su casa, por los jardines traseros, que se fueron haciendo cada vez más grandes, cada vez más parecidos a prados. La luna tenía una luz tan intensa que casi se oía, como una campanilla blanca que repicara en el cielo. De vez en cuando pasaba algún coche que barría los árboles con sus faros y ella echaba cuerpo a tierra y se quedaba allí, bocabajo en la hierba, deseando que fuera lo bastante alta para tapar la pálida elevación de su trasero. Cuando volvía la calma, se levantaba y echaba otra vez a correr.

Le vino muy bien estar ese año en el equipo de campo a través; podía haber seguido y seguido. Se recordó que debía aflojar las manos, sacudir los hombros y correr ligera sobre las almohadillas de los pies. Apenas vio un puñado de ventanas iluminadas, alguien despierto hasta tarde, la luz de colores en un televisor al otro lado del cristal. Ella abrazó el paisaje, tres, cinco kilómetros, la joven fugitiva menos buscada de América.

Por fin llegó a su calle. Atravesó corriendo un césped, saltó un caminito de piedra y se metió en el refugio que le daban unos árboles. No eran solo unos árboles, era un bosque. Fue dar unos cuantos pasos y ya no se veía el final, apenas vislumbraba la nada, ni siquiera sus pies sobre las hojas. Sabía que debía de estar avanzando en paralelo a la calle por la que pasaba todos los días de su vida, pero aun así ¿qué era aquel sitio?

Respiró hondo pese a que le había entrado hipo y siguió caminando. Las manos rozaban los troncos, algunos ásperos, otros cubiertos de enredaderas. Costaba no tropezar, entre las raíces y las ramas caídas que había que esquivar y el impenetrable sotobosque que crujía bajo sus pies. Parecía haber muchas cosas afiladas tocándola a la vez. Y entonces apareció de pronto, a trompicones, en el jardín trasero de los Ricci.

¿Seguro que era eso? Llevaba años sin entrar allí, al menos desde que su hermano se había ido a la facultad. Allí estaban el caserón colosal y el seto que rodeaba la piscina, pero no había rastro de la cerca ni de la cabra. Bien pensado, tenía sentido —las cabras enanas no debían de tener mucha esperanza de vida—, pero aun así le sorprendió que hubieran borrado tan limpiamente su existencia de la parcela. En lugar del corralito había una nueva terraza de obra con un brasero en el centro para hacer fuego. Se acercó para mirar el interior y vio que estaba hasta arriba de cenizas.

Y justo entonces todo se iluminó, el césped en neón y hasta la última brizna de hierba se convirtió en una exclamación de sombra. Bajó la mirada y se vio destellar, como si la piel tuviera una luz verde por dentro. Se quedó paralizada. Su cuerpo, que había sido puro movimiento, volvió a ser solo carne: pechos, barriga, piernas, el espacio oscuro entre ambas. Se le aceleró la respiración entrecortada.

Nada se movía, no se oía nada en la casa, no saltó ninguna alarma. Solo era un foco con sensor de movimiento, para asustar a los ladrones o a los mapaches. Se dio media vuelta y huyó del resplandor.

Ni diez minutos después ya estaba metida en la cama. Se había quitado casi todo el barro de los pies en el césped antes de entrar en la casa, había subido de puntillas a su cuarto y se había metido, sucia, bajo las sábanas. Ya las lavaría por la mañana. Por suerte, Elizabeth no estaba, había ido a ver a Neal a la facultad, pero aun así no se atrevió a meterse en la ducha por si despertaba a su padre. Y estaba cansada, cansadísima, admirada y agotada por lo que había logrado hacer sin que la pillaran. Le cosquilleaba todo el cuerpo, como le pasa a la piel después de una bofetada, justo antes de que sobrevenga el dolor.

Hasta que no se metió en la ducha a la mañana siguiente, después de oír que el coche de su padre se iba, no se dio cuenta del estado en que había llegado. Tenía arañazos rojizos de zarzas y ramas por todo el cuerpo. En las piernas era donde había más sangre, pero tenía cortes por todas partes, por el pecho y hasta el cuello. Se quedó bajo el agua caliente hasta que un charquito de barro rodeó el desagüe. Después de la ducha tenía peor aspecto aún.

Cuando Biddy la llamó a las ocho de la mañana para asegurarse de que seguía viva, no podía parar de reírse. La poli había llamado a los padres de Kendra, pero a los demás chicos los habían dejado ir con solo una amonestación, ni multas ni nada. Algunos se habían ido luego al Wendy's a comerse unas patatas con yogur helado a medianoche. Biddy se había llevado los pantalones cortos y las zapatillas de Margaret, pero no había encontrado la camiseta; ya le preguntarían a Kendra en el instituto.

Al día siguiente, la hiedra venenosa empezó a picarle y el picor se le extendió por todas partes. La piel se le volvió rosa, luego roja y luego le salieron ampollas en zonas supurantes hasta que la piel sana quedó reducida a unos pequeños caminitos blancos entre el veneno. Podía esconder los arañazos bajo el pijama holgado, pero era imposible disimular la hiedra.

—¡¿Qué ha pasado?! —preguntó su madre al verla cuando volvió a casa.

Acto seguido, le cogió las muñecas a Margaret y la hizo arremangarse hasta arriba.

Su madre la llevó directamente al médico, donde le recetaron una crema con cortisona extrafuerte. Le preparó bebidas refrescantes y le dejó quedarse en el sofá viendo películas, a oscuras. Por una vez no le gritó, o al menos, nada comparado con lo que Margaret había esperado. Parecía satisfecha. Era el castigo perfecto, como una resaca o un embarazo. El cuerpo de Margaret le había dado una lección a Margaret.

❊

El gentío de viajeros se abrió y apareció Ezra. Siempre le había parecido que le sentaba bien el pelo así, un poco más largo de la cuenta. Llevaba una sudadera negra y la misma mochila que usaba desde la facultad. Él vio el coche enseguida. Cuando estaban casados, ella se bajaba del coche, iba a darle un beso y le daba las llaves para que condujera él. Pero ahora se le hacía raro pedírselo, era como volver a unos arquetipos obsoletos. Esperó a que se montara y luego, sin saber qué decirle, le preguntó si quería llevar él el coche.

—Me da igual —respondió.

Silencio.

—He recogido la tarta.

—Guay.

—Es bonita, a Jo le va a encantar.

No le dijo nada del calor, ni del posible estropicio de las rosas.

—¿Está emocionada?

—Como loca.

Intentó pensar en algo más que decir. Volvió a pasar por delante de la casa de Kendra, por el mismo camino por el que había escapado aquella vez. El silencio se espesó entre ellos, en los sujetavasos, en las rendijas del aire acondicionado, subiendo desde el pedal del freno. Lo inhaló en contra de su voluntad. A cada segundo la posibilidad de hablar parecía más remota. Con un gran esfuerzo, rompió el silencio:

—Me estaba acordando antes de la vez que me llené de hiedra venenosa y en lo bien que se portó mi madre.

—¿Se portó bien?

—Sí, fue superraro.

—Bueno, a veces la gente puede sorprenderte.

Ya estaban entrando por la cochera. La cosa iba bastante bien. Habían hablado. Conseguirían superar la fiesta. Había otro coche aparcado fuera: Neal.

Más de una vez había contado (a hombres) la historia de cuando se bañaron en bolas. Era divertida. Además, ella aparecía desnuda en la historia. Les contaba lo de que se escondió en los arbustos mientras los policías se lo pasaban bomba acorralando a los adolescentes desperdigados. Les contaba lo de la ironía de la hiedra venenosa, si a eso se lo podía llamar ironía: la fuga exitosa y el castigo que le cayó pese a todo.

Pero nunca llegaba a contar la verdad sobre esa noche: que al escapar había protegido algo, aunque solo fuera la dignidad de esos primeros momentos de luz de luna e inmersión. No había permitido que los polis se apoderaran de eso. No tuvo que quedarse ahí parada en su cuerpo mientras le decían que lo que había hecho estaba mal.

No, en lugar de eso, convirtió la historia en una broma, para que todo el mundo coincidiera en que era muy de Margaret lo de complicarlo todo mucho más por salvarse.

18

Los niños estaban armando más jaleo de lo que parecía humanamente posible. Salían disparados por el aire, aterrizaban en el sofá y hacían cola para que volvieran a lanzarlos. Primero iba Jo, luego Helen y luego Charlie, su sobrino, y en todo el meollo, Neal: agachándose y levantando niños, en un movimiento como quien aparta tierra o nieve con una pala. Llevaba calcetines blancos, unas zapatillas muy recargadas y bermudas de corte militar con un polo remetido por dentro y un cinturón bien apretado. Estaba tan delgado como siempre. Tenía el mismo color de pelo que ella. Nunca cambia, se dijo Margaret, y al mismo tiempo podía ser totalmente otra persona, no habría sabido decirlo; le costaba mirar a su hermano, mirarlo de frente.

El sofá estaba recién retapizado y el estampado se ondulaba bajo el peso de los niños. Charlie cayó rodando de los cojines mientras Jo aterrizaba justo por detrás y la gente bordada de las aldeas bordadas miraban con preocupación bordada los cuerpos que se le avecinaban. Le tocaba a Helen, que estaba ya alargando los brazos hacia su tío, cuando Margaret anunció desde la puerta de la habitación:

—¡Ya está aquí papá!

Las dos niñas corrieron hacia él y todos intercambiaron abrazos. Lo de abrazarse era obligatorio en la familia. Neal se acercó con los brazos abiertos. Margaret se aferró a la tarta que tenía en las manos.

Luego, le tocó a Ezra, al que le estrechó la mano.

—¿Cómo ha ido el viaje? ¿Qué tal va la ciudad?

—Uf, pues calurosa. Pero podría ser peor, podría ser peor.

—¡Tío Neal, vamos a seguir jugando!

—¿Por qué no lo dejáis descansar un poquito? —intervino Margaret.

—¡Nooooo! —chillaron sus hijas a una.

—Podemos ir a la piscina —sugirió.

Siguió una cacofonía de «¿De verdad?».

Margaret les dijo que en cuanto metiera la tarta en el frigo iría a por los bañadores. Siempre la dejaba descolocada que sus hijas pensaran que su hermano era divertido. Pero así era, cuando él quería; les ponía caras graciosas y jugaba con ellas a todo. Le hacía plantearse si cuando era pequeño sus reservas no serían más que eso —timidez e incomodidad, y no arrogancia ni desdén—, y le venía entonces una horrible bocanada de compasión reprimida. Hasta que su hermano decía algo arrogante o desdeñoso, y entonces la compasión se esfumaba.

La mujer de Neal estaba en la cocina haciendo algo con el móvil. Se dieron un abrazo rápido a modo de saludo. Neal estaba hablando de un asesinato, de alguien a quien habían disparado, o puede que hubieran disparado a varios, en un sitio donde nadie lo habría esperado.

—En medio de la calle —estaba diciendo—, una tarde cualquiera. —Se lo veía muy interesado en la ciudad teniendo en cuenta que nunca había ni vivido ni trabajado en ella—. ¿No habéis visto la noticia? Amor, anda, mándales la noticia.

Del alcalde, él quería hablar del alcalde. Lo típico: las ciudades, a qué extremos estábamos llegando, y la gente, que parecía no poder evitar ser como era.

Mientras reorganizaba un estante con sobras y los condimentos ingleses que su madre compraba pero que no parecía consumir nunca (crema de rábano, mayonesa inglesa, gelatina de menta, todos y cada uno de los botes caducados años atrás) para hacerle un hueco a la caja de la tarta, escuchó cómo Ezra se esforzaba por no parecer que estaba en desacuerdo con su hermano en nada.

Su padre apareció entonces desde el sótano. Elizabeth le había comprado una cesta de mimbre muy particular, con pequeños compartimentos, para llevar botellas de vino, y eso era lo que llevaba colgando de la mano. Le dio un sentido apretón de manos a Ezra. Todos siempre se alegraban de verlo.

En la cuestión de la violencia en la ciudad, su padre estaba de acuerdo con Neal, o más bien, su hermano estaba de acuerdo con su padre. Aunque lo cierto era que a su padre no le gustaba cuando la gente parecía muy segura de sí misma; sentía la necesidad de

complicar y poner pegas a todo lo que decían, aunque eso supusiera proponer lo contrario de lo que él realmente creía. Hacía sus alegatos con tanta vehemencia que Neal acababa admitiendo que lo había convencido, y en ese punto, su padre decía: «Anda, venga, pero si eso es absurdo».

Margaret estaba casi disfrutándolo, su padre allí meciendo la cestita de mimbre como una Caperucita rebelde mientras demolía tan tranquilo cualquier opinión defendida desde la sinceridad. Aunque su hermano le daba pena: la única persona en su vida ante la que se plegaba era su padre; una crítica o corrección de cualquier otra persona era inaceptable, intolerable. Y aun así, pobre Neal, al padre esa sumisión le importaba poco, apenas era consciente de ella. Él creía que estaba charlando, nada más. Por mucho que su padre intentara que no se le notara, para Margaret —y puede que para Neal y para su cuñada también— era evidente que a su padre le gustaba más hablar con Ezra.

Ahora parecían haber pasado al tema de la religión. ¿O de las novelas?

—El caso es que los dioses se vuelven mortales —estaba contando su padre—, y resulta que son todos unos borrachos y unos fracasados, pero hay unos cuantos que montan un negocio juntos, de detectives, y se dedican a resolver crímenes…

—Los libros están muy bien —dijo Neal.

—Sí, pero son malísimos.

—Placer culpable.

—Y aun así en realidad tienen un punto de genialidad.

—*Sui generis*.

—En realidad…, seguro que tú lo sabes, Neal. —Al oír que lo nombraban, su mujer levantó la vista del teléfono, pero la bajó de nuevo a la pantalla tan rápido que podía haber estado asintiendo—. ¿No te los habías leído tú también? Por lo visto el autor copió el grueso de la trama de una saga sobre un mago detective de Chicago.

—Vaya, pues voy a tener que leerlos yo también —dijo Ezra.

Margaret consiguió cerrar la puerta del frigorífico.

—Vamos a bañarnos. ¿Te vienes? —le dijo entonces a su cuñada.

—Ay, no, gracias —contestó esta, y añadió—: Tengo que hacer un pedido en el súper. —Ladeó el móvil hacia Margaret para que esta pudiera ver el carrito de la compra, con la comida del futuro en la pantalla.

—Si me dices dónde tiene el bañador, me llevo a Charlie.

—Ya lo lleva puesto —contestó Neal.

Siempre era lo mismo con su cuñada: una cordialidad inexpresiva. A Margaret le daba la impresión de que aquella mujer no estaba bien del todo. Cualquier cosa la abrumaba y cada dos por tres tenía que echarse una siesta. Una persona mejor que ella se esforzaría más por intentar conocerla, pero Margaret no lo hacía, no podía. La asociaba demasiado a su hermano. Como si pudiera llevar un micro bajo la camisa o cámaras en los ojos. Como si, por ser su mujer, su hermano pudiera ver a través de la mirada de ella.

Fue a buscar los bañadores, una maraña de poliéster al fondo de la bolsa de viaje. Había dejado en casa de Duncan un bikini tan mínimo que casi se le veía la cicatriz de la cesárea, pero el bañador que se había traído aquí era de cuello alto y deportivo, prácticamente como los que llevaba de pequeña. Se lo puso en el baño y fue a perseguir a Jo para que se cambiara. Helen entró la última.

Ese año la mayor le había pedido un bikini por primera vez. Margaret no había querido darle mayor importancia al tema, pero el caso es que, cuando se lo puso, vio que el cuerpo de su hija ya había empezado a cambiar, aunque fuera mínimamente. Había algo insinuándose ya en las piernas y un poco más arriba, una definición. Le vino a la cabeza la palabra «coqueta» y sintió que la barriga se le encogía, como rehuyendo el vacío que se le estaba abriendo por dentro.

La piscina era el cambio más desorientador de los que había sufrido la casa. Antes crecía allí un matorral de forsitias. En primavera le gustaba separar las ramas y embutirse allí dentro con todas las flores amarillas alrededor. Ahora los tres primos se tiraban en bomba en ese mismo lugar, contra el azul que cede. Helen se zambulló y buceó,

rauda y veloz como un pez. Jo y Charlie, que llevaban manguitos, resurgieron al instante a la superficie.

Margaret sacó el móvil y les dijo:

—Miradme todos y decid «¡Felicidades, Jo!».

Era importante hacer esas cosas, documentar el momento. Cuando las niñas eran pequeñitas, había hecho miles de fotos y había impreso y guardado las mejores en fundas de plástico metidas en unos álbumes de piel. Ya no lo hacía. Sabía que se arrepentiría con el tiempo, que las niñas algún día se lo reprocharían al ver que se habían registrado con meticulosidad las siete etapas de la estimulación psicomotriz temprana de Helen, sus primeras comidas, sus primeros pasos tambaleantes yendo de mamá a papá cuando aún estaban casados, y luego nada. Y aun así seguía sin hacerlo.

Porque las fotos no funcionaban; en las fotos siempre parecían las hijas de otra: guiñando los ojos, con caras raras, a veces incluso feas. O peor, si salían guapas, entonces las fotos parecían anuncios cutres del pasado: una representación ajena de una vida ajena. Lo único verdadero en ellas era la pérdida.

Pero no, eso no era siempre así. A veces veías algo en una foto —como la curva de la rodilla con hoyuelos de un bebé gateando— y la visión volvía a ser real, y recordaría no el piso donde gateaba Helen, ni el agobio de cocinar la cena de Acción de Gracias, sino solo la sensación de cargar en brazos ese peso de bebé, ese núcleo denso y redondo que formaban, antes de que las piernas les colgaran. Al ver la curva de la rodilla de Helen en la esquina de una foto, Margaret volvía a coger a la niña del suelo.

—Charlie, échate un poco para allá. Jo, ponte delante.

Helen agarró a su hermana de las correas de los manguitos y la colocó en su sitio.

—Perfecto, ahora a la de tres, dos, ¡uno!

Pensaba imprimir esa foto, enmarcarla y colgarla en la pared. Recordaría aquello: el brillo de los hombros mojados de los críos, como si estuvieran empapados tanto de luz como de agua. Saludaban con la mano y sonreían a la cámara justo cuando se abrió la puerta del jardín al otro lado de la piscina y apareció Elizabeth.

—Chicos, esperad, un segundito. Mamá, no te muevas…

Demasiado tarde. Los tres chicos se volvieron para mirar. Elizabeth arrastraba algo por detrás, algo negro e inflado. Al principio, Margaret creyó que era una bolsa de basura, pero era demasiado grande y aun así no parecía pesar mucho. ¿Sería una bolsa de basura llena de globos? Pero era algo inmenso, algo que se iba acercando cada vez más hasta que se quedó atascado. Elizabeth tiró y tiró y entonces, con un chirrido gomoso, la cosa atravesó la puerta y rebotó sobre la tarima, sonriendo con su boca roja.

Era un dragón inflable. Los niños alucinaron. Margaret se rindió, guardó el móvil y volvió a meterse en el agua.

Los siguientes veinte minutos se los pasó ayudando a los niños a subirse al dragón, que tenía asas por el lomo y medía de largo lo que la piscina de ancho. Los tres primos se peleaban por ver quién se montaba delante mientras en el lomo las puntas gomosas de la cola serrada no paraban de chocar con las paredes.

—Ojalá viviéramos aquí —dijo Jo.

—Esta no es nuestra casa. Y nos encanta Nueva York. Allí tenemos el trabajo, el colegio y los amigos de Brooklyn. Charlie, no te cueles, que vamos por turnos.

—¿Y por qué no en verano por lo menos? Aquí se está mejor.

—Siempre podemos venir de visita. Charlie, para, así vas a ahogar a alguien.

Siempre intentaba tratar a su sobrino como a sus propias hijas, pero estaba siendo muy hijo único con el temita del dragón. Había agarrado a Helen de una pierna y estaba tirando de ella para que se bajara. La niña le pegó un puntapié en la cara.

—Helen, ten cuidado, recuerda que tú eres mayor.

—Pero no es justo que tú vivieras aquí de pequeña y nosotras ahora tengamos que vivir en pisos —dijo Jo.

—Eso, en pisos, y además, en plan… sin juguetes —añadió Helen.

—Sí, venga, vale, ahora te toca ya a ti —le dijo al niño enrabietado, y lo aupó junto a la cabeza del dragón; luego contestó a las niñas, a sabiendas de que no era ese el tema—: La piscina no estaba cuando yo vivía aquí de pequeña.

Después de comer, los niños se fueron a jugar por la casa mientras los adultos se quedaban en la cocina charlando sobre regulaciones financieras.

—Llamarlo «protección al consumidor» no tiene sentido —dijo su padre.

—El consumidor no va a sentirse muy protegido cuando le nieguen un crédito —apuntó Neal.

—Aunque, por supuesto, tampoco estoy diciendo que no se garantizaran ciertas protecciones.

—Ya, puede ser, pero estamos en Estados Unidos. El paternalismo…

—Es que a lo mejor esta gente necesita cierto paternalismo.

—Yo ahí te doy la razón —dijo Neal—. Desde el punto de vista de las finanzas, y puede que en general, son unos analfabetos.

—Eso es pasarse un poco, la verdad. No estoy seguro de que nosotros hubiéramos entendido uno de esos contratos de hipotecas *subprime*. Son ininteligibles hasta decir basta.

Uau, aquello era un golpe bajo. Con lo orgulloso que estaba Neal de ser perspicaz, de su certeza de que jamás iban a superarlo. ¿Pensaba ahora darle la razón a su padre, se rebajaría hasta ese punto?

Ezra tuvo a bien salir en su ayuda:

—Supongo que tenemos suerte de no haber tenido que firmar una.

Para su padre la política era un juego, y eso, por supuesto, era deleznable, pero a Margaret le costaba sentirse ofendida por su padre. Él era así, ya está: encantador incluso cuando ofendía.

Neal, en cambio… Tras sus posturas políticas y sus datos precisos, ella vislumbraba cierto fanatismo, los rayos rojos luminosos de una visión violenta. Si hubieran estado en otro siglo, seguro que habría defendido el cepo medieval, abogado por cortarles la mano a los ladrones, por destripar y descuartizar en la plaza del pueblo. Trabajos forzados para las madres solteras, y los bebés no deseados, ahogados como gatos.

«Tolerancia cero —le gustaba decir—. Tolerancia. Cero.» Como si esa fuera la máxima virtud, renunciar a la tolerancia. Como si estuviera haciendo un sacrificio y no confesando una carencia. Margaret culpaba a su madre.

—Margaret —le dijo su madre entonces—, termínate el café que te quiero enseñar unos ciclámenes preciosos que he plantado.

¡Su madre quería enseñarle algo a ella! Sintió una pátina de orgullo y placer. Ya estaba bien de Neal, ya estaba bien de política. Elizabeth quería enseñarle una cosa bonita. Era porque estaba contenta, se le notaba. Tener a todos sus niños en casa la había colmado, estaba desbordante de felicidad, e incluso a Margaret le llegaban unas pequeñas salpicaduras de ese júbilo.

Salieron al jardín y fueron a ver los ciclámenes. Tenían unos pétalos de color rosa fucsia que crecían muy rectos hacia arriba, lo que hacía que la planta pareciera alerta y a la vez alegre. Había un parterre lleno, lanzando sus pétalos como una caja sorpresa. Eran preciosos, pensó Margaret.

—Son preciosos —le dijo a su madre.

—Qué pena que no tengas tú un jardín. Voy a encender el riego. ¿Puedes desinflar el dragón de la piscina?

Claro, Margaret encantada de tener una tarea. Iba descalza, el limpio césped cálido bajo los dedos, un recordatorio de que en otros tiempos también había sido así a veces: alguien la había cuidado.

19

Ezra sacó la tarta a la terraza, con solo tres de las cinco velas todavía encendidas. Al final era la tarta perfecta, blanca como puro azúcar, como la encarnación del azúcar. Dejó la bandeja delante de Jo, que contempló las rosas. Solo por aquel momento, por la cara que puso la niña, merecía la pena ir mil veces a casa de su madre.

—Pone mi nombre —dijo Jo.

Elizabeth les dio el pie para que empezaran a cantar. Los niños se fueron acercando cada vez más a la tarta de modo que, cuando llegaron a las tres sílabas de *Jo-se-phine*, les faltaba poco para hundir la cara en ella. La niña sopló las velas y gritó:

—¡Para mí el primer trozo! ¡Yo quiero una flor!

—Esperad un momento —dijo Margaret—. Dejadme que haga una foto.

Pero en la otra punta de la mesa su madre ya tenía el móvil preparado y estaba diciendo:

—Sonreíd todos.

—Mamá, espera, que ya tengo yo…

Elizabeth, sin embargo, tenía el cuchillo de la tarta por encima de la cabeza, con el sol de última hora de la tarde rebotando en la hoja.

—¡Tarta, tarta, tarta! —corearon los niños.

Bajo la sombra azulada del parasol, la tarta tenía un blanco lunar, tanto que parecía brillar. Elizabeth fue bajando el cuchillo, más y más, hasta hundirlo en la tarta. Los niños lanzaron vítores. Todo el mundo se comió un trozo menos la mujer de Neal, que no tomaba dulce.

Su padre estaba hablándole a Ezra de alguien de su trabajo que conocía a otro de su trabajo que sabía un par de cosas sobre colegios concertados. Ezra, que creía que la escuela concertada era una sanguijuela de la educación pública, estaba asintiendo educadamente.

Neal intentó una y otra vez sin éxito intervenir en la conversación sobre los concertados. Charlie iba a un colegio privado. Pero entonces su hermano se fijó en el pequeño y le dijo:

—Charles, eso es una guarrería, para ahora mismo. —El niño había dejado el tenedor en la mesa y estaba lamiendo el glaseado directamente del plato—. Charles, ¿qué te he dicho?

—Quiero más —dijo Charlie asomándose por encima del borde del plato.

—Ya has comido bastante, no seas comilón.

—Pero, papá…

—Deja el plato en la mesa. He dicho que ya está.

Neal se quedó mirando a su hijo. Aunque no volviera en ningún momento la vista hacia sus padres, Margaret sabía que tenía la atención puesta en ellos, de que en realidad era a eso a lo que estaba reaccionando su hermano: a la insoportable presión del inevitable juicio de ellos.

—Bueno, queda un montón… —intervino Margaret señalando la tarta.

Sabía que no tenía que haber dicho nada. Si hubiera sido una amiga suya, no se le habría ocurrido intervenir. Pero con Neal no podía evitarlo. Aparte, quedaba más de la mitad de la tarta y verla así, abierta en canal, era muy atrayente, con esa mancha rosa de fresas. Ella también quería otro trozo.

—No —dijo Neal—. Charles, que no tenga que repetírtelo.

El tío enrollado había desaparecido, y vio a su hermano con catorce años, y esa necesidad suya de orden y sumisión, esa raya en el pelo que, en casi cuarenta años, no se había movido un milímetro, ni a derecha ni a izquierda, una severidad que en un niño daba lástima y en un hombre daba otra cosa.

—¿Yo puedo comerme otro trozo? —preguntó Helen.

Margaret cogió el cuchillo.

—Yo no veo qué problema hay en repetir todos. Estamos de fiesta.

—Tus hijas pueden comer todo lo que quieran, eso es cosa tuya. Pero el mío ya ha tomado tarta de sobra. Y como te oiga protestar en lo más mínimo…

Miró a Charlie, pero este, que tenía seis años, ya había empezado a protestar. El niño comenzó a pegarle patadas a la silla con los pies y a empujar el plato por la mesa con movimientos pequeños e indignados.

—Tengo hambre todavía —protestó.

—Si tienes hambre, te comes una manzana.

—No quiero manzana, yo quiero tarta.

La mujer de Neal apartó el plato y, mandándolo callar por lo bajo, intentó coger la mano del niño.

—Que no, que no —insistió él, e hizo ademán de apartar el brazo de su madre.

Neal se levantó de un bote y empezó a rodear la mesa.

—Ni se te ocurra pegarle a tu madre.

—Pero si yo no… —dijo el niño, pero era demasiado tarde.

Neal lo había agarrado con fuerza de un brazo y le había puesto su propio antebrazo por delante de la barriga para levantarlo en alto y apartarlo de la mesa.

—¿Te gusta enfadarte? Pues yo me puedo enfadar más que tú.

El niño se retorcía, pegaba con los talones al aire y lanzaba la cabeza hacia atrás para intentar darle a su padre en la cara. Margaret estaba acostumbrada a las rabietas, pero, más que un niño, Charlie parecía ahora un animal intentando escapar de una trampa; era horrible cómo retorcía su cuerpecito contra lo que lo retenía. Su hermano se quedó allí de pie, encajando los golpes contra las piernas, estirando el cuello para evitar que el niño le diera en la cara, resplandeciente de rectitud o crueldad. Cuanto más forcejeaba Charlie, más lo apretaba Neal.

Los demás seguían sentados a la mesa, mirando: ni Margaret, ni Ezra, ni Elizabeth, ni Hugh hicieron nada. Con los pataleos del niño a una distancia prudencial, lo único que se escuchaba eran los gritos enrabietados cada vez más rasgados, hasta que el niño se atragantó con sus propios chillidos y tuvo que parar para dejar salir una arcada seca, y luego gimió una última vez a la desesperada, antes de quedarse mustio, allí colgado, sollozando.

El sintagma «escuela concertada» volvió a asomar a la mesa. Su padre hablaba con aplomo. Ezra parecía estar atendiéndolo, aunque la miraba a ella de reojo. La mujer de Neal tenía una cara tan inaccesible

como la de una estatua o una muñeca. Elizabeth recogía los platos. Las niñas estaban mirándola, con la conmoción instalada en sus caras como una imperfección que acabara de aflorar.

Si su hermano le hubiera pegado al niño, ella podría haberle dicho: «No puedes hacer eso». Lo que había hecho, sin embargo, era más terrible si cabía, esa dominación que todos estaban fingiendo entender como disciplina. Pero Margaret no se había inmutado, no había hecho nada.

—Pídele perdón a tu madre —dijo Neal.

—Pe-pe-perdón —dijo Charlie entre espasmos.

Ahora que el niño no estaba intentando soltarse, Neal lo soltó por fin. Depositó de vuelta en la silla a su hijo, que en el acto apoyó la cara bocabajo sobre la mesa.

—¿Me sirves otra copa? —le pidió Neal a su padre, que le pasó el vino.

—Solo tiene seis años —dijo Margaret.

—Margaret, tú no te metas —intervino su madre.

—Pero es que eso ha sido… de lo más innecesario.

—Margaret, te he dicho que lo dejes estar. No vayas a montar tú un numerito peor que el del niño.

Yo no estoy montando ningún numerito, pensó, pero no lo dijo. Buscó el apoyo de Ezra con la mirada, pero —lo habría matado, se habría vuelto a divorciar de él— se había puesto a mirar el móvil.

Sin embargo, debió de sentir su mirada porque apartó la vista del teléfono y dijo:

—¿Hora de peli? ¿Vamos dentro y la ponemos? ¿Qué vamos a ver?

Jo fue directa a echarle los brazos al cuello a su padre. Él se incorporó entonces y Helen se le agarró del dobladillo del bañador. Después, le tendió la mano que le quedaba libre a Charlie, que por fin levantó su cara deshecha. Ezra era bueno. Ezra era seguro. Al menos eso lo había hecho bien, esa única cosa. Había escogido un padre como él.

Ezra entró con los niños en la casa y pusieron *Solo en casa 2. Perdido en Nueva York*.

—Pero ¿esa película no es de Navidad? —preguntó el padre de Margaret.

—Es la favorita de Jo —le explicó ella.

Neal retiró un poco la silla de la mesa y, sin mediar palabra, su mujer se levantó y se le sentó en el regazo.

Margaret se centró en recoger los platos. Se oía el *Jingle Bell Rock* de fondo. A las dos hermanas les encantaba la película, la habrían visto ya unas veinte veces, las muy sádicas. Siempre le pedían pasar rápido las partes tristes con la señora de las palomas, hasta que la música pegaba un subidón en la casa neoyorquina llena de trampas.

Era muy satisfactorio ver cómo funcionaban todas las defensas del niño protagonista, los cables trampa y las tirolinas y las latas de pintura sobre los dinteles; nada que ver con sus vivencias de niña. Pero ¿sería malo que las niñas disfrutaran con tanta violencia? Los ladrones quedaban aplastados contra la pared por un carrito de herramientas que caía a plomo sobre ellos; atravesaban los suelos de madera, se electrocutaban y ardían en llamas; una pistola grapadora les disparaba en los huevos. Era porno de torturas para niños. Era divertido cuando los hombres chillaban.

Pero se imaginaba que a los niños no les gustaría tanto si no tuvieran la necesidad de ese tipo concreto de fantasía, que consistía en: tu familia te hace daño, pero no los necesitas; eres capaz de sobrevivir. Al final, vuelven, escarmentados y queriéndote más. Entró con los platos sucios en una casa que retumbaba con aquel ruido de locos, los chillidos desaforados, las risotadas de los niños. Macaulay Culkin estaba tirándole unos ladrillos a la cara al malo desde lo alto de una escalera.

Margaret se puso a enjuagar los platos en el fregadero, luchando con el glaseado. Echaba de menos la vajilla de cuando eran pequeños. Eran unos platos blancos con un dibujo de unas ramas como en zarcillos que siempre le recordaban a las sombras de un verano inglés y el sabor frío de la fruta cortada en rodajas. Aquella vajilla nueva tan mona no le gustaba: tenía mariposas, ¿y a quién se le ocurriría poner comida encima de unas mariposas? Tenían las alas llenas de glaseado.

—¿Te ayudo? —preguntó Ezra.

—Sí, claro, gracias.

Le pasó un plato y él lo metió en el lavavajillas.

—Todo un éxito el cumpleaños.

—Salvo para Charlie.

Ezra miró alrededor como si alguien pudiera oírlos. Pero Neal y familia se habían ido. Su padre se había metido en su despacho a ver el telediario y Elizabeth estaba viendo lo que quedaba de película con las niñas. Le pasó otro plato. ¿Por qué tenía que meterlos así de torcidos? Así no iba a caber ni la mitad de los platos. Nunca era tan evidente lo poco que se encargaba de los platos como cuando se encargaba de los platos. Un momento…, esa queja había quedado obsoleta. Ahora debía de encargarse de los platos a diario. Ella no era su mujer; no estaba allí para hacerlo por él. ¿Lo haría su novia? Esperaba que no.

—Ya, pobre Charlie.

—Y mi madre ahí tan tranquila.

—A ver, no ha sido culpa de ella.

—Claro que ha sido culpa de ella. Es su hijo. Podría haber dicho algo por lo menos. Como «para», por ejemplo.

—Eso quizá habría empeorado las cosas.

Ezra siempre estaba diciéndole que dejara pasar las cosas. Frotó una mariposa con el estropajo.

—Pero es que hasta antes de eso. ¿No te has fijado en lo de la cámara, en que ha tenido que ser ella la que hiciera la foto? Siempre está metida en todo salvo cuando realmente necesitas que intervenga.

Ezra cerró el grifo y se quedó mirándola.

—¿Alguna vez te has preguntado si no te divorciaste de mí solo para vengarte de tu madre?

—Ezra, eso es un disparate.

—Margaret, ya lo sé.

Consideró la opción de indignarse. Él llevaba un suéter celeste que no le había visto antes, arremangada por los codos. Había cogido color; tenía el vello de los brazos dorado. Lo miró mientras metía mal los platos.

Al día siguiente los cuatro volverían a casa. Cogerían un taxi desde Penn Station y las niñas posiblemente se quedarían dormidas y Ezra la ayudaría a subirlas a su piso blanco, donde ningún peligro acechaba y nada se alteraba salvo el tiempo, nada salvo el ángulo del sol por la ventana.

Y cuando él se fuera, ella se alegraría de volver a estar sola.

Se preguntó qué recordaría Jo de ese finde, si es que llegaba a recordarlo, cuando fuera mayor. ¿Se acordaría de tirarse en bomba al agua o de su primo pegando patadas al aire? ¿Se acordaría del dragón? Fue entonces cuando Margaret cayó en la cuenta; las niñas la habían distraído en el último momento y ella no había hecho la tarea que le había mandado su madre.

El dragón estaba escorado en un rincón de la piscina y Margaret lo sacó por la cola mientras la mole negra botaba y rebotaba con suavidad en el suelo. Era curioso que algo tan grande fuera tan ligero. ¿Dónde estaba el pitorro?, esa era la pregunta. Costaba encontrarlo en la oscuridad. Margaret lo sintió como algo obsceno eso de andar tanteando el cuerpo del dragón en busca del agujero. Por fin lo encontró y lo abrió y una bocanada de aire de la mañana salió de golpe. El aspersor se encendió en algún punto del jardín; se escuchaba el tableteo y el agua saliendo, tableteo y agua saliendo. Se había montado encima del dragón e iba moviendo la cadera a un lado y otro para acelerar un poco el desinflado cuando Jo salió de la casa.

—Pam pam pam, papapam, papapam —iba diciendo, con un ojo cerrado y un brazo extendido.

Helen la seguía.

—Piuuum, piuuum, piuuum —decía ella, en una onda más de pistola láser.

La película debía de haber terminado. Estaban apuntándose la una a la otra, a los parterres, a Margaret, al dragón. «Piumm, pium», «papapam».

—Oíd, niñas, ¿no tendríais que estar preparándoos para ir a la cama? —les preguntó.

Conocía a padres mejores que ella, que habían logrado aniquilar con éxito las fantasías armamentísticas de sus hijos, pero no era su caso. A estas alturas, se limitaba a dejar constancia oficial de su objeción. En realidad le daba igual que la ignoraran; estaban entretenidas y ella tenía un dragón que aplastar.

Estaba ya a gatas, sacando el aire de una pata, cuando sintió algo duro en la espalda.

—FBI, arriba las manos —dijo Jo.

Las niñas soltaron una risita.

Margaret levantó las manos en alto.

—Señor Dragón, me temo que nos han pillado.

Lo que fuera que tuviera Jo en la mano era duro y no estaba cogido con mucha firmeza. No paraba de clavársele en la columna.

—No se mueva del sitio —dijo Helen.

La pistola que tenía la mayor en la mano estaba reluciente. Madera pulida y un tambor plateado, y el gatillo también era de plata, y el dedo de Helen allí, apretándolo. Parecía grande. Parecía real.

—Helen, eso no es un juguete —dijo.

—¿Cómo? —preguntó la niña.

—Que es una pistola de verdad. No la apuntes. No la… Bájala. Déjala en el suelo y ya está. Con cuidado.

La niña sostuvo la pistola de duelos a la altura de su cara y por un minuto demoledor la examinó, moviéndola de lado a lado.

—¡Helen! —Y entonces la niña lo comprendió.

Bajó el arma hasta el suelo de la terraza y se apartó dando tres grandes zancadas.

Jo seguía a su espalda, apuntándola.

—¿Lo que tienes tú es la otra pistola de la abuela, JoJo? No me apuntes con ella, podrías hacerle daño a mamá. Déjala en el suelo.

Intentó decirlo en el mismo tono que si le hubiera dicho «tienes crema en las manos, no te restriegues los ojos», pero la voz le tembló. Se dio media vuelta, todavía de rodillas, y ahí estaba Jo, descalza, en el pelo lo que le quedaba de las trenzas de cumpleaños, y la otra pistola en la mano. Margaret alargó la suya.

—Dámela, Jo.

—Es mía.

La niña se zafó y fue a parapetarse tras una tumbona, blandiendo la pistola por encima de la cabeza como una vaquera.

—No es tuya, es de los abuelos —dijo Margaret, pero eso no era lo que tocaba decir, no era que estuviesen turnándosela y fuera lo justo que se la prestara—. Jo, es una pistola de verdad y no sé si podría llegar a herir a alguien. Me estás asustando, te lo digo muy en serio.

—Es mi cumpleaños y soy una atracadora.

La niña corrió al otro lado de la piscina.

—Devuélvesela, Jo, te lo está diciendo mamá —intervino Helen, que encarnaba de pronto a la hermana mayor responsable.

—Helen, ve adentro ahora mismo, corre. Dile a papá que salga. Pero tú quédate allí, quédate en la casa.

Helen la obedeció, corriendo y llamando a gritos a Ezra. Margaret se incorporó, pero los pies se le quedaron enredados en el dragón. Los sacó de un puntapié y se acercó lenta, muy lentamente, a su hija menor.

—¿Qué es lo que pasa? —oyó que preguntaba su padre por detrás—. ¿Qué es lo que ha cogido?

—¡Tu pistola de mierda!

—¿Qué pistola?

—Las pistolas de duelo del aniversario, papá. Dime que no está cargada.

—Ay, Dios. Yo… diría que casi seguro que no —dijo.

—¿Casi?

—No sé, esos chismes tienen doscientos años. No se me ha ocurrido mirarlos. De todas formas, aunque estuviera cargada, son de pólvora… y seguramente saldría por la culata, explotaría…, nada más.

—Joder, papá. Jo, por favor, de verdad, deja eso en el suelo. —Avanzó otros dos pasos hacia la niña—. Si lo pones ahora mismo en el suelo, tienes postre especial. Puedes tomar más tarta. Pero tienes que dejarla en el suelo ahora mismo.

Jo se lo pensó. Se rascó el lateral de la pierna con el cañón. Margaret dio tres pasos más.

—¿Podemos tomar helado también? —preguntó Jo justo cuando Margaret la cogió del brazo, el del arma, y taponó con la espalda el cuerpo pataleante de la niña, que chilló—: ¡No! No he dicho que sí.

—Ezra, ayúdame.

Este apareció corriendo y apartó los dedos de la niña del arma. La pequeña aullaba, indignada. A Margaret le llameaba el brazo, su hija la había mordido. Hugh había recogido la otra pistola. Jo estaba pegándole patadas, y apenas las sentía, estaba allí quieta sin más, respirando.

—¡Cómo se te ocurre, papá, joder! ¿No las guardas bajo llave?

—Yo creía que sí, no lo he comprobado. Son antigüedades.

—Son armas.

—Entonces ¿están cargadas o no? —quiso saber Ezra—. Seguro que no. Apostaría algo a que no.

Hugh miró la pistola que tenía en la mano y trasteó con ella, girándola de un lado a otro, igual que había hecho Helen antes.

—Supongo que en realidad no sé ni cómo se abre este chisme. Si queréis, lo puedo mirar por internet.

Margaret llevó a Jo a rastras hasta la casa. Ahora que la crisis había pasado, solo era consciente de su propia furia. Estaba gritando, tenía que hacerlo, por seguridad, por el bien de las niñas, para enseñarles esa lección.

—Mamá, la mano —le dijo Jo, pero Margaret no hizo caso.

—Nunca más se te ocurra tocar algo así. Esas pistolas no eran de mentira, para jugar. Eran de verdad. ¡Os podríais haber hecho daño la una a la otra! —Helen estaba ya llorando con el miedo retardado, y entonces Jo se echó a llorar también: las pistolas no las habían asustado, pero aquello, su madre, sí—. Tenéis que hacerme caso, ¡tenéis que empezar a hacerme caso de una puñetera vez! —gritó Margaret.

A ella también le entraron ganas de llorar, y eso la enfadó aún más, aunque dijo, mientras alargaba la mano para coger a las niñas, que no estaba enfadada, que lo sentía, que les juraba que no estaba enfadada.

Más adelante tendrían una conversación sobre lo que era de verdad y lo que era de mentira y las armas y sobre si debían o no volver a ver *Solo en casa*. De momento en lo único en lo que podía pensar era en

lo fina, de fina a putoinexistente, que era la línea entre la normalidad y el horror. A pesar de las borlas y los ribetes, a pesar del soldadito de juguete y el despliegue de fotos de bodas y los zapatos alineados en orden junto a la puerta, a pesar del tabú de introducir siquiera una mota de polvo en la casa, el peligro llega de todas partes: peligro desde los aleros y las puertas, peligro como un agujero repentino en la pared. Nadie había salido malherido. No había pasado nada. Pero ¿dónde mierda estaba Elizabeth? ¿Dónde estaba su madre ahora?

20

A la mañana siguiente a Elizabeth se le pegaron las sábanas. No era propio de ella perderse ni un minuto del tiempo con sus nietas. Pero quizá había sido demasiado incluso para ella aquel fin de semana interminable e imposible.

Las niñas habían pedido darse un último baño en la piscina con su primo Charlie antes de irse. Mientras desayunaban con Ezra, Margaret salió a la terraza. El dragón había terminado de desinflarse por la noche; yacía junto a la piscina, como un pellejo seco. Lo enrolló y lo guardó en la cochera antes de que las niñas lo vieran y quisieran volver a jugar con él.

Cuando consiguió meter a los niños en la piscina, intentó prestarle a Charlie más atención de lo habitual. ¿Quería ser él quien eligiera el juego? Podían jugar al Uno, Equis, Dos o a coger monedas buceando. Pero se hizo evidente que el niño lo único que quería era jugar con sus primas y que los adultos los dejaran en paz.

Unos minutos más tarde, se les unieron los hombres. Ezra llevaba un bañador con un estampado hawaiano que Margaret le conocía muy bien porque había sido ella quien se lo había comprado hacía unos cuatro o cinco veranos, cuando él se había olvidado de meter uno en la maleta. Había adelgazado desde el divorcio; su cuerpo familiar ahora le era ajeno. Detrás de Ezra, su padre llevaba prácticamente el mismo bañador, comprado, lo más probable, por Elizabeth y por la misma razón. Y luego estaba Neal. Él llevaba un bañador negro ajustado, gafas de natación sobre la cabeza y un reloj tan negro y acuático que parecía militar. ¿Qué se creía que era, un marine? Mejor no mirarlo. Ojalá pudiera controlarlo, pero era incapaz: qué rabia la inundaba ante la visión de sus complementos.

Neal estaba contándole algo sobre política financiera a su padre. Este, a su vez, estaba preguntándole algo a Ezra sobre Silicon Valley. Quería un ejemplar de su revista. Daba igual las veces que Ezra se lo

explicara, su padre no parecía entender que solo podía leerse por internet.

—Es una página web, nada más —dijo Neal.

Su padre, convencido de que aquello era un insulto, esperó a que Ezra lo contradijera.

—Bueno, más bien… es una revista en una página web —puntualizó este.

—Pero podría imprimírmela si quisiera, ¿no es eso?

—Puedes imprimir artículos sueltos, aunque no se verán tan bien como… los interactivos…

Aquello aburrió a su padre, que cambió entonces de tema.

—¿Y qué me dices de los incendios? —le preguntó a Ezra—. ¿Están afectando a tus compañeros de la zona oeste?

—Y tanto. Un humo horrible. Da miedo.

—Lo que no sabe la gente es que es todo culpa de la ley de Especies Protegidas —comentó Neal.

—¿Cómo? —se extrañó Ezra.

—Lo que oyes. Se han pasado cuarenta años protegiendo el hábitat a toda costa, y ahora tienen casas ardiendo en su conciencia —dijo Neal.

Ezra estaba removiéndose, como dándole palmaditas a la superficie de la piscina.

—Ah, pues no había escuchado esa teoría. Yo creía que era más por el cambio climático y eso…

—¡El cambio climático! —intervino su padre.

Neal resopló desdeñoso. Dos contra uno.

—Pero, a ver, lo de la ley de Especies Protegidas… Venga, Neal, eso es ya conspiranoia pura. —Oh-oh, aquello Neal no se lo esperaba—. Es simplemente la edificación rampante. La gente construyendo donde no debe. Lo que están haciendo es esparcir yesca.

—Ellos se lo han buscado —dijo Neal recuperándose del golpe.

—Aunque yo casi que haría lo mismo, si encontrara una aseguradora lo suficientemente tonta para cubrirme —siguió su padre.

—Ya, sí, claro —dijo Neal—. Tiene que ser bonito vivir allí.

Margaret se metió en el agua y buceó para que se le llenaran de agua los oídos. Cuando volvió a ponerse en pie, Helen estaba diciendo:

—¡Tío Neal, tírame a mí ahora!

Quiso decir que no. Quiso decir: «Helen, creo que ya eres demasiado mayorcita para eso». Pero era incapaz, jamás haría algo así. Se quedó mirando mientras Neal la aupaba en brazos y el agua caía a chorros de la niña.

La noche que los hermanos Ricci se quedaron a dormir ella sería algo mayor que Helen, pero tampoco tanto. Elizabeth estaba emocionada —Neal rara vez traía a sus propios amigos— y le recordó a Margaret que debía comportarse mejor que nunca. Ella esa tarde había ido a casa de Biddy después de clase, pero no pudo quedarse a dormir allí porque su amiga tenía un partido de fútbol a la mañana siguiente. Cuando llegó a su casa, subió directamente al dormitorio a cambiarse.

A la mierda el peligro en caso de incendio; montó una cama contra la puerta. Puso la almohada a la altura de las bisagras y dobló la colcha en tres para hacer un colchón. Luego se tumbó y echó el peso del cuerpo contra la puerta.

Aparecieron por la noche. Primero escuchó el rifirrafe con el picaporte y luego sintió la puerta pegándole contra la espalda. Y entonces, unos susurros:

—Está cerrada.

—No puede ser, no tiene pestillo. Tú empuja.

—No se abre.

—Déjame a mí.

La puerta la presionaba con fuerza y empezó a deslizarse, con la colcha escurriéndose por el parqué. Con sigilo, giró el cuerpo para apuntalarse con los pies. Pero no bastó. La puerta la empujaba como si no solo intentara abrir el cuarto sino su propio cuerpo. Empezaron a doblársele las rodillas.

—Está cediendo —oyó que decían.

Si se ponía totalmente perpendicular, podía llegar justo a la estructura de la cama con los pies. Cuando dejaron por un momento de empujar, cambió de postura, rápido, pivotó y clavó los talones contra la madera, mientras bloqueaba las rodillas y soportaba la puerta sobre los hombros como un arado.

Podía haber gritado. Podía haber dicho: «¡Fuera de aquí!». Pero eso habría supuesto reconocer que sabía lo que estaba pasando, y eso a su vez lo habría hecho real, y la habría convertido a ella en cómplice. Podrían envalentonarse si les pedía que pararan y no le hacían caso, si gritaba y no venía nadie. Era mejor ser solamente un peso inanimado, un mueble. Era mejor ser ella misma el pestillo.

—Habrá hecho una barricada —dijo Neal.

—¿Tú crees?

—Empuja más fuerte.

—No puedo, nos van a oír mis padres.

—Venga, me lo prometiste.

Neal había hecho el vídeo, como un anuncio, y luego la había vendido a sus amigos como si fuera una entrada. Los Ricci tenían una piscina y una cabra; Neal tenía una hermana. Se hizo fuerte contra la puerta y contra la punzada de culpa por haberle estropeado el trato a su hermano, por negarse a hacer esa tontería de nada para ayudarlo a tener amigos.

Había pasado tanto tiempo desde aquello, años y años. Las noches se habían sucedido, una tras otra, sobre aquella casa con Margaret dentro, y luego noche tras noche, cuando ella ya no vivía allí. Los hermanos Ricci habían intentado entrar en su cuarto solo en una de esas noches. Neal la había tocado solo ocho o nueve o puede que doce de esas noches. Solo aquel verano. Solo estando ella dormida. Se despertaba con la colcha en las rodillas y la secuela de una sensación y la silueta entrevista de su hermano saliendo por la puerta. Solo eso. Casi podía haber sido un sueño, salvo porque había ocurrido.

Pero, en fin, habían ocurrido tantas otras cosas…, cosas mucho peores. El mundo entero apestaba a secuelas. Elecciones, condenas, protestas, guerras, la lista interminable de noticias que le daban de comer. La muerte de la cabrita. Y también: el amor, los hijos, la felicidad. Incluso aquí, pensó, habían cambiado muchas cosas, incluso dentro de los confines de la piscina, el espacio en el jardín que parecía contener no solo a su familia sino el propio tiempo abierto en su interior.

Las luciérnagas habían destellado por aquí y por allá. Un clima verde y violento había soplado con fuerza y había amainado, y en los días fríos la humedad del suelo había congelado la tierra hasta el punto de que podría haberse quebrado como el cristal. Ella también era otra: las células muertas desprendidas de sus seres pasados habían desaparecido tiempo atrás, remplazadas. El suyo había sido un cambio inexorable, y casi siempre para bien. Helen y Jo pasaron a su lado cabeceando en el agua donde antes solo había piedra y tierra, vida donde antes no la había. Pero entre todo eso, una cosa, una cosa vergonzosa y apenas perceptible seguía igual, y la enfurecía —consigo misma— mantenerla aún, sentirla todavía: la raya que le había hecho su hermano en el cuerpo.

Cuatro

21

En la superficie todo estaba terso y seco y, justo por debajo, todo atrapado en una decadencia húmeda. Helen había perdido su cuaderno de clase en una montaña de hojas gigante que había en un rincón apartado del parque y estaban las tres escarbando entre hojas más finas que un billete de dólar y palpando la porquería en descomposición de más abajo. ¿Alguna vez habían rastrillado hojas las niñas? Con una punzada de lástima, cayó en la cuenta de que no lo habían hecho. Nunca habían rastrillado nada, ni despejado la nieve, ni regado las flores recién salidas con una manguera de rociado ajustable. Por su culpa, estaban perdiéndose las bonitas tareas de la infancia, todas las increíbles tareas de los barrios residenciales.

Deberían ir a ver a su madre el fin de semana siguiente, o el otro; ya hacía tiempo que le debían una visita, la verdad. Pero tendría que ser pronto; aunque los árboles todavía estaban deshojándose, dentro de poco ya se les habrían caído todas las hojas. Podía pedirle a su madre que cancelara la cuadrilla de recogida de hojas que tenía programada. Podían ir un sábado por la mañana. Podían pasarse toda la tarde trabajando juntas, con el pelo recogido con pañoletas rojas…

—Mira, papi —dijo Helen, que lanzó una brazada de hojas al aire.

En la acera, al otro lado de la alambrada, estaba Ezra, con las manos metidas en los bolsillos del chaquetón.

—¿Qué hacéis? —les preguntó.

Margaret, pringada hasta los codos, renunció a su fantasía del rastrillado de hojas, que, total, a nadie le interesaría jamás llevar a la práctica.

—Helen, que ha perdido su cuaderno aquí dentro.

—¿Cómo se las ha arreglado?

Margaret estiró un poco la espalda para apaciguar una molestia.

—Ezra, no tengo ni idea de cómo se las ha arreglado, créeme.

—¿Estáis seguras de que es buena idea meter las manos ahí? Puede haber bichos. O jeringas.

—¡Jeringas! —Jo apartó las manos de golpe—. Yo no quiero que me pongan una inyección.

Margaret lo fulminó con la mirada.

—Mira, si en el montón de hojas del parque hay jeringas usadas, yo me rindo. ¿No puedes ayudarnos y ya está?

Los fines de semana se repartían los días, y allí era donde se intercambiaban a las niñas: en el parque, entre los bancos y la pista de baloncesto. Al progenitor que llegaba le daban besos distraídos; el que se iba recibía besos distraídos; las niñas jugaban.

Ezra entró por la puerta de la otra punta. En lugar de rebuscar con las manos, fue apartando hojas con los pies, dando zancadas grandes e inseguras, como quien camina por la nieve recién caída. ¿Qué creía que iba a conseguir con ese método? Sin embargo, Margaret, queriendo racionar sus críticas, no dijo nada.

—Tengo que hablar contigo, por cierto —le dijo Ezra.

—¿Qué pasa? —No se le oía bien con el crujir de las hojas—. ¿Qué? —repitió.

—Para un momento con las hojas. Te estaba diciendo que quiero presentarles a Anaya a las niñas.

—Ah.

Duncan, pensó al instante. Si las niñas conocían a Anaya, también podían conocerlo a él. Podían rastrillar hojas en su casa. Los hijos de él lo hacían, y también le lavaban la camioneta y ponían los ladrillos del camino del jardín.

Pero ¿y si él no les caía bien? ¿Y si a él no le caían bien ellas? Y además, ahora estaban hablando de Ezra y Anaya. ¿Sería divertida ella? ¿Demasiado divertida? A Margaret le dio un poco de mareo de tanto estar agachada, de los efluvios que emanaban las hojas.

—Mamá, papá, no estáis ayudándome nada —dijo Helen, no sin razón.

—Estamos hablando, Hel. Danos un momento.

—¿De qué estáis hablando?

—De nada. Anda, vete para allá un poco.

—No me quiero ir.

—¿Aquella de allí no es Steffie, la de tu clase?

La niña salió disparada. Ezra removió unas cuantas hojas más con el pie. Parecía un crío haciendo eso.

—He pensado…, hemos pensado, bueno, ha sido idea de Anaya…, que primero deberíais conoceros vosotras. Para que tú te sientas más cómoda. Para no propiciar un ambiente angustioso. Para que haya un proceso.

A Ezra le encantaban los procesos, y se veía, pensó, que a Anaya también. «Un ambiente angustioso»… ¿De dónde se sacaba esas frasecitas?

—Uf, ¿es obligatorio? —Luego añadió—: Es broma. Vale, claro que sí, sí. Es un buen plan.

—Genial. Va a estar bien. Estoy convencido de que va a salir muy bien. Gracias. De verdad. En fin… A todo esto, ¿qué cuaderno estábamos buscando?

—El negro. El de lengua.

—Pero si ese lo tiene en mi casa.

—¿En serio?

—Sí, sí, acabo de verlo en la mesa de la cocina.

Helen estaba guiando a Steffie y a Jo de vuelta a la montaña de hojas, que al parecer era mucho más emocionante que los columpios o la pirámide de cuerdas.

—Helen, el cuaderno ese te lo dejaste en mi piso.

—Anda, es verdad.

La niña siguió tirándole hojas a su hermana. Margaret intentó sacudirse la metralla otoñal del jersey.

—Pero entonces ¿cómo es que creías que estaba ahí metido en la montaña?

La niña reflexionó.

—No sé.

Llevaban buscándolo por lo menos veinte minutos. No parecía posible tanto esfuerzo para nada.

—¿No será que has perdido otra cosa? ¿No se te habrá quedado otra cosa ahí dentro?

Helen miró alrededor, pensativa.

—Puede…, pero yo creo que, si estuviera aquí, ya lo habríamos encontrado.

❊

El sábado siguiente salió por la mañana porque había quedado con Anaya en una cafetería cerca de Prospect Park. No había querido ir demasiado arreglada para la ocasión: sudadera, mallas, una trenza. Al ver su reflejo distorsionado en los coches aparcados, pensó que tal vez se había pasado intentando que su aspecto fuera poco agresivo y había acabado resultando agresivo. No había visto ninguna foto de la novia, pero, por alguna razón, había dado por hecho que estaría menos buena que ella. Con curvas, mona, pero quizá ligeramente regordeta. Esa era la palabra que llevaba en la cabeza —«regordeta»—, cuando vio a una mujer sentada a una mesa con una bolsa de tela de Ezra a los pies.

Anaya le dio un abrazo mientras ella intentaba no pensar en su cuerpo: más alto, más joven, con las tetas más respingonas, tetas solo de mujer y no de madre, aplastándose contra su propio pecho. Tenía un bonito corte *pixie*. Claramente, no estaba menos buena que la propia Margaret.

Pidieron un café para llevar y se fueron a pasear por el parque mientras Anaya le contaba —encantadora ella, imparable también— todo. Era maestra de guardería y colaboraba como voluntaria en un huerto comunitario e intentaba ir al teatro al menos una vez al mes porque si no, ¿para qué vivir en el centro de Nueva York? El camino subía y bajaba por las pequeñas colinas verdes y pardas del parque, mientras la voz de Anaya hacía otro tanto, repasando los contornos de su vida. Su madre trabajaba en una fundación que recaudaba dinero para el mundo de la cultura y su padre era profesor de Economía en Columbia, y a ella la había criado una niñera peruana a la que, de lunes a viernes, solo le permitían hablarle en español, idioma que nunca había llegado a dominar del todo, de ahí que, como le contó a Margaret, siempre hubiera tenido problemas para intimar con su propia familia.

—Ezra en eso me entiende perfectamente porque él también ha vivido muchos traumas.

Con «traumas» se refería a Margaret.

Así y todo, no le cayó mal. Anaya se reía de sí misma mientras le contaba que creía de veras en los poderes curativos de los cristales. Había decidido que nunca tendría hijos propios porque no podía traer a una criatura a un mundo que estaba condenado por el cambio climático, dijo, de buen humor. Margaret sintió una corriente ascendente de alivio. Aquello le dio esperanza. Aquello era validación. Aquella era la mujer a la que Ezra amaba. Y no era Margaret. No era Margaret ni por asomo.

Atravesaron el amplio césped del parque. El terreno tenía varias calvas por el uso, salvo por un prado color esmeralda que estaba cercado y tenía el tamaño de una piscina, donde estaban dejando que volviera a crecer el césped. Reposó allí la mirada como si fuera un campo de flores o unos animales de granja, como si lo que quiera que el alambre guareciera allí dentro fuese especial, frágil, a pesar de que era solo hierba, la misma hierba que el resto. El servicio de parques y jardines no tardaría en desplazar la línea de la cerca y en sembrar otra parcela distinta, dejando que la gente pisoteara aquella. Pero aún no. Estaba tan despejado y el aire era tan limpio que solo respirar ya parecía una especie de cura, como si pudiera matar gérmenes y atravesar incluso la grasa. Ezra estaba enamorado de otra persona. Ahora las cosas podían ser más sencillas.

Anaya tenía un plan. Creía que lo mejor era que en el primer encuentro estuvieran todos y pensaba que, si Margaret también estaba presente, eso haría que las niñas no tuvieran que sentirse culpables ni avergonzadas por establecer una relación con ella. Si Helen y Jo tenían cualquier pregunta, responderían con honestidad pero con tacto. No se quedaría a dormir en el piso los días que se quedaban ellas. De todas formas, eso era algo que podían hablar más adelante. Los límites eran muy importantes, dijo, sobre todo para las niñas.

—Pues te agradezco un montón que le hayas dedicado tanto tiempo al tema —dijo Margaret.

Anaya le dio otro abrazo (ay, dios, las tetas, le bailaban cuando se reía).

—¿Has escuchado ese pódcast que hay sobre relaciones, el de la terapeuta? —preguntó—. Le dedica un episodio entero al tema.

Sin embargo, la conversación se les fue agotando y, para cuando terminaron de rodear la zona de baño canina, no se les ocurrían más temas de los que hablar. Lo que Margaret en realidad quería preguntarle eran cosas como: ¿Qué tal es ahora estar con Ezra? ¿Sigue cabreándose cuando…? ¿Alguna vez te da la sensación de que…? ¿El sexo está…?

Pero Margaret también era capaz de respetar los límites. Estaba pensando en maneras de ir acabando cuando a las dos les sonó el móvil a la vez: Ezra. Un mensaje de grupo. (Y casi pudo ver a Anaya pensando: «¡El primer mensaje del grupo!».)

Jo se había hecho daño.

Todos los pensamientos menores se hicieron a un lado. Sintió que el parque se aplanaba, llano como una pradera o un aparcamiento, todas sus ondulaciones arrasadas por la urgencia. Lo atravesó en línea recta. «Sí, sí, vete para urgencias. A la unidad pediátrica que tienen en el Brooklyn Heights —le escribió a Ezra—. En veinte minutos estoy allí.»

—¿Te importa que vaya yo también? ¿Por si necesitáis un par de manos más?

No había necesidad de un tercer adulto, pero ¿por qué no dejarla ir? Al fin y al cabo, eso era lo que conllevaba cuidar de un crío. Se rompían cosas, la fiebre se disparaba. Conjuntivitis, virus estomacales, gargantas inflamadas, otitis, mano-boca-pie: las enfermedades básicas de la infancia, del cuerpo frágil y amado. Ojalá el taxi fuera más rápido, tendría que haber ido corriendo hasta allí. No se molestó en hablar con Anaya durante el trayecto; no quería ser maleducada, pero estaba reuniendo fuerzas, preparándose para salir disparada del taxi y subir las escaleras, y allí estaban, sus niñas en la sala de espera, y Ezra, suspendido entre el pánico y el alivio al ver a las dos mujeres atravesando la puerta.

22

El centro de urgencias tenía una aplicación que te decía cuánta gente tenías por delante, así no había que andar molestando a la persona del mostrador. Margaret se la enseñó a Jo.

—Tenemos uno solo por delante y ya pasamos.

—Estoy cansada, mami.

—Ya lo sé, lo siento.

—No es justo que Helen esté jugando con la novia de papá y yo no.

—Ya jugarás con ella, te lo prometo. En cuanto salgamos de aquí. Y puedes escoger la chuche que quieras. Chicle, lo que sea.

Ella misma les había sugerido a Anaya y a Ezra que se llevaran a Helen a casa, tras una breve conversación susurrada sobre qué le había ocurrido a Jo. Le había pasado algo en el brazo. No podía moverlo, pero tampoco parecía que estuviera roto. Ezra decía que no se había caído ni nada parecido. Era muy raro, le contó, tan raro que le asustaba un poco.

—¿Qué es eso que te pasa cuando te duele de repente el brazo? ¿Un ictus?

—¿Te refieres a un infarto? —preguntó Margaret.

—Eso sería en el brazo izquierdo. ¿Es en el izquierdo? —indagó Anaya.

Prometió llamarlos en cuanto la viera el médico. Margaret no tenía ni idea de qué le pasaba a su hija, pero tenía bastante claro que no era un ataque al corazón.

El brazo no parecía dolerle si no lo movía, pero tampoco era que no le doliera. Lo tenía cogido en el regazo, como una muñeca prestada, con la cara paliducha y como chupada, a pesar de tener todavía las mejillas regordetas de una niña pequeña. Margaret le apretó la mano buena.

—¿Me cuentas otra vez cómo ha pasado? —le preguntó.

—Estaba dando vueltas en el columpio y ha empezado a dolerme —dijo Jo, que miraba los dibujos animados en la tele.

Margaret se puso a verlos también. Estaban sin sonido. Salía una sirena que era también un gato. ¿Y un gato que era también una almohada? Justo encima de ellas, había una mancha de humedad en el techo, con grietas. ¿No estaría lleno de moho? ¿No era eso de por sí un peligro para la salud?

Llevaban una media hora esperando. Margaret estaba preocupada, pero ahora que estaba allí y podía ver a Jo, se le había pasado el miedo, y toda esa adrenalina sin gastar estaba supurándole por los poros. Enfrente tenía a un padre con un bebé de ojos vidriosos en el regazo. Fiebre, seguro. La gripe estaba arreciando. Mientras diagnosticaba al niño enfermo, hizo contacto visual con el padre. Botas de trabajo, barba de tres días, camiseta tímidamente nostálgica del puente de Queensboro. Se removió junto a Jo para arquear un poco la lumbar. Ojalá no llevara puesta aquella sudadera. Él estaba mirándole las piernas. El bebé tosió. Margaret se preguntó dónde estaría la madre.

A veces se distraía con esas fantasías que apenas llegaban a serlo. No sentía deseo alguno de imaginar —y menos aún de iniciar— una conversación, un intercambio de mensajes de texto, un encuentro, una aventura. Lo único que quería era que le mirase las piernas, los ojos, las piernas. Necesitaba que alguien se fijara en ella, un hombre, aunque tampoco tenía por qué ser siempre un hombre.

Cuando el final de su matrimonio estaba ya cerca, esa necesidad había empeorado. Podía estar, por ejemplo, en la cola del súper, en la parada del autobús, subiendo a una niña al columpio, haciendo un recado cotidiano, pero era como si estuviera haciéndolo en un escenario, con unos movimientos extravagantes dirigidos a un público lejano. La acción en sí no significaba nada, no tenía un valor inherente; ella solo pensaba en qué aspecto tenía mientras lo hacía. Era penosa la desesperación con la que había buscado atención. Se sentía muy sola, ese era el problema, incluso con sus niñas se había sentido muy sola.

En cierto modo, el matrimonio había conseguido aislarla hasta de sí misma. Se preguntaba si Ezra había cambiado por Anaya, o si la forma de ser de él con Margaret era exclusiva para ella (culpa de Margaret). Por ejemplo: ella nunca se había masturbado, en doce años. Que ella tuviera vibrador era una idea que a Ezra le incomodaba. Se lo había comentado un par de veces…, que a lo mejor podían intentarlo… Pero ¿para qué lo necesitaba? El sexo era algo entre los dos, esa era la gracia.

Ahora, al pensar en ello, le daba mucha rabia pensar que seguramente Anaya se masturbaba sin sentirse mal cada vez que alguien encendía una vela aromática en algún punto de Brooklyn, y que, como ella no era la madre de sus hijas, como a ella no la conocía desde hacía media vida, como ahora Ezra era distinto, seguro que a él le parecía de lo más sexy.

Con el tiempo acabó comprándose un vibrador. Había reunido valor y le había contado a Ezra que quería experimentar y no sentirse avergonzada, y él le había dicho: «¿Avergonzada? Pero bueno, ¿cómo voy a querer yo que te sientas avergonzada de nada?».

Pero entonces hubo una noche que Jo estaba muy inquieta y no había quien la durmiera, y él por fin la había relevado para que ella descansara un poco y, cuando Ezra volvió al cuarto, se la encontró abierta de piernas. Era verano y la ventana estaba abierta, con la brisa nocturna metiendo los dedos por los bordes de las cosas. Él había vuelto la cara hacia el pasillo mientras ella se tapaba como podía con la colcha.

Antes de eso no tenía claro qué era lo que él le veía de malo. ¿Hería sus sentimientos la idea de que ella se tocara a sí misma? ¿Le preocupaba que ella fuese a malacostumbrarse si se corría con demasiada facilidad? ¿Que ella ya no lo deseara o necesitara? Eran unos miedos sencillos, casi entrañables, podían haberlos hablado. Pero, al ver su cara ahí, en el umbral, lo entendió. Lo había asustado y le había dado asco.

—¿Es que no puedes ni esperarme? —le dijo él.

Discutieron por ello unos días después, pero esa noche ella le pidió disculpas. Le dio la razón, le dijo que había sido una egoísta.

Pilló al padre mirándola otra vez. No era como si le importara, como si lo necesitara. Ya no se sentía así, sola. De verdad que no. Aunque quizá haber conocido a Anaya hubiera traído esa sensación de vuelta un poco, con aquel cuerpo lozano que hacía que Margaret sintiera que estaba desvaneciéndose. Estaba contándose ahora la historia del vibrador, comprendió, para no sentirse tentada por los celos o el arrepentimiento. Se recordó: esperanza, alivio, validación, todo lo que había sentido en el aire limpio del parque, junto a la hierba recién sembrada.

Una enfermera estaba llamando al siguiente paciente. Margaret y el padre intercambiaron medias sonrisas de compasión.

—Mamá —dijo Jo—. Mamá. —Le tiró de la punta de la trenza con la mano buena.

—¿Qué?

—¿No me está llamando a mí?

Anda. Estaba pendiente de escuchar su nombre, «Margaret», pero evidentemente no iba a salir su nombre en la lista. La enfermera apareció y se plantó delante de ellas.

—¿Su hija se llama Josephine? —preguntó molesta, porque estaba claro que era ella, solo había dos pacientes en la sala y el otro era un niño.

—Perdón, perdón, estaba en las nubes.

Margaret recogió el bolso y a su hija. El padre apartó la mirada.

Una vez en la consulta, la médica se quedó mirando a Jo y le puso las manos a ambos lados del codo. Jo gimió y volvió la cara hacia su madre. Esta explicó que ella no estaba con la niña cuando había ocurrido, fuera lo que fuese… Quería dar a entender que no era culpa suya, aunque todo el mundo sabía que siempre era culpa de la madre. Le dio unas palmaditas tranquilizadoras a la niña, ya, ya, ya, y le acarició el pelo.

—A ver, ¿a ti qué sabor de piruleta te gusta más? —le preguntó la médica—. ¿De fresa? Codo de niñera —le dijo a Margaret.

—¿Cómo?

—Se le ha salido el codo.

—Pero… ¿cómo?

—Es algo que prácticamente solo se ve en niños más pequeños, pero tampoco es tan insólito a su edad. Lo puede provocar cualquier tirón, como cuando columpias al niño o si se tira de ellos al caminar con prisa.

—¿Y cómo se arregla?

—Ah, no, ya está.

—¿Cómo? —repitió Margaret.

—No hace falta más para recolocarlo: un giro pequeñito.

—¿Me está diciendo que ya lo ha hecho?

—Eso es. Venga, vamos a ver si me puedes chocar los cinco con esa mano.

Margaret no daba crédito. Era como un truco de magia, la médica apenas la había tocado. Jo tampoco se lo creía, le daba miedo mover el brazo. ¿Cómo podía recuperarse tan rápido? ¿Cómo podía acabarse el pasado así, sin más?

Pero entonces la médica le ofreció un rollo de pegatinas, que dejó pendiendo en el aire, y la niña alargó la mano lentamente, recelosa, sabiendo que el dolor podía volver en cualquier momento. Pero no volvió, y siguió sin aparecer, a pesar de que fue levantando el brazo cada vez más alto. Alcanzó las pegatinas.

—No duele —dijo, y también Margaret sintió que se elevaba cada vez más y más alto.

¡No dolía! Salieron de allí al mundo indoloro.

23

Unos meses antes de separarse, Margaret y Ezra cenaron con sus amigos de la facultad, los más antiguos que tenían, Emma y Ben, y estuvieron hablando de un artículo sobre el consentimiento que se había vuelto viral. Emma había hecho ensalada de kale con pollo.

—¿No os parece que…? A ver, esto no lo diría en público en la vida, pero… ¿no os parece un poco exagerado? —comentó Margaret.

Ezra torció el gesto en desacuerdo.

—No creo que se pueda decir eso.

—No me refiero a su relato, sino al modo en que todo el mundo habla de eso. Toda esa narrativa tuitera.

—A ver, explícate un poco —terció Emma.

—Supongo que yo doy por sentado que la gente lo aborda desde su propia experiencia —dijo Ezra.

—Pero llamarlo «violación»…

—Hola, bonita.

Jo había entrado en la habitación.

—¿Me puedo comer otra galleta? —preguntó.

Ezra y Margaret dijeron «no» y «solo una más» al unísono. La niña cogió la galleta.

—¿Puedes ver la peli con nosotras, mami?

—Ahora no, cariño, que estoy hablando con mis amigos. —Jo se le montó en el regazo y le metió un dedo en la oreja—. Au, Jo, no seas bebote y lárgate, anda —le dijo.

—¿Puedo comer una más?

Esperaron a que Jo saliera de la habitación y entonces Emma preguntó:

—Pero ¿ella habla de «violación»?, ¿lo dice en el artículo?

—No, por eso digo lo de la narrativa tuitera. Lo que a mí me perturba es que… que se mida todo por el mismo rasero. Si eso es violación, si todo… tocamiento no deseado —dijo sintiendo que la

recorría un escalofrío espasmódico— es violación, entonces ¿qué palabra utilizamos cuando la violación es violenta, o hay penetración, o es a una menor? No quiero hablar de «violación real»…

—No, eso de «violación real» no está ya permitido —dijo Ben, que era el único que no había leído el artículo y estaba ahora ojeándolo en el móvil.

—Yo más que nada creo que hay que darle a la gente flexibilidad para utilizar las palabras que quiera —comentó Ezra.

—Ya, sí, pero es que ella no ha usado esa palabra, no es lo que ha dicho ella.

—Pero es que la cosa no va solo sobre ella. Las personas que comentan el caso tienen sus propios traumas, sus detonantes. Yo lo que creo es que quienes no hemos experimentado ningún tipo de… —Ezra se detuvo para dar con la formulación adecuada—… de agresión sobre nuestra persona que pueda suponer una experiencia sexual no consensuada, pues no deberíamos siquiera opinar.

A Margaret se le puso el tenedor muy tieso en la mano.

—¿Gente como nosotros que no hemos experimentado…?

Hacía mucho tiempo, cuando tenían diecinueve años, estaban en la facultad y solo eran amigos, fueron a dar un largo paseo por el campus. Era octubre, estaba anocheciendo y las hojas amarillas parecían incluso más amarillas a la luz de las farolas, y las preguntas amables de Ezra iban sacándole la vida de dentro, le extraían todo lo que le había dolido y la había asustado. Se lo contó…, sí, todo.

Lo de Neal, la primera noche y las otras que siguieron. Que a Elizabeth no se lo había podido contar, por lo de las pastillas, porque no había querido rebobinar la cinta. Y él le atrajo la cara hacia el pecho y le dijo: «Lo siento, siento mucho que hayas pasado por algo así. Lo siento mucho y me siento muy…». Recordaba perfectamente cómo ahí se le había atragantado la voz, había intentado aferrarse a la insurgencia violenta de sus sentimientos. «Me cabrea mucho.»

Ella había llorado tanto que le había empapado la camiseta. Cuando por fin se apartó y vio el cerco mojado que le había dejado en el pecho, se rio, avergonzada, y él también. Y por eso se enamoró y se casó con él.

—Yo te conté lo de Neal —le dijo ahora.

—¿El qué de Neal?

—Lo que hizo Neal cuando éramos pequeños. Aquel verano. Te lo conté.

Ezra miró a sus amigos y no a ella. Ben se había guardado el móvil. ¿Qué estaba haciendo Margaret?

—¿Se te ha olvidado? —le insistió ella.

—No, no, claro que no. —Vio cómo él intentaba volver atrás en el tiempo, desenterrar aquella conversación de años atrás, el paseo que habían dado, la incomodidad y la indignación—. A ver, sé que pasó algo. Y lo hablamos pero ¿hace cuánto?, ¿en la facultad?, ¿en el primer año o así?

—Se te ha olvidado.

—Que no, que no, que me acuerdo. Lo que pasa es que ahora mismo no lo tenía presente. De todas formas, no creo que quieras hablar del tema delante de… —Señaló a sus amigos.

Ella no había vuelto a mencionarlo en todo ese tiempo porque creía que no hacía falta: era algo demasiado fundamental para que hiciera falta repetirlo, habría sido como recordarle que se llamaba Margaret, que era su mujer.

—¿Estás bien? —le preguntó Emma.

—¿Queréis que os dejemos un poco de espacio? —preguntó Ben.

—Sí, puede ser, es bastante personal —dijo Ezra.

—No —repuso ella—. Sentaos, venga. Es solo una cosa que pasó. Ezra tiene razón: no tenemos que hablar del tema.

—Pero ¿de qué estamos hablando, Margo? ¿Qué hizo Neal?

—¿Quién es Neal? —quiso saber Ben.

—Bueno, en realidad es completamente distinto de lo del artículo, ¿no? —intervino Ezra con tono esperanzado—. Fue más bien una cosa… de niños. Como jugar a los médicos.

—Jugar a los médicos. No…, no fue así.

—Bueno, no, claro, no exactamente…

—Para empezar, él tenía trece años, no cinco. Y lo hacía cuando yo estaba inconsciente.

Había estado mucho tiempo considerando eso último como una circunstancia atenuante. La había tocado, pero al menos lo había hecho sigilosamente. ¿Cuánto daño podía hacer, en realidad, si ella no

tenía que resistirse, si a veces dormía durante todo el asunto y no se enteraba de nada? Sin confrontación, así había sido.

Ahora lo veía de otra forma.

—Ya, sí —murmuró Ezra—. Está claro que no estuvo bien.

—Así que si lo que te interesa es la cuestión del consenso, creo que en realidad sí que tiene relevancia.

—Ya, sí, lo he entendido.

Ezra se puso a recoger todos los cubiertos en un plato. A ella empezó a salirle la voz de pito; sus amigos estarían pensando que estaba montando un drama.

—Supongo que lo que estoy diciendo es que todos deberíamos tener cuidado con no imponer nuestras opiniones si no hemos pasado por esa misma experiencia —dijo Ezra.

Quizá había sido solo eso, su opinión. ¿Quién era ella para decir con certeza lo que había pasado? ¿Quién era ella para decir que eso había tenido importancia? En otros tiempos Ezra sí había creído que la tenía. ¿Qué había cambiado? Simplemente, que ahora estaba casado con ella, así que los acontecimientos de la vida de Margaret eran personales, domésticos, habían quedado reducidos a la escala de todo lo que él sabía sobre ella. Era complejo, estaba pensando Ezra, porque él conocía a Neal, conocía a Elizabeth, y en consecuencia, lo ocurrido no había ocurrido exactamente. Era solo parte de sus vidas; no eran ni historia ni una noticia. Lo que por Twitter condenaría sin problema —la historia de una desconocida que llegaba con el visto bueno de la indignación pública— en la cocina de sus amigos lo silenciaba. De todas formas, ella no lo quería de aliado. Quería su compasión y su indignación. Quería que le sangrara hasta el último nudillo y lo arrasara todo a su paso, o al menos que sintiera el impulso de hacerlo. Quería que se le quebrara la voz otra vez en ese momento que ya entonces se le estaba escurriendo de las manos.

Todo ese tiempo ella había creído que él evitaba el tema por amor y por deferencia hacia ella, por una sensibilidad muy exquisita o algo parecido. Si a lo mejor surgían temas relacionados, ella notaba cómo él la observaba y reprimía el deseo de pegarle un puñetazo a la pared. La conmovía la idea de que a Ezra le causara gran sufrimiento hablar del tema. Y había admirado cómo él había sido capaz de relacionarse

con su familia, no como si los hubiera perdonado —porque cómo iba a hacerlo—, sino como si comprendiera que el pasado estaba lleno de vergüenza y arrepentimiento y ahora lo más que se podía hacer era ser atento y amable. Ella había creído que él era consciente de la raya que la atravesaba y de que ella vivía al otro lado, y la había querido más por ello.

Pero no. Todo aquello se le había borrado de la cabeza.

—Si alguna vez quieres hablar… —le había dicho Emma.

Pero ¿cómo iba a hablar con nadie si no era capaz de hablarlo con su propio marido?

Les dieron las gracias por la cena. Cogieron a sus niñas y se fueron a casa. Ella había creído que un marido la guardaría de los peligros. Pero él no había accedido a ello; ni siquiera sabía que era eso lo que ella estaba pidiendo. Si había estado a salvo todos esos años, era porque había tenido suerte o porque lo había conseguido por sí misma.

24

Jo se agachó para recoger una grande y las demás le rodaron de los brazos.

—No puedo con tantas —dijo.

—¿Por qué tienes que ser tan quejica? —la increpó su hermana.

La pequeña tiraba y tiraba pero aquello no se desprendía. Helen se rio de ella.

—Eso es una raíz.

—¡Mentira!

—Vale, pues sigue tirando.

La niña puso cara de que justo eso pensaba hacer, de que desenterraría el árbol entero si hacía falta. Aquello estaba bien agarrado y hundido en la tierra, levantando capas de hojas muertas. Cuando era más pequeña, a la niña le gustaba un juego en el que se acercaba a su madre con una cuchara y le ordenaba: «Cómetelo», y Margaret abría la boca y entonces la niña le decía: «Te he engañado. ¡Son gusanos!». Siempre hacía lo mismo, pero Margaret nunca dejó de abrir la boca. Jo no pensaba rendirse con aquella raíz, ¿verdad?

—Chicas, de todas formas yo creo que ya tenemos de sobra —les dijo—. ¿Queréis que vayamos volviendo y vemos qué hacen los chicos?

—Venga —dijo Helen, que llevaba en las manos un hatillo de ramitas muy bien puesto, como si recogiera leña todos los días, como si fuera la típica niña de una película de vaqueros.

Jo abrazó una pila de palitos contra el pecho y Margaret vio que estaban pinchándole de mil maneras distintas. Salieron de la zona arbolada y atravesaron la hierba salobre. Dejaron atrás una vieja barca oxidada que estaba pudriéndose sobre un costado. Jo intentó mirar dentro, pero «no, no, mejor que no…», seguramente estaba llena de ratas de proa a popa. Estaban haciendo una hoguera entre todos en el lodo de la playa. Era un sábado de noviembre y estaba

todo embarrado y marrón salvo por el mar, que lucía de un gris azulado que le recordaba a piedras, piedras suaves y frías para colocar sobre los ojos. Solo con mirarlo ya era como aplicarse una mascarilla facial, como si la visión por sí misma pudiera retrasar la aparición de arruguitas y surcos. Le entraron ganas de meter la cara en el agua.

Los hijos de Duncan, Louie y Willis, estaban agachados junto al fuego. Llevaban pantalones de básquet a pesar del fresco que hacía y su única concesión al clima eran unos calcetines blancos deportivos subidos al máximo por sus piernas canijas. Había un resplandor justo donde estaban poniendo las manos. Fue haciéndose cada vez más fuerte y ellos seguían metiendo allí las manos, y Margaret se puso nerviosa, aunque los niños tenían ya trece y quince años, hacían fuego cada dos por tres y, además, ella no era su madre. Sabía que estaban echando hojas de periódico arrugadas a las llamas, pero parecían estar dándole de comer a un animal escondido, metiéndole galletitas justo entre los dientes. De pronto el fuego rugió, bien crecido, y hasta los niños retrocedieron sobre los talones.

Duncan estaba sacando los perritos calientes. Las niñas habían conocido a Anaya, así que las niñas iban a conocer a Duncan. No debería haber sido tan sencillo, pero al final sí que lo había sido.

—Esto está estupendo —dijo Duncan inspeccionando las montañitas de palos de las niñas—. Pero me parece a mí que vamos a necesitar más todavía. Y algunas un poco más grandes también.

Louie se puso en pie.

—Ya voy yo.

—Yo te ayudo —se ofreció Helen.

—Yo también —se apuntó Jo.

Helen puso mala cara.

—JoJo, ¿por qué no te quedas conmigo? Podemos empezar a hacer los perritos.

—No.

—Y te doy una nube.

—Vale.

Era importante darle algo de espacio e independencia a Helen. Pero en cuanto empezó a alejarse, Margaret se arrepintió. Louie era el pequeño de los hermanos, pero ya había dado el primer estirón

importante y parecía enorme al lado de Helen. Desde atrás podía haber sido un hombre, un hombre delgaducho. Cuanto más fuerte se hacía el fuego, más oscuro se volvía el cielo, y además, estaba ya anocheciendo. En cuestión de segundos, los niños se perdieron en la penumbra.

Agachado junto al fuego, Duncan le enroscó una mano por la espinilla y la miró con las cejas arqueadas. La mirada significaba «ey» y «¿todo bien?», y algo más sexi. Desde arriba se veía que el pelo le clareaba ligeramente, muy poco, y eso le hacía quererlo más, porque no era perfecto y, por tanto, no tan distinto a ella. La idea de que él perdiera algo —un mechón de pelo— hacía que le entraran ganas de agacharse a buscarlo por el suelo.

Willis sacó una cerveza de la nevera. ¿Con quince años y bebiendo? Cuando el chico le dio un sorbo, lo que la impresionó fue la forma de hacerlo, con tal desenfado y sin pedirle permiso a nadie, agarrando el cuello del botellín entre dos dedos y destapándolo con el canto de un mechero. Lo de utilizar una herramienta pensada para hacer otra cosa tenía su punto. Era de ser enrollado, hábil y exageradamente masculino. En otros tiempos había deseado tener hijos en vez de hijas, creyendo que sería más fácil. Se preguntó entonces si les habría envidiado aquello, su terca autoridad física.

—¿Perdona? —dijo Duncan.

Willis sonrió socarrón.

—Estaba comprobando que no estaba caducada antes de que te la bebieras tú —dijo y le tendió el botellín a su padre.

Aquella sonrisa le recordó a Danny de adolescente. Una vez, solo una, había ocurrido algo remotamente romántico entre ambos. Fue en el verano antes de que él se fuera a la facultad, y ella estaba entrando con un montón de platos en la cocina de la casa de Biddy y Danny. Él estaba sentado a la mesa.

—Vente aquí —le dijo, y la atrajo hacia su regazo.

Ella se sentó, rígida por la sorpresa, hasta que comprendió que estaba pasando algo y que tal vez nunca volvería a pasar, y entonces se apoyó contra él, encajó hasta el último centímetro de su cuerpo contra

el pecho y los muslos de Danny.

—Te voy a echar de menos, Margo —le dijo él contra el pelo de la nuca.

Y entonces, demasiado pronto, antes incluso de que ella pudiera decirle «y yo a ti», él los levantó a los dos y se acabó.

Lo había visto unos años atrás, en un día de Acción de Gracias. Se había rapado el pelo, estaba quedándose calvo, le contó, pasándose una mano por la cabeza y guiñándole un ojo. Seguía siendo guapo. Pero era la belleza impersonal de un objeto valioso que resurge a la luz, una vasija de bronce que solo sería un jarrón mellado si no fuera por la pátina centenaria que lo recubre. Le había venido la imagen de él riéndose con lo del topo, riéndose de la muerte, con sabor a daiquiri de fresa. Margaret había pensado en su propio deseo, algo seguro. En realidad él ya no era nadie para ella, salvo por lo que simbolizaba: el hermano bueno, el hombre bueno. Había sentido un asombro vivo al verlo. No habría podido darle un abrazo más afectuoso.

Cuando Margaret se apartó, este le dijo:

—Podrías venir a verme algún día.

Pero Biddy los había estado observando y les dedicó a los dos una mirada larga y severa.

—Ni se te ocurra, Margaret, o te mato.

Willis levantó la vista del móvil entonces y le preguntó a su padre:

—¿Te importa si luego quedo con unos colegas?

—¿Tu hermano tiene también algún plan?

—Y yo qué sé… —Padre e hijo intercambiaron una mirada—. No lo creo. Yo diría que se quedará aquí con vosotros tan contento —dijo el chico.

Willis era un Danny, tenía esa misma confianza, pero Louie era distinto. Tenía algo preocupados a sus padres. Era tan dulce y estaba tan desorientado que Margaret se preguntaba si esa dulzura y esa desorientación no serían una estrategia, aunque a saber con qué fin.

«Le vendrá bien juntarse con las niñas —le había dicho Duncan el día que los presentaron (con tiento, quitándole importancia, esperanzado)—. Le viene bien verse como el mayor, el chico grande

enrollado.»

Margaret coincidía, y de hecho ya se estaba viendo. Helen y Jo adoraban al chico. Pero le incomodaba la idea de que sus hijas estuvieran dándole algo valioso a Louie al admirarlo de esa manera, algo que el chico necesitaba como la leche o las vitaminas para convertirse en un hombre alto y saludable. Le incomodaba que Helen estuviera por ahí con el chico a oscuras. ¿Por qué no habían vuelto todavía? Ah, mira, ahí estaban.

Ambos dejaron dentro del radio resplandeciente lo que habían recolectado. Louie se agachó y colocó la rama más grande cruzada sobre las llamas. Margaret se fijó en que Duncan abría y cerraba la mano. El chico no lo estaba haciendo bien, sintió que pensaba su padre. El gesto de la mano no le gustó, pero agradeció que se contuviera.

Louie estaba gesticulando mientras contaba alguna historieta y Helen lo escuchaba, ella misma una especie de yesca.

—¿De qué crees que están hablando? —le preguntó por lo bajo a Duncan.

—Espera, que le leo los labios y te digo —dijo sonriéndole de nuevo y olvidándose de la arquitectura de la hoguera—. Está contándole la historia de esta bahía. Hace eones, todo era hielo glacial. Según la leyenda… —Margaret bufó burlona—. Usted perdone, pero, según la leyenda, los seis huevos dorados de una pata gigante —siguió diciendo, y Margaret se sentó y Jo se le subió encima— fueron robados por una enorme serpiente maligna. La pata buscó sus huevos por toda la tierra, por los campos y los bosques. Hasta que vio el glaciar, aquellos grandes orbes plateados de hielo…

—Te lo estás inventando —dijo Jo.

—Jamás haría algo así —replicó él—. Atiende: la pata gigante se sentó en el hielo. La historia no cuenta si fue por confusión o porque estaba desolada, pero allí se sentó y los días pasaron, y las noches, y poco a poco, todo aquel calor y el peso de la pata hicieron que el hielo se derritiera, fundieron todo el glaciar hasta que solo quedó una gran charca de agua profunda y limpia.

—Qué historia tan triste —dijo Jo.

—No he terminado, no interrumpas. Sí, la pata se puso triste, supertriste. Y se puso a llorar, lo que, en el caso de los patos, es una visión muy lastimera, y la sal de sus lágrimas se mezcló con el agua del hielo. Y eso explica por qué esta bahía es salobre.

—¿En serio? —preguntó Margaret riendo—. ¿Así piensas acabarlo?

—Claro que no. Lo que pasó fue que mientras la pata lloraba y lloraba, por la superficie de aquella agua nueva llegaron de pronto chapoteando… ¿quién creéis?

—¡Los patitos! —dijo Jo.

—Sus seis patitos dorados. Y por eso hoy en día…

—Aquí viene lo bueno… —dijo Margaret.

—Y por eso hoy en día a esta masa de agua se la llama…

—¿La Bahía del Culo Frío?

Duncan le tiró una nube.

—No, no digas tonterías. Se la llama…

—¿Me das una a mí? —pidió Jo.

—Primero los perritos. Así que, según tú, lo que está fundiendo los glaciares no es el cambio climático, son los patos.

—¿Es que nadie quiere oír el final?

Duncan no podía ser más distinto a Ezra. Ella confiaba en su exmarido, le tenía cariño, por exasperante que fuera, pero en los últimos años él se había vuelto de una solemnidad impenetrable, al menos cuando estaba con ella. Margaret culpaba en parte a Anaya. Pero no era culpa de Anaya. Tanto Margaret como Ezra se habían vuelto más quienes ya eran.

—¿Qué le pasó a la serpiente? —quiso saber Jo.

—¿El qué?

—A la serpiente maligna que robó los huevos.

Pero Duncan no respondió. Louie estaba distraído hablando por el móvil y su padre aprovechó el momento. Se inclinó hacia delante y, con cuidado, sutilmente, reorganizó todos los palos del fuego.

La noche anterior la habían pasado juntos. No era algo que hicieran a menudo. Estaban los dos muy ocupados con sus vidas por separado. Y lo cierto era que Margaret no tenía claro que le agradara dormir con

él. Ezra siempre había sido de quedarse profundamente dormido al momento, como un niño, y había que insistirle para que se levantara, como a un adolescente. Le gustaba esa parsimonia cálida y serena de él. Le gustaba la idea de que él nunca la hubiera visto durmiendo. Pero Duncan tenía insomnio. Podía estar despierto mientras ella dormía. Eso supuso que se pasara casi todo el tiempo echada en la cama fingiendo que dormía hasta que, en algún momento, pasada la medianoche, la interpretación se volvió real y por fin se durmió. Todavía no tenía claro si podría acostumbrarse a eso.

Pero las mañanas eran gloria. Ese mismo día, antes de que bajaran todos los niños, ella lo tenía en la boca cuando él dio un paso atrás y luego otro. Ella lo había seguido. Estaba a cuatro patas caminando hacia él antes de levantar la vista y verlo sonreír y comprender que era eso lo que él había querido, que ella fuera gateando.

Le gustaba hacer lo que él quería antes de comprender que ya estaba haciéndolo. Era capaz de actuar sin pensar, y sin una pizca de vergüenza. Le daba la impresión de que él tenía un plan para las cosas pequeñas, porque para las grandes —ellos dos, los cuatro niños, la casa en Rockaways, el pisito blanco, lo que significaba o podría significar— no había plan a la vista.

Estar allí con las niñas no parecía real del todo, pese al agua y al fuego, pese al calor que, en efecto, desprendía la hoguera. Comprendió que en parte parecía irreal porque no se imaginaba allí a su madre. No se la imaginaba allí pasando por delante de la barca medio podrida en la orilla. No se la imaginaba conociendo a Duncan.

Pero quizá eso significara simplemente que estaba madurando, que era más libre de lo que lo había sido en su vida.

—Mirad —dijo Jo.

Unos patos, unos patos de verdad, los sobrevolaban, surgidos directamente de la oscuridad.

—Cuando giran de esa manera, se les ve bien el espejuelo —comentó Duncan.

—¿El qué?

—Las plumas azules que tienen en el envés de las alas. Cuando están en el agua cuesta mucho verlas; tiene que ser cuando extienden las alas al volar. Es una cosa de las bandadas, el color los ayuda a reconocerse

entre sí, a saber con quién tienen que juntarse en el aire.

Los niños levantaron la vista. Los patos llegaron aleteando a la bahía, las alas batiendo unas contra otras, veinte o incluso treinta, cada vez más y más abajo, hasta que se instalaron con un largo derrape sobre la superficie del agua. Margaret acarició la coronilla de Jo con la mejilla y se apoyó contra el hombro de Duncan. Las aves aminoraron la marcha, se detuvieron, se guardaron el azul y plegaron las alas.

25

Unos días más tarde quedó con sus padres para comer. Rara vez iban ya a la ciudad ahora que su padre se había jubilado, un hombre que se había desplazado todos los días laborables del año con su traje, su corbata y sus zapatos relucientes como limusinas negras. Decía que ya estaba harto, harto del jaleo, de las aglomeraciones, de tanto crimen y tanta basura. Pero no lo parecía. Volvía al tema de la ciudad cambiante tanto como algunas de las amigas de Margaret hablaban de los traidores de sus ex: una cantinela obsesiva y tediosa. Pero ese día había hecho una excepción. No le dijo por qué, solo que a su madre y a él les apetecía, y ¿podía Margaret hacerles un hueco para comer?

No alcanzaba a recordar la última vez que habían hecho algo solos los tres. Fue la primera en llegar y se sentó a esperar a sus padres. Era uno de los viejos restaurantes del centro a los que solía ir su padre, lleno de hombres de negocios en reservados rojos mirando de un lado a otro por encima de sus cubiteras plateadas. Los reservados siempre la hacían sentirse como una niña pequeña, con las piernas colgando y los pies sueltos, mientras los muslos se le pegaban al cuero rojo. Por doquier, el cuero rojo la deslumbraba.

En el año de La Aventura, su padre había conducido un deportivo de ese mismo color. Después de eso Elizabeth había estado un tiempo obsesionada con los coches rojos, con cualquier cosa roja y reluciente que se moviera y atrajera la vista. Un día, en invierno, cuando Margaret tenía once o doce años, los adelantó un coche rojo por la carretera. En el interior del monovolumen se hizo un silencio sepulcral, como si alguien los hubiera encerrado al vacío allí dentro. Ella supo en qué estaba pensando su madre…, aunque ¿se lo habían llegado a explicar alguna vez? ¿Qué le habrían podido decir? A partir de ahora, tu madre estará obsesionada con los coches rojos porque cada vez que vea un coche rojo se imaginará a tu padre dentro con su amante al lado, por mucho que en ese mismo instante esté

conduciendo otro coche, el mismo que te está transportando a ti, a tu hermano y a ella misma. Verá el coche rojo adelantándoos y pensará que es a ella a quien están dejando atrás, a pesar de que ya ha dejado a la amante, a pesar de que el coche rojo ya está vendido, a pesar de que su marido está allí mismo.

—No lo mires —dijo su padre.

Margaret aplastó la mejilla contra el cristal, se peinó con los dedos para que le cayera el pelo por la cara y le formara un cuarto propio. Presionó la manija de la puerta con la cadera. El cinturón era como una cuchilla contra la mandíbula.

—¿Ella te tocaba mientras conducías? ¿Te lo hacía con la boca?

—Ya está bien.

A veces su padre intentaba pararle los pies a su madre, avergonzarla. Pero nunca funcionaba. «No puedes castigarme de por vida», solía decir él, muy equivocadamente.

En ocasiones lo intentaba con los niños: «¿Quieres que oigan a su madre diciendo esas cosas?», pero a Elizabeth le daba igual, no podía resbalarle más. «Eres tú el que hizo esas cosas, ¿por qué no voy a poder yo hablar de ellas?» O: «¿Castigarte? ¿Te crees que eres tú el castigado?».

La Aventura, o más bien el furioso tormento de Elizabeth por culpa de ella, era el gran acontecimiento familiar de todos los tiempos. No había dolor a la altura de aquello, ningún dolor osaría compararse. Las primeras semanas fueron las peores, desde luego, cuando su madre vivía enfurecida bajo la colcha azul aguamarina y aquel cuarto inmaculado empezó a heder como el mal aliento, un olor que Margaret no asociaba con la boca en sí sino con las palabras que salían de ella, con su madre diciendo esa furcia, esa guarra, esa mujer. Pero, años después de que la apariencia de la vida normal se reanudara, de repente pasaba algo, cualquier cosa —una palabra, una mirada, un coche— y, pumba, ahí estaba otra vez el pasado, arrastrando su dobladillo ensangrentado por el suelo.

Margaret pidió para sus adentros que desapareciera el coche rojo, pero no se iba. Aminoraron la marcha; el otro coche también. Aceleraron para adelantarlo; el coche rojo bloqueó el carril. Entonces

de repente la carretera estalló dentro del aire viciado del coche. Le vino a la cabeza la palabra «agujero», la palabra «fuselaje», la expresión «ojo del huracán», pensó sin la suficiente fuerza: «viento».

Pero ¿qué estaba ocurriendo?

En el asiento del copiloto, Elizabeth acababa de abrir la portezuela y la mantenía abierta con la pierna, empujando con fuerza contra la trepidante velocidad de la carretera. Tenía medio cuerpo fuera del coche. Neal chilló y se lanzó, rodeando con los brazos el asiento que tenía delante y a su madre, que estaba al otro lado. La puerta fue a cerrarse con el viento, pero Elizabeth volvió a abrirla de un puntapié. El viento le daba a Margaret en el pelo y la obligaba a cerrar los ojos. La carretera seguía allí, una amoladora negra erosionando el interior.

Su padre pegó un frenazo, derrapó y acabaron en el arcén, por fin parados. El coche rojo hacía tiempo que había desaparecido. Las puertas estaban cerradas.

¿Qué pasó luego? No lo recordaba. Puede que su padre chillara, aunque lo dudaba. Quizá Elizabeth se echara a llorar o, mejor, pusiera cara de satisfacción. ¿Lo habría hecho de verdad…, tirarse? ¿Lanzarse a la carretera como si fuera una piscina? En esos momentos parecía plausible que hiciera cualquier cosa.

A la mañana siguiente tenían clase, lo que significaba que tenían que volver a montarse en el monovolumen. Allí estaba, en el camino de entrada, tan reluciente por arriba como en un anuncio y manchado de sal de carretera y nieve sucia por abajo. El aire del interior estaba mucho más frío que el de fuera.

—Daos prisa —les dijo su madre a ella y a Neal mientras lanzaba la cartera al asiento y metía el termo del té en el sujetavasos.

Margaret no entendía cómo podía su madre actuar como si no hubiera pasado nada. Pero cuando esta giró la llave en el contacto, vio por un momento el destello de sus ojos en el retrovisor: ojos vidriosos, húmedos, como asustados.

—Los cinturones, chicos —dijo.

Margaret les mandó un mensaje a sus padres: «Hora de llegada aprox?». Después de todo este tiempo, ¿seguiría su madre viendo algo

rojo y pensando en el acto: «sexo, rabia, muerte»? ¿Le recodarían aquellos reservados a un coche deportivo? ¿O habría pasado página Elizabeth un buen día, sin que su hija se percatara, y lo habría dejado todo atrás? Quizá fuera solo Margaret quien vivía todavía presa de aquellas asociaciones, de las metáforas que habían construido sus padres.

Por fin vio entrar a su padre por la puerta, con el pelo blanco y un polo igual de blanco resplandeciendo bajo la americana azul. Iba hablando por teléfono, con la mirada en la media distancia, de ahí que no la viera hasta que no estuvo justo delante de la mesa.

—Buenas, papá —lo saludó ella.

—Sí, sí, estoy bien, Margaret ya está aquí, ahora te veo —dijo él por teléfono.

Se levantó para darle un abrazo a su padre.

—¿Y mamá?

—Tarde como siempre…

—¿De compras?

—Sí, sí…, seguramente. —Hizo una seña para pedir la carta de vinos.

Su padre siempre había sido un gran observador de la gente, con un interés especial por los detalles escabrosos: los obesos, las tetas operadas, los poco o demasiado arreglados, las parejas improbables, los solitarios sospechosos. Una mujer alta, sola, con un traje negro muy adusto: ojito con la sargenta, habría dicho. Un hombre mayor con una jovenzuela: ella, acompañante de pago. Y, de hecho, en la mesa de al lado tenían a un hombre de su misma edad, que llevaba prácticamente la misma chaqueta que su padre, con una mujer de la edad de Margaret enfrente, que llevaba un vestido cruzado igualito al suyo. Padre e hija, intentó pensar ella, pero —de tal palo, tal astilla— pensó otra cosa.

Ese día su padre no localizó a la sargenta, no le dedicó ni una mirada al vestido de la joven.

—¿Ha pasado algo? —le preguntó Margaret—. ¿Papá? —insistió en voz alta, por si en la mesa de al lado habían sospechado lo mismo que ella.

—Pues la verdad es que acaba de ocurrir algo insólito. De ocurrirme. Me han agredido en el metro.

—¡Te han agredido! Ostras, papá, ¿qué ha pasado?

Era un hombre alto, corpulento, pecho ancho. Era su padre. Lo miró de arriba abajo pero parecía ileso, con el polo tan blanco y liso como una servilleta planchada por encima de la curva de su barriga. Ella había tenido la mente ocupada con la violencia que ejercían sus padres el uno contra el otro. Y ahora de pronto tenía allí un peligro totalmente nuevo, llegado de un lugar de lo más inesperado.

—Bueno, no sé si esa sería la palabra. Se me han abalanzado encima. Estaba atravesando el túnel entre el gentío y el hombre este se ha puesto justo en mi camino y… me ha dado con el pecho. Adrede. Me ha visto venir y se ha puesto justo delante de mí para que no pudiera esquivarlo. Me ha embestido como un defensa de rugby. Y la cosa es que…, que no era un vagabundo ni un drogadicto. O al menos no me lo ha parecido. Era negro pero… —A Margaret le entró un repelús con aquel «pero»—… tenía aspecto de tener un buen trabajo, ¿sabes? Era bastante, sí, yo diría que sí, bastante guapo en realidad. No sé qué tiene que ver eso, que fuera guapo… Pero sí, importa. Llevaba puesto un jersey de cachemira, me he fijado.

—¿Y qué has hecho?

—Pues creo que he medio gritado algo, pero nadie más se ha dado cuenta. Casi me caigo y he alargado la mano y me he agarrado a él, al jersey. Por eso me acuerdo de lo de la cachemira. Es que yo tengo uno igualito, de Brunello, color tofe, más o menos. El jersey se me ha escurrido de las manos y el hombre ha seguido andando. Y yo pues he seguido mi camino, he venido aquí.

Estaba temblando. Nunca le había pasado nada parecido, o al menos, no desde que era un niño, un crío. Era justo eso lo que temía, por esas cosas no iba a la ciudad. Ella quiso decirle: no saques las cosas de quicio; no lo conviertas ahora en un análisis sociológico. Quiso decirle: ya ha pasado todo.

—Por supuesto, tu madre está aterrada. Dice que no quiere que me vuelva a subir a un metro en la vida.

—Sabe que yo voy en metro todos los días, ¿no?

Pero no estaban hablando de ella. La cesta del pan llegó con un platillo helado de mantequilla. Elizabeth apareció por la puerta.

Llevaba un abrigo de color plata dorada a juego con el tinte que se daba últimamente, con una caída muy bonita y vuelo a media pierna. Dio la impresión de saludar elegantemente con la cabeza a los comensales que iba sorteando, como dándoles las gracias personalmente por haber ido. Margaret desplegó la carta sobre la mesa, como un mapa, un mapa que la ayudara a atravesar la siguiente hora y a salir por la puerta.

—¿Has hablado algo con tu madre últimamente? —le preguntó su padre antes de que Elizabeth llegara a la mesa.

—Lo normal. ¿Por qué?

Elizabeth se acercó primero a su marido. Lo cogió de su gran cabeza cana y se la aplastó contra los botones del abrigo. Luego se apartó, lo miró de arriba abajo y, sentándose como si fuera un desmayo, empezó a reprenderle.

—¿En qué estabas pensando? Pero ¿qué parada de metro era esa? Dios Santo, Hugh, cómo se te ocurre. Y encima desfilando por ahí con una americana en pleno centro hoy en día, ya puesto podías haber llevado uno de esos carteles…, ¿cómo se llama, los hombres esos que trabajan en las gasolineras?

—Un hombre sándwich —dijo Margaret.

—¿El qué? No, eso no. Uno de esos letreros que se cuelga la gente por delante y por detrás. Podías haberte pintado las palabras «Jubilado adinerado» en el pecho. «¡Atrácame!», podías haber puesto. Te dije que cogieras un taxi desde la estación. ¡Te lo dije! ¿Qué más da el tráfico, qué prisa hay? Estás jubilado, acuérdate. ¿Y te has molestado en llamar siquiera a la policía para denunciarlo? Ese loco podría haberte seguido. Podría estar aquí en estos momentos. —Volvió la cabeza por todo el comedor—. Margaret, mira, tengo las manos que me tiemblan. Úntame mantequilla en un bollito, haz el favor.

Su padre se relajó bajo la arremetida de Elizabeth. Por cosas así capeaba uno las decepciones y las traiciones de un matrimonio duradero. Ahí tenía la seguridad. Elizabeth estaba poniendo lo

ocurrido en la perspectiva adecuada: no era ni aterrador ni inexplicable, era una cosa mala que le había pasado a Hugh por no hacerle caso a su mujer.

Cuando volvieran a casa, ¿contarían la historia en esas cenas que celebraban en su barrio residencial, con gente como los Ricci? Seguramente no les haría mucha gracia que otras parejas vieran así a su padre, asustado y frágil, despojado de su dinero y su autoridad. Pero estarían deseando hablar de ello, extraerle algún sentido. Hablar de en qué medida demostraba lo que ya sabían ellos sobre la ciudad sin ley y cómo habían cambiado los tiempos. Era prácticamente una noticia, y les había ocurrido a ellos.

Margaret le pasó a su madre el bollo de pan y Elizabeth le dio un bocado.

—¿Solo tinto? Ya sabéis que yo ahora no tomo tinto.

—Me he imaginado que querrías tomar un cóctel.

—Sí, eso quiero. Pero ¿dónde está el camarero?

Desde luego, se merecían los dos que los tiraran al suelo en cualquier estación de metro. Pero eran su familia. En realidad no quería que les hicieran daño.

El camarero recitó los platos fuera de la carta. Elizabeth no tenía hambre, tomaría solo tres entrantes.

Hablaron de las niñas. Hablaron de Charlie, de quien Elizabeth pensaba que tenía cada vez más problemas de comportamiento. Volvieron a hablar del hombre de la parada de metro. Margaret miró el móvil. Tenía la sensación de llevar un año en el restaurante, una década, toda su vida. ¿Sería alguna vez posible ver a sus padres sin escarbar de esa manera en el pasado, sin clasificar cada nueva crisis en el repertorio de desastres pretéritos? No, seguramente no, nunca. Y tanto tinto estaba dándole dolor de cabeza.

Por fin, cuando les retiraron los platos, se acordó y preguntó:

—A todo esto, ¿no queríais verme por algo?

—Sí, es por algo que tengo —dijo Elizabeth.

—¿Tienes la mesa esa que querías?

Su madre le había hablado de reformar el comedor y había estado mirando antigüedades.

—Pues sí, sí, de hecho he encontrado una que es… Pero no. No estoy hablando de eso.

—Entonces… ¿de qué?

—Es solo algo de hipertensión, poco más. Aunque es posible que haya tenido un pequeño ictus.

—Tu madre está enferma —dijo su padre.

Y los reservados giratorios se pararon todos en seco a una y no volvieron a moverse.

Cinco

26

Era primavera y la calle estaba llena de gente, guapos viandantes con los brazos llenos de ramas con flores blancas. Llevaban los hatillos cogidos como arbolitos delicados. ¿Qué era eso? ¿De dónde habían sacado esas ramas? Eran de cerezo quizá. Alguien debía de estar vendiéndolas en el mercadillo ecológico del parque. Los propios árboles estaban engalanados con sus últimas flores desbocadas; dentro de nada se las sacudirían y se conformarían con el verde. La gente lo sabía, por eso querían las ramas, querían comprarlas, llevárselas a sus casas y conservarlas allí, para que mañana no importase tanto cuando salieran a la calle y estuvieran todos los pétalos caídos por el suelo.

Por supuesto, Margaret también compró uno cuando encontró el puestecillo y vio que vendían los hatillos de ramas a doce dólares o a veinte, si compraba dos, aunque luego se sintió ridícula mientras los llevaba a casa, y a punto estuvo de tirarlos al suelo cuando intentó mirar el móvil, muy lejos de ser una guapa viandante con un arbolito en brazos.

Pero mereció la pena por lo bonitas que quedaron en el jarrón de su ventana, como un árbol de Navidad en abril. Las niñas estaban con su padre esa tarde y tenía las ventanas abiertas; le encantaba cómo olía el piso cuando las abría, lo familiar diluido en el frescor. La luz vespertina era tenue y pálida, una luz antigua que le sugirió la imagen de las asistentas y los operarios de las fábricas volviendo derrotados a casa desde sus duros trabajos por las calles de la ciudad. No era su caso, que ni tenía un trabajo duro ni volvía derrotada. Más tarde vendría Biddy a dormir; su amiga tenía que estar en la ciudad a la mañana siguiente para una reunión. Hasta que llegara, iba a tirarse en la cama a leer y mirar por la ventana el árbol que había afuera y que, por supuesto, estaba cargado de flores blancas, cada una de ellas, una gota al borde de un grifo, gorda y reluciente y casi a punto de caer.

Le vibró el móvil: mensaje de Duncan. Elizabeth estaba enferma, se recordó; tenía otra cita con el médico el lunes para que le ajustaran la medicación. No debía olvidar que su madre estaba sufriendo. Pero Margaret no estaba sufriendo; no en ese momento. Se sentía plena, madura, vibrando en la punta de un tallo. En vez de leer, se masturbó.

¿Era raro? ¿Lo hacía más veces de lo normal? Ahora se masturbaba quizá cada dos días más o menos, cada vez que tenía tiempo y se sentía a gusto y un poco decadente, o algo tensa, aunque tensa lo estaba siempre, en realidad, con la angustia tamborileando por debajo incluso del más lánguido de los ánimos. Porque en cualquier momento el fruto caería, la flor se marchitaría, la primavera pasaría…

Cuando le había hablado a Duncan de esa angustia, él le había dicho: «Ojalá no tuvieras siempre tantas preocupaciones encima». Y cuando se volvieron a ver, él se quitó el cinturón, le ató las manos a la espalda, la inclinó sobre la cómoda y le dijo: «No tienes que decidir nada. Solo tienes que hacer lo que yo te diga». Placer, un placer tremendo.

«No tienes que decidir nada», se dijo ahora. «Solo tienes que»… se corrió. Demasiado rápido. Siempre se sentía defraudada cuando le pasaba eso, en plan: había reservado más tiempo en la agenda para esto. Ahora iba a tener que levantarse de la cama, tendría que ponerse a ordenar, tendría que vestirse. Aunque aún no.

En cierta ocasión, al otro lado de la ventana de su piso, bien entrada la noche, había escuchado a dos personas discutir. La mujer no paraba de repetir una y otra vez: «No voy a entrar en eso ahora, no voy a entrar en eso ahora, no voy a entrar en eso ahora». Cuando la mujer hizo una pausa, el hombre le dijo: «Yo no soy ningún pervertido, la pervertida eres tú». Margaret dio por hecho que estaban borrachos; dio por hecho que estaban casados. Quien nace monógama muere monógama.

¿Había alguna diferencia entre la forma en que había existido su sexualidad para Ezra —como un mero prerrequisito para tener relaciones con él— y lo que sentía ahora por Duncan? Se metió en la ducha. Pensó en él diciéndole «eres mía», pensó en él diciéndole «abre

la boca». ¿De dónde venía exactamente ese deseo por someterse a él? Con Ezra no le gustaba nada la sensación de que él la controlara, de que él la manipulara. Pero ¿sería a lo mejor solo porque él nunca había reconocido que estuviera haciéndolo?

—Me da cosa dejarte aquí toda la noche con la niña —le decía ella cuando una amiga la invitaba a cenar fuera.

—Si te da cosa, no tienes por qué ir —respondía él.

Y ella le daba la razón:

—Es verdad, le diré que no puedo ir.

Él nunca le decía que no. Hacía que ella misma se dijera que no.

Por supuesto, él lo habría negado; habría dicho que él nunca habría querido nada salvo que ella se sintiera realizada, habría dicho que la única culpable era ella. Exacto. Se pasó la cuchilla por la rótula. Ezra la había hecho dominarse a sí misma y someterse a sí misma, las dos cosas a la vez.

Al principio, con Duncan, ella no paraba de preguntarle qué le gustaba, qué deseaba, hasta que un día él le dijo: «No preguntes. Si quiero algo, te lo diré». Fue un alivio. Hacía unos días habían terminado de comer en un restaurante y, cuando ella salió del aseo, él estaba allí esperándola en la puerta. La hizo volver a entrar y cerró el pestillo y la empotró contra la pared. En medio de un día laborable. Después de eso, mientras se alejaban tan tranquilos por la calle, ella le había dicho: «Podemos hacer cualquier cosa que queramos, ¿no?». Le resultaba curiosa esa sensación, la de que él la estaba guiando hacia algún sitio y ella no sabía adónde. Quería saber más. Quería que él le mandara hacer cosas que ella tendría que confiar en que no serían dañinas.

Al poco de dejar a Ezra, vio porno por primera vez. Era algo normal, ¿no? Era una mujer adulta. ¿Cómo era posible que nunca hubiera visto porno? Estuvo un tiempo, poco, viendo las típicas cosas chocantes. Tenía ganas de explorar, de averiguar qué era lo que ella quería. Aquello era motivo de divorcio, el haber llegado a la mediana edad sin saber muy bien qué le gustaba, el que Ezra la hubiera hecho sentirse avergonzada de siquiera plantear la pregunta. Pero ¿qué se suponía que tenía que buscar? ¿Cómo se podían reducir todos los deseos cambiantes a los confines de un término de búsqueda? Las

categorías que le aparecían le resultaban absurdas, cuando no directamente una locura. Grande, tiesa, culo, semen, madrastra. Empezó a poner algo en la casilla de búsqueda: «Tocada en la cama inmóvil», escribió.

Le apareció una advertencia. Aquel contenido podía incluir imágenes de abuso de menores.

Qué horror.

Había apartado el teléfono de su vista como si supurara algo sucio, como si estuviera cayéndole en las manos un ácido o un aceite. Se aovilló hacia el otro lado y hundió la cara en la almohada. Horror, náusea y vergüenza.

No había vuelto a ver esa página. De hecho, no había vuelto a ver nada de porno.

Se lo había confesado a Duncan no hacía tanto. Se había obligado a hacerlo, lo de contárselo. Contarle cosas era una sumisión de otro tipo. Tenía la necesidad de ser distinta con Duncan de como había sido con Ezra. ¿Qué sentido tenía empezar todo desde cero si iba a cometer los mismos errores, si iba a acabar sintiéndose igual de sola?

Estaban comiendo fuera un mediodía, y ella tenía un trozo de pan en la mano, un pan bueno y crujiente, pero no estaba comiéndoselo sino desmontándolo, destruyendo el pan y reduciéndolo a migas. Le contó lo de la frase —«tocada en la cama inmóvil»— y lo de la advertencia. Duncan desprendía una capacidad de comprensión increíble, la sensación de que podía con todo, y eso hacía que fuera fácil hablar con él. Aun así, ella había soltado el pan y se había tapado la cara con las manos antes de llegar al final de la historia.

Él se quedó desconcertado, con una expresión serena y amable, pero confundida. Por primera vez le dio la sensación de que él no la entendía. Le preguntó sobre la frase:

—¿Lo buscaste porque querías ver eso? ¿Crees que es algo que te gustaría?

Porque, en tal caso, él podía intentar dárselo.

—¡No!

No le gustaría. Y, sin embargo, lo había escrito.

❁

Estaba sonándole el móvil: Biddy había llegado pronto, ya estaba en la puerta de la calle. Se envolvió con una toalla, le abrió con el portero automático y la recibió con un abrazo empapado.

—Ey, nena, tampoco tenías que tomarte tantas molestias… —bromeó Biddy.

—Lo sé, lo sé, perdona. Me estaba masturbando.

—¿En serio?

—Dame un minuto que me vista.

Se puso un vestido y se secó el pelo con la toalla mientras hablaban de qué querían para cenar. Biddy nunca tenía noches libres, sin Steve ni la niña. Era una maravilla tenerla toda para ella. Harían lo que a su amiga le apeteciera.

—Bueno, ¿cuántos puzles te has traído?

—Calla, anda. Estoy deseando salir.

—¿Cómo ha ido la semana?

Biddy estaba encajada entre el cesto de la ropa sucia y la mampara de la ducha mientras le hablaba al reflejo de Margaret.

—Bien, pero estoy cansada. Tengo la sensación de que me cuesta ver con estas bolsas que tengo en los ojos. Alice sigue subiéndoseme encima en plena noche. ¿Me puedo probar este pintalabios? —Se abrió paso con la cadera hasta el espejo—. ¿Te conté que planté bulbos de tulipanes en otoño? Unos tulipanes blancos, por todo el jardín trasero. Pues los planté y me han salido por todas partes. No paro de salir a mirarlos, cuando me levanto por la mañana, de noche antes de acostarme… Y el otro día Steve hizo la cena para los dos cuando Alice se quedó dormida y me estaba esperando para comer y yo estaba plantada allí afuera, mirando los tulipanes. Me siento culpable. Él llevaba días rondándome para ver si nos acostábamos, y yo allí tan tranquila, mirando las flores.

Margaret se alegró de que no le hubiera dado tiempo a arreglarse. Aquello era lo mejor, como estar de vuelta en el instituto, hablando con Biddy en el espejo.

—Bueno, ¿y al final entraste? ¿Te comiste lo que te había preparado?

—Ostras, qué fuerte, olvídate de la cena, no sé cómo puedo estar hablando de los putos tulipanes cuando tengo el cotilleo más increíble que te puedas imaginar. Lo vas a flipar. Kendra Cleary tiene un perfil

en OnlyFans.

—¿Kendra? ¡Venga ya!

—Que sí, ¡te lo juro! Y no te pierdas cómo se llama. Jamás lo adivinarías. Parque Cular.

—¿Parque Cular?

—No es lo que crees. Es mejor todavía. Resulta que hace maquetas diminutas y las fotografía sobre su propio culo, en uno de los cachetes. Como de arcilla o algo así… Me encontré con Chloe el otro día y me lo enseñó en el móvil, pero, como estábamos con los niños, no pudimos verlo bien. Es un rollo tipo…, imagínate, toboganes y barras en miniatura, columpios, y luego su tanga negro como si fuera una linde del campo entre las colinas.

—¿Y eso lo compra alguien?

—La gente compra lo que le echen.

Por un momento se maravillaron en silencio pensando en Kendra Cleary. ¿Cómo conseguía ponerse el parque ahí? ¿Lo sabían sus padres? ¿Quién hacía las fotos? Bueno, a lo mejor ponía un temporizador en la cámara del portátil o algo parecido. Pero ¿quién colocaba los columpios? Parecía complicado, al menos en la logística, girarte de esa manera para montarte una escenografía en el culo. Sintió un destello de admiración por Kendra, por el esfuerzo que debía de conllevar, por lo duro que debía de estar trabajando.

—Hablando de trabajos sexuales…

Mientras se ponía el rímel, Margaret empezó a contarle a Biddy que le había contado a Duncan lo del porno.

—Es una asquerosidad, lo siento, qué vergüenza, no sé por qué tengo que hablar de ello sin parar —dijo—. Tú me cuentas lo de tus preciosos tulipanes, lo del Parque Cular, y yo en cambio te cuento esta mierda.

Cuesta ponerse el rímel cuando una intenta no llorar. Biddy, la amiga perfecta, le apartó el cepillito de la mano.

—Ay, Margaret, no seas tonti. ¿Qué mujer no va a querer tumbarse sin más y que le hagan un dedo de vez en cuando? A veces está una cansada y ya está. No tiene nada de malo. Levanta la cara. —Su amiga le cogió la barbilla en una mano y le aplicó el rímel en las pestañas

con la otra—. Ah, y para que lo sepas, existe un término de búsqueda para eso, un término de búsqueda de lo más normal: la próxima vez prueba con «masaje erótico».

27

Era el primer fin de semana de junio, el inicio de un nuevo verano. Detrás del parque había una diminuta piscina pública que tenía el agua helada. Estaba tan guarra y tenía tanto cloro que sentías ambas fuerzas luchando por la supremacía, revolviendo el agua azul limpiacristales entre ellas. Jo y su amiga Fiona estaban jugando a los saltos desde el bordillo. Les habían puesto nombres a los distintos saltos y los iban anunciando antes de lanzarse: «rulo garrulo», «patada ninja», «carpa», «sirena»… A Margaret le parecían todos iguales. Helen estaba con las pantorrillas por encima del bordillo y flotando sobre la espalda, con los brazos extendidos a ambos lados y los ojos cerrados, todo el sol concentrado en la cara.

La piscina era el plan B. Tenía pensado llevar a las niñas a Rockaways, a casa de Duncan, pero él la había llamado la noche anterior para cancelarlo. Había surgido algo, algo que su esposa (su ex, pero eterna esposa) quería hacer con la familia. Prioridades. Margaret no le afeó la conducta. Al abandonar su matrimonio, había renunciado a la opción de afearle nada a nadie, ese permiso que te otorga la estable combinación de amor y resentimiento propia de la monogamia.

Por suerte todavía no les había contado el plan a las niñas, así que ella era la única que podía sentirse decepcionada. Pero era cierto que la cancelación la había dejado mal, le había provocado una fea sensación en el bajo vientre, de vergüenza o apocalipsis inminente. Sabía que estaba sobredimensionándolo, pero agradecía ese toque de atención a su comodidad, el recordatorio de lo endeble que sería cualquier relación ahora que se hallaba en algún lugar más allá del matrimonio. Un lugar donde había amor, pero no seguridad.

«Puedes ser más rudo conmigo», le había dicho el otro día a Duncan mientras él le acariciaba la base de la coleta con los dedos. Había sido ella quien lo había dicho.

Biddy era escéptica respecto a Duncan. Al principio le había parecido que Margaret estaba cometiendo una locura al dejar a Ezra. Con el tiempo había entrado en razón, pero seguía pensando que lo de Duncan era demasiado y demasiado pronto. No creía que fuera saludable para su amiga, en esa nueva etapa de su vida, obsesionarse con ningún hombre ni con el sexo raro que quería tener con él.

A Margaret no le molestaba demasiado que a veces su mejor amiga no la entendiera. La propia Margaret tenía la culpa. Biddy sabía cómo era su madre, pero no lo de las pastillas; sabía cómo era Neal, pero no lo de que entraba en su cuarto por las noches. Año tras año, como una costumbre, Margaret había guardado sus secretos. ¿Por qué? No era demasiado tarde. Su amiga no era ninguna niñita inocente, sabría encajarlo. Se lo podía haber dicho aquel día delante del espejo. Cuando Biddy le dijo «No seas tonti, Margaret», ella podía haberle contado que…

Pero no lo hizo.

De pequeña, no lo había hecho porque no quería ir a ningún sitio al que no hubiera ido Biddy. No quería ser distinta, estar traumatizada, ser la que madurara primero.

Luego fue porque no quería hacerle daño. Biddy se sentiría muy culpable por no haberlo sabido, por que Margaret no le hubiera dado la oportunidad de ayudarla.

Pero más que nada era porque no quería que su amiga supiera que habían mutilado o pervertido algo de su infancia común. Se le pegaría a Biddy, esa injusticia, reptaría hasta su amiga desde el lado de la cama de Margaret. Le había ocurrido a ella, pero contárselo a Biddy habría sido como hacer que le ocurriera también a su amiga. Como aquella vez, después del pastel de carne, cuando a Biddy le dolía la barriga y fue Margaret la que fue corriendo al baño a vomitar. Porque de pequeñas habían querido ser una sola niña, un solo cuerpo.

¿Para qué hacerle algo así? ¿Para qué arrastrarla allí abajo, por las negras cloacas del sueño? Habría sido como dejar que Neal tocara también a Biddy, y Margaret habría preferido matar o matarse antes que permitirlo.

Aunque, en realidad, eso ya casi había pasado, en una ocasión.

Una mañana temprano se volvió en la cama y se encontró con que su amiga ya estaba incorporada sobre la almohada. Había tenido un sueño raro, le contó, o no sabía si había sido un sueño. Había visto a Neal por la noche.

—Ah —dijo Margaret.

—Al principio creía que era tu madre, pero luego dije algo y él se movió y lo vi. —Biddy tenía las rodillas pegadas contra el pecho bajo la manta.

—Qué raro. —Margaret volvió a poner la cara en la almohada, como si todavía estuviera adormilada, aunque en realidad estaba más que despierta, y el miedo le aceleraba el corazón—. ¿Y dijo algo? —preguntó.

—No, creo que no. ¿Qué estaría haciendo aquí? ¿Qué querría?

—Ni idea. ¿No decías que era un sueño…?

—Ya, sí.

—Tengo hambre —dijo al final Margaret—. Vamos abajo.

No volvió a mencionarlo. Era horrible lo cerca que había estado de permitir que pasara. Y después de eso, se volvió más imposible aún contarle la verdad. ¿Qué clase de persona debía de ser para dejar que su amiga se quedara a dormir en su casa, que se acostara en esa misma cama, para no advertirla siquiera del peligro? Biddy podría pensar que era casi —le daba grima solo de pensarlo— como si ella la hubiera ofrecido en bandeja. Y lo de hacer como si su amiga lo hubiera soñado y se lo hubiera imaginado, fingir que no sabía que era real después de que le contara lo que había visto… Era igualita que Elizabeth. Habría hecho cualquier cosa con tal de no hablar del tema.

Biddy se habría enfadado. Esa era la verdadera razón. Se habría dado cuenta de que Margaret era una mentirosa.

Después de aquella noche, se aseguró durante mucho tiempo de que sus quedadas para dormir fueran solo en casa de los Murphy. La madre de su amiga nunca se paseaba por la casa gritando sobre lo que era un peligro en caso de incendio, y Danny estaba allí, con sus gracietas durante la cena y ofreciéndose a pegar a cualquiera que se metiera con ellas en el colegio. Pensó que tendría que inventarse mil excusas, pero su amiga nunca le preguntaba por qué, nunca pedía quedarse mejor en casa de Margaret. Eso había hecho que se

preguntara —por mucho que se esforzara en no hacerlo— si no sabría Biddy más de lo que decía. ¿Y si no había sido un ruido lo que la había despertado sino otra cosa? A lo mejor había sentido que levantaban la manta. A lo mejor había sentido la mano. A lo mejor también Biddy había mentido.

Una salpicadura y un chillido. Jo se había aburrido de tirarse del bordillo y había decidido saltar sobre su hermana, con lo que Helen se había hundido en el agua. Margaret había salido disparada al instante porque sabía justo lo que iba a pasar, aunque no iba a llegar a tiempo de intervenir. Helen resurgió a la superficie escupiendo agua.

—Helen, espera, no vayas a…

La mayor se abalanzó sobre la pequeña y la hundió en el agua. Margaret fue a rescatar a Jo, que resurgió chorreando y gritando por el agua que se le había metido en la nariz.

—Por favor, dejaos de jugar a ahogadillas —les pidió.

—Es que se me ha tirado encima, ¡por la cara!

—Ya, ya lo he visto. Eso no se hace, Jo.

La pequeña estaba haciendo ruidos entrecortados, mientras los mocos y el agua de la piscina le goteaban por la nariz.

—Pero, Helen, recuerda que sigues siendo la mayor.

Qué injusticia. Cuando había sido su hermana la que la había atacado por la cara… Helen se metió bajo el agua y se alejó buceando. Margaret se quedó mirando para ver dónde resurgía. La piscina estaba llena de cabezas morenas y mojadas y, aunque una madre nunca debía reconocerlo, eran todas iguales y no habría sabido decir cuál era su hija.

Abrazó a Jo contra el pecho y le dio palmaditas en la espalda como a una criatura. En el agua pesaba tan poco como un bebé. Cuando estaba embarazada, siempre andaba dándose con los cantos de las cosas. No le hacía daño a la niña, la tranquilizó internet: el bebé está seguro con toda esa agua alrededor. Del parto se sentía orgullosa, por haberlo superado, como si su poblado nativo la hubiera enviado a una misión. Pero no tenía nada de especial: todas las mujeres de aquella piscina lo habían hecho. Elizabeth también. Se obligó a pensarlo de

esa manera, desde la intimidad. Margaret había nacido de Elizabeth. Habían tenido que retirarle con una esponja las entrañas de su madre de la piel al nacer. Seguramente todavía tuviera restos de su madre en ella.

Cuando Jo se hacía daño siempre gritaba «quiero mamá». Lo hacía en casa de Ezra, pero también cuando estaba con Margaret. Llorándole contra el pecho, decía y repetía una y otra vez: «quiero mamá».

—Pero si estoy aquí, mamá está aquí —le decía ella, como si la niña no supiera perfectamente lo que quería.

En esos momentos había una idea que quería expresar, aunque solo fuera para sí misma, una idea que estaba formándose a su alrededor en la piscina. Solo tenía que reflotarla a la superficie. Tenía que ver con una vida individual, con la parte que era obligación y la parte que era libertad. Si lograra atraparlo, podría decir: aquí acabo yo, aquí empiezas tú. Pero era demasiado grande, demasiado fluido: más una idea que la tenía a ella que una idea que ella tuviera. Habría tenido que reflotar la piscina entera, y el parque y las aceras de alrededor, y a los padres, a los niños y a sí misma.

De pronto sintió cómo le plantaban una mejilla calentada por el sol en la suya y los fríos brazos de Helen rodeándole el cuello desde atrás.

—Eh, mami, te necesitamos. Queremos que nos tires.

Mientras la niña salía disparada hacia arriba, Margaret bajó la vista. Había hierba en la piscina, astillas esmeralda flotando a su alrededor. Era raro, el parque más cercano quedaba a varias calles. ¿Cómo habrían llegado hasta allí esas briznas de hierba de un césped verde y podado, aquella hierba nueva y verde en el agua?

28

Elizabeth tenía todas las citas médicas en Manhattan, con lo que Margaret había pasado más tiempo con ella en el último par de meses que en décadas. Su madre no quería que la acompañara al médico. No estaba senil, le decía, no necesitaba ninguna niñera. Lo que quería era que la llevara a comer después de cada consulta. Daba igual que saliera a las diez y cuarto de la mañana que a las tres de la tarde. Quería almorzar en algún sitio bonito, en uno de esos elegantes bistrós del centro. Decía que a Neal lo veía continuamente, pero que a ella no la veía nunca. Podía haber escogido un médico de Nueva Jersey. ¿Habría escogido Manhattan solo para obligar a Margaret a ir a comer con ella? Al pensarlo, le vino una oleada de alegría y fastidio a partes iguales.

Habían iniciado una rutina hacía unos meses, después del segundo ictus. Cada pocas semanas, Margaret se sentaba a la mesa de un restaurante en pleno día laboral, a la espera de que su madre hiciera su aparición estelar. De entrada siempre se la veía llena de energía, pero, para cuando llegaba la comida, estaba desfallecida. No parecía tener hambre nunca. Margaret le preguntaba por la tensión, por cómo se encontraba, en busca de cualquier deterioro en el habla o la memoria. Pero su madre no revelaba nada. Margaret estaba al tanto de lo guapo y atento que era el médico, de lo mucho que se había reído con la historia del recital de piano de Charlie. De que su madre había llegado tarde pero que luego había tenido que esperar una eternidad para entrar y que había una mujer antes que ella, que daba un repelús tremendo, un saco de huesos, fumando ahí mismo en la consulta de uno de esos cigarros por ordenador. ¿Cómo se llamaban?

—Un vapeador.

—¿El qué? No, no me refiero a eso. Son estas cosas, como un cilindro pequeño…, que parece que la gente está fumando de un mechero.

—Se llama vapeador, mamá.

—¡Cigarrillo eléctrico! ¡Eso es!

Pero de la enfermedad Margaret cada vez sabía menos. Aquella mujer, que en otros tiempos la había sentado para contarle más de lo que ninguna niña querría saber sobre la vida sexual de su padre y lo de las pastillas que se había tomado y que le había demostrado cuántas sentadillas exactamente tenías que hacer cuando te hacías mayor para mantener terso el abdomen, ahora no decía ni una palabra sobre el mundo íntimo de su cuerpo en decadencia. Margaret había adquirido la costumbre de llamar a su padre después de esos almuerzos para que él la pusiera al día de lo que realmente estaba pasando.

Era curioso que Margaret no se hubiera dado cuenta antes: Elizabeth nunca respondía a una pregunta. Imponía un ambiente de confidencias, pero luego solo decía lo que quería decir, como un político que representara al partido más críptico del mundo. Había tantas cosas sobre las que Margaret quería saber más: el internado, los estudios en Barnard, los padres de Elizabeth, su matrimonio, su pasado y qué pensaba de él. No conseguiría comprender a su madre si no lograba que le respondiera, y lo único que comprendía de su madre era que ella era incapaz de hacerle responder.

—¿Qué te ha dicho el médico? —insistió Margaret.

Su madre parecía muy delgada y estaba sentada en una postura que no era propia de ella, como echada hacia delante, como protegiendo un hueso frágil que tuviera en el pecho.

—Bah, que si esto, que si lo otro. ¿Cómo va Helen con la lectura? El otro día hablaba de eso con Jeannie Ricci. ¿Sabes que tiene una nieta de la misma edad? Bueno, pues tiene autismo y apenas sabe leer.

—¿Quién es el que tiene a la niña?

—Jeremy, el mayor.

Increíble: Jeremy Ricci, casado; Jeremy Ricci, padre; había formas de pasar las viejas cintas de vídeo a DVD y de ahí subirlas a internet, pero no le gustaba pensar en esas cosas.

—Aunque, por lo menos, los hijos de los Ricci siguen viviendo allí; no se han empeñado en mudarse a una ciudad remota.

—Nueva York es de todo menos remota. Es la ciudad por antonomasia.

—En fin, eso suena un poco provinciano, ¿no te parece?

—Bueno, ¿de qué estábamos hablando?

—De Helen y de leer.

—Ah, a Helen le va genial. Se ha empezado a leer *El jardín secreto*, con el mismo libro que tenía yo de pequeña. ¿Te acuerdas de cuando me lo regalaste? Me escribiste una dedicatoria por mi cumpleaños. Se me había olvidado.

—¿Ah, sí? —Su madre picoteó de un bollito de pan.

—Sí, me pusiste: «Para Margaret en su décimo aniversario. Ojalá siempre te gusten las flores y los secretos».

Elizabeth la miró por un momento a los ojos, como conmocionada.

—Bonita dedicatoria —comentó.

—¿Verdad? Bonita y algo extraña.

—Bueno, yo no diría extraña…

—Flores y secretos…

Elizabeth le dio un sorbo a su agua helada, retándola a dotar de sentido a aquello.

❁

Lo cierto era que, por mucho que preguntara, en realidad no quería saber nada de la enfermedad de su madre, de la fragilidad del cuerpo que había orquestado su llegada al mundo, el cuerpo de madre que la había creado y luego controlado. Temía el cuerpo de su madre en la misma medida en que temía la manera en que esta conocía el cuerpo de su hija —su altura y peso, las vacunas y los empastes, la textura de su caca, la fecha de su primera regla—, esa intimidad original que ahora se le antojaba un allanamiento insoportable. Aunque había llevado mal la falta de comprensión y atención por parte de su madre, se había pasado años rehuyendo su supervisión, salvaguardando un resquicio de intimidad ante toda esa información, para convertirse en una persona en vez de en una niña, que es lo mismo que decir una especie de paciente. Y ahora Margaret no estaba preparada para invertir esos roles.

La primera vez que vio a un médico sin su madre presente en la consulta fue a los once años. Le había venido la regla bastante joven, y Elizabeth enseguida le había pedido cita con la ginecóloga. Con el tiempo, Margaret se preguntaría por qué. Aún le quedaban años para tener relaciones. En su momento, sin embargo, asumió sin más que formaba parte de hacerse mujer: alguien tenía que mirar.

Fueron a un parque empresarial donde todos los edificios eran del mismo ladrillo rojo. Se puso su primera bata de papel y apoyó los talones en aquellos cacharros para los pies llamados estribos, pese a que no se parecían en nada a unos estribos; en los caballos, los estribos siempre estaban abajo mientras que aquellos chismes sujetaban las piernas en alto.

—Échate más para abajo —no paraba de decirle la médica—. Más para abajo, hasta el borde.

Aunque era casi imposible mantener las rodillas separadas —como cuando el dentista te pide que abras bien la boca, pero mucho peor—, hizo lo que le pedían. Sintió el calor que desprendía la lámpara, lo fuerte que debía de ser la luz allí abajo.

La médica le enseñó entonces el utensilio que iba a utilizar: un instrumento plateado con un mango que parecía como una espada roma. La mujer apretó algo y la espada se separó en dos piezas, como el pico de un pato. Era eso lo que iba a introducir en Margaret para abrirla bien. Los había de distintos tamaños.

—Voy a utilizar el más pequeño que tengo —le explicó la médica—. Vas a sentir solo una leve presión, puede que te moleste un poquito.

El dolor era desmesurado y eso que el chisme apenas había entrado. Tenía la sensación de estar quemándose o desgarrándose, o ambas cosas, y su cuerpo se retrajo hasta la mitad de la camilla, mientras la bata de papel se inflaba y se le separaba de la piel.

—Vamos a intentarlo de nuevo —dijo la médica—. Tú relájate. Échate para abajo.

El dolor otra vez, luego un clic y el dolor empeoró, y otro clic y el dolor volvió a empeorar. Estaba abriéndola como una ostra. Las mujeres lo hacían todos los días, ella conocía la teoría, pero requería un valor tremendo estar allí tumbada conteniendo el cuerpo para no moverlo en medio de ese dolor desgarrador. Si ella hubiera tenido voz

y voto en el asunto, habría salido corriendo de la consulta. Pero no tenía alternativa. Y, además, la cosa ya no podía empeorar más, se dijo, y entonces sintió otro clic, y empeoró.

—Voy a tomar una muestra —le dijo la médica.

Margaret sintió entonces un cosquilleo muy adentro y de repente todo había terminado. Soltar, retirar, el dolor intercambiado de tal manera por algo tan insignificante —sintió un escozor, una molestia— que pareció un truco de magia. ¿Cómo podía algo tan violento e invasivo no dejar huella alguna?

Por fin le permitieron incorporarse y volver a juntar los muslos. Pero la médica no había acabado. El examen había sido normal, le explicó esta, pero su reacción no. A otras chicas no les dolía tanto, le dijo. Otras chicas no se asustaban tanto.

Cuando llegó al coche, Elizabeth quiso saber por qué lloraba.

—Me ha preguntado si me había pasado algo.

—¿A qué te refieres con «algo»?

—Algo malo.

—¿Qué le has dicho?

—Que no. —Porque no le había pasado nada: no de la manera en que la médica sospechaba.

Elizabeth apagó el motor y abrió la puerta.

—No, mamá, no —intentó retenerla Margaret, pero era demasiado tarde.

Su madre irrumpió en la consulta. ¿En qué estaba pensando la médica al preguntarle algo tan horrible a una niña? Al cuerpo de su hija no le pasaba nada. Había salido en defensa de su hija de la única forma que sabía: pidiendo hablar con el gerente, reprendiendo a alguien por la calidad del servicio.

❋

¿Dónde estaba el camarero? Margaret esperaba que no tardase. Siempre se sentía desorientada en la inmersión de un almuerzo en un establecimiento, en la sensación subacuática de una sala a oscuras en pleno día. Entre esas horas que pasaba con Elizabeth, las comidas con los compañeros de trabajo y las citas con Duncan, tenía la sensación

de vivir la mitad de su vida en restaurantes, preocupada por el resto de los sitios donde debería estar. Ese día iban a almorzar tarde y apenas tendría tiempo de trabajar nada antes de ir a por las niñas.

Tenía que trabajar. Había aceptado más encargos como externa. Una escritora le había pedido ayuda con su libro. Era la primera vez que corregía un libro, pero no era muy distinto, solo más largo, mucho más, aunque eso no era un problema porque cobraba por horas. Cada año le subían el alquiler. Quería hacer muchas cosas —alquilar un coche, alquilar una cabaña, comprarse un vestido lencero de lino, ir de vacaciones con las niñas— y para eso necesitaba dinero, más del que tenía, dinero que Elizabeth podía darle si se lo pedía, pero ella no quería pedírselo, no quería saber qué le exigiría Elizabeth a cambio de esa muestra de debilidad.

—¿Qué van a querer las señoras?

Margaret pidió la tortilla. Elizabeth quería el puré de guisantes.

—¿El puré solamente, señora? Es por confirmar… ¿la guarnición?

—Ah, no. ¿No es una crema?

—No, lo siento, es para acompañar.

Elizabeth se quedó mirando al camarero, indignada porque el puré no fuera una crema. ¿Es que no podían echarle un poco más de agua y ya estaba?

—De acuerdo, entonces tomaré el caviar.

—Estupendo.

El camarero hizo ademán de volver a la corriente de la sala, pero entonces se detuvo y se quedó un momento paralizado por las dudas.

—Perdone de nuevo, pero prefiero asegurarme. No quiere usted el puré de guisantes. Quiere… el caviar.

—Sí, eso he dicho.

Su madre la miró como diciendo: «¿A este qué le pasa?». Margaret, embargada de pronto de puro cariño, quiso reírse. Elizabeth seguía siendo Elizabeth.

—El otro día me llamó Ezra.

—¿Ah, sí?

—Sí, para ver cómo me encontraba.

—Qué detalle por su parte.

—En realidad me llama cada dos semanas o así.

—Eso se me hace más raro…

—¿Por qué? Él siempre ha sido un encanto conmigo. Me contó que las niñas ahora pasan más tiempo con su novia. No sé yo si me parece muy bien…

—Sí, es verdad. Es buena gente, yo creo que podría ser perfecta para él.

—Mmm.

—Es verdad.

—Bueno…, espero que esta vez no lo pase tan mal.

Tan mal como contigo, se refería, pero no lo dijo, y eso ya era algo; Margaret se lo agradeció. Pensó en que, aquel día en la ginecóloga, aunque ya iban tarde para recoger a Neal del instituto, su madre había vuelto al edificio. En que había intentado, a su manera, ayudar.

Por fin llegaron los platos.

—Fantástico —dijo Elizabeth, y el camarero sonrió, satisfecho.

Su madre levantó la cucharita diminuta y le ofreció un bocado de relucientes huevas negras. Margaret vaciló y luego abrió la boca. Estaban ricas, muy ricas, sabían a toda la sal concentrada del mar amniótico. Seguía siendo Elizabeth, seguía siendo su madre. Le temblaba la mano.

29

Al fondo del jardín había una cabaña en un árbol, una recia construcción que había hecho hacía una década el mejor amigo de Duncan, Dante, para su hija. Tenía un bonito aire de dibujos animados, con una escalera de cuerda y unos tablones claveteados en ángulos irregulares que Margaret esperaba que fueran solo una cuestión estética. El techo y un lateral estaban recubiertos por una asilvestrada enredadera selvática. «Las niñas lo van a flipar cuando la vean», había dicho nada más verla.

—¿Podemos… subirnos? —preguntó ahora Helen.

Sus hijas nunca habían visto una cabaña en un árbol más que en los cuentos (no habían rastrillado, ni retirado nieve, ni visto ese hito de la infancia: culpa de Margaret), y no las tenían todas consigo cuando les tocó subir por la escalera de cuerda. Un niño que iba con un cerdito de peluche entre los dientes se les adelantó sin miramientos. Unas caritas asomaban desde el borde.

—Tú puedes, Helen —le dijo Margaret, y luego a Jo—: Yo te ayudo.

Cada vez había más gente en la fiesta, el jardín estaba llenándose. Eran todos amigos de Duncan. Ella se dedicó a beber vino y a presentarse por los distintos corros. ¿Y cómo conociste a Duncan? ¿Cuánto tiempo lleváis saliendo? ¿Me han dicho que trabajas de redactora? Bueno, ¿y cómo conociste a Duncan? Todos le eran desconocidos, y si esa vez él la había invitado era porque su ex, June, estaba de viaje. De lo contrario, June habría ocupado su lugar.

¿Cómo sería ella? Era en eso en lo que iba pensando mientras le presentaban a las mujeres del círculo de Duncan, en que June sería como ellas. Todas parecían tener trabajos irreprochables: médicas, ingenieras medioambientales, asesoras de la comisión municipal para no sé qué que no entendió. Iban vestidas como las madres de Brooklyn, con vestidos de lino de tonos terrosos o monos juveniles y

sexis. Estaban en forma y llevaban el pelo bien arreglado, aunque el calor estaba estropeándoselo ya. Una tras otra, fueron echando la cabeza hacia delante y recogiéndose el pelo en una coleta alta.

Por encima de las conversaciones de los adultos flotaba la cabaña en el árbol. Un grito de vez en cuando —que vienen, escondeos—, y el sonido de los cuerpos golpeando el suelo. Un pie mugriento de tanto en cuanto, tanteando a ciegas hacia la escalera. En otros momentos veía un segundo a sus niñas por la ventana de la cabaña o corriendo por los tablones. Deseó estar ahí arriba también, balanceando los pies por encima del mar de adultos y tentempiés.

Un niño con una camiseta de fútbol bajó, se escabulló hasta la mesa de pícnic, cogió un plato entero de queso y luego se enfrentó a la imposible escalada con el plato en las manos. Margaret estuvo un rato observándolo mientras se preguntaba si debería ayudarlo. Cuando el crío empezó a meterse el queso en los bolsillos, apartó la vista. Tenía que causarles buena impresión a los padres, no a los niños.

Vio que Duncan estaba con Louie y Dante, el anfitrión, al que felicitó por la fiesta y la cabaña.

—Yo he jugado ahí un montón de pequeño —le contó Louie.

—Pues sube ahora y así te aseguras de que no se caiga nadie por el borde —le dijo su padre, viendo que el niño estaba deseando ir.

Pero era muy alto, era una altura cómica, la suya. Sabían que sería un suplicio verlo intentar doblar las extremidades para entrar.

—Venga, sube —le dijo Dante—. Es recia como ella sola.

—Bah, no, estoy bien. ¿Dónde están Willis y Mira?

Los padres intercambiaron una mueca. En algún cuarto metidos, se dijo Margaret. Duncan le había contado que, por lo visto, los hijos mayores de ambos estaban medio enrollados. Pobre Louie. Sintió una punzada de envidia en nombre del chico y luego unas cuantas en el suyo.

Le habría gustado ser ella la que se perdiera por ahí. Quería que Duncan tirara de ella, la llevara arriba, a una habitación a oscuras, donde el zumbido de la fiesta les recordaría que podía entrar alguien en cualquier momento, mientras él le bajaba las bragas por los muslos y le aplastaba la cabeza contra la montaña de abrigos. Pero era verano, no había montaña de abrigos; la fantasía estaba ya

escorándose hacia lo imposible. Duncan habría sido capaz; se le daban bien esas cosas, al contrario que a Ezra, que en la vida habría hecho algo así. Pero él no querría hacerlo allí, delante de los amigos de June. Y además, ¿quién iba a quedarse pendiente de las niñas?

—¿Puedes vigilar un momentito a las niñas? —le pidió a Duncan—. Voy al baño.

—No te preocupes, están genial.

—Bueno…, ¿les echas un ojo de todas formas?

Él creía que ella era una madre helicóptero, que las sobreprotegía, pero olvidaba lo pequeñas que eran. Jo podía caerse si intentaba bajar sola. A Ezra no se lo habría tenido que explicar porque lo habría sabido sin más, lo habría hecho. Pero eran sus hijas, claro. Algún día le contaría a Duncan más cosas sobre su infancia, sobre todos sus temores y el porqué. De momento, no obstante, se le hacía demasiado agotador —una empresa infinita, tediosa e imposible— ese intento de poner al día a una persona nueva sobre los anales de su vida. Así hablo yo, así me voy de vacaciones, así voy de congresos, aquí me gusta comer, estos son mis ríos y los embalses que me encienden las bombillas, y en estos pergaminos desmenuzados están los relatos de cada hambruna, purga y guerra civil, de cada revolución política e industrial, todo lo que he hecho, perdido y mucho más. Tenía treinta y seis años. Era demasiado pedir.

Encontró la casa en calma después del fragor del jardín. El pomo blanco del baño relucía en la oscuridad y tenía un tacto fresco. Estaba cansada, y dejó que la cabeza le colgara mientras orinaba. Se permitió un ratito allí sentada sin pensar en nada.

Cuando volvió al exterior, se apostó bajo la cabaña.

—Ey, chicas, ¿qué tal por ahí arriba?

No hubo respuesta.

—Helen, Jo, asomad la cabeza, anda, que soy vuestra madre.

Una niña mayor que llevaba un top de tirantes se inclinó tras la barandilla y la rozó con su larga coleta.

—Esas niñas ya no están aquí —le dijo.

—¿Cómo?

—Que han bajado.

—¿Cuándo?

—No sé.

O estaban hambrientas o tenían que ir al baño. Pero se las habría cruzado al salir de la casa… Fue mirando por todo el jardín mientras esquivaba conversaciones. «He perdido a las niñas», iba repitiendo como si no pasara nada. Volvió a entrar para mirar en el baño, pero estaba vacío.

—No encuentro a las niñas —le dijo a Duncan.

—No pasa nada.

—¿Tú no las has visto bajar de la cabaña?

—Se me habrá pasado. Pero venga, están bien, seguro que estarán jugando en alguna parte.

—Ya sé que están bien, pero aun así quiero encontrarlas.

No lo entendía, ¿verdad? Jo solo tenía seis años, todavía era capaz de seguir a un perro e irse a la calle.

—Voy a mirar dentro.

De nuevo, la penumbra y el frescor. Las llamó por sus nombres. Nada. Nadie en la cocina, salvo los inexpresivos armarios, una tabla de cortar manchada de verde, olor refrotado a vinagre y menta.

Subió a la planta de arriba. En el rellano, un cartel constructivista, un dibujo infantil de un ambiguo animal de cuatro patas, muchas fotos familiares: Dante, su mujer, la hija que aún no había visto. En el pasillo de arriba eran todo líneas rectas: el propio pasillo, la moldura que hacía de rodapié sobre el parqué y hasta el techo, la alfombra roja, los paneles de las tres puertas cerradas. Era una casa antigua reformada con gusto, una reforma que debía de haber costado un pico y que, desde entonces, habían dejado que fuera perdiendo el lustre con una placidez que a su madre la habría espantado. Era justo el tipo de casa que le habría gustado tener a Margaret, si hubiera tenido mucho más dinero y un marido.

Abajo estaba todo impecable y ordenado; la limpieza a fondo previa a la fiesta seguramente había incluido un concienzudo proceso de despersonalización. Pero allí arriba habían pasado cosas por alto. Un

único calcetín blanco tobillero yacía en el suelo como un sobre caído. Si alguien la pillaba allí, pensaría que estaba curioseando. Empezó a andar de puntillas, lo cual era casi peor.

De detrás de una puerta llegó entonces un redoble de batería. Era cada vez más rápido y sonoro, y empezó a oírse también una melodía, voces que cantaban palabras que no identificaba, aunque comprendía lo que querían decir: que algo heroico estaba a punto de ocurrir, allí mismo quizá, a ella, en el pasillo.

Abrió la puerta y la canción la envolvió. Vio una tele y un sofá y cuatro niños viendo una película. La pantalla estaba azul; cuando cambió el plano, comprendió que era un mar. Un barco surcaba las olas a toda velocidad, con el viento avivando las velas.

—Hola, mamá —dijo Helen.

—¿Todo bien?

—Ajá.

—¿Y tu hermana?

—Ni idea.

Margaret quiso decirle: «Tienes que responsabilizarte de tu hermana, se supone que tienes que cuidarla». Pero Jo era responsabilidad de ella, era ella la que se suponía que tenía que cuidarla.

Detrás de la siguiente puerta había un baño. Luego, el cuarto vacío de los padres, con la colcha bien estirada sobre la cama de uno ochenta, una bici estática agazapada en un rincón, angulosa e insectoide. Margaret subió otro tramo de escaleras. ¿Cuántas plantas tenía aquella casa? Estaba provocándole cierta confusión, jugando con su percepción urbana de la profundidad. En Nueva York no conocía a nadie que viviera en una casa así. La barandilla negra le resbalaba bajo la mano como una cinta desenrollada. Más puertas, otro pasillo, la misma linealidad repetitiva, la misma moldura en la otra dirección.

En realidad, era extraño pensar que aquello era un hogar, que muchas veces al día una persona doblaba aquella esquina, ponía la mano justo allí donde acababa la barandilla. Seguro que conocía el significado de cada crujido y cada sombra. Lo que para Margaret era pura superficie, para esa persona debía de ser totalmente familiar,

totalmente concreto: como esto, esta hondonada en la madera que había encontrado con el pulgar. Oyó un sonido, una voz, que no una palabra.

—¿Jo? —preguntó en voz baja.

Abrió una puerta y allí estaba Willis, con la espalda contra el cabecero, los ojos cerrados, y una chica montada a horcajadas sobre él, con la coleta bailándole en un bonito *allegro*. Margaret ahogó un grito, cerró la puerta de golpe y escuchó la risa de la chica. Por favor, que no le hubiesen visto la cara. No pensaba decir nada, nunca, jamás.

Habría bajado corriendo, pero quedaba una puerta y empezaba a asustarse. La luz de la ventana de la tercera planta le recordó a la casa de sus padres, la excesiva claridad de arriba cuando no había nadie para verla, la luz irreal de las películas o los sueños. Se sentía como la niña que se acercaba al agujero de la pared por el que quizá se viera algo: el bosque encantado, la lente de la cámara, el vacío sibilante.

Abrió la puerta y allí estaba Jo en una cama, con la mano bajo la mejilla, respirando con la parsimonia de una siesta muy profunda. Parecía un cuarto de invitados, algo polvoriento y anónimo, con una mecedora rellenando un rincón vacío. Vio las sandalias moradas de Jo en el suelo al lado de unas zapatillas grandes. Louie surgió entonces.

Estaba echado al otro lado de Jo y se incorporó en un enredo de extremidades adolescentes.

—Ah, hola —dijo—. Jo se ha dormido.

—¿Y tú qué haces?

—Se ha quedado dormida.

—Pero tú ¿qué hacías?

El chico estaba deslizándose por la colcha hacia los pies de la cama, para no despertar a Jo.

—Es que se ha quedado dormida viendo la tele y la he subido aquí.

Ahora que estaba poniéndose en pie, el tono le salió más a la defensiva, en plan «ya te lo he dicho».

Margaret no dijo nada.

—Estaba aburrido en la fiesta, aquí no tengo amigos.

¿Parecía culpable porque lo era o estaba reaccionando así solo por la cara que estaba poniendo Margaret, una cara con una expresión acumulativa, como si le hubieran tocado la fibra más sensible entre

todos los sentimientos que la habían asaltado mientras recorría la casa: la angustia social y la envidia inmobiliaria, las niñas que no aparecían, Willis acostándose con la chica, Louie en la cama, las numerosas notas dispares de su historia personal? ¿Se le vería todo eso en la cara? ¿Parecería ella la sospechosa? Si hasta entonces al chico no se le había pasado por la cabeza la posibilidad, en esos momentos se le pasó.

Louie estaba buscando las zapatillas.

—Yo no he hecho nada —dijo.

Margaret estaba plantada en la otra punta del cuarto y de pronto estaba frente a él, subió las manos y el chico chocó con la pared de atrás. Había tocado a su niña. A su niña durmiente con su cuerpo cálido y desamparado. Le daría un empujón, le pegaría, lo obligaría a decirle qué había hecho, si había intentado algo, si había extraído algo —consuelo, placer— de una cría, no tenía derecho. La furia, como una convulsión, le bloqueó la mandíbula.

—Yo solo quería ayudar.

Lo dijo con la cara vuelta hacia el hombro, como si tuviera miedo.

Margaret retrocedió un paso. El chico levantó una mano y se frotó la cabeza por donde se había dado con la pared. Le sonó entonces una notificación, y miró a Margaret, como para asegurarse de que era seguro sacarse el móvil del bolsillo, como si no se fiara de lo que pudiera hacer ella.

—Es mi padre, que pregunta dónde estoy —dijo.

Margaret sentía raros los brazos, colgándole a ambos lados. La violencia estaba remitiendo y desapareciendo, encharcándole las extremidades como sangre. Le costaba hablar.

Louie estaba poniéndose las zapatillas. Se agachó para levantar uno de los talones aplastados, mientras se apoyaba en la pared para no caerse.

Era un crío. Era el pequeño de Duncan, Louie, que se sentía desplazado, que no siempre sabía dónde encajar. Era Margaret quien estaba emponzoñando las cosas. Era ella quien había querido hacerle daño a alguien.

El chico se lo contaría a su madre; se lo diría a June, y esta se lo contaría a sus amigas, y desenmascararían a Margaret, le quitarían la careta. El chico se lo contaría a Duncan y este dejaría de quererla.

O a lo mejor, pensó, no se lo contaba. Tal vez Louie creyera que sí que había hecho algo malo si una adulta había reaccionado así. Y además, ¿qué había pasado en realidad? Ella no había llegado a tocar al chico. Si se había hecho daño en la cabeza había sido cosa suya, por lo torpe que era. Qué horrible, pensó, mientras el chico salía del cuarto, que fuera esa su mejor baza: que a él le diera demasiada vergüenza contarlo.

Dejó caer el peso contra la puerta. Jo seguía dormida. No sabía que su madre daba miedo, que era peligrosa, que había intentado protegerla de la peor forma posible. La puerta, la cama, el chico: el mundo sacaba a la luz el pasado enterrado.

30

Estaba sola en casa. Tenía quince años, estaba lejos de ser una cría. Por una vez había sabido perfectamente lo que era, qué había sonado en plena noche. Algo rompiéndose, y luego ese algo cayéndose, los trozos dando vueltas y entrechocándose. No reconoció el ruido de la vida real, sino de las películas de miedo, y su claridad cristalina era también como de película, por la precisión con la que, incluso a una planta de distancia, oyó la ventana romperse.

Sabía lo que seguía: el crujido de las pisadas por la escalera. Le vino a la cabeza la palabra «intruso». Allanamiento de morada con víctimas mortales, pensó. La sangre le bombeaba en los oídos. Lo único que oía era el viento.

Neal estaba en la facultad y sus padres habían salido a cenar. Pero había un teléfono supletorio en el dormitorio principal, así que allá que se fue a gatas, y una vez allí, colocó el tocador de Elizabeth contra la puerta, dejó la mano puesta en el plástico beis del aparato y esperó. No quería llamar al 911 hasta no estar segura de que era una emergencia real, hasta que alguien intentara abrir la puerta.

—¡Margaret!

Se había quedado dormida. Su madre estaba forcejeando con la puerta, empujando el tocador hacia delante. Se levantó del suelo y despejó la barricada.

—Esto sí que es un peligro en caso de incendio —estaba diciendo Elizabeth, hasta que miró a su hija—. ¿Qué ha pasado? —Margaret se lo explicó—. ¡Hugh! —gritó su madre hacia abajo—. La niña ha oído que rompían una ventana.

—Pues ha oído bien —respondió su padre.

Había sido en el comedor. Bajaron juntas a verlo, y allí, tras la cabecera de la mesa, había un agujero negro en la pared, un cuadrado de bordes irregulares que dejaba entrar el perfumado aire de la noche. En la alfombra relucían unos trocitos de cristal y una lámpara

volcada. Margaret se acercó un poco más. Había algo en el agujero. Algo aparte de los cristales destellantes, algo que tenía un brillo propio: la punta llena de flores de una rama.

—¿No te había dicho yo que ese cerezo estaba demasiado pegado a la casa? —dijo su madre—. Voy a por la aspiradora. ¿Te lo había dicho o no? Margaret, quieta ahí, no vayas a cortarte.

Tenía en la mano un cristal grande. Se lo llevó a la altura de los ojos, como si fuera una cámara, y miró a través y, luego, por la ventana cubierta de pétalos blancos. Era solo un árbol. Era solo una borrasca pasajera. Por una vez no había razón para tener miedo.

Estaba pensando en eso mientras el hombre de la furgoneta de los helados le pasaba un cucurucho de cereza. Las palomas picoteaban a sus pies y se abalanzaban sobre los fideos caídos como si fuera alpiste multicolor para pollos. Jo lanzó un puntapié al aire y los pájaros volaron lo justo para que la niña no los alcanzara.

—Yo quiero una cabaña en un árbol —dijo Jo.

—Y yo también —contestó Margaret.

—¿No podemos construir una en el parque?

—Ojalá se pudiera, pero me da que habrá normas.

—¿Podemos ir a jugar otro día a esa casa?

—Sí, puede ser, algún día. ¿Os lo habéis pasado bien?

—Yo no he terminado la película.

—Te has quedado dormida —apuntó Helen—. Pero yo tampoco la he terminado. Mamá se ha empeñado en que nos fuéramos, ¿te acuerdas?

—Jo, ¿te acuerdas de quedarte dormida? —Y con tiento, como quien no quiere la cosa, añadió—: Louie te ha llevado a una cama. ¿Te acuerdas de eso?

Helen, celosa, alargó la mano para darle un capirotazo en la oreja a su hermana.

—¡Au!

—Helen, no hagas eso.

—Yo quería volver a subirme a la cabaña —dijo Jo.

—Pero ¿te acuerdas?

—Yo no me he quedado dormida.

Margaret se rindió.

Le había sido imposible dejar a las niñas y volver a la fiesta, imposible caminar tranquilamente del brazo de Duncan y seguir charlando sobre cómo se habían conocido. Lo había buscado, pero no había visto a Louie abajo, ni tampoco a su hermano.

—Pero si tenemos todo el plan montado —había dicho Duncan, que de entrada se quedó confundido y luego, también, molesto—. Los chicos iban a cuidarlas y nosotros íbamos a salir solos a cenar. Ya les he prometido cuarenta dólares a cada uno.

—Lo sé, lo siento, es que… Jo parece rendida. Creo que le hace falta una noche tranquila en casa, conmigo.

—No digo que no, pero Willis y Louie pueden acostarlas. Oye, pero ¿ha pasado algo? Ay, no… Mis amigos te han parecido un horror.

—No —dijo y rio como se esperaba de ella.

—Sí, es eso. Y estoy de acuerdo, son un horror, son lo peor. A mí también me lo parecen. ¿Te ha dicho algo alguien que te haya molestado? No te vayas.

Se dijo que debería ser sincera. Por una vez, debería ser sincera. Al menos, adelantarse a la historia que pudiera contar el propio Louie.

—Ha pasado algo un poco raro. Cuando he encontrado a Jo, Louie estaba con ella.

—¿Y?

—En la cama.

—Eh… vale. ¿Qué me quieres decir con eso?

—Yo nada.

—¿Qué insinúas?

—Mira, yo…

—Louie nunca haría algo así.

—Claro que no. Yo tampoco lo creo. Es solo que… a veces… los niños hacen cosas…

—Margaret, por favor, ni lo pienses. Jo tiene seis años. Louie tendría que ser un monstruo o algo así, y no lo es. Es un chico listo y un muchacho bueno, jamás…

Louie era su hijo. Le tocaba a él protegerlo, igual que Jo era su hija y ella estaba haciendo eso mismo. A lo mejor allí la tenía, la prueba de que aquel experimento era un fracaso. Tendría que contarle lo de Neal y los Ricci o él pensaría que estaba loca. Y quizá lo pensara aunque se lo contase. De todas formas, no era cuestión de contárselo allí: junto a los canapés, con el calor del humo de la carne que salía de la barbacoa.

—Louie es un chico estupendo. Y tú sabes que lo pienso de verdad —le dijo.

—Sí.

—Es solo que me he puesto nerviosa. Y no estábamos allí.

—Jo te lo diría si hubiera pasado algo.

—No podría, estaba dormida.

Se fijó en que estaba cogiéndose la garganta con la mano. «Nadie supera algo así», había dicho la mujer del club de lectura, y quizá, después de todo, iba a tener que darle la razón.

Y tal vez también la médica tenía razón, la que miró entre sus piernas y supo, desde su dilatada experiencia clínica, que le pasaba algo raro, la médica que le había dicho que no le habría dolido tanto si no hubiera estado tan asustada.

Ay…, tenía que irse. No estaba preparada para enfadarse con Duncan, no quería enfadarse con él. Debía irse antes de que le diera por hacer algo realmente violento, de que le pegara una patada a la barbacoa, le prendiera fuego a la cabaña del árbol, o dijera lo que pensaba: que la gente tenía más miedo ante la posibilidad de una acusación que ante la posibilidad de una violación.

—Mejor lo hablamos en otro momento, ¿vale? Lo siento. Dale las gracias a Dante de mi parte.

Él la dejó ir. No le dio un beso de despedida.

Afuera, las aceras estaban sumidas en un silencio sepulcral. Las escalerillas de los portales estaban vacías, las ventanas eran inexpresivas láminas de cristal. Hasta la furgoneta de los helados estaba demasiado apagada para tocar su canción. Margaret necesitaba que las puertas de la materia volvieran a cerrarse, que el mundo fuera

puro fenómeno. El helado estaba frío y dulce como un dato concreto, las niñas no hablaban, y sus cuerpos proyectaban sombras azules sobre el suelo. Cuando terminaron de comer, le dieron sus manos pegajosas y ella no se las soltó hasta que le sonó el teléfono.

Pensó que podía ser Duncan para decirle que Louie se lo había contado todo, que ella se había comportado como una pirada, una cosa imperdonable. O puede que fuera Duncan para decirle que no pasaba nada, que quería hablar de lo ocurrido, que podían solucionarlo.

Pero era su padre para pedirle que fuera a casa.

Seis

31

Ninguna reforma —ni la del baño del pasillo ni la demolición de la escalera trasera, ni la cocina nueva, ni la siguiente cocina nueva, ni la cocina nueva que había venido después— la habría preparado para aquel cambio en la casa de Elizabeth.

La mesa y las sillas del comedor las habían guardado en algún trastero y en su lugar había una cama muy pulcra, con unas sábanas amarillas y blancas, y reluciendo por abajo, las ruedas metálicas que lo delataban todo, que traían el hospital consigo. El juego de té y las plantas ornamentales de la mesita habían sido sustituidos por un vaso empañado, un libro de bolsillo y una pequeña familia de frascos de pastillas. Habían metido con calzador un sillón; Elizabeth estaba allí sentada, con un gran libro en el regazo, de fotos satinadas de casas de campo de Nueva Inglaterra.

—Ya no me sentía segura yendo a la ciudad. Y el hospital de Millburn es tan bueno como el Presbyterian, si no mejor. Hay mucha menos gente.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Margaret—. ¿Estás cansada?

A su madre le había dado otro ictus, uno peor esta vez. Quería saber cómo de asustada estaba su madre para saber lo asustada que debía estar ella.

—¿Por qué iba a estar cansada? No hago nada. Neal viene, pero a ti y a las niñas no os veo nunca.

Era un entretiempo: el campamento urbano se había acabado pero quedaban varias semanas para que empezara el colegio. Hasta entonces, Margaret le había dicho a su padre que podían quedarse en Nueva Jersey; «echar una mano», lo llamó ella. «Levantarle el ánimo a tu madre», lo llamó él. Ezra estaba terminando un proyecto importante, relanzando una vez más la revista. Iban a necesitar un nombre y un logo nuevos, así como un proceso muy largo e inclusivo para llegar a eso, partiendo de un retiro de cuatro días de lluvia de

ideas. Ve, le había dicho Margaret. Ella podía trabajar en remoto, limitarse a hacer lo mínimo durante un tiempo y ahorrar en canguros. Las niñas podían bañarse en la piscina y ver a su primo. Ya habría tiempo de hablar con Duncan.

Su madre tenía momentos buenos y momentos malos, le había dicho su padre. En general, parecía la de siempre: reorganizaba el cajón de las especias o se quejaba a los del mantenimiento de la piscina del nivel del pH, y luego, de repente, estaba tan débil que no podía ni subir las escaleras.

A Margaret, sin embargo, no le parecía enferma. Más delgada si acaso, pero eso a su madre debía de parecerle un plus. En un momento dado, durante el ictus o después, en el hospital, se había mordido el labio inferior con fuerza y se le había quedado hinchado y ahora parecía un mohín. Daba la impresión de que para Elizabeth lo peor de todo era el labio herido. Olvidémonos de que bajo el cráneo la sangre morosa iba reptando y se coagulaba por unas venas cada vez más estrechas: aquella molestia ordinaria era el verdadero problema. No paraba de pedirle a Margaret que le pasara el bálsamo labial.

Aquello la llevaba a preguntarse si su madre no estaría fingiendo, un poco al menos, en su papel de la inválida en el centro de la casa. La llamada de su padre la había asustado. Había echado cuatro trapos en una mochila y a la mañana siguiente a primera hora estaba cogiendo un tren con las niñas. Y ahora allí estaba, poniéndose firme cada vez que Elizabeth gritaba órdenes desde el comedor, que era, más que la habitación de una enferma, un centro de mando. Su madre no trasmitía sensación alguna de batirse en retirada, de plegarse a la enfermedad; era la casa la que se acomodaba, las habitaciones las que cambiaban.

Si había una visión que preocupaba a Margaret no era Elizabeth, era la casa.

—¿Le ha costado a papá tener que llevar la casa en estos meses? —le preguntó a su madre.

—No, ¿por qué? Lorinda sigue viniendo todas las semanas a limpiar; tu padre no tiene que levantar un dedo.

Eso no era lo que le había dicho él. La casa era demasiado grande, se lamentaba, siempre había algo que arreglar. La manija de una puerta a la que se le aflojaban los tornillos y se le caía la manivela. Y las propias puertas, la mitad estaban abombadas por la humedad. Si querías tener un poco de intimidad, tenías que empujar la puerta para encajarla en el marco y luego empujar otra vez con el hombro para abrirla. Hasta los murciélagos habían vuelto y se habían hecho fuertes en el desván.

Margaret notaba ese desaliño insidioso por todo alrededor, como si la casa estuviera deteriorándose al mismo ritmo que el cuerpo de su madre. Una bolsa de plástico de la farmacia con unos tubos de algo —pasta de dientes o pomada— había acabado entre las blancas fotos de boda. La mitad de los peones del ajedrez estaban volcados. Mientras su madre le hablaba, ella se fijó en la papelera que había en un rincón; era de adorno, con un estampado de rosas de aspecto medieval, y tenía unos cuantos pañuelos usados dentro. Cayó en la cuenta de que nunca había visto basura en esa papelera. Había que tirar cualquier residuo directamente en la cocina; la papelera estaba solo de adorno o para los invitados que no conocieran las normas.

En la alfombra, no muy lejos, había un pequeño envoltorio de plástico. Se acercó. Alguien debía de haber intentado encestarlo en la papelera y había fallado. Era cuadrado y tenía un círculo apenas visible en medio. ¿El envoltorio de un condón? Un envoltorio de condón en el comedor de Elizabeth.

Se agachó y lo recogió. El plástico le rechinó entre el índice y el pulgar. La etiqueta era de un rojo guinda. Tenía que deshacerse de eso antes de que lo viera su madre porque, si llegaba a verlo, seguro que daría por hecho que era de su hija, que los bolsillos de Margaret rebosaban de basura sexual y parafernalia para drogarse.

Se quedó de espaldas a Elizabeth y lo miró con más detenimiento. Ah, no, tranquilidad, no era un condón. Solo era el celofán de una piruleta. Los monitores del campamento de las niñas se habían pasado todo el verano repartiéndolas a quien se portase bien. Se rio por la confusión y lo enterró en lo más hondo de la basura de la cocina, donde debía estar.

❁

Una de las últimas veces que habían comido juntas en la ciudad, Elizabeth había hablado del piso de Margaret, de lo desorganizado que lo tenía, de que el armario de las niñas estaba hasta los topes de ropa que se les había quedado pequeña.

—Eres igual que mi madre. Te da igual que las cosas no estén en su sitio —le dijo su madre.

—No es que me dé igual, es que estoy muy liada.

—Mírate, aquí y ahora. Has apoyado el codo entre las migas del pan y no te has dado ni cuenta.

Tenía razón. Pero Margaret no pensaba dejarse distraer por la autodefensa.

—¿La abuela no era buena ama de casa? —preguntó.

—Bueno, siempre tuvieron criada y, además, la mitad del tiempo vivían en hoteles.

—Pero ¿era desordenada?

—Uy, era muy dejada. No en su aspecto, ella siempre iba impecable. Pero para la casa era muy dejada. Tenía cosas muy bonitas, pero no las cuidaba. O no sabía o no se molestaba. Me acuerdo de que tenía un abrigo negro precioso, con el cuello y los puños de piel, y recuerdo que yo siempre me pasaba las Navidades recogiéndolo del suelo.

—¿Cómo era la casa de los abuelos?

—Esta carta tiene demasiados entrantes… A mí eso siempre me da la impresión de que no tienen las cosas claras en el restaurante, ¿no te parece?

—Pero, espera, háblame de la casa, que quiero saber cómo era.

—Muy estilosa. Aunque le faltaba calidez y color… El único color era el desorden, la basura. Te hablo de que… a lo mejor, de pronto, te llamaba la atención algo bonito, alguna cosa dorada o verde que veías desde la otra punta de la habitación, pero te acercabas y resultaba que era solo un billete o un plato con limas de la noche anterior. Podía haber un jarrón con flores, sí, pero flores blancas. Más que un hogar, en realidad era una casa para dar cenas, bailes…, ¿cómo te diría…?,

una sala de fiestas. Siempre estaba o a reventar de gente o vacía del todo. Como un sitio en el que te esperas que tengan que barrer la basura del suelo todas las mañanas. A ellos eso jamás les importó.

—A ti seguro que sí.

—Bueno, apenas pasaba tiempo allí.

—El hogar que creaste para nosotros era muy distinto —dijo Margaret.

A su madre le complació el comentario, pero bajó la cara hacia la carta.

—Anda, mira qué bien, tienen sopa marinera.

—Yo quiero lo mismo.

Un peso bienvenido recayó sobre Margaret en esos momentos, la sensación de tener algo en común con su madre: ambas le daban importancia a que las cosas fueran bonitas. Desde luego, la visión de su madre era de todo menos mezquina o fría, eso había que reconocerlo. Era toda abundancia. Lo que más le preocupaba era que las cosas combinaran, que quedaran bien juntas y aspiraran a una coherencia total. Quizá no compartieran el mismo estilo, quizá hubiera que descartar lo que no encajaba, bueno, ¿y qué?

Esas semanas Margaret sería distinta, sería generosa. Aunque no fuera capaz de renunciar del todo a su resentimiento, podía al menos darle una oportunidad a su madre. Podía ser sincera con ella.

Quizá, llegado el caso, si se veía en la necesidad.

De momento le dijo:

—¿Quieres que te haga algún recado? Mándame tareas.

—Quiero que despejes el vestidor de mi cuarto.

—¿Que lo despeje, cómo?

—Quiero que alguien se encargue ya de eso y así después no haya que preocuparse.

—¿Después de qué? Venga, mamá, no hables así. No te estás muriendo.

Elizabeth cerró el libro de fotografía, aplastando la casa de campo de la página izquierda con toda la fuerza del granero rojo de la derecha.

—¿Muriendo? No digas tonterías. Me refería a después de vender la casa.

❋

Tenían pensado contárselo.

—Yo creo que es una decisión inteligente —dijo Neal.

Margaret estaba poniendo la mesa para cenar en la cocina, ahora que el comedor tenía otros fines.

—¿Tú lo sabías?

—Llevamos un tiempo hablando del tema. Tú también estarías al tanto si te dejaras caer más por aquí.

—Yo entiendo que la casa se les queda grande. Y que, ahora que mamá no está bien, tiene sentido. Es solo que lo veo muy repentino.

—Ahora es buen momento para vender —dijo Neal—. Los tipos de interés están bajos y la gente está comprando como loca.

—¿Y adónde queréis mudaros? —preguntó Margaret, mientras pensaba «que no digan a la ciudad»—. No me digáis que a Florida…

—Dios Santo, no —replicó su madre, que se había unido a la mesa.

Su padre le había puesto una copa delante.

—La idea es buscar algo más pequeño por aquí —intervino este—. Aunque de todas formas, es posible que tardemos en venderla.

—¿Esta casa? No digas tonterías. En cuanto salga al mercado nos la quitan de las manos —dijo Elizabeth.

—Y yo ya os he dicho que nosotros queremos quedárnosla —dijo Neal.

—¿Cómo? —se extrañó Margaret.

—Todavía tengo que ver el tema de la financiación, pero, si es posible, nos gustaría que se quedara en la familia.

—¿Tú quieres vivir aquí? —le preguntó Margaret a su cuñada, que se había sentado en un taburete de la cocina y estaba mirando el móvil sin decir nada.

—¿Cómo no va a querer? —terció Elizabeth.

—Sería un sueño —dijo Neal.

—Es una casa que está bastante bien —dijo entonces su mujer, a lo que tanto su madre como su hermano la miraron con cara de «¿bastante bien?».

En fin, ¿por qué no? ¿Por qué no dejar que Neal se lo quedara todo? Ella no quería la casa, con sus murciélagos y su soldadito de juguete; no quería vivir en una zona residencial. Además, no podía permitírselo.

Aun así… que Neal fuera el dueño de la casa; que pudiera hacer lo que quisiera con ella; hacerle lo que fuera… Se lo imaginó pegándoles puñetazos a las paredes, tirándolas abajo.

—Bueno, ya veremos. Piensa que esta casa está ahora muy cotizada.

—No habrá problema.

—La pondremos a la venta y vamos viendo.

—No habrá problema, papá.

Justo entonces los niños entraron, diciendo que tenían hambre, preguntando dónde estaba la cena. Su padre no creía que su hermano tuviera dinero suficiente. Neal debía de estar que se lo llevaban los demonios. Pero si esperaba que su padre aceptara menos de lo que valía la casa era porque, a esas alturas de la vida, todavía no se había enterado de la película.

32

Al día siguiente no paró de llover. Hacía calor y la lluvia arreciaba, calándolo todo, provocando vapores, haciendo que fuera de noche a las dos de la tarde. La tormenta veraniega distorsionó el día, y así es como debía ser; el día debía fastidiarse. Elizabeth se había apoderado del tiempo. Su lista de quehaceres gobernaría las horas y su enfermedad gobernaría los días, los días de nubarrones de su deterioro.

Había que deshacerse de los jerséis. No hacía falta ya tanto jersey. No, de todos no, claro que no. Guarda unas cuantas rebecas, algún jersey finito de verano, un par de cosas que echarse por los hombros. Lo demás debía donarlo. Elizabeth quería repasar los vestidos personalmente, uno por uno. Tenía pensado a quién podría gustarle cada uno: a la propia Margaret, desde luego, pero también a parientes más lejanos; a Lorinda, la mujer que iba a limpiar; a Biddy y a su madre; a Helen y a Jo, para cuando fueran mayores.

Empezó por el armario de la habitación de invitados, donde guardaba la ropa de la otra temporada: las faldas de lana, los abrigos, las chaquetas y pantalones de pana, los jerséis que picaban y tenían botones plateados. Luego siguió con el vestidor principal. Bajaba la ropa por las escaleras en grandes brazadas, mientras los cuellos de cisne de las perchas se enganchaban en los peldaños.

Pero cuando lo tuvo todo en la planta baja, listo para la inspección, su madre estaba demasiado cansada para revisarlo. Se había metido en la cama, de cara a la pared. El brazo que tenía por encima de la colcha era tan estrecho como el de Helen.

—¿Mamá?

—Hum.

—¿Estás bien?

—Descansando.

—¿Quieres que te traiga algo?

No hubo respuesta.

Margaret hizo ademán de irse, pero volvió y se sentó en el sillón, donde se quedó mirando dormir a su madre.

Estaba pensando en una pregunta, la pregunta perfecta. Debía ser algo sobre el pasado. Cuando se la planteara, su madre sabría que pensaba en ella. Intentó imaginársela a la edad de Helen, a la de Jo. Era difícil, pero no tenía por qué ser imposible. Le haría la pregunta en cuanto se despertase. Estaría más dispuesta a responderle en ese momento, no le daría tiempo de distraerse con las cosas mundanas, con lo que había que reorganizar o reubicar. Margaret aprovecharía, le haría la pregunta en ese momento arrullador entre el sueño y la vigilia.

Pero esperó y esperó, y Elizabeth no se despertaba. Tosió, abrió y cerró la puerta, y su madre seguía dormida.

Al final aparecieron las niñas, diciendo que estaban aburridas. Lo que querían era bañarse, pero no bajo la lluvia: no tenía gracia mojarse cuando una ya estaba mojada. Querían que les buscase unos paraguas para poder salir y ver si estaba lloviendo menos, así que eso hizo. Luego le pidieron que las acompañase afuera para girar los paraguas como en el musical, y eso hizo también. Para cuando volvió a la casa, su padre estaba en la cocina lavando una sartén en el fregadero.

La sacó del agua, la examinó y echó otra ronda de friegaplatos. Fue a ayudarlo a sacar las cosas del lavavajillas.

—Qué rabia que hayan cambiado el friegaplatos —dijo.

—¿Que han hecho qué?

—Que han cambiado el friegaplatos. Antes podía con toda la grasa, y ahora, mira…, todavía tiene aceite por todas partes.

—Ya. —Fue apilando las tazas en el armario—. Un momento: ¿estás diciendo de verdad que ya no hacen el friegaplatos como antes?

—No te rías, es un hecho. Pregúntale a quien quieras de mi edad. Yo estoy convencido de que han cambiado la fórmula química o algo así. Algún nuevo estándar medioambiental… Es como lo del lavavajillas. Hablan de «alta eficiencia energética», y vale, a lo mejor utiliza la mitad de agua, pero al final tarda el doble.

—Suena frustrante, la verdad, pero…

—No me vengas con que es bueno para el planeta.

—Ni se me ocurriría. Al menos…, no a ti. Yo solo digo que los progres y los *woke* tienen mejores cosas que hacer que ir contra tu Palmolive.

—Díselo a la sartén —contestó su padre, y ambos rieron.

Margaret se quedó mirándolo, allí frotando, inclinado sobre el fregadero, con las gafas empañadas y salpicaduras de agua o grasa en el polo. De pronto él levantó la cabeza; había oído, antes que Margaret, a Elizabeth llamando desde el cuarto de al lado.

Se había despertado ya. Margaret había perdido su oportunidad.

En aquel sonido, bajo la familiar impaciencia quejumbrosa, había una nota nueva, algo más delicado: necesidad real, angustia real. También la cara de su padre le pareció distinta, como si le hubieran quitado o añadido algo. Una reparación en torno a los ojos, una mirada deshilachada.

—Ya voy yo. Déjame a mí —se ofreció Margaret.

Había oscurecido en el comedor, y Elizabeth quería que Margaret encendiera la luz, y luego le pidió una taza de té. Cuando volvió con la taza, las niñas estaban a su vera en la cama, acurrucadas contra Elizabeth.

—No aplastéis a la abuela —dijo Margaret.

—No me están aplastando, están aquí estupendamente.

—¿Podemos tener una cama así en casa? —preguntó Helen.

—Mira, se mueve —dijo Jo, que tenía el mando en la mano.

La niña pulsó un botón y la cama hizo un sonido como de motor y entonces las cabezas de las tres empezaron a moverse hacia delante y después le dio a otro botón y los pies arrancaron hacia arriba.

—¡Más alto! —pidió Elizabeth.

—JoJo, ya está bastante alto, la abuela no parece muy cómoda así.

La cama tenía ahora la forma de una hamaca y ambos extremos seguían subiendo. Tendría un límite, ¿no? Un punto en el que la máquina pararía antes de que la cabeza y los pies se juntaran y formaran un círculo perfecto.

—Ese botón no es —dijo Helen—. Y además, me toca a mí.

La cama dejó de moverse.

—Tú lo has tenido más rato.

La cama volvió a la carga. Elizabeth estaba ya prácticamente en ángulo recto.

—Mentira.

Helen alargó la mano por delante de su abuela para quitarle el mando a su hermana, pero esta la esquivó metiéndose bajo la colcha, donde al punto le siguió la mayor. La cama empezó a retroceder hacia atrás.

—Niñas, no arméis jaleo. Le vais a hacer daño a la abuela.

Se habían puesto a pegarse patadas en la parte inferior de la cama. Era increíble: ellas no tenían ni idea de lo aterradora que era Elizabeth en otros tiempos. Por encima del borde de la sábana, sonreía, serena, ante las trastadas de sus nietas; por debajo: chillidos, gritos, un cuerpo amortajado de muchas extremidades que parecía atacarse a sí mismo.

—Parad ahora mismo. Os lo digo en serio. Dadme el mando y ¡dejad de pelear!

Intentó sin éxito coger a alguna de las niñas, pero entonces un pie salió disparado y le dio en toda la barriga.

—Joder.

Por fin consiguió apartar la colcha entera de la cama y las niñas se incorporaron, con su cara de felicidad y el pelo chisporroteando de electricidad estática. Tenía el mando a distancia a sus pies.

—Mamá, estamos aburridas —dijo Helen.

Había metido en la maleta una actividad para las niñas, algo que había estado guardando para un día de lluvia. Era un kit para hacer joyas, con bandejas de abalorios con letras. Lo llevó a la planta de abajo.

—¿Por qué no le hacéis algo a la abuela cada una? Pero hacedlo en silencio, por favor.

En cuanto las chicas estuvieron instaladas en el suelo con los abalorios y Elizabeth se acomodó en el sillón con su bebida y el libro de las casas de campo, Margaret se sentó en la cama.

Había perdido la oportunidad, pero seguía teniendo la pregunta.

—Mamá, eh…, llevo un tiempo queriendo preguntarte una cosa —se decidió ahora—. Quería que…, no sé, me hablases de Roma.

—¿Y eso? ¿Es que vas a ir a Roma? —Elizabeth miró a las niñas y luego añadió en un susurro no muy susurrante—: ¿Con ese hombre?

—¿Con Duncan? Mamá, no pasa nada, las niñas lo conocen.

—¿Cuándo? —preguntó Jo—. ¿A Francia?

—No, Roma está en Italia.

—Nosotras también queremos ir con Duncan.

—Muy bien, pero no me voy de viaje, ni con Duncan ni sin él. Vosotras, a los collares. Lo que quería era que la abuela nos hablase de cuando fue a Roma de pequeña.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Cómo era viajar con tus padres. O de cuando fuiste al Coliseo. Había pensado que me podías hablar de lo que te pareció ver todas esas obras de arte. No sé si las niñas saben que solías viajar muchísimo.

Su madre estaba removiendo las manos en el regazo, como si estuviera haciéndose su propio collar, pero nadie le había dado ningún abalorio.

—¿Mamá?

—Yo no he estado en Roma en mi vida.

—Sí que estuviste.

—Yo estaba en el colegio. Fueron mis padres solos. Yo quería ir, pero me dejaron aquí.

—Pero tú me hablaste de cuando viste las ruinas. Me dijiste que te compraron un vestido nuevo. ¿Te acuerdas?

—A Roma no he ido nunca —repitió—. Fueron sin mí. Esa era la gracia.

Pero Elizabeth se lo había contado todo sobre aquel viaje, Margaret estaba segura: que fue al Coliseo, que vio los frescos en los muros, que nunca olvidaría la galería de bustos y que por eso había querido estudiar arte en la universidad. Las ruinas, le había hablado de las ruinas. Las casas tenían los tejados vencidos y los muros derruidos, y la única prueba que quedaba de que allí había vivido una familia eran cuatro columnas demarcando una habitación, columnas libres de sus cargas, apuntando directas al cielo.

—Si desbaratas la cama —le dijo entonces Elizabeth—, haz el favor de volver a ponerla bien. Esto sigue siendo un comedor.

Yo no he desbaratado la cama, habéis sido tú y las niñas, pensó pero no dijo. Se preguntó si su hermano se acordaría de lo de Roma, pero sabía que no se lo preguntaría. Nunca entendería a su madre. ¡Jamás de los jamases! Se levantó y se puso a estirar las sábanas, a tensarlas sin piedad.

Elizabeth siempre había infundido mucha compasión, y Margaret, sin saber por qué, siempre se la había negado. ¿Era por eso? ¿Porque su madre había sido una niña desatendida? Estaba bien que vendieran la casa, la casa que había pagado con el dinero de sus abuelos. Pero ¿por qué había tenido que inventarse tantas historias su madre? ¿Por qué había mentido?

—Toma, abuela —dijo Helen.

Le había hecho una pulsera con las iniciales de todas. Pero cuando la nieta quiso ponérsela en la muñeca a su abuela, el nudo se deshizo y las cuentas salieron rebotando por el suelo. La niña puso cara de ir a echarse a llorar.

—No pasa nada. Ahora lo arreglamos, yo te ayudo —le dijo Margaret, que se agachó y pasó las manos por la alfombra—. Lo vamos a hacer más bonito todavía. Me gustan mucho estas verdes. El verde es el color favorito de la abuela, ¿verdad?

Se detuvo y levantó la vista para mirar a su madre.

—¿Verdad?

Creía que había recogido todos los abalorios, pero no dejaba de encontrarse otros que se le habían escapado. Se pasó ese día y el siguiente pisando los abalorios caídos, rodando en verde y dorado.

33

Margaret puso una lavadora. Era curioso lo absolutamente doméstica que había seguido siendo su vida después del divorcio. Hacía sus pequeñas excursiones al exterior, sus glamurosas salidas a comer o a la oficina, pero su vida real era aquello: armarios, ropas, el tamborileo de la lavadora, la carga de la caballería de esos tres últimos minutos de centrifugado.

Pero no, aquello no podía ser el centrifugado, no hacía ni cinco minutos que había puesto la lavadora. Y el ruido era incluso más fuerte. Era una estampida real, con pies aporreando el suelo y las niñas bajando como locas las escaleras.

—¡Ha llegado Charlie! —gritó Jo.

Otra vez estaba allí su hermano. No fue a la ventana a ver cómo corrían bajo la lluvia hasta el coche. Prefirió retirarse a la cocina. Estaba escurriendo la pasta cuando entraron por la puerta. Estar sumida en la nube de vapor del agua hirviendo la eximió del abrazo obligatorio. Elizabeth la llamó desde el comedor. Quería un vaso de agua. Quería otro libro. Pidió que alguien buscara la blusa concreta que quería darle a la mujer de Neal. Pidió ver a sus nietas.

—¿Has oído lo que ha dicho McCarthy sobre el techo de la deuda? —le preguntó Neal a su padre, que estaba inclinado sobre el horno, mirando algo en su interior—. ¿Te gusta más esta marca que Viking?

—¿Estás pensando en cambiar el horno? —le preguntó Margaret.

—Me gustaría tener varios hornos. —Su hermano no había horneado nada en su vida—. Es mucho mejor cuando tienes visitas.

—¿De cuántos hornos hablamos? —siguió interrogándolo.

—Dos, puede que tres.

—¿Tendrás suficiente?

Neal se lo pensó incluso.

—Tío Neal, ven a jugar al escondite —chilló Jo desde el cuarto de al lado.

—Jo, no grites desde el cuarto de al lado —le gritó Margaret desde la cocina de al lado.

La pequeña apareció en el umbral y dijo, en voz más baja:

—Tío Neal…

Pero Margaret la interrumpió:

—Deja a tu tío, que está hablando con el abuelo. Ya juego yo contigo.

—Es que queremos jugar con el tío Neal.

—Podemos jugar los dos —dijo Neal—. Yo cuento.

—Pero vamos a comer ya.

—Id a jugar —los animó su padre—. Yo os aviso cuando esté todo en la mesa.

Así que allí estaba, a sus treinta y seis años, metida bajo la cama de sus padres, escondida tras el volante del faldón. Apoyó la mejilla contra un brazo mientras esperaba. Oía a lo lejos a su hermano descubriendo a los niños, uno por uno. «¿Dónde se habrán metido…? ¿No estarán en el armario?», y supo por el chillido de deleite que había abierto la puerta de par en par y había encontrado a uno dentro.

Era divertido, muy divertido. Pero ojalá se hubiese escondido en un sitio menos remoto. Un sitio donde ya la hubieran encontrado. Y, al mismo tiempo, no quería que la encontraran. Quería quedarse allí, en esa oscuridad buena, bajo el peso seguro del colchón, el día reducido a una franja gris desplegada sobre el suelo.

Pero, estuviera lista o no, estaban llegando, los oyó por el pasillo, seguidos del tintineo metálico de la manija. Alguien clavó de pronto las rodillas en el suelo delante de ella, retiró el volante y dijo:

—¡Te encontré!

Margaret parpadeó con la luz y Helen sonrió de oreja a oreja.

—¡A cenar! —gritó entonces su padre.

Elizabeth fue la última en sentarse a la mesa. Hugh la cogió del brazo y la acercó con cuidado, despacio. Ahora sí se la veía débil. Cada paso

estaba cargado con una inestabilidad que le era nueva, una sensación de peligro, lo que le daba al movimiento un aire procesional, formal. No estaba solo reuniéndose con su familia para comer. Era el símbolo de una nación acudiendo a socorrer a las multitudes, la gran líder reapareciendo entre las olas de rumores. Su madre se tambaleaba al andar, no había otra forma de decirlo. Neal apartó la silla de la mesa para que se sentara.

Se le hacía raro verla moverse así, más raro incluso que comer en la cocina, aunque tampoco era que su madre comiera nada, ni los espaguetis, ni la ensalada, ni siquiera la tarta de chocolate que había comprado Margaret ex profeso para tentarla. Con todo, cuando llevó la tarta a la mesa, Elizabeth la alabó.

—¡Pero, bueno! Esta tarta es demasiado bonita para ser una tarta normal. Tiene que ser especial, una tarta de cumpleaños. ¿De quién podemos hacer que es el cumpleaños?

—¡Mío! —gritaron los tres críos a la vez.

En otros tiempos, Margaret la habría fulminado con la mirada. ¿Por qué tenía su madre que darle tanta importancia a la tarta?, ¿por qué tenía que convertirse siempre en el centro de atención? Ahora vio la magia que había en ello, en el simple hecho de crear un centro. Su madre no podía ni sostener el cuchillo, pero en cambio sostuvo el momento, lo convirtió en una ocasión especial. Parecía feliz, pensó Margaret, y comprendió que estaba celosa. Siempre había querido ser ella quien la hiciera feliz.

Cuando terminaron con el postre, les puso la tele en el salón a los niños y volvió a la cocina para ayudar a recoger la mesa. Otra vez estaban hablando de la casa.

—Lo siento, Neal, pero yo no lo veo —decía su padre.

—¿El qué no ves? —quiso saber Margaret.

—Dividir la propiedad —le explicó su hermano—. Yo compraría la casa y partiría la parcela en dos. Nos mudaríamos aquí y vendería la otra parcela.

—Pero no es tan grande como para partirla en dos… No se puede sacar otra parcela del jardín de atrás.

—Se puede, lo he medido.

—¿Cómo? ¿Cómo lo harías?

—Se puede si se corta la piscina en dos.

Su padre estaba tamborileando, ligera pero persistentemente, el corcho del vino sobre el tablero de la mesa.

—Si le quitas la piscina, le estás quitando un valor considerable. La gente que es capaz de pagar lo que vale esta casa quiere tener piscina. Quieren tener un jardín en condiciones. Y no quieren tener una casa justo enfrente de la ventana. Quedaría fatal y, aparte, ninguna comisión de urbanismo te va a aprobar algo así.

¿Subdividirla? Eso era peor que reformarla. Qué obscenidad, de hecho, que su hermano se hubiera puesto a medir el jardín, moviendo los labios tal vez, mientras contaba en silencio los pasos, mientras dibujaba esa línea por el césped desprotegido.

—Fíate de mí —insistió Neal.

—A lo mejor podríamos al menos considerarlo… —intervino Elizabeth.

—No, ya está bien, venga. Vamos a ponerla a la venta.

—De verdad, es una irresponsabilidad no hacer esto que os digo. Es dinero contante y sonante. Vosotros me ayudáis a comprar la casa, y yo os lo devuelvo, más un cuarenta, un cincuenta por ciento.

—Déjalo ya —dijo Margaret—. Papá te está diciendo que no va a hacer eso.

—Tú no te metas, que no tienes ni idea —replicó su hermano.

—Yo solo estoy escuchando a papá. Es la casa de ellos dos. No van a aceptar ningún trato enrevesado.

—Margaret, tampoco hace falta que seas tan borde con tu hermano —dijo su madre—. Algún día yo no estaré y tendrás que ser más cariñosa con él. Tu padre y tú siempre os estáis aliando contra él.

—¿Aliándonos contra él? ¿Cuándo nos hemos aliado contra él, si puede saberse?

—Hugh, dile que no me puede hablar así.

—¿Que no te puedo hablar cómo? —dijo Margaret—. Simplemente acabo de repetir palabra por palabra lo que tú acabas de decir.

—A mí no me grites.

No estaba gritando… ¿o sí?

—Hugh, ¿te vas a poner de mi parte o no?

La debilidad había desaparecido: había vuelto la vieja y feroz Elizabeth de siempre.

—Perdona, pero ¿ponerme de tu parte en qué? Yo creo que nos estamos desviando del tema.

—Da igual —dijo Margaret—. Haced lo que queráis.

—Papá no se alía contra mí —repuso Neal.

—Yo estoy de parte de todos —dijo el padre.

—Por favor… A ti solo te interesa la paz y la tranquilidad —terció su madre.

—¿Y qué tienen de malo la paz y la tranquilidad?

—Lo que tienen de malo es que eres un cobarde.

—Mamá, para ya —dijo Margaret.

—¿Y qué quieres que haga, que no diga nada? Mírala a ella, dando consejos inmobiliarios. Ella, que partió en dos a su propia familia. ¿Qué clase de madre hace algo así? Y ni siquiera parece avergonzada.

Margaret seguía con los cubiertos en la mano, camino del fregadero, y los cuchillos y los tenedores sucios empezaron a quemarle en la mano.

—Elizabeth —dijo su padre.

—Yo puedo decir lo que me dé la gana, para algo estoy enferma.

—¿Cuándo no has dicho tú lo que te ha dado la gana?

—¿Por qué estáis gritando?

Helen estaba en el umbral, con Jo y Charlie tras ella.

—Estoy gritando porque mi hija es una furcia.

La cocina se sumió en el silencio mientras todos se quedaban estupefactos, la palabra «furcia» como algo salido de las novelas que leía Elizabeth, o de la Biblia o de la historia antigua.

—¿Cómo llamáis vosotros, si no, a alguien que destroza su propio matrimonio? ¿A una golfa que escupe sobre todo lo que los demás creen que importa? Mirad lo que ha hecho. Es fría. No es capaz ni de querer a su propio hermano.

A Margaret le entraron ganas de reírse. Su madre estaba soltándolo todo, y ella lo único que sintió fue un alivio tremendo. Lanzó los cubiertos en el fregadero, donde repiquetearon con fuerza, con el

sonido de una espada que se le lanza al suelo en un violento gesto de rendición. Su madre podía sentir y decir y hacer lo que quisiera porque ¿quién iba a culparla de nada?

—Tú ya sabes por qué no lo quiero… —empezó a decir Margaret.

Pero entonces vio las caras de sus hijas. Vio la manera en que Helen había cogido a su hermana pequeña de la mano. Vio la puerta y lo que entraba por ella: cariño y consecuencias. Fue hacia los niños y se interpuso entre el pasado y ellos.

—No pasa nada, chicos. La abuela está diciendo tonterías. Vámonos a otra parte. Vámonos fuera.

❊

—¿Qué estamos haciendo?

—Nada, estar tendidas y mirar arriba.

—¿Por qué?

—Para ver una cosa que va a pasar. —Margaret estaba bocarriba en el césped, con una niña a cada lado—. ¿Veis mi cuarto?

—¿Te refieres a nuestro cuarto?

—Sí, el vuestro ahora. Pues mirad justo por encima, donde el tejado, y luego a la derecha. Vamos a fijarnos bien en ese punto.

—¿Por qué?

—Para ver si podemos pillar a los murciélagos saliendo.

—Buagg —dijo Helen.

—Mola —dijo Jo.

—¿Y si bajan hasta aquí? —preguntó la mayor.

—No van a bajar. Tú no eres un mosquito. Van a salir volando hacia arriba y se van a alejar.

El sol acababa de ocultarse y el cielo tenía un azul ribeteado de dorado que le daba un aspecto lujoso.

—¿Por qué te gustan tanto los murciélagos? —preguntó Jo.

—¿Me gustan? Puede ser. No sé si gustar es la palabra exacta. Antes me daban miedo, no quería que se metiesen dentro de la casa. Pero me gusta que sean salvajes y libres. Me gusta que vivan aquí y no podamos controlarlos.

—¿En nuestra ciudad también hay murciélagos?

—Claro. Sobre todo en el parque, pero seguramente también en los edificios antiguos. En los campanarios de las iglesias y cosas así. Las criaturas salvajes pueden vivir en cualquier parte.

—¿Cuánto tiempo tenemos que esperar?

—No lo sé.

—Me aburro.

—Yo también.

—No seáis quejicas.

—¿Es verdad que no quieres al tío Neal? —le preguntó Helen.

—Sí.

—Pero eso no está bien.

—Ya lo sé. Pero a vosotras sí os quiero. Os quiero a las dos más que a nada en el mundo.

—Yo creo que los murciélagos no van a salir.

—Puede ser, a lo mejor han salido ya.

—La hierba está mojada.

Ella también lo sentía, aquel sudor frío de la tierra atravesándole la camisa.

—Quedaos un poquito más conmigo, ¿vale?

Y entonces oscureció del todo. Pasó muy rápido, más de como lo recordaba. De pequeña le había parecido que el atardecer duraba horas. Había jugado partidas enteras a pillar durante el anochecer, se había comido cuencos enteros de helado mientras el día disminuía imperceptiblemente hasta hacerse de noche. Ahora duró minutos, momentos, segundos. Observó allí tendida cómo sucedía el tiempo. La hierba se ennegreció, los arbustos se ennegrecieron, solo el cielo conservó el azul del agua profunda.

Y fue entonces cuando salieron, surgiendo de la casa como una cinta. Al instante la cinta empezó a deshilacharse, a separarse, y entonces, uno tras otro, cada pequeño proyectil volador giró hacia arriba y más allá a tal velocidad que Margaret apenas tuvo tiempo de levantar el brazo y decir «¡Mirad!» antes de que se fueran.

Para las nueve de la mañana siguiente, también Margaret y las niñas se habían ido.

Siete

34

Iban a llegar tarde al colegio. Jo tenía dos hojas en la mano que eran mágicas y la hacían volar. Margaret la llevaba cogida del brazo para que no se bajara de la acera de repente. Helen iba unos pasos por delante y se paró otra vez para decirles que iban a llegar tarde.

Era la primera semana de clase y Helen tenía una prueba de ortografía. La noche anterior había estado sudando tinta. Que si «baca» o «vaca», que si «vaya» o «valla», que si «ahí», «hay» o «ay». Era complicado.

—A ver si te ayuda esto —le dijo Margaret mientras miraba por encima la ficha de ejercicios—: «Ahí hay un hombre que dice "ay"».

Le había dicho que lo repasarían por la mañana, que por la mañana sería más fácil de recordar.

—Por la noche el cerebro consolida la información. Las neuronas forman una especie de cableado o de carreteras por el cerebro… y crecen mientras duermes. —¿Era acaso verdad eso? Esperaba que sí—. De todas formas, ya está bien por hoy, vamos a leer un cuento.

Pero en cuanto Jo le tendió el libro, la mayor dijo:

—Ay, no, el que quieras menos ese.

Era *Hécate Patapalo*, sobre una bruja que convierte a los niños de una familia en costillas asadas, gachas de avena y otras comidas inglesas. Se lo había regalado Elizabeth, que se lo leía a Margaret de pequeña.

—Pero si este nos encanta —replicó Jo.

La bruja está a punto de dar el primer bocado —con la mano hundida en la tarta, que es un niño— cuando la madre llama a la puerta de la cabaña. La bruja le dice: «No puedes entrar porque tienes los zapatos sucios», así que se los quita. La bruja le dice: «No puedes entrar porque tienes los calcetines sucios», así que se los quita. La bruja le dice: «No puedes entrar con esos pies tan sucios», así que se los corta.

Margaret lo había leído tantas veces que no tenía ni que mirar la página para contarlo. Las niñas estaban acurrucadas a su lado. Miró de reojo el móvil por detrás de Helen y contestó con una mano a un correo del trabajo sobre cuándo tendría listo un artículo para pasarlo al departamento de corrección. La bruja ve que la madre no tiene pies y la deja entrar, recitó de memoria Margaret mientras contestaba por el móvil: «Pronto, esta noche».

La madre entra arrastrándose, rompe el hechizo y los niños saltan de los platos y recuperan su forma humana y hacen un bailecito encima del delicado mantel de la bruja. Resulta que la madre en realidad no se ha cortado los pies; solo se los ha escondido bajo la falda. De pronto se yergue de golpe y le dice a la bruja: «Ahora te vas a enterar». Salen todos de la cabaña y la persiguen por los campos, por el puente, donde se tira al río y no se la vuelve a ver.

—Bueno, hora de dormir. Tengo que ponerme a trabajar. Mañana lo volvemos a leer. He dicho que no. Vale, venga, una vez más y a dormir.

Margaret siempre había odiado *Hécate Patapalo*. Esa hambre inquietante de la bruja. Esos niños comestibles. Venid, venid, pollitos bonitos, dice, y les enseña un saco de oro. Todo muy Elizabeth.

Pero últimamente le estaba cogiendo el punto. Le gustaba la madre buena que rompe el hechizo porque reconoce a sus hijos por quiénes son, adivina qué niño es el pescado, cuál el queso, etcétera. Además, es guapa, con su mandil alrededor de una cinturita de avispa. Nadie diría que ha dado a luz a tantos críos (siete: cada uno se llama como un día de la semana).

Así que eso era el ideal femenino, pensó Margaret: una madre dispuesta a llevarse un cuchillo a sus propias extremidades con tal de proteger a sus hijos. Y para colmo, nadie tiene que sentirse culpable o apenado porque, llegada la hora, se yergue de golpe, así sin más, entera y sin desmembrar, regenerada mágicamente como una especie de zombi o de salamanquesa. Identificarse más de la cuenta con los personajes de un libro ilustrado para niños era un síntoma de soledad y de falta de estímulo intelectual. Tenía que leer un libro de verdad, un libro para adultos. Había cogido de la casa de sus padres su ejemplar de *Al faro* de cuando estaba en el instituto. Pero lo había abierto

varias veces y le daba grima ver su caligrafía adolescente por los márgenes: «Lily está *fustrada*» (todavía no sabía ni escribir esa palabra). A nadie le importaba que releyera *Al faro*. A nadie le importaba su disquisición feminista sobre *Hécate Patapalo*. Limítate a estar presente, aquí y ahora, con tus niñas, se dijo. «Ahora te vas a enterar», repitió.

Pero entonces, una auténtica sorpresa, en la lectura número 29, en la 40 o en la 76. La pata de palo del título era literal. A pesar de todos los secuestros, de la huida estresante por los campos y el puente, bajo los harapos de Hécate Patapalo, en lugar de una pierna, se ve un nudoso palo de madera.

Le hizo plantearse por primera vez por quién se habría cortado la pierna la bruja.

❁

Había pasado unos días de una productividad enfebrecida en el trabajo, para compensar el tiempo perdido. Que le dieran artículos sobre política sanitaria e infraestructuras, que le dieran un conflicto fronterizo y el declive de la democracia. Que le dieran al presidente si hacía falta. Que le dieran un problema y una receta: la voz de cualquiera menos la suya. Por eso había escogido aquel trabajo: no para decirle a la gente lo que estaba bien y lo que estaba mal; tampoco para explicar ni para convencer, sino para sus propios fines egoístas.

Cuando las niñas se acostaron, se quedó hasta tarde revisando textos. Estaba intentando arreglar un artículo sobre la libertad de expresión en la educación universitaria, trabajando en pos de ese momento en que la lógica del argumento encaja, cuando la progresión del pensamiento empieza a parecer inevitable en lugar de arbitraria. Pero, por alguna razón, le era imposible. No paraba de mover líneas, párrafos, de arriba abajo. A la derecha de la página, en el control de cambios en rojo, su propio nombre se repetía una y otra vez, como la huella de cada una de sus sugerencias.

Siguió editando hasta que se quedó dormida y después también. Soñó con un documento de Word, con el movimiento de dedos del corta y pega, aunque el artículo seguía sin tener sentido. Con un trineo

deslizándose por la nieve. Con un criado anciano y febril que le abrillanta las botas a todo el mundo. Con un hombre que se bate en duelo al amanecer por una cuestión de honor, con una palabra que ha perdido su significado, que no es más que una borla en la empuñadura de un sable ornamental, tan solo la chispa de la careta de un reloj en una espuela que tintinea al girar.

Llevaba unas semanas leyendo una novela sobre el final del Imperio austrohúngaro y su subconsciente la había convertido en un artículo de opinión. Estaba exponiendo no sé qué argumento sobre los cosacos, que galopaban por las tierras fronterizas con el vientre pegado a los caballos porque Dios había abandonado al káiser. Las consecuencias de permanecer en silencio, no podemos seguir permitiendo, ha llegado el momento. Había algo en la habitación; había llegado algo a despertarla. La emperatriz había muerto, pero los campesinos no querían creerlo.

❋

Se sorprendió recordando a medias el sueño mientras iban de camino al colegio y pensando sin sentido: le hace falta un titular con gancho, algo que funcione bien en redes. Jo había tirado las hojas mágicas y necesitaba otras nuevas. Margaret la aupó entre las ramas.

—El finde que viene tendríamos que volver a Nueva Jersey —dijo.

—No —dijo Helen.

—La abuela fue mala —dijo Jo.

—Es posible, pero yo tampoco tendría que haberme enfadado tanto. A veces no hay que darle tanta importancia a lo que dice la gente. —Aquello no había sonado muy bien del todo—. Me refiero a que siempre hay que intentar ser amable, pero no hay que enfadarse tanto si los demás no lo son.

—De todas formas no queremos ir, nos aburrimos ya allí —dijo Helen—. ¿Por qué no vamos mejor a la playa y vemos a Louie y a Willis?

—Puede ser. Le puedo preguntar…

Le habría encantado llevar a las niñas a la playa. La mañana estaba lechosa por el calor latente del día. Dentro de poco, sin embargo, el mar estaría más caliente que el aire, y luego el calor se retiraría incluso del agua, y luego el verano se habría acabado; sería demasiado tarde.

Pero todavía no había quedado con Duncan. Los dos habían estado ocupados, no habían hablado de los niños, ni de la fiesta, ni del pasado. Él era un hombre comprensivo, pero tampoco hasta el infinito. Ahora comprendía que jamás funcionaría.

Y aun así pensaba: pero ¿y si sí?

«Es difícil de explicar», le había dicho cuando él la llamó para preguntarle qué había pasado en Nueva Jersey. «Difícil» se quedaba corto, no expresaba esa inmensa presión aplastante que le exigía abrir y cerrar la boca en torno a cada palabra.

Pero no paraba de pensar en él. En que cuando él se ponía encima, ella se sentía todo cuerpo. Ella tenía a sus niñas, tenía su trabajo, estaba bien. Y sin embargo, no quería perderlo. Mientras siguieran retrasando la conversación, seguía existiendo la posibilidad. Él le había dicho que no le haría daño y así había sido. No paraba de pensar en eso. Tenía la cara bocabajo sobre las sábanas. Sentía la palma de la mano de él. Volvió a sentir la palma de su mano.

¿Por qué era aquello tan importante para ella? Imaginándoselo mientras andaba, lo sintió arrodillándose sobre ella, mirándola, contemplándola. Sentía su mirada más incluso que su roce. Lo que la emocionaba y la excitaba era el hecho de yacer allí debajo de él, desnuda y totalmente a salvo y muy pero que muy despierta.

Jo estaba acariciando el perrito de alguien y chillando cada vez que la lamía.

—Jo, veeenga, que llegamos tarde —repitió Helen—. Mamá, ¿puedo seguir yo y ya está? ¿Me puedo adelantar?

Margaret se lo pensó. Quizá ese curso Helen tenía ya edad suficiente para recorrer sola unas calles. Pero entonces la niña se detuvo y dijo:

—¡Una rata muerta!

—¿Dónde? —quiso saber Jo.

—Ahí.

—No os paréis, anda —les dijo Margaret.

Jo se negaba a moverse.

—Quiero verla.

Margaret le tiró de la mano.

—Ni lo sueñes. Es asqueroso y ya vamos tarde.

Margaret la había visto antes, allí entre dos coches, pegada al bordillo. Había llovido tanto esos últimos días que el cuerpo era más un estofado que un cadáver. Había una cola, uñas y un puré entre medias que no quería ni mirar.

—Yo quiero verlo —repitió Jo, que intentó zafarse.

Pero Margaret la agarró con fuerza de la mano y por un momento cada una tiró hacia un lado hasta que Jo pegó un chillido y se cogió el brazo.

Mierda, no, se había vuelto a dislocar el codo. No… ¿Cómo había podido…? ¿Qué clase de madre…?

Nada, nada. Estaba bien. Estaba perfectamente. Jo movía el brazo con normalidad junto al costado. Margaret se sintió aliviada y lo de la rata ya le daba igual. La crianza tenía mucho de eso: la reducción instantánea de las expectativas. Su hija estaba a salvo, todo lo demás daba igual. Volvieron para contemplar los restos de la rata. Las niñas parecían contentas de vivir en un sitio donde podías encontrarte algo así de interesante, tirado sin más en la calle. Pero ¿comprendían que aquello era la muerte? ¿Ese charco catastrófico y final?

—No os acerquéis más —les dijo.

En ese momento, llegó a su altura una cría de la clase de Helen y las niñas enseguida se lo señalaron. La otra niña se acercó para ver mejor.

—Buenas —le dijo Margaret al padre de la niña.

—¿Eres la madre de Helen? Yo soy Ralph, creo que coincidí con tu marido.

—Ah, con Ezra, sí. Aunque no es mi marido.

—Ah, perdona, tu pareja.

—No, no es mi pareja.

—Ah, perdona…

Pobre hombre, ¿por qué se lo estaba poniendo tan difícil?

—No, perdona tú, Ezra es mi ex. Yo me llamo Margaret.

—Encantado. ¿Qué están mirando?

—Una rata. Bueno… está muerta.

—¿Cómo? Amelia, ven aquí ahora mismo.

El hombre alargó la mano para coger a su hija justo cuando Helen le dio a la pequeña un empujoncito hacia el bordillo. El padre ahogó un grito, la niña gimió.

—No seas furcia —dijo Jo con desdén, y muy claramente.

—Jo. —Margaret se quedó de piedra—. ¡No! ¡Discúlpate ahora mismo! Y tú también, Helen. Lo siento muchísimo —le dijo al padre —. No sé de dónde ha podido sacar esa palabra.

—Sí que lo sabes —le dijo solícita Helen—. La abuela te llamó «furcia» la semana pasada, ¿no te acuerdas?

Margaret se llevó una mano a la frente en un gesto que, con suerte, parecería compungido. A lo mejor el hombre se reía…, pero no. Se limitó a tirar fuerte de una de las cintas de la mochila de su hija y a decir que tenían que irse.

Esperó un momento con las niñas para evitar alcanzarlos y ahorrarse así la incomodidad, y luego siguieron camino.

—Chicas —les dijo Margaret.

—Perdón —dijo Helen.

—¿Podéis… solo…?

—Sí, mamá —dijo la mayor.

Jo le cogió de la mano y durante tres calles seguidas todo fue bien.

Y entonces las niñas ya no estaban, entraron al colegio, y el sentimiento le vino de golpe. Todo se alejó mucho de ella. Se abrió una distancia entre la piel y las ropas, una especie de cámara de aire exterior. Todo lo que hacía que Margaret fuera Margaret se retrajo, disminuyó, porque nadie quería ni necesitaba nada de ella. Pasó por delante de casas más allá de las escaleras, más allá de las verjas. Las sombras caían sobre ella y desaparecían de nuevo al exponerse en cada cruce, al final de cada bloque. A su alrededor, alteraciones de espacio y densidad. Otras personas, a veces. Bajaban por la boca del metro. El padre de antes la adelantó sin un gesto de reconocimiento. Nadie la reconocería en esos momentos. Ni su cara ni el anónimo meollo de no-esposa, no-hija, ni-siquiera-madre que era su yo más interno y cabezota.

35

Aquel último ictus había sido demoledor. Cuando Margaret llegó al hospital, el médico le explicó el alcance de los daños. Elizabeth apenas estaba consciente, no hablaba y tenía los rasgos desenfocados o descentrados: el médico había dicho que le había quedado una parálisis, pero Margaret estaba confundida: ¿qué parte estaba paralizada? ¿Era la boca, con un lado caído, o el ojo, con esa rigidez nueva? No paraba de pensar: del latín *ictus*, el golpe de un rayo, algo que te deja paralizado, pero también donde recaía el acento en un verso; a Elizabeth le habría gustado eso. Mientras atendía al médico, le acercó, en vano, una pajita a la boca. Un ictus, una embolia, un derrame, la vida de su madre derramada.

Margaret había creído que tendrían más tiempo, pero se equivocaba. A veces una tiene que hacer cosas extremas para que la gente comprenda lo mucho que sufre. Lo había dicho su madre hacía mucho. Había tantas cosas que no habían hablado y ya no tenía sentido hablar. ¿Qué habría dicho Margaret? ¿Que estaba enfadada con esa persona que solo merecía piedad, cuyo sufrimiento estaba ya más allá de toda comparación posible? ¡Vuelve aquí!, quiso decir. Vuelve aquí ahora mismo.

Pronto no hubo más que hacer que ver el canal de bricolaje y jardinería en la televisión. Estaban poniendo *Tu casa a juicio*. Mientras una pareja discutía por ver cuáles de sus deseos —un garaje o un vestidor— podrían cumplir y cuál quedaría descartado de por vida, entró Neal. Algún día tendría que ser más cariñosa con su hermano, había dicho siempre su madre. Neal le dio un abrazo y ella le dio unas palmaditas en la espalda. Se quedaron mirando a la paciente, dos personas recién llegadas a la mediana edad, claramente hermanos. Todos esos años codo con codo, viendo ocurrir las mismas

cosas, toda esa cercanía inevitable, debía de tener alguna repercusión, un conjunto de referencias, un idioma común. Pero cuando él dijo «Qué horror ver así a mamá», a ella no se le ocurrió nada que decir.

¿Estaba durmiendo o inconsciente? Era un detalle importante, aunque Margaret no tenía claro por qué. Fuera como fuese, Elizabeth yacía allí indefensa, expuesta. El hecho de que resultara tan fácil herirla le dio la sensación de que alguien, quizá ella misma, o tal vez Neal, tendría que herirla. Su hermano le alisó la colcha y se inclinó para besarla, planeando con el torso sobre su madre. Le vio el cinturón con la funda para el móvil, y el bulto de la cartera en el bolsillo trasero, y la mano extendida que soportaba su peso sobre el colchón.

¿Seguía Elizabeth siendo Elizabeth? Parecía no percatarse de la presencia de Neal, de las enfermeras que iban y venían, de los tubos que la surcaban. ¿Importaba lo que pudiera pasarle a su cuerpo en la cama?

Sí: se despertaría.

¿Y si no se acordaba?

Igualmente importaba.

Todavía era suyo, aunque ya nada más lo fuera: la dignidad del cuerpo, de un animal moviéndose en respuesta a los estímulos del mundo, dirigiéndose hacia el placer o huyendo del dolor.

Pero llegaría el día en que no se despertaría, y entonces ¿qué? La constancia de su cuerpo solo sería real para otras personas, que únicamente sabrían lo que escogieran saber; Elizabeth en sí quedaría exánime, para siempre.

En fin, lo normal. Eso era la muerte. Esa era la cuestión. Eso era lo único que se sabía realmente sobre el tema.

Aunque había aproximaciones. Por eso había quien hacía daño a los niños, porque no se acordarían, porque no lo contarían, porque la gente creía que no estaban todavía vivos del todo. Por eso Neal le había hecho cosas a ella de pequeña, mientras dormía. Aquello fue como catar ligeramente la muerte.

Se quedó mirando cómo su hermano le tocaba la frente a su madre, cómo le acariciaba el brazo inmóvil. Volvió a pensarlo: algún día no se despertará.

Y entonces sintió un repelús, y entonces huyó de la habitación.

En el móvil ponía que eran las 5.19. Estaba segura de que la había despertado algo, pero reinaba el silencio. También en el pasillo. Había ido con las niñas a pasar el fin de semana en Nueva Jersey mientras esperaban a ver qué pasaba, y ahora fue a verlas a su cuarto: Jo dormía profundamente en una punta de la cama, pero Helen no estaba.

Encendió la luz del pasillo y, parpadeando, fue al cuarto de baño. Nada. La mirada se le fue hacia abajo, como siempre, hacia la pared bajo los estantes. El agujero solo había estado allí unos días, hasta que volvió del colegio y se encontró que el baño olía a pintura fresca y la pared lucía de nuevo perfecta. Había sentido alivio, aunque no del todo. Aquel tabique blanco liso era una clase de locura distinta. A veces le habían dado ganas de abrir el hueco a patadas, para que volviera a existir, solo para demostrar que era real.

—¿Helen? —la llamó muy bajito, empezando ya a asustarse.

A lo mejor había bajado al cuarto de Elizabeth. Pero su madre no estaba allí, estaba en el hospital. Quizá nunca volviera a casa.

Por fin, al bajar por las escaleras escuchó algo. Pling. Pa-pling. ¿Pa-pling? Una nota robótica pero musical. Y por debajo de eso, mientras descendía, un sonido metálico, como un motor que se revolucionara en las curvas. Rrrr, pa-pling.

Estaban en el salón jugando al *Mario Kart*, Helen y Ezra. Él llevaba una sudadera y unos pantalones de básquet y la niña, su camisón, ambos parpadeando bajo los colores de los años noventa, inclinándose a un lado y a otro mientras arremetían contra las montañitas de monedas.

—¡Has venido!

—He venido.

Margaret le había mandado un mensaje después de cenar para contarle cómo estaban las cosas y decirle que lo mantendría al tanto. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que sabía que vendría. Era Ezra, era de la familia, tenía que estar.

—Pero ¿cómo has venido hasta aquí?

—Llamé a Chris y me dijo que me dejaba el coche. He llegado como a las doce de la noche y me he echado a dormir en el suelo del cuarto de las niñas. Pero aquí la señorita me ha despertado.

—¿De dónde habéis sacado eso? —preguntó señalando el videojuego.

—Espera.

Hizo algo con una rampa y unos propulsores de cohete; al parecer, el Mario de Helen se había salido de la pista y estaba metido en un estanque, pero daba igual, la moto de cross avanzaba tranquilamente por las aguas profundas; Ezra estaba liquidando a una princesa. Iba en cabeza y ganó.

—Yo también quiero a tu madre, ya lo sabes —dijo entonces, mientras dejaba a un lado el mando para animar a Helen, que consiguió salir del agua.

Su Mario chocó con los lados, dio varias vueltas y enderezó la moto.

—Mira, mamá.

—Te estoy viendo.

—He quedado sexta. No está mal, ¿no?

—Yo creo que está muy bien para ser la primera vez que juegas.

—Se la he comprado a las niñas como regalo de vuelta al cole —dijo Ezra—. He pensado que podía venirnos bien para despejar las cabezas. A Helen no se le da mal.

—Cuesta que quede recto, pero ya iré mejorando. Mamá, tengo hambre. ¿Podemos hacer tortitas?

—Helen, no son ni las seis de la mañana.

—Ya, pero ¿podemos?

Margaret sacó la sartén, el aceite, el bol grande para el preparado de harina y le preguntó a la niña:

—¿Quieres remover?

—No, tú. ¿Vendrá hoy a casa la abuela?

—No, cariño.

—Yo no quiero que la abuela se muera.

—Ni yo tampoco.

—Pero no es inmortal.

Por cómo había dicho la palabra se notaba que era la primera vez que la utilizaba, «in-mor-tal», con las sílabas rígidas como zapatos nuevos.

—No, no es inmortal. —Margaret dejó de batir la masa e intentó pensar qué decir—. El cuerpo de la abuela está muy cansado, y eso a veces significa que es hora de que esa persona muera.

Fue capaz de decirlo solo porque estaba diciéndoselo a su hija. Para sí misma no habría sido capaz de reconocerlo, de permitirlo, que Elizabeth no fuera inmortal.

Aunque daba igual que pudiera decirlo o no. Porque ya había pasado: había acabado. Antes de que fuera por la casa a oscuras buscando a su niña perdida, antes de que se despertara sin saber por qué, todo había acabado, pero su padre esperó hasta las siete, una hora más prudente, para llamar y contárselo. Elizabeth había muerto.

Había imaginado un final mejor. Se había imaginado los últimos días de su madre en el comedor, con la luz del sol desplegada como una colcha amarilla sobre la cama. Margaret se habría inclinado allí, habría puesto la cabeza en la luz, la mejilla en el cuenco de la palma de su madre. Le habría hecho la pregunta perfecta, la que por fin le habría permitido conocerla bien.

Una mañana había estado intentando hablar con su madre, traerla de vuelta a sí misma y dirigir su atención a su hija. Pero Elizabeth apartó la mirada y se volvió hacia la ventana como si la estuviera rechazando, desairada, como si allí afuera hubiera algo mucho más interesante que Margaret. Ella sintió una extraña punzada de envidia de aquella luminosidad, de una luminosidad que ni siquiera la necesitaba. Como una rivalidad fraterna con la muerte.

—A ese cristal le hace falta una pasada —dijo Elizabeth, a pesar de que a Margaret no se lo parecía, a pesar de que la luz de la mañana entraba en un torrente luminoso y sin cuartel.

Su madre levantó una mano, como alzando un paño para cristales, y luego la dejó caer de vuelta en la cama.

Aquella había sido su oportunidad.

Ahora había zapatos en el pasillo. El caos se había colado en la casa, el caos en ausencia de Elizabeth. Margaret le había fallado a todo el mundo, pensó mientras guardaba los zapatos. Se había ido y no había vuelto a tiempo. Y entonces sintió que Elizabeth lo había hecho a propósito, para castigar a Margaret por su egoísmo, por perder los nervios, por dejar a su marido. Había muerto sin mirar a la cámara.

Pero Elizabeth no había querido morir: nunca, y menos aún entonces.

Cambió las sábanas del cuarto que ahora era solo de su padre. Alisó la colcha azul, azul como la mañana. Algo sonaba a su espalda, un repiqueteo. Personas que corrían; de qué huían, adónde iban, no estaba claro; luego fue aclarándose.

Eran los niños entrando por la puerta.

Helen se apartó a un lado. Había estado encargándose de Jo y Charlie, vigilándolos para que no les pasara nada.

—Gracias por ayudar tanto a mamá —le dijo Margaret.

Pero no había sido lo más apropiado: eso se le decía a una niña pequeña, y Helen ya no lo era.

—¿Cómo te sientes, Helen, cariño? Cuéntame. Sé que esto es mucho que asimilar.

Pero tampoco acertó con las palabras. Eso era algo que sus amigas adultas le habrían preguntado a ella.

Helen se la quedó mirando sin más. Toda su infancia secreta le relumbró por dentro, relumbró como las moras negras en las ramas más recónditas. Si le pasara algo, se lo diría, ¿verdad? Si alguien les hiciera algo o las hiriera, estas niñas sabrían mejor que ella en su momento cómo hablar del tema. Háblame, pensó, pero no dijo.

—Mami, lánzame —le pidió Jo.

La lanzó. Cogió a Jo y llevó a la niña surcando el aire hacia la cama recién hecha. Desde allí arriba podía ver más que Margaret, por encima de los árboles, por el cristal más alto de la ventana.

Pensó por un momento en Elizabeth, esa Elizabeth de aquel día gélido, al volante del monovolumen, volviéndose, suprimiendo toda su rabia y su pena, y diciendo enérgica a los niños, con lo que solo pudo ser valor: «Los cinturones, chicos».

36

Ezra se llevó a las niñas a la ciudad y entonces Margaret y su padre se quedaron solos para arreglar la casa. Él no quiso esperar: ya habían anunciado que estaba a la venta por internet. Había cambiado de opinión y ya no quería buscar algo más pequeño por allí cerca. Se planteaba más bien alquilar un pisito en la ciudad, empezar a ir a museos y cosas así.

Margaret echaba en falta no solo a las niñas, sino el jaleo que armaban, que subieran y bajaran corriendo por las escaleras, como intentando engañar a la casa para que pensara que el bullicio de la vida cotidiana seguía presente. Tiraban cosas por el suelo —juguetes, almohadas, botellas de agua— y luego les daban patadas, aquí y allá, mientras se movían por el espacio, como si no se quedaran tranquilas hasta que el caos no estuviese bien repartido por todas partes.

—¿Por qué haces eso en vez de recogerlo? —le preguntó a Helen, tanto por curiosidad como por frustración, un día que le vio darle un puntapié a un oso de peluche por el vano de una puerta.

—¿Por qué hago qué? —preguntó dando otra patada.

Era más fácil sentir la nostalgia familiar por las niñas que reconocer que echaba de menos a su madre. Ahora que todos se habían ido, la quietud había envuelto la casa en su abrazo. Una foto enmarcada que estaba volcada se quedó así, bocabajo. El soldadito pendía allí en el tirador, paralizado. Cada borla de cada cortina parecía claveteada a la pared. Hasta los sillones parecían bidimensionales, ahora que ya nadie se sentaba en ellos.

Lo único que había cambiado era la luz, que alargaba su mano a diario para amasar y estirar, amasar y estirar las sombras por los suelos polvorientos. Al final resultó que la casa no era una extensión de Elizabeth. Simplemente era grande, indiferente y un engorro a la hora de limpiar.

❋

Biddy se acercó una noche a la casa para darles un repaso a las cosas que iban a donar. Tenían puesta de fondo una película muy del estilo de las de Diane Keaton, con alguna viuda o divorciada echando su última cana al aire. Su amiga estaba arrellanada en el sofá vestida con una de las faldas de su madre.

—Yo no me imagino lavándole la boca a Alice con jabón —comentó Biddy.

—Ni yo.

—¿Te acuerdas la vez esa que tu madre se cabreó un montón contigo por decir…?, ¿qué fue? No era ni una palabrota…, ¿«maldita sea»?

—«Mierda.»

—No.

—Sí, creo que dije «vaya mierda».

—Increíble.

—Y no usó solo una pastilla de jabón. Usó friegaplatos. Y lo tenías que remover en la boca como si fuera enjuague bucal hasta que te dejaba escupirlo.

—Acojonante. Mi madre también lo hizo, aunque solo una vez que Danny se portó fatal. Por cierto, mi madre me pregunta todo el rato si puede hacer algo…, yo le he dicho que no necesitáis fuentes de comida ni nada de eso. Ah, y Danny también me ha escrito, preguntándome si creo que es buena idea que te llame.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Le he dicho que ni se le ocurra, que no vaya a llamar a esa furcia, con esa boca sucia que tiene.

Margaret rio e intentó no llorar. Biddy la conocía, la conocía a conciencia.

—Lo siento, Margo, ojalá supiera qué decir.

—Lo sé. Tú solo… ¿te vas a quedar la falda? Porque tiene una blusa a juego.

Se puso a rebuscar por la montaña de camisas.

—En serio, es que la ropa de Elizabeth… Me parece un sacrilegio.

Antes de sufrir el último ictus, su madre había separado para Margaret tres vestidos de fiesta con vuelo; cinco trajes de lana (uno con hombreras incluidas); seis vestidos camiseros por la rodilla e innumerables vestidos de verano. Por ahora los había dejado en su cuarto de la infancia. Iba a tener que alquilar un trastero, todo aquello no le cabía en el armario de su casa.

—No tienes por qué ponértela —le dijo a Biddy—. Solo tienes que llevártela. Y como no escojas tú, te voy a obligar a llevarte un vestido de fiesta, y esos sí que ocupan sitio que te cagas.

❁

El resto de la ropa lo llevó en bolsas de basura blancas a una tienda de segunda mano.

Las niñas habían estado haciendo preguntas sobre la muerte y lo que pasaba después. «Sigues siendo parte del universo —había probado a responderles—. La gente sigue queriéndote y recordándote. Y el cuerpo (esa parte le costó más), bueno, se vuelve parte de otras cosas, flores que alimentan a los pájaros y así sucesivamente…» Biddy les había dicho que la muerte no era un final, que solo era un cambio. Pero su amiga era católica. Obviamente, aquello sí era el final de algo.

Dejó las bolsas de basura en el punto de recogida de la tienda de segunda mano y atravesó el abarrotado local para volver a la calle. Miró el precio de una olla multifunción, tocó el cinturón de una gabardina beis de hombre. Allí existía una especie de vida después de la muerte, en los pasillos resplandecientes, entre los percheros arqueados color plata. Quizá alguien escogería algunos de los vestidos que había traído ella y los pondría junto al altar de la caja registradora. Volverían al mundo así, las faldas bamboleándose alrededor de unas piernas vivas, los llamativos botones proclamando ante todo el que pasara: «¡Elizabeth!».

❁

Al volver a la casa se encontró a su padre sentado en los escalones del porche. No parecía propio de él sentarse en algo que no fuera una

silla, solo, afuera, de noche.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Nada, descansar.

❊

Un murciélago entró por el tiro abierto de la chimenea y produjo un feo aleteo contra las cortinas. Margaret se agachó y chilló mientras su padre sacaba su raqueta. Calentó con unos cuantos amagos de golpes, como si fuera a aplastarlo con ella, pero no llegó a intentarlo. En vez de eso, se limitaron a dejar las ventanas abiertas, y a la mañana siguiente ya no había murciélago.

❊

Puso un pollo al horno. Fregó la bandeja. ¿Sería posible que su padre tuviera razón con lo del jabón?

❊

Se despertó sobresaltada de una cabezada en el sillón.

—Solo estaba viendo si estabas bien —dijo Neal.

❊

Nadó en la piscina bajo la lluvia.

❊

Salió al jardín. La casa estaba limpia, con el letrero de se vende clavado con una estaca en el césped. Ya pronto podría volver a Nueva York. Pero echaría de menos aquel jardín; le había dado algo, una sensación de posibilidad: allí fuera había peligro pero también libertad, más allá de la linde de la propiedad, en la oscuridad más desconocida, en la que su familia nunca se adentraría.

Deambuló por el camino hasta la zarza. Tal vez quedara alguna mora, si es que se veía algo con aquella luz. Pero entonces oyó algo, el crujido de unos pasos por la hierba. Venía alguien.

Neal. No había visto su coche, no se había dado cuenta de que había venido. Desde que su padre se había negado a seguir hablando de subdivisiones, no había pasado mucho por la casa. Solo había ido a coger algunas cosas. Pero qué suerte que la hubiera encontrado allí, le dijo. Hacía tiempo que quería hablar a solas con ella, encontrar un momento para charlar.

Quería asegurarse de que estaban los dos en sintonía respecto a qué le convenía más a su padre. Sabía que Margaret no entendía lo de la casa, pero la idea de Neal era demasiado buena para dejarla correr; les daría a todos la mayor seguridad financiera posible; supondría que él se asegurara de que su padre estuviera bien atendido el tiempo que le quedara. Tampoco había tanto dinero en las cuentas como ella creía. Pero no era solo la casa. También le había pedido a Hugh que le firmara un poder notarial, en caso de incapacidad. Vamos, que eso iba a quedar gestionado… Bueno, su padre todavía no había aceptado, pero acabaría entrando en razón. «Una formalidad», fueron las palabras que utilizó. Bastante cordial estaba siendo al incluirla a ella, le dio a entender a su manera.

—Pero si a papá no le pasa nada.

—Bueno, también se va haciendo mayor. Ya se sabe lo rápido que vienen ahora las cosas. Aunque no lo utilizaríamos hasta que no fuese necesario, por supuesto. Pero ya estás viendo que se está tomando las decisiones muy a pecho…

¿Podría ella hacerlo desaparecer? Estaría bien.

—Pues yo creo que a lo mejor el poder notarial debería estar a mi nombre.

—Qué tontería.

—¿Por qué?

—Tú no tienes ninguna experiencia con las finanzas y la contabilidad, y menos aún con la ley. Apenas te llega para pagar el alquiler de tu piso cutre… No te ofendas. Yo soy el que vive aquí, yo

soy el que ha estado aquí para mamá. Tú apenas venías a verlos, y encima a última hora te fuiste con una pataleta. Aunque tampoco es que nadie te culpe, por supuesto.

—Al menos mi principal preocupación no es el dinero de mis padres.

—A mí no me hables así.

«Te hablo como me da la gana a mí», pensó, pero no lo dijo. Él estaba más cabreado que ella, y eso la hizo sentirse poderosa. «Poder notarial»… Neal tenía razón, ella apenas tenía una vaga idea de lo que suponía aquello.

Ahora casi no podía verle la cara. Las luciérnagas se habían encendido y andaban parpadeando por aquí y por allá.

—¿Por qué me hacías eso?

No había planeado preguntárselo; de hecho, nunca se había imaginado haciéndolo. Ahora se lo preguntó con un tono clínico, desafectado, como si fuera solo por interés académico, y puede que así fuera: el interés de una historiadora que intenta comprender el pasado remoto, un patrón de comportamiento bárbaro y olvidado tiempo atrás.

—¿Hacerte qué? —preguntó él.

—¿Por qué me hacías eso? Cuando éramos pequeños.

—No sé de qué me hablas.

—Sí, sí que lo sabes.

—Venga ya, Margaret, de verdad. ¿Hacerte qué?

Estaba usando el tono que se usa con una loca, con una cría, con alguien incapaz de entrar en razón.

—Tocarme. Grabarme. Traer a los niños Ricci a mi cuarto. Yo era tu hermana.

—¿Grabarte? ¿De qué leches estás hablando?

Su hermano dio un paso hacia la casa, pero ella se interpuso y le impidió el paso.

—¿Por qué lo hacías? —insistió.

—Yo apenas te… Fueron tres o cuatro veces. Y los críos esos no llegaron ni a entrar.

—¿Qué pasó con la cinta?

—¿Has estado obsesionada con eso todos estos años? No fue nada, no fue prácticamente nada. La cinta… ni siquiera funcionó. El encuadre estaba mal, no se veía más que… el borde de la alfombrilla del baño y tus pies pasando. Poco más.

—¿Poco más?

—Fue una tontería, una broma… Hasta se enfadaron conmigo. Mira, no es saludable que estés obsesionada con eso. Tienes que ir a un psicólogo, tienes que hablarlo con alguien.

—Pero ¿por qué creías que podías hacerlo?

—No pienso seguir hablando de esto, es de locos. Me voy dentro.

Margaret no quería estar tan cerca de él, no le veía las manos en la oscuridad. Pero pensaba obligarlo a responder.

—¿Tú nunca has pensado en ello, en todo este tiempo? ¿Nunca te has preguntado cómo vivía yo eso?

—Ello, eso… ¡Pero si no fue nada! Éramos unos críos, siempre estábamos haciendo tonterías. Los Ricci me intimidaron, me obligaron, se les metió en la cabeza. Los niños hacen cosas así todo el tiempo.

—No lo creo. No creo que sea así.

—Yo no te hice daño.

—Estaba dormida.

—Exacto.

Su hermano pasó a su lado con un empujón —sintió el hombro, el brazo de él—, y todo el asco y el terror le volvieron, le supuraron por los poros.

—Mira —le dijo alejándose—, veo que es algo que te ha estado preocupando mucho, y lo siento. Pero ahora no estamos hablando de ti, estamos hablando de papá, estamos hablando de estar más unidos en honor a mamá.

Parecía tan cabal, tan certero y racional. Lo siguió hasta la luz del porche y lo siguió por los escalones. Llevaba puestos unos mocasines negros y tenía el cuero cubierto de briznas recortadas de hierba.

Habían salido del mismo sitio, los habían hecho las mismas personas, habían aprendido las mismas palabras de los mismos cuentos. Con el odio, por fin llegó la compasión, y la lástima por lo

que fuera que le hubiera fallado también a él, en su educación en común. Aun así, no conocía a su hermano, no podía quererlo.

Volvió a intentarlo. Se lo preguntó una última vez antes de que abriera la puerta de la casa.

—¿Por qué lo hacías?

Y esa vez respondió, le contestó sin volverse. Dijo:

—Tenía curiosidad y tú estabas allí.

37

Elizabeth tenía razón: la casa se vendió rápido. Y, a los pocos días del funeral, Margaret estaba de vuelta por última vez.

Había dos críos pequeños en el jardín, un niño y una niña.

—Mira —decían mientras corrían hacia cosas que ella no veía.

La niña metió una mano en la zarza y tiró de lo que debía de ser una mora. A Margaret le sorprendió que todavía hubiera alguna en esa época tan avanzada del año; seguramente estaba arrugada o podrida. No os la comáis, quiso decirles. Y también: Adelante, coméosla, no va a haceros daño.

Los dos se inclinaron sobre la mano de la niña, casi tocándose las cabezas, y Margaret se quedó contemplando la ventana ojival que formaban los cuerpos de los hermanos.

Estaba esperando en la entrada a los de NOS LO LLEVAMOS TODO, una empresa de portes y vaciado de casas que cobraba quinientos dólares por llevarse todo lo que cabía en el remolque del camión. Llevaba puesto un vestido de Elizabeth, un modelo color lima con un estampado de paraguas rosas. Le quedaba fatal, era sin mangas y tenía frío con la brisa del recién estrenado otoño. Por detrás, en el césped, estaba la montaña con los objetos que no querían: libros, ventiladores, juguetes, cosas de la playa, cosas de la nieve, otras cosas tan descontextualizadas que su cometido era de lo más insondable, como misteriosos aros y ejes metálicos, carretes dentro de ruedas. Los ojos no paraban de írsele hacia la pila, hacia esos trozos entrecortados de cosas como aletas o cuchillas que relucían peligrosamente sobre la hierba, aunque era todo por efecto del sol, que se reflejaba en el plástico o el vidrio. El caos sugería violencia, como si los hubieran bombardeado y solo quedara aquello, aunque luego la casa estaba intacta. La casa estaba limpia. La casa ya no era suya.

Ese día la nueva familia había llevado a un arquitecto para que empezara a dibujar los planos de una reforma. Ella procuraba hacerse a un lado, pero quedaba una barbaridad de cosas por hacer. Por la mañana Neal la había ayudado a despejar el sótano. Ella no había bajado hasta que él subió; y luego, en el pasillo, lo había esquivado; lo sorteaba, como llevaba haciendo veinticinco años, y como seguiría haciendo otros veinticinco, cargada con las cajas más pesadas que había encontrado.

❁

Los hombres de NOS LO LLEVAMOS TODO llegaron con el camión y se pusieron manos a la obra. Margaret estaba preocupada por si le preguntaban «¿seguro que no quiere nada de esto?» al ver las cosas que estaba pagándoles por tirar. Temía que le preguntasen qué leches había pasado allí, cómo habían acabado tan mal las cosas. Pero si es tu vida, podían haberle dicho, mientras ella se deshacía de todo.

Por supuesto, no le dijeron nada. Seguro que todas sus clientas eran mujeres como ella, con aspecto sudado y triste junto a sus cosas.

—Aparta, guapa —le dijo uno de los hombres, y ella muy obedientemente se echó a un lado.

Estaba pensando en cuánto tiempo hacía desde el día en que el camión de la mudanza había ido al piso donde vivía con Ezra y las niñas, cuando los hombres a los que les pagaban por horas tuvieron que quedarse de brazos cruzados mientras ellos discutían, tan cordial como desesperadamente, sobre quién debía llevarse qué mueble. Ahora se quedó mirando cómo lo metían todo en el camión y no fue tan horrible. Sentía un eco del trabajo en su propio cuerpo: el cargar y soltar, un ritmo que sugería un trabajo pesado más honrado y arcaico, el cargar balas de heno o cubos de agua.

—Oiga, señora —le dijo el hombre—. ¿Oiga? ¿Puede decirles a sus hijos que se aparten un poco?

Ah, vale. Cuando había dicho antes «guapa» era a la niña. Los dos hermanos estaban plantados al lado de las ruedas grandes del camión, muy pegados a la línea de chismes tirados.

No son mis hijos, pensó pero no dijo.

—Perdone —dijo, y luego, a los niños—: Eh, vosotros dos, venid que os enseñe una cosa. —La siguieron sin preguntarle ni quién era—. Yo me crie aquí —les contó—. Era un poco más pequeña que vosotros cuando nos mudamos a esta casa.

Se acordaba: la casa, el jardín, la estatua del hombre desnudo, la extrañeza que se fue disipando, la extrañeza que nunca se disiparía. Pensó que quizá le harían preguntas, pero no. Eso era algo que le gustaba de los niños, que nunca mostraban curiosidad solo por compromiso.

—¿Os gusta trepar a los árboles?

—A veces —dijo la niña.

—Vale, pues este es el mejor para trepar, y aquel, el segundo mejor. A este cuesta más subir, pero cuando lo consigues puedes subir superalto, y se ve por todas las ventanas de la casa. Y en primavera se llena de flores. ¿Queréis probar?

—Vale —dijo la niña, que levantó los brazos y esperó a que la aupara.

Margaret se rio. Jo habría hecho lo mismo. Sintió una punzada de rabia contra aquellos niños. Porque estaban quedándose con su casa, su árbol, su zarza. Y porque no eran sus hijas, a las que de pronto añoró con una sensación que era más bien de pánico o duelo, aunque no era para tanto, de verdad que no… Mañana estaría de vuelta en casa.

Aupó a la niña, después al niño y por último se montó ella. Los dos críos lo aceptaron como algo normal, a pesar de que ella era una adulta y los mayores no se suben a los árboles. Se quedó en la rama más baja, con la espalda contra el tronco, balanceando los pies en el aire.

—Dentro de nada estaréis subiéndoos vosotros solos —les dijo—. Mi amiga Biddy se subía cuando tenía siete años.

—¿Quién es? —preguntó el chico.

—Biddy, mi mejor amiga.

—No, ¿quién es aquel hombre de allí?

—¿Dónde?

Señaló hacia la carretera. Subiendo por el camino había un hombre tripudo, con vaqueros y deportivas blancas y una cabeza que necesitaba un buen pelado. Iba andando con el tiento de un desconocido hacia el caserón, como si no supiera qué podía encontrarse allí, qué clase de personas vivirían dentro.

—Papá —lo llamó, pero no levantó la vista, de modo que lo llamó por su nombre—. ¡Hugh!

¿Qué sería ahora de su padre? Él no sabía quién era sin Elizabeth, él mismo se lo había dicho. Ella había sido siempre tan… Elizabeth, el centro de toda la atención y la interpretación, y él, una presencia benigna que se movía por los márgenes.

Sabía que su padre la quería, en el sentido de que él verdaderamente le deseaba lo mejor. Nunca se había enfadado mucho con él porque, ahora lo comprendía, nunca había esperado gran cosa de él. Ella siempre lo había tratado igual que había tratado a Elizabeth solo en sus últimos meses de vida: como alguien a quien le pides poco porque sabes que no es capaz de más. ¿Sería porque era hombre? Qué barbaridad. Por pura costumbre, quiso culpar de ello a su madre, pero más bien tendría que ver con él mismo, con su padre, con Hugh.

Pero ese no podía ser el gran giro argumental, ¿no? Que ella tendría que haber estado más enfadada con su padre.

En lugar de rabia sentía solo ternura, una generosidad exasperada hacia ambos. Allí, ahora, en el camino, le recordó a ese otro hombre… ¿cómo se llamaba?, el padre de la señora Ricci, que había venido desde Baltimore, el señor mayor que la había tratado bien. Sintió el impulso fantasma de salir corriendo a buscar a su madre, de decirle que había una emergencia, una aventura, un acontecimiento, para verla levantarse de entre los parterres de flores.

Había una madre gritando desde el porche, pero no era la suya.

—Jessa, Theo.

Margaret bajó de un salto del árbol y se volvió para ayudar a los niños. Estos bajaron agarrándose a ella como si tal cosa y salieron corriendo sin despedirse.

Los hombres terminaron de cargar el camión. NOS LO LLEVAMOS TODO se lo llevó todo. Los parches plateados de la hierba aplastada se fueron desplegando, se volvieron verdes de nuevo, no quedó rastro de

nada.

Se despertó en plena noche. No era que algo la hubiera alterado, sino que nada la había alterado. La había despertado el asombro repentino de aquel silencio nuevo, como cuando te das cuenta de que se ha apagado el aire acondicionado o ha acabado el lavavajillas, algo de cuya presencia no te has percatado hasta que se detiene, para lo que el silencio es su alarma particular. No se molestó en intentar dormirse de nuevo.

Quitó las sábanas de la cama y se dedicó a dar vueltas por la casa. Nunca había visto las habitaciones tan vacías. Ya no estaban ni las piezas del ajedrez ni el soldado. Tampoco la urna de cristal con las pistolas de duelo, que estaba empaquetada y guardada como el relicario de un impostor. La luz de la luna rebotaba contra unas encimeras despejadas. Las borlas y los ribetes pendían en torno a un centro vacío.

Todavía le quedaban cosas por hacer. Abrió la nevera y tiró las salsas —la gelatina de menta de su madre, la salsa cóctel de su madre—, todo escurriéndose desagüe abajo. Después sacó la vajilla, los platos blancos con mil mariposas, y empezó a envolverlos, uno por uno, con el periódico del día anterior.

Pronto, se dijo, estaré cogiendo el tren para casa: iré a recoger a las niñas, comeremos juntas, jugaremos, leeremos, y por la mañana estaré allí, en mi vida real, mañana cuando me despierte. Y cuando salió el sol, estaba allí para verlo, el último amanecer en casa de Elizabeth. La luz fue intensificándose por la ventanas y, cuando dio en los armarios, una revelación: estaban llenos de polvo, tenían huellas lechosas por todo el cristal, un largo churrete de mermelada como la primera pincelada de un mensaje escrito con sangre.

¡Icor! Alargó la mano para coger el trapo de su madre.

38

—No, que vamos a volcar —dijo Biddy.

Margaret tenía empapado el bajo de los vaqueros y una cinta de alga enganchada en los dedos de los pies. Estaba tendida sobre el fondo de la canoa, con una rodilla por encima del borde, intentando sacudirse el barro del pie.

En la orilla había cosas moviéndose entre la maleza, ratas, lo más seguro, o pájaros pequeños que era fácil confundir con ratas. Atisbos de cartones de comida basura. Olía todo a barro, sal y cosas podridas e inidentificables ya, todo ese hedor arremolinado en el aire fresco. Era una experiencia sensorial demasiado intensa para resultar evocadora. Nada le recordaba a nada.

—¿En serio que esto se considera parte de Nueva York? —le preguntó Biddy.

Se alcanzaba a ver una punta del perfil urbano, pero muy lejano e insignificante comparado con el agua gris que las lamía por todo alrededor.

—Pues sí. ¿Verdad que parece superlejos? Como el filo de todo.

—Pero no te pensarás mudar aquí, ¿no?

—¿Con Duncan? No. Esto es su casa, no la mía. No es una relación de ese tipo. Y además le queda demasiado lejos a Ezra, por las niñas. —Señaló hacia la bahía—. La última vez intentamos llegar a esa isla de allí, pero nos pilló una tormenta. ¿Quieres que vayamos?

No era más que un islote pelado: rocas, arena, algo de hierba en la cima. Pero estaba apartado, era un destino, a la vez que seguía estando lo suficientemente cerca para poder ver a las niñas en la orilla y volver si las llamaban.

—Venga, vamos.

—Pero primero me tienes que decir sinceramente qué te parece.

—Es tan distinto de Ezra.

—¡Biddy! Venga, dime. Aparte de Ezra, ¿qué te parece?

Duncan cumplía cuarenta y cinco años y había invitado a sus amigos y vecinos a celebrarlo con una barbacoa en la playa. Le había dicho a Margaret que invitara a quien quisiera, y ella se lo había propuesto a su amiga, para que por fin se conocieran. Margaret reconoció a algunos de los invitados de la fiesta de Dante, y los hijos de él también estaban, e incluso June, la madre. Iba vestida con un mono y unas zapatillas viejas que le daban un rollo tremendo y no podía haber sido más simpática cuando la había saludado, y aun así, Margaret, la muy cobarde, estaba escondiéndose de ella. Las niñas se habían quedado jugando con un perro, turnándose para tirarle una pelota de tenis. Un puñado de vecinos había sacado tumbonas oxidadas como para llenar una cochera y habían formado con ellas un corro para cotillear, con los traseros a pocos centímetros de la arena mojada. Duncan estaba agachado en el centro, haciendo un fuego que todavía no se veía.

—Me cae bien —le dijo Biddy a regañadientes, para que Margaret entendiera que lo decía en serio.

Ya le había contado a Duncan todo lo que había que saber. Él lo había asimilado, luego había dado vueltas por la habitación como un animal encerrado, como si el pasado fuera algo a lo que pudieras meterle un puñetazo, y entonces la había abrazado. Ella lo quiso por darle la importancia justa. Empezaría de cero con Louie. Estaría atenta a la par que esperanzada. ¿Acaso no era básicamente eso la crianza? Alegría y vigilancia.

Avanzaron mar adentro, sin mucha destreza, sudando en el aire frío. No tardaron en coordinarse mejor. Biddy iba delante y a Margaret le venía bien porque así podía ver la dedicación absoluta que ponía su amiga en la tarea. Se le estaban pegando los rizos al cuello; había empezado a hacerse mechas y ahora de repente volvía a tener el mismo color de pelo que cuando eran pequeñas. ¡Biddy! Todo en ella era querible: su sarcasmo y su rotundidad, su convencionalismo veteado de rebeldía repentina, sus puzles, sus tulipanes, que la llamara «tonti».

Hacía unos días Margaret había tenido que explicarle a un colaborador por qué su artículo no funcionaba. Estás intentando abarcar demasiado, le dijo. No puede tratar de todo a la vez. Pero ¿de

veras no podía? Era solo cuestión de distancia, de poner algunas cosas en la perspectiva justa y juntar mucho otras: los barrios residenciales, la ciudad, el cielo, la bahía, el barro, los niños, el fuego.

¡El fuego! Cuidado, quiso gritar, pero no lo hizo porque ya estaban demasiado lejos y no habría servido de nada. Lo había olido antes de volverse para verlo. Las llamas se elevaron, rojas y doradas, igual de roja y dorada que la luz reinante.

De pronto le entró miedo. Estaban a medio camino del islote y no distinguía ni a Helen ni a Jo junto al fuego, ese fuego que era a la vez advertencia y reclamo. Esa isla era para otra excursión u otra persona. Ella era madre. No quería perderse la fiesta.

Esperó un momento, con la esperanza de que su amiga lo dijera justo a la vez, intentando meterle la idea en la cabeza.

—Oye, ¿qué te parece si…?

—¿Si damos media vuelta? Sí, claro.

Biddy hundió el remo en el agua y la barca fue pivotando poco a poco a su alrededor. Margaret se inclinó por el borde. No venía nada desde el fondo para arrastrarla consigo. No venía nada desde arriba para dejarla allí clavada. Puso un dedo en la superficie, dibujó una raya. Pero la brisa y las corrientes estaban hostigando la bahía, la canoa domó como pudo una ola y al cabo de un momento ya no se distinguía la marca que había hecho en la superficie llena de trazos del agua en perenne movimiento.

Ya vamos, pensó Margaret. Tiró del remo con fuerza hacia el pecho. Tiró del mundo hacia ella, de impulso en impulso.

«Cada uno llevaba su pasado dentro de sí,
como las hojas de un libro que conocía de memoria.»
Virgina Woolf

Desde Libros del Asteroide queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Dormida*. Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que visite www.librosdelasteroide.com y nuestros perfiles de redes sociales, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.
Le esperamos.



Nota biográfica

Honor Jones es editora sénior de *The Atlantic*. Ha trabajado también en *The New York Times*. Vive en Brooklyn con sus tres hijos. Dormida (2025; Libros del Asteroide, 2026) es su primera novela.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Dormida*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Absolución, Alice McDermott
Felicidad familiar, Laurie Colwin
El ángel de piedra, Margaret Laurence

Table of Contents

- Uno
  - 1
  - 2
  - 3
  - 4
  - 5
  - 6
  - 7
- Dos
  - 8
  - 9
  - 10
  - 11
  - 12
  - 13
- Tres
  - 14
  - 15
  - 16
  - 17
  - 18
  - 19
  - 20
- Cuatro
  - 21
  - 22
  - 23
  - 24
  - 25
- Cinco
  - 26
  - 27

28
29
30
Seis
31
32
33
Siete
34
35
36
37
38
Nota biográfica
Recomendaciones Asteroide